



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XVIII**

Lectulandia

Decimoctavo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Esculpir lentamente*, *Pájaro en mano*, *Ishmael enamorado*, *Invasión de intimidación*, *Chapoteo*, *Continúa en la roca siguiente*, *La cosa en la piedra*, *Nadie vive en la Burton Street*, *¿Qué ha sido de los McGowan?*, *La última vez en derredor*, *El obsequio de Greyspun*, *El renacer de los Shakers*, *Querida tía Annie*, *Confesiones* y *Se ha marchado el lupo*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XVIII**

Antología de novelas de anticipación - 18

ePub r1.0

Titivillus 11.05.2018

Título original: *World's Best Science Fiction: 1971*

AA. VV., 1973

Traducción: Desconocido

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

La forma de los años setenta en el mundo de la ciencia-ficción, ejemplarizada por el contenido de esta selección de los mejores relatos publicados en 1970, parece revelar una curiosa dicotomía. Por una parte, sugiere la existencia de un creciente internacionalismo; por otro lado, los resultados inmediatos de esa tendencia multinacional no quedan reflejados en el material que se ha considerado digno de figurar en esta antología.

El ensanchamiento del mundo literario de la ciencia-ficción quedó significativamente demostrado con la celebración de la primera convención mundial de lectores y escritores de ciencia-ficción en un país cuyo idioma natal no era el inglés. Nos referimos a la 28ª Convención Mundial de Ciencia-Ficción celebrada en Heidelberg, Alemania, en agosto de 1970. En el «Heicon», los asistentes representaban a la mayoría de las naciones de Europa e incluía también delegaciones de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, y representantes de países tan lejanos como Brasil, Austria y la India.

Esto era una prueba fehaciente de que la ciencia-ficción interesa de un modo universal y empieza a captar a notables escritores de numerosos idiomas y numerosas culturas. Los editores de esta selección asistieron a la convención y tuvieron la oportunidad de observar el creciente desarrollo de la ciencia-ficción en Europa y de discutir los problemas involucrados en la evolución de una ciencia-ficción realmente universal.

Sin embargo, nuestra impresión más acusada es la de que los escritores de habla inglesa continúan dominando en la especialidad. Examinando las revistas y antologías de otros países pudimos comprobar que casi todos los relatos que figuraban en ellas eran traducciones de los mismos escritores que el lector encontrará en este volumen y en los volúmenes anteriores de esta serie: Asimov, Sturgeon, Simak, Silverberg, Niven, así como Anderson, Brunner, Leiber, Ellison, etcétera. En cantidad, la producción en otros idiomas era muy limitada (exceptuando las obras seriadas tipo Capitán Futuro). Y en nuestros contactos con aficionados de aquellos países, nos manifestaron que la calidad rara vez resiste la comparación con la de los autores de habla inglesa, verdaderos maestros del género.

En Francia, en Alemania, en España, en Italia, en Suecia, en los Países Bajos, en la mayoría de naciones, se publican de un modo regular colecciones de novelas de ciencia-ficción —y algunas antologías de relatos cortos—, pero casi todo son traducciones del inglés. No faltan los escritores de talento, semilla de lo que algún día puede ser fértil cosecha de ciencia-ficción. En Francia destacan Rene Barjavel, Gérard Klein, Jean-Pierre Andrevon; en Alemania, Herbert W. Franke, Clark Darlton, Hans Kneifel; en Italia, Ugo Malaguti; en Polonia, Stanlislaw Lem; en Dinamarca, Niels E. Nielsen; en Suecia, Sam J. Lundwall; en Noruega, Jon Bing y

Tor Age Bringsveard; en Hungría, G. Botond-Bolics; en Checoslovaquia, Josef Nesvadba; en la URSS, los hermanos Strugatski y otros muchos; en habla española abundan los nombres, desde Barcelona hasta Buenos Aires; en el Japón hay una multitud de escritores casi desconocidos en el Occidente...

Sin embargo, la localización de esos nombres nuevos exige una minuciosa labor investigadora —ya que existen como arbustos aislados y solitarios entre el tupido bosque de autores norteamericanos y británicos—, y casi todo lo que llega a nuestras manos son novelas, las cuales no encajan por su extensión en esta antología anual.

Por eso, a pesar de que 1970 fue un año que señaló el comienzo de una ciencia-ficción realmente internacional, esta selección de los mejores relatos del año no incluye ninguna obra traducida. Son relatos escritos en inglés por los maestros de la ciencia-ficción mundial. Y, lo que resulta más raro, en esta selección no está representada ninguna revista inglesa, aunque figuraban en ella autores ingleses. En 1970 desaparecieron dos de las más importantes publicaciones inglesas dedicadas a la ciencia-ficción: New Worlds y Visions of Tomorrow. Dos de los relatos que figuraban en sus últimos números formaban parte de la penúltima lista de obras seleccionadas para este volumen, pero al final no alcanzaron una puntuación suficiente. Si en 1970 hubieran salido más números de esas revistas, es probable que alguno de sus relatos figurase en esta selección.

Mientras asistíamos a la convención de Heildelberg, nos preguntaron más de una vez por qué no incluíamos casi nunca material de otros países. Creemos haberlo explicado.

Estamos convencidos de que la ciencia-ficción es un género en continuo desarrollo, que ofrece día tras día sorprendentes innovaciones, nuevas aventuras estilísticas. Confiamos en que el lector esté de acuerdo en que el presente volumen es un excelente ejemplo de la perpetua originalidad y la juvenil energía de la ciencia-ficción.

Los seleccionadores

Esculpir lentamente

Theodore Sturgeon

Theodore Sturgeon ha estado apartado durante varios años del campo de la ciencia-ficción. Su retorno constituye un motivo de satisfacción para todos los amantes del género, especialmente cuando ese retorno tiene la forma de Esculpir lentamente, un relato que no tiene nada que envidiar a los mejores que han brotado de la pluma de Sturgeon, uno de los maestros de la CF.

I

Estaba en el huerto, haciendo algo debajo de un peral, cuando ella llegó. La tierra olía a verano tardío y a viento. Y a bronce: olía a bronce.

Él levantó la mirada y vio una muchacha veinteañera, un rostro osado y unos ojos del mismo color que los cabellos, lo cual era extraordinario porque los cabellos tenían un tono dorado-rojizo. Ella inclinó la mirada hacia un hombre cuarentón, que llevaba un electroscopio de hojas doradas en la mano, y se sintió como una intrusa.

Ella dijo:

—¡Oh!

Y, al parecer, acertó, porque él asintió y dijo:

—Sujete esto...

Y ya no podía hablarse de intrusión.

Ella se arrodilló junto al hombre y cogió el instrumento, sosteniéndolo exactamente por el punto que él señaló. El hombre se alejó un poco y golpeó un diapasón contra su rodillera.

—¿Qué hace el aparato?

Tenía una voz agradable, la clase de voz que los desconocidos se paran a escuchar.

Ella miró las delicadas láminas de oro del electroscopio.

—Se están separando.

Él golpeó de nuevo el diapasón y las láminas se apartaron más una de otra.

—¿Mucho?

—Unos cuarenta y cinco grados, cuando golpea usted el diapasón.

—Bueno... eso es casi lo máximo que podemos alcanzar —De un bolsillo de su chaqueta sacó una bolsita de polvo oscuro y echó un puñado al suelo—. Ahora voy a alejarme. Quédese donde está y dígame cuánto se separan las láminas.

Caminó alrededor del peral en zig-zag, golpeando su diapasón mientras ella

cantaba unos números en voz alta: diez grados, treinta, cinco, veinte, nada. Cuando las láminas alcanzaban su máxima separación, el hombre dejaba caer más polvo. Cuando terminó, el árbol estaba rodeado por una especie de óvalo de puntos blancos. Sacó un cuaderno de notas y trazó un boceto de los puntos y del árbol. Luego se guardó el cuaderno y cogió el electroscopio de manos de la muchacha.

—¿Buscaba usted algo? —le preguntó.

—No —dijo ella—. Sí.

Él sabía sonreír. Aunque no duró mucho, ella encontró sorprendente la expresión en una cara como aquélla.

—Eso no es lo que se llama, en términos jurídicos, una respuesta concreta.

Ella tendió su mirada hacia la ladera de la colina, metálica a aquella hora de la tarde. No había mucho que ver: rocas, arbustos que el verano había resecado, algún árbol, el huerto... Cualquiera presente había recorrido un largo camino para llegar aquí.

—No era una pregunta sencilla —dijo ella, tratando de sonreír y estalló en llanto.

Lo lamentaba y lo dijo.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Bueno... uno no debe incurrir en explosiones sentimentales en público.

—Usted lo ha hecho. No conozco a ese «uno» de que habla.

—Yo... supongo que yo tampoco, ahora que lo menciona.

—Entonces, diga la verdad. No tiene sentido ir por ahí pensando: Él cree que yo..., etcétera. Yo creo lo que creo, al margen de lo que usted diga. O... váyase y no diga más.

Ella no se volvió para marcharse, de modo que él añadió:

—Diga la verdad, entonces. Si es importante, es sencilla. Y si es sencilla, es fácil de expresar.

—¡Voy a morir! —exclamó ella.

—También yo.

—Tengo un bulto en un pecho.

—Vamos a la casa y arreglaremos eso.

Sin pronunciar ninguna otra palabra dio media vuelta y echó a andar a través del huerto. Asombrada y llena de loca esperanza, la muchacha permaneció unos instantes inmóvil, viendo cómo se alejaba el hombre, y luego se encontró a sí misma (¿hasta qué punto lo había decidido ella?) corriendo detrás de él.

Le alcanzó en el borde de la ladera.

—¿Es usted médico?

Él no pareció darse cuenta de que la muchacha había esperado, había corrido.

—No —dijo, sin dejar de andar, sin darse cuenta al parecer de que ella había vuelto a pararse, tirando de su labio inferior, y luego echaba de nuevo a correr.

—Debo estar loca —dijo la muchacha.

Se lo dijo a sí misma. Él debió saberlo, porque no contestó.

En el jardín había unos hermosos crisantemos y una balsa en la que nadaban unos peces de colores: los de mayor tamaño que ella había visto nunca. Luego... la casa.

Formaba parte del jardín con su terraza llena de columnas, y parte de la montaña con sus paredes de roca. Estaba dentro y fuera de la ladera de la colina. La puerta estaba abierta.

La muchacha se quedó junto a la puerta, viendo cómo su acompañante cruzaba lo que parecía ser la parte central de la casa, un pequeño patio en medio del cual se alzaba un atrio, encristalado por sus cinco lados y abierto al cielo en la parte superior. En él había un árbol, un ciprés o un enebro, nudoso y retorcido, semejante a lo que los japoneses llaman bonsai.

—¿No viene usted? —dijo el hombre, manteniendo abierta una puerta más allá del atrio.

—Los bonsai no alcanzan los cinco metros de altura —dijo ella.

—Éste, sí.

Ella pasó junto al árbol lentamente, contemplándolo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tiene?

El tono de la voz del hombre reveló que estaba muy satisfecho. Es una torpeza preguntarle al dueño de un bonsai la edad que tiene el árbol: representa querer saber si es obra suya, o si lo ha adquirido de otra persona.

El hombre respondió:

—La mitad de mi vida.

Ella miró el árbol. Era mucho más viejo que la mitad de la vida de aquel hombre, e incluso que toda ella. Contemplándolo, la muchacha se sintió aterrorizada por el pensamiento de que un incendio, una familia de ardillas o de termitas subterráneas podían acabar con aquella belleza.

Miró el árbol. Miró al hombre.

—¿Vamos?

—Sí —dijo ella, y entró con él en su laboratorio.

—Siéntese y relájase —dijo el hombre—. La cosa puede resultar un poco larga.

Ella se sentó en un sillón de cuero, junto a la estantería de los libros: medicina, ingeniería, física nuclear, química, biología, psiquiatría. Tenis, gimnasia, ajedrez, golf. Diccionarios y enciclopedias. Y una colección de biografías. —Tiene usted una biblioteca muy completa. El hombre respondió brevemente: por lo visto no quería hablar en aquel momento, ya que estaba muy ocupado. Se limitó a decir:

—Sí... Tal vez pueda usted examinarla con más calma más adelante.

Ella le observó. Le gustaba su modo de moverse, con rapidez y decisión. Era evidente que sabía lo que estaba haciendo. Manejaba algunos aparatos que ella reconoció: un equipo de análisis volumétrico, una centrifugadora... Había dos refrigeradores, uno de los cuales no era un refrigerador, ya que en la puerta había un indicador de temperatura que marcaba 21 grados centígrados.

Pero todo aquello —y los aparatos que ella no reconoció— no eran más que muebles. Lo que valía la pena de contemplar era el hombre; y ella estaba tan ocupada mirándole, que ni una sola vez se sintió tentada a acercarse a las estanterías de los libros.

Finalmente, el hombre terminó sus preparativos, cogió un alto taburete y se acercó a ella. Se sentó, apoyando los tacones en la barra del taburete, y apoyó un par de manos largas y morenas sobre sus rodillas.

—Asustada.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Supongo que sí.

—No tiene por qué estarlo.

—Teniendo en cuenta la alternativa... —empezó a decir ella valientemente, pero su voz se apagó—. No creo que importe demasiado.

—Muy lógico —dijo el hombre, en tono casi alegre—. Recuerdo que cuando era niño se produjo un incendio en el inmueble donde vivía. La gente se echó a la calle atropelladamente, y mi hermano, que entonces tenía diez años, se puso a salvo con un despertador. Era un despertador viejo y no funcionaba, pero de todas las cosas que pudo haber cogido en un momento como aquél sólo se le ocurrió coger el despertador. Nunca llegó a descubrir por qué.

—¿Y usted?

—No podría decir por qué cogió aquel objeto precisamente. Pero creo saber por qué hizo algo evidentemente irracional. Verá, el pánico es un estado de ánimo muy especial. Al igual que el miedo y la fuga, o el furor y el ataque, es una reacción completamente primitiva a un gran peligro. Es una de las expresiones de la voluntad de sobrevivir. Lo que la hace tan especial es su irracionalidad. Ahora bien, ¿por qué habría de ser el abandono de la razón un mecanismo de supervivencia?

Ella pensó seriamente en el problema. En aquel hombre había algo que obligaba a pensar seriamente.

—No puedo imaginarlo —dijo ella, al fin—. A menos de que, en determinadas situaciones, la razón deje de funcionar...

—Puede usted imaginarlo —dijo el hombre, irradiando de nuevo su aprobación—. Y acaba de hacerlo. Si está usted en peligro y apela a la razón y la razón no funciona... la abandona usted. No puede decirse que sea una torpeza abandonar lo que no funciona, ¿verdad? De modo que entonces se siente usted poseída por el pánico. Y empieza a realizar actos absurdos. La mayoría de ellos serán inútiles. Algunos pueden ser incluso peligrosos. Pero eso no importa: usted se encuentra ya en peligro. El factor supervivencia entra en juego cuando usted se da cuenta de que una posibilidad entre un millón es preferible a ninguna posibilidad. De modo que aquí está usted, asustada, pensando que puede echar a correr, pero dispuesta a quedarse.

Ella asintió.

El hombre continuó:

—Descubrió usted un bulto en uno de sus pechos. Fue a un médico, y él hizo algunos análisis y le dio a usted la mala noticia. Tal vez acudió usted a otro médico, el cual confirmó el diagnóstico. Entonces realizó usted algunas investigaciones, y descubrió lo que vendría a continuación: la exploración, la extirpación, el dudoso restablecimiento... Y huyó. Poseída por el pánico. Y ha llegado aquí sin saber cómo, del mismo modo que un chiquillo de diez años estaba en medio de la calle a medianoche con un despertador en las manos. Ese tipo de pánico justifica la existencia de los curanderos —algo hirvió sobre su mesa de trabajo y el hombre se dirigió hacia allí, diciendo por encima de su hombro—: A propósito, no soy un curandero. Para que le califiquen a uno de curandero tiene que pretender ser médico. Y ése no es mi caso.

Ella le contempló mientras medía y calculaba. Tenía ganas de reír, de llorar y de gritar. No hizo ninguna de esas cosas por miedo a no poder interrumpirse, nunca.

Cuando el hombre se acercó de nuevo, el conflicto no hervía ya dentro de ella, sino que estaba ejerciendo tensiones contrapuestas. El resultado era un terrible éxtasis, y lo único que pudo hacer cuando vio el instrumento en la mano del hombre fue desorbitar los ojos. Se olvidó de respirar.

—Sí, es una aguja hipodérmica —dijo el hombre, tranquilamente—. Una larga y brillante aguja hipodérmica. No me diga que es usted una de esas personas que se impresionan a la vista de una aguja hipodérmica... ¿Quiere algo para calmar sus nervios?

Ella estaba demasiado asustada para hablar.

El hombre añadió:

—Preferiría que no tomara nada, ya que este fármaco es bastante complejo de por sí. Pero, si lo necesita...

Ella consiguió sacudir un poco la cabeza y de nuevo captó la aprobación del hombre. Deseaba formularle un millar de preguntas. ¿Qué había en la aguja? ¿Cuántas dosis necesitaría? ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse, y dónde? Y, por encima de todo: ¿viviría? ¿Viviría?

II

Al hombre sólo parecía preocuparle la respuesta a una de aquellas preguntas.

—Es un compuesto a base de un isótopo de potasio. Si le contara a usted todo lo que sé acerca de él y cómo llegué a descubrirlo, nos ocuparía más tiempo del que disponemos. Pero la idea general es ésta: teóricamente, cada átomo está equilibrado eléctricamente, prescindiendo de las normales excepciones. Todas las cargas eléctricas de la molécula se supone que están equilibradas: tanto más, tanto menos, igual a cero. Yo partí del hecho de que el equilibrio de cargas en una célula desordenada no es cero. Se produce una especie de tormenta submicroscópica a nivel molecular, con pequeños relámpagos llameando continuamente y cambiando las señales. Deshaciendo el equilibrio.

»Bien. La causa de esas tormentas —virus, agentes químicos, radiaciones, traumas físicos o incluso la ansiedad— es secundaria. Lo importante es conseguir que las tormentas no se produzcan, lograr que las células puedan reparar por sí mismas lo que funciona mal. Y los sistemas biológicos no son como pelotas de ping-pong con cargas estáticas esperando que la carga se consuma o pase a un cable que la absorba. Poseen una especie de elasticidad que los capacita para tomar un poco más de carga, o un poco menos, y seguir funcionando. Pero, entonces, un grupo de células se desquicia, por así decirlo, y absorbe un centenar de unidades suplementarias de carga positiva. Las células inmediatamente contiguas afectadas... pero no así la capa siguiente, ni la otra.

»Si esas capas pudieran recibir la carga suplementaria, la dispersión restablecería la normalidad en las células desquiciadas. ¿Comprende lo que quiero decir? La sobrecarga quedaría repartida entre un mayor número de células y sus efectos serían prácticamente nulos. En otras palabras, si se puede inundar el cuerpo con un compuesto que favorezca la amplia expansión de esa carga desequilibrada, las células sobrecargadas sanarán rápidamente. Y eso es lo que tengo aquí».

Sujetó la aguja hipodérmica entre sus rodillas y de una caja de plástico sacó un algodón empapado en alcohol. Sin dejar de hablar, cogió el brazo de la muchacha, entumecida por el terror, y frotó la parte interna de su codo.

—No pretendo sugerir que las cargas nucleares del átomo sean lo mismo que la electricidad estática. Pero la analogía es válida. Podría utilizar otra analogía. Podría comparar la carga de las células desquiciadas a acumulaciones de grasa. Y este compuesto mío a un detergente que la desintegrara y extendiera hasta el punto de que no pudiera ser localizada. Pero me atengo a la analogía estática debido a un raro efecto colateral: los organismos inyectados con este compuesto desarrollan una increíble carga estática. Es un subproducto y, por motivos que de momento son pura hipótesis para mí, parece estar sintonizado con el audioespectro. Diapasones y cosas

por el estilo... Eso es lo que estaba haciendo cuando usted me encontró. Aquel árbol está empapado de este compuesto. Había desarrollado numerosas células desquiciadas. Y ahora no tiene ninguna.

El hombre sonrió y levantó la aguja, en tanto que con la otra mano agarraba el brazo izquierdo de la muchacha y lo apretaba suavemente, pero con firmeza. Luego, la aguja descendió y se deslizó en la gran vena tan diestramente, que la muchacha abrió la boca, asombrada: no porque le doliera, sino porque no le había dolido.

—No se mueva, por favor —dijo el hombre—. Lo siento, pero el proceso de inoculación es un poco lento. Lo cual es muy conveniente, ¿sabe? —inquirió, resumiendo el tono de sus anteriores observaciones acerca del audioespectro—, porque, efecto colateral o no, es consistente. Los biosistemas saludables desarrollan un intenso campo electrostático; los nocivos desarrollan un campo muy débil, o ninguno. Con un instrumento tan primitivo y sencillo como aquel pequeño electroscopio se puede saber si alguna parte del organismo tiene una comunidad de células desquiciadas y, en caso afirmativo, dónde se encuentra, qué tamaño tiene y hasta qué punto alcanza el desquiciamiento... —Diestramente, varió la posición de su mano derecha sobre la jeringuilla sin mover la punía de la aguja ni alterar la presión del émbolo. La cosa empezaba a resultar incómoda: un dolor convirtiéndose en un rasguño—. Y si se está preguntando por qué este mosquito tiene una muesca con un alambre encajado en ella (aunque apostarí cualquier cosa a que no se lo pregunta y a que sabe tan bien como yo que sólo hablo para mantener ocupada su mente), se lo diré. Es un simple hilo conductor que transporta una corriente alterna de alta frecuencia. El campo alterno cuida de que el líquido sea magnética y electrostáticamente neutro desde el primer momento.

Extrajo la aguja súbita y suavemente, dobló un brazo y colocó un trozo de algodón en la parte interna del codo de la muchacha.

—Nadie me había dicho eso después de un tratamiento —murmuró la muchacha.

—¿Qué?

—Ningún reproche.

De nuevo aquella ola de aprobación, esta vez con palabras:

—Me gusta su estilo. ¿Cómo se encuentra? Ella rebuscó las palabras exactas:

—Como la propietaria de una gran histeria durmiente suplicando a alguien que no la despierte. El hombre se echó a reír.

—Dentro de muy poco se sentirá usted tan rara que no le quedará tiempo para la histeria.

Se incorporó y devolvió la aguja a la mesa de trabajo, enrollando el cable al mismo tiempo. Cerró el campo AC y volvió con una gran vasija de cristal y un trozo cuadrado de madera contrachapeada. Colocó la vasija boca abajo en el suelo cerca de ella y cubrió con la madera su ancha base.

—Recuerdo algo parecido a eso —dijo ella—. Cuando estaba en... en la Escuela Superior. Estaban generando rayos artificiales con un... —déjeme recordar—, bueno,

era una especie de cinturón muy largo lleno de alambres y con una bola de cobre en la punta.

—Un generador Van der Graaf.

—Exacto. Y hacían toda clase de experimentos con él. Pero lo que recuerdo de un modo especial es que estaba de pie sobre un trozo de madera colocado encima de una vasija como esa, y me cargaban con el generador. No sentía casi nada, excepto que todos mis cabellos se erizaban. Y todo el mundo se reía. Parecía una pepona... Dicen que estaba cargada con cuarenta mil voltios.

—Bien. Me alegro de que recuerde eso. Aunque ahora será un poco distinto. Serán algo menos de cuarenta mil.

—¡Oh!

—No se preocupe. Mientras esté usted aislada, y mientras los objetos sin aislar —yo, por ejemplo— permanezcan apartados de usted, no se producirán chispas.

—¿Va a utilizar usted un generador como aquél?

—No... y ya lo he utilizado. El generador es usted.

—¿Yo? ¡Oh!

La muchacha había levantado su mano del brazo del sillón y se oyeron una serie de chasquidos acompañados de un leve olor a ozono.

—Es usted un generador más eficaz de lo que pensaba... y más rápido. Levántese.

La muchacha se puso en pie lentamente. A medida que se apartaba del sillón fue envolviéndola una especie de red de hilos blanco-azulados. Notó que estaba a punto de caer.

—¡Manténgase en pie! —gritó el hombre, y ella hizo un esfuerzo sobrehumano para obedecerle. El hombre retrocedió un paso—. Suba a ese tablero. Aprisa.

Ella obedeció, dejando tras de sí dos leves rastros de fuego. Una vez sobre el tablero, los dientes le castañearon. Visiblemente, sus cabellos empezaron a erizarse.

—¿Qué es lo que me pasa? —gritó.

—Se está usted cargando, después de todo —respondió el hombre en tono jovial, aunque ella no se hallaba en condiciones de apreciar aquella jovialidad. Volvió a gritar—: ¿Qué es lo que me pasa?

—Todo marcha estupendamente —dijo él, en tono tranquilizador.

Se acercó a la mesa de trabajo y manipuló en un generador. El aparato dejó oír un leve zumbido en la escala de cien a trescientos ciclos. El hombre empezó a aumentar el volumen. A medida que lo hacía, los dorados cabellos de la muchacha iban erizándose, tratando frenéticamente de separarse unos de otros. Cuando el generador alcanzó los diez mil ciclos, la cabeza de la muchacha recordaba la de una pepona, tal como ella misma había dicho.

El hombre cogió el electroscopio y se acercó a la muchacha, sonriendo.

—Es usted un electroscopio, ¿lo sabía? Y un generador Van der Graaf viviente, también. Y una pepona.

—Déjeme bajar —fue lo único que ella pudo decir.

—Todavía no. Resista un poco más. El diferencial entre usted y todo lo que hay aquí es tan elevado que si se acercara a cualquier objeto se descargaría en él. No sufriría usted ningún daño —no se trata de electricidad vulgar—, pero podría producirle alguna quemadura y un shock nervioso —Levantó el electroscopio. Incluso a aquella distancia, y en medio de su angustia, ella pudo ver cómo se entreabrían las hojas doradas. El hombre dio la vuelta en torno a ella, observando atentamente las hojas, moviendo el instrumento hacia adelante y hacia atrás y de un lado a otro. Luego se acercó a la mesa de trabajo y manipuló en el generador—. Está usted enviando un campo tan intenso, que puedo recoger las variaciones —explicó y regresó junto a ella, ahora acercándose más.

—No puedo... resistir más... no puedo —murmuró la muchacha.

El hombre no la oyó o no quiso oírla. Acercó el electroscopio al abdomen de la muchacha, moviéndolo de un lado a otro.

—¡Aja! ¡Aquí está! —exclamó alegremente, acercando el instrumento a su mano derecha.

—¿El qué? —susurró ella.

—Su cáncer. En la mama derecha, bajo, dando la vuelta hacia el sobaco —Dejó escapar un silbido—. Pequeño, pero muy maligno.

Ella se tambaleó y cayó hacia adelante. Se sintió tragada por un pozo de insondable negrura y perdió el conocimiento.

Lugar donde la pared se une al techo. Otra pared, otro techo. No los había visto antes. No importa. Dormir.

Lugar donde la pared se une al techo. Algo en medio. Su cara, próxima, cansada... aunque los ojos están despiertos. No importa.

Dormir.

Lugar donde la pared se une al techo. Unos crisantemos en un jarrón verde y dorado. Y su cara, de nuevo.

—¿Puede oírme?

Sí, pero no contesto. No me muevo. No hablo. Dormir.

Es una habitación, una pared, una mesa, un hombre paseando de un lado para otro.

—¿Cómo se encuentra?

Urgente, urgente.

—Sed.

Zumo de limón, muy frío. El hombre la sostiene por la nuca con una mano, sujetando el vaso con la otra. Oh, no, eso no...

—Gracias. Muchas gracias...

Trato de incorporarme. ¡Estoy desnuda!

—Lo lamento —dice el hombre, como si leyera su pensamiento—. Hay cosas que no pueden hacerse con un mini-vestido y unos leotardos puestos. Todo está lavado, y seco, y a punto. Ahí.

El minivestido, los leotardos y los zapatos están sobre una silla, al alcance de la mano.

—¿A qué cosas se refiere?

—Evacuar y todo eso —dice el hombre tranquilamente.

La sábana oculta el cuerpo... pero no la turbación.

—¡Oh! Lo siento. Debí...

Sacude la cabeza.

—Sufrió usted un shock y no recobró el conocimiento.

El hombre vaciló. Era la primera vez que ella le veía vacilar. Por un instante, casi pudo leer su pensamiento:

¿Debo decirle lo que pienso?

Desde luego, debía hacerlo. Y lo hizo.

—No quería usted recobrar el conocimiento.

—Lo he olvidado todo.

—El peral, el electroscopio, la inyección, la respuesta electrostática...

—Usted me dijo que yo tenía cáncer.

Lo dijo en tono acusador.

El hombre se echó a reír.

—Usted me dijo que lo tenía.

—¡Oh! Pero no lo sabía con seguridad.

—Eso lo explica todo —dijo el hombre, en tono de alivio—. En lo que yo hice no había nada que pudiera provocar ese letargo de tres días. Tenía que haber algo en usted.

—¡Tres días!

Él se limitó a asentir y continuó con lo que estaba diciendo:

—De cuando en cuando me muestro un poco engreído. Lo cierto es que no estoy acostumbrado a equivocarme. Tal vez me extralimité en mis suposiciones, en lo que a usted respecta. Cuando sugerí que había ido a un médico, que le habían hecho una biopsia... No vio usted a ningún médico, ¿verdad?

—Tenía miedo —admitió ella—. Mi madre murió de ese mal... y mi tía... y mi hermana tuvo que someterse a una mastectomía radical. No podía soportar la idea. Y cuando usted...

—Y cuando yo le dije lo que usted ya sabía pero no quería oír, no pudo aceptarlo. Se desmayó. Ella empezó a llorar.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Hacer? Regresar a casa y reanudar su vida normal, con todo lo que ello pueda significar.

—Pero, usted dijo...

—¿Cómo podré convencerla de que lo que yo hice no fue un diagnóstico?

—¿Quiere usted decir... que me ha curado?

—Quiero decir que se está curando. Ya se lo expliqué antes. Lo recuerda, ¿verdad?

—No del todo, pero... sí —Disimuladamente (aunque no lo suficiente, ya que él se dio cuenta) palpó su seno por debajo de la sábana—. Aún está aquí.

—Si le doy un golpe en la cabeza con un palo —dijo el hombre, con una sencillez ligeramente exagerada—, le saldrá un chichón. Estará ahí mañana, y pasado mañana. Al otro día será un poco más pequeño. Y al cabo de una semana podrá usted palparlo aún, pero prácticamente habrá desaparecido. ¿Comprende?

Finalmente, la muchacha se sintió penetrada por la enormidad del asunto.

—Curar el cáncer con una sola inyección... —murmuró.

—¡Oh! —exclamó el hombre, bruscamente—. No me repita el discurso, por favor. Me lo sé de memoria. Desconcertada, la muchacha inquirió:

—¿Qué discurso?

—El discurso acerca de mi deber para con la humanidad. Estoy harto de oírlo. Y harto de saber que la humanidad sólo acepta las cosas buenas cuando proceden de fuentes ortodoxas y respetables.

—Pero, yo...

—Usted es el mejor ejemplo de lo que quiero decir —dijo él, apuntándola con un dedo acusador—. Si mis suposiciones hubiesen sido correctas y hubiese usted acudido a su matasanos habitual... y él hubiese diagnosticado cáncer y la hubiera enviado a un especialista que hubiese confirmado el diagnóstico y la hubiera enviado a otro especialista para que ratificara el diagnóstico, y usted, presa de pánico, hubiera caído en mis manos y yo la hubiese curado, ¿sabe qué dirían su matasanos y sus colegas? «Remisión espontánea», esto es lo que dirían. Y no serían sólo los médicos —continuó, en tono apasionado—. Todo el mundo tiene su propio comercio. Su dietético atribuiría el éxito a sus galletas de harinas de germen de trigo o a sus pastelillos de arroz macrobióticos. Su capellán caería de rodillas mirando al cielo. Su...

—¡Por favor! —gritó la muchacha.

Pero el hombre gritó más.

—¿Sabe usted quién soy? Soy un ingeniero, mecánico y eléctrico, y poseo un título universitario. Si usted fuera lo bastante estúpida como para contarle a alguien lo que ha pasado aquí (cosa que no creo, aunque sé cómo protegerme), podrían encarcelarme por practicar la medicina sin ser médico. Podría usted acusarme de haberla hecho objeto de malos tratos porque le he clavado una aguja hipodérmica, e incluso de raptó por haberla traído aquí desde mi laboratorio. A nadie le importaría un bledo que yo haya curado su cáncer. Usted no sabe quién soy, ¿verdad?

—No, ni siquiera conozco su nombre.

—Y yo no se lo diré. Tampoco yo sé cómo se llama usted.

—¡Oh! Me llamo...

—¡No me lo diga! ¡No me lo diga! No quiero oírlo. Lo único que quiero es que se vaya de aquí, en cuanto esté en condiciones de hacerlo. ¿Está claro?

—Permítame que me vista —dijo ella secamente— y me iré ahora mismo.

—¿Sin pronunciar un discurso?

—Sin pronunciar un discurso —Súbitamente, su furor se transformó en tristeza y murmuró—: Sólo quería decirle que le estoy muy agradecida. Suponiendo que no le moleste que se lo diga...

Súbitamente, el hombre se acercó al lecho y se arrodilló al lado de la cabecera, de modo que su rostro quedó al nivel del de la muchacha.

—No me molesta, en absoluto. Al contrario, creo que sería estupendo. Pero... su agradecimiento no se prolongará más allá de diez días, cuando le entreguen el certificado de «remisión espontánea»...

Ella captó tal tristeza detrás de aquellas palabras que inconscientemente buscó con la suya la mano varonil que se apoyaba en el borde del lecho. El hombre no apartó la mano, pero no pareció recibir de buen grado el contacto.

—¿Por qué no puedo estar agradecida desde este momento?

—Eso sería un acto de fe —respondió él amargamente—. Algo que ya no sucede... si es que ha sucedido alguna vez.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—No se vaya esta noche, por favor —añadió—. La noche es muy oscura y usted no conoce el camino. La veré mañana por la mañana.

Cuando regresó por la mañana la puerta estaba abierta, la cama hecha y las sábanas muy bien plegadas sobre el sillón. Pero ella se había marchado.

El hombre salió al patio y contempló el bonsai.

Las relaciones entre un hombre y un bonsai resultan difíciles de explicar. En términos generales, un árbol es una cosa viva y, al igual que todas las cosas vivas, cambia. Y un árbol desea cambiar de un modo específico. Un hombre ve el árbol y empieza a modificarlo mentalmente, imaginando lo que puede añadirsele o cortársele. El árbol sólo hará lo que un árbol puede hacer: resistir hasta la muerte cualquier tentativa de hacer lo que no puede hacerse o de hacerlo en menos tiempo del necesario. En consecuencia, la forma de un bonsai es siempre un compromiso y una cooperación. Un hombre no puede crear un bonsai, ni puede crearlo un árbol. Son necesarios los dos, y deben comprenderse el uno al otro. Y la tarea requiere mucho tiempo. Uno imagina la forma que quiere darle a su bonsai. Con alambre, agua y luz, plantando hierbas que absorban humedad o arbustos que proyecten sombra, uno le explica al árbol lo que desea. Y si la explicación es correcta y existe una gran comprensión entre el hombre y el árbol, este último responderá y obedecerá... casi siempre.

Siempre existirá una variación individual: De acuerdo, haré lo que deseas, pero lo haré a mi manera.

Es la forma de esculpir más lenta del mundo, y a veces no se sabe quién está siendo esculpido, en realidad, si el árbol o el hombre.

Llevaba cosa de diez minutos contemplando su bonsai cuando resonó una voz a sus espaldas.

—Buenos días.

—¡Caramba! —ladró—. Me ha hecho usted morder la lengua. Pensé que se había marchado.

—Lo hice —dijo ella, sencillamente—. Pero me detuve a contemplar el árbol.

—¿Y qué?

—Pensé mucho.

—¿En qué?

—En usted.

—¿Se irá ahora?

—Mire —dijo ella en tono firme—. No voy a ir a ningún médico para que me revise. No quería marcharme sin haberle dicho esto y sin estar segura de que usted me creía.

—Entre en la casa. Comeremos algo.

Ella dejó escapar una risita.

—No puedo andar. Tengo los pies dormidos.

Sin vacilar, él la cogió en brazos y echó a andar hacia la casa.

Rodeando los hombros masculinos con su brazo, muy próximos los rostros, ella preguntó:

—¿Me cree usted?

El hombre no contestó hasta que estuvieron en la casa. Entonces antes de soltarla, dijo, mirándola a los ojos:

—La creo. No sé por qué ha decidido hacer eso, pero la creo.

La dejó sentada sobre un sillón y se apartó unos pasos.

—Eso es el acto de fe que usted mencionó —dijo ella, muy seria—. Pensé que debía usted tenerlo al menos una vez en su vida... para que no pudiera repetir lo que dijo —golpeó el suelo de pizarra con los pies—. ¡Uf! —exclamó, haciendo una mueca—. Tengo los pies llenos de alfileres.

—Por lo visto, ha estado usted pensando largo rato.

—Sí. ¿Quiere saber otra cosa?

—Desde luego.

—Es usted un hombre furioso y asustado.

Aquello pareció divertirle mucho.

—¡Hábleme de eso!

—No —respondió ella—. Cuéntemelo usted. Estoy hablando muy en serio. ¿Por qué está furioso?

—No lo estoy.

—¿Por qué está tan furioso?

—Le digo a usted que no lo estoy. Aunque usted me está empujando en esa dirección.

—¿No quiere decírmelo?

El hombre la contempló unos instantes en silencio. Finalmente, dijo:

—¿De veras quiere usted saberlo? Ella asintió.

El hombre agitó una mano.

—¿De dónde cree que procede todo esto: la casa, el terreno, el equipo? Ella esperó.

—Un sistema de precalentamiento del combustible en los motores de explosión —explicó el hombre—. Algo complicado para un profano, pero que puede resumirse diciendo que representa la posibilidad de utilizar combustibles crudos, aumentando su rendimiento y reduciendo notablemente la producción de gases residuales y, en consecuencia, el grado de contaminación del aire.

—Y con eso ganó usted mucho dinero.

—Gané mucho dinero —repitió el hombre—. Pero no porque el sistema haya dado un buen resultado. Una compañía de automóviles me compró la patente para enterrarla en una caja fuerte. No les gustaba, porque había que transformar los motores y eso costaba dinero. Y a sus amigos de las refinerías de petróleo tampoco les gustaba que pudiera utilizarse combustible crudo. De acuerdo, estoy furioso. Pero no volveré a cometer el mismo error. Recuerdo que cuando era muy joven trabajé en unos astilleros. Una de las cosas que hacíamos era limpiar los barcos-cisterna a base de estropajo y jabón. Un día se me ocurrió comprar un detergente y vi que la limpieza resultaba más completa, más rápida y más barata. Se lo dije a mi jefe, el cual me pegó un puñetazo en la boca por intentar demostrarle que conocía su trabajo mejor que él. Las cosas son así. No sé por qué, pero son así.

»En cualquier situación, surge inevitablemente una pregunta tras otra. Y a mí me gusta encontrar la respuesta a la pregunta siguiente. Por desgracia, vivimos en un mundo de personas reacias a formularse las preguntas que se encadenan.

»Me han llenado los bolsillos de dinero por algo que la gente no utilizará nunca. En ese laboratorio hay media docena de inventos sensacionales que nadie conocerá nunca. Pero, ¿qué se puede hacer en un mundo donde la gente prefiere matarse en un desierto, aunque se le demuestre que el desierto puede convertirse en un vergel?

»Sí, estoy furioso. ¿Acaso no tengo motivos para estarlo?»

Ella dijo:

—Tal vez se formula usted la pregunta siguiente, en vez de formularse la pregunta correcta. Si coloca usted su mano sobre una estufa caliente puede preguntarse a sí mismo: ¿Cómo puedo dejar de quemarme? Y la respuesta es evidente, ¿verdad? Si el mundo sigue rechazando lo que usted le ofrece, tiene que existir un modo de preguntar que contenga la respuesta al por qué.

—Es una respuesta sencilla —dijo el hombre, secamente—. La gente es estúpida.

—Ésa no es la respuesta, y usted lo sabe —dijo ella.

—¿Cuál es, entonces?

—¡Oh! Yo no puedo decirle eso... Lo único que sé es que el modo de hacer algo, cuando hay personas involucradas, es más importante que lo que se hace. Usted, por ejemplo, sabe cómo obtener el resultado que desea en un árbol, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Pues bien, las personas también son cosas vivas, en desarrollo. No sé la centésima parte de lo que usted sabe sobre los bonsai, pero sé esto: cuando se escoge uno, no suele ser el más fuerte y el más sano, sino los retorcidos y enfermizos, más idóneos para ser transformados en algo bello. Cuando pretenda esculpir a la humanidad, recuerde eso.

—¡Oh! No sé si reírme en su cara... o aplastarle las narices de un puñetazo...

Ella se puso en pie. Hasta entonces, el hombre no se había fijado en lo alta que era.

—Será mejor que me vaya.

—Vamos, vamos... ¿No se lo habrá tomado en serio? Era un modo de hablar...

—No me siento amenazada, si se refiere a eso. Pero, de todas maneras, es mejor que me vaya.

Súbitamente, el hombre inquirió:

—¿Teme usted formular la pregunta siguiente?

—Muchísimo.

—Formúlela, no tenga miedo.

—No.

—Entonces, lo haré yo por usted. Dijo que yo estaba furioso... y asustado. Y quiere saber de qué estoy asustado.

—Sí.

—De usted. Estoy mortalmente asustado de usted.

—¿De veras?

—Sí, y usted lo sabe. ¿Quiere que adivine lo que está pensando? Que tengo miedo de cualquier relación humana demasiado íntima. Que me inspira temor cualquier cosa que no pueda desmontar con un destornillador, con un espectroscopio, o con una tabla de cosenos y tangentes... No sabría manejarla.

Su voz era jocosa, pero sus manos temblaban.

—Podrá usted manejar cualquier cosa, si la trata pensando que es algo vivo, como una mujer o un bonsai. Será lo que usted quiera que sea, si le dedica tiempo y cuidados y concede un margen a su propio impulso.

El hombre dijo:

—Creo que me está haciendo alguna clase de oferta. ¿Por qué?

—Me he pasado despierta la mayor parte de la noche, pensando. Y se me ha ocurrido una idea muy rara. ¿Cree usted que dos árboles retorcidos y enfermos pueden hacer bonsai el uno del otro?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

Pájaro en mano

Larry Niven

El Instituto de Investigación Temporal ha proporcionado a Larry Niven numerosas y divertidas ideas para sus relatos. Nos quedamos con éste, que trata de un ave fabulosa, un Secretario General con la mentalidad de un niño de seis años y una expedición por el Tiempo que obtiene resultados desconcertantes. Éste es el tipo de relato por el que se recuerda con cariño la revista Unknown Worlds, pero con la adición de algunas extrapolaciones auténticamente científicas.

—Eso no es un rocho —dijo Ra Chen.

El ave les devolvió una mirada estúpida desde el otro lado de la gruesa pared de cristal. Sus alas eran pequeñas y subdesarrolladas, sus patas y pies enormes, ridículos. Pesaba trescientas libras y tenía casi ocho pies de estatura.

—Me dio una coz —se quejó Svetz, un hombrecillo delgado—. Me alcanzó en un costado y me partió cuatro costillas.

—Pero no es un rocho. Lo siento, Svetz. Mientras estabas en el hospital efectuamos unas investigaciones en la sección de historia de la Biblioteca de Beverly Hills. El rocho no existió nunca: fue un animal legendario.

—Pero, mira eso...

Ra Chen asintió.

—Eso es lo que dio origen a la leyenda, probablemente.

Los primeros exploradores de Australia vieron a esos... avestruces corriendo por allí. Y se dijeron a sí mismos: «Si los pollos son de ese tamaño, ¿cómo serán los adultos?» Entonces regresaron a sus países y empezaron a contar historias acerca de los adultos.

—¿Y me ha destrozado las costillas un ave incapaz de volar?

—Cálmate, Svetz. No se ha perdido todo. El avestruz era una especie extinguida. No caerá mal en el vivarium del Secretario General.

—Pero el Secretario General quería un rocho. ¿Qué vas a decirle?

Ra Chen hizo una mueca.

—La cosa es mucho peor. ¿Sabes lo que quiere ahora el Secretario General?

El Secretario General constituía un problema para todo el mundo. Un gene recesivo heredado de su poderosa familia le había dejado con la inteligencia de un niño de seis años. Otra clase de herencia le había convertido en dueño y señor de la Tierra y de sus colonias. Su capricho era ley en todo el universo explorado.

Sea lo que fuere lo que ahora deseaba el Secretario General, resultaba vital que lo obtuviera.

—Algún imbécil se lo llevó a nadar a Los Ángeles —dijo Ra Chen—. Ahora insiste en ver la ciudad antes de que se hundiera.

—No parece una idea descabellada.

—No lo sería, si su deseo se limitara a ver la ciudad. Pero alguien de su Círculo de Consejeros se dio cuenta de su interés, y le han proporcionado grabaciones históricas de Los Ángeles. Le gustaron. Y ahora quiere participar en el primer Motín Watts.

Svetz tragó saliva.

—Eso plantearía algunos problemas de seguridad.

El avestruz ladeó la cabeza, estudiándoles. Parecía la cría enorme de un ave mucho más enorme. Svetz podía imaginar que acababa de ver cómo rompía el cascarón de un huevo del tamaño de un bungalow.

—Me duele la cabeza —dijo—. ¿Por qué me cuentas esas cosas? Sabes perfectamente que la política no es lo mío.

—¿Imaginas lo que ocurriría si provocáramos la muerte del Secretario General? Existen ya poderosas facciones que anhelan la desaparición del Instituto de Investigaciones Temporales.

—Pero, ¿qué podemos hacer? No podemos desatender una petición directa del Secretario General.

—Podemos distraerle.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé. Si pudiera llegar hasta su niñera —murmuró Ra Chen entre dientes—. Lo he intentado varias veces, inútilmente. Tal vez la ha sobornado el ISR. Tal vez es leal. Hace treinta y ocho años que cuida al Secretario General.

—¿Cómo podemos saber lo que le llamaría la atención al Secretario General? Sólo le he visto cuatro veces en actos oficiales... Si pudiéramos distraerle con un juguete nuevo, se olvidaría de Los Ángeles.

La jaula ante la cual pasaban estaba etiquetada:

ELEFANTE

Recuperado del año 700 Ante-Atómico,
en la región de la India, Tierra. EXTINGUIDO.

El arrugado animal, de color gris, les contempló con soñolienta indiferencia. No había sido capturado por Svetz.

Pero Svetz había capturado casi la mitad de los animales que había allí, incluidos varios cuyos tanques estaban medio llenos de agua. Svetz temía a los animales. Especialmente a los de gran tamaño. ¿Por qué Ra Chen le enviaba siempre a capturar animales?

Los diez metros de basilisco de la jaula siguiente reconocieron a Svetz. Le arrojó un chorro de llamas blanco-anaranjadas, y agitó furiosamente sus diminutas alas de

murciélago al comprobar que la llama no traspasaba el cristal.

Los animales de la Tierra del pasado estaban encerrados porque tenían que ser protegidos del aire de la Tierra del presente.

Svetz recordó el cielo azul-cobalto de la Tierra del pasado y se tranquilizó. El cielo de la tarde de hoy era turquesa brillante en el cenit, con tonos verde pastel y amarillos cerca del horizonte. Svetz lo vio y se tranquilizó. Si el escupefuego chino salía de la jaula alguna vez, estaría demasiado ocupado respirando aire más puro para atacar a Svetz.

—¿Qué podríamos traerle? Creo que está cansado de estos animales. ¿Qué opinas de una jirafa, Svetz?

—¿Una qué?

—O un perro, o un sátiro... o tal vez un oso.

—Me pregunto si no estaremos siguiendo un camino equivocado —dijo Svetz.

—¿Por qué?

—El Secretario General tiene animales suficientes para satisfacer a un millar de hombres. Y, lo que es peor, estamos compitiendo con Espacio al traer animales raros. Ellos también pueden hacerlo.

Ra Chen se rascó la nuca.

—Nunca había pensado en eso. Tienes razón. Pero tenemos que hacer algo.

—Con una máquina del tiempo se pueden hacer muchas cosas.

Podían haber tomado una plataforma de desplazamiento para regresar al Centro.

Ra Chen prefirió andar. Así tendría la oportunidad de pensar, dijo.

Svetz andaba con la cabeza inclinada al lado de su jefe. La inspiración había acudido a él en casos similares, cuando la necesitaba. Pero llegaron al rojo hexaedro de piedra arenisca que era el centro, y el relámpago mental no había brillado.

Una gran mano se cerró sobre su brazo.

—Un momento —dijo Ra Chen en voz baja—. El Secretario General nos está haciendo una visita.

El corazón de Svetz se encogió.

—¿Cómo lo sabes?

Ra Chen señaló.

—Deberías reconocer eso que hay en la calzada. Lo trajimos el mes pasado desde el 3 de junio del año 26 Post-Atómico, el día del Gran Terremoto de California, de Los Ángeles. Es un automóvil de combustión interna. Pertenece al Secretario General.

—¿Qué haremos?

—Entrar y que nos vea. Reza por que no insista en que le lleven a Watts, el 11 de agosto del año 20 Post-Atómico.

—¿Y si lo hace?

—Le enviaré allí. Pero no contigo, Svetz, sino con Zeera. Ella es negra y habla el inglés norteamericano. Puede ser una ayuda.

—¿Tú crees? —inquirió Svetz.

Pero estaba ya más tranquilo: los riesgos serían para Zeera.

Pasaron cerca del automóvil del Secretario General. Svetz estaba intrigado por su aspecto angular, sus complicados tableros de mandos, sus adornos cromados. Alguien había levantado el capó, de modo que el motor quedaba a la vista.

—¡Espera! —dijo Svetz súbitamente—. ¿Le gusta?

—¿De qué estás hablando?

—¿Le gusta su automóvil al Secretario General?

—Desde luego. Le tiene mucho cariño.

—Podemos traerle otro automóvil. California tenía que estar llena de automóviles el día anterior al Gran Terremoto.

Ra Chen se paró bruscamente.

—Tal vez tengas razón. Podría entretenerle, darnos tiempo...

—¿Para qué?

Ra Chen no pareció oírle.

—¿Un coche de carreras? No, se estrellaría... Y el Círculo de Consejeros no permitiría que instalásemos un conductor robot. Quizás un descapotable...

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Vale la pena intentarlo —dijo Ra Chen.

Subieron la escalinata.

En el Centro había tres máquinas del tiempo, incluyendo la que llevaba adosada una jaula, y una multitud de tableros con parpadeantes luces de colores, que era lo que más le gustaba al Secretario General. Este sonrió al ver que se acercaba Ra Chen. Sus guardaespaldas le rodeaban con los rostros rígidos y las palmas de las manos pegadas a las culatas de sus pistolas.

Ra Chen presentó a Svetz como a «mi mejor agente». Svetz quedó tan abrumado por el honor que sólo pudo tartamudear unas palabras ininteligibles. Pero el Secretario General no pareció darse cuenta.

Cuando Ra Chen formuló la pregunta acerca de los automóviles, el Secretario General sonrió de oreja a oreja y asintió vigorosamente. Enfrentado a una amplia gama de modelos —cinco o seis décadas con docenas de modelos nuevos cada año—, el Secretario General se chupó el dedo índice y meditó profundamente.

Finalmente llegó a una decisión.

—«¿Por qué no se lo preguntas a él? ¿Por qué no se lo preguntas a él?» —remedó Ra Chen furiosamente—. Ahora ya lo sabemos. ¡El primer automóvil! ¡Quiere el primer automóvil que se construyó!

—¿Cómo podía imaginar una cosa así? —trató de disculparse Svetz, en tono lastimero—. Significa una investigación que abarcará más de dos décadas en los continentes europeo y norteamericano...

—Utilizaremos los libros de la Biblioteca de Beverly Hills. Pero es un mal

asunto, Svetz...

La incursión a la Biblioteca de Beverly Hills se llevó a cabo en pleno día, utilizando la máquina del tiempo que llevaba adosada la jaula, el 3 de junio del año 26 Post-Atómico. El mismo día que empezaron a producirse los temblores de tierra...

Svetz, Ra Chen y Zeera Southworth se pasaron la mitad de la noche en la sección de Historia de la Biblioteca de Beverly Hills. Ra Chen sabía el suficiente inglés norteamericano para reconocer los títulos, pero al final Zeera tuvo que encargarse de la lectura.

Zeera Southworth era alta, delgada y muy morena, coronada de cabellos semejantes a una explosión de pólvora negra. Entre los hombres que trabajaban en el Centro tenía fama de ser tan frígida como las cavernas de Plutón. También era la única que podía manejar el caballo unicornio que Svetz había traído de la Bretaña prehistórica.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, leyendo en voz alta los párrafos pertinentes, mientras los otros paseaban de un lado para otro. Seguían una intrincada pista de referencias...

A las dos de la mañana estaban sudorosos y enfurecidos.

—¡Nadie inventó el automóvil! —estalló Ra Chen—. ¡Apareció por casualidad!

—Desde luego, tenemos un amplio campo donde elegir —convino Zeera—. Supongo que podemos prescindir del automóvil a vapor. Esto eliminaría a Cugnot y a Trevithick.

—Gracias sean dadas a la Ciencia por eliminar algo.

Svetz dijo:

—Nuestras mejores posibilidades parecen ser Lenoir de Francia y Marcus de Viena. Sin perder de vista los derechos que alegan Daimler y Benz, y la patente de Selden, en vigor durante muchos años...

—¡Hay que escoger uno! —exclamó Ra Chen.

—Un momento —dijo Zeera, la única que parecía conservar la calma—. Este Ford podría ser lo que buscamos.

—¿Ford? ¿Por qué? Lo único que inventó Ford fue un sistema de producción en masa.

Zeera esgrimió el libro. Svetz lo reconoció: un volumen que ella había estado leyendo antes.

—Este libro asegura que Ford fue el responsable de todo, que creó la industria del automóvil sin ayuda de nadie.

—Pero nosotros sabemos que eso no es verdad —protestó Svetz.

Ra Chen agitó una mano, como barriendo la objeción.

—Tomaremos el automóvil Ford, y presentaremos ese libro para autentificarlo. ¿Quién conocerá la diferencia?

—Pero, si alguien efectúa las mismas investigaciones que nosotros... ¡Oh! Desde luego. Obtendrá las mismas respuestas. Es decir, ninguna respuesta. El Ford es tan

bueno como cualquier otro.

—Es preferible que a nadie se le ocurra investigar —dijo Zeera—. Lástima que no podamos llevarnos el modelo T; tiene más aspecto de automóvil.

A la mañana siguiente, Ra Chen cursó las últimas instrucciones.

—Si tomásemos un modelo de una época posterior, del Instituto Smithsonian, por ejemplo, la cosa resultaría menos complicada —dijo Zeera.

—El automóvil tiene que ser nuevo —dijo Ra Chen—. Compréndalo, Zeera. ¡No podemos darle al Secretario General un automóvil de segunda mano!

—Es cierto.

—La dejaremos en tierra a las tres de la mañana. Utilice infrarrojos y píldoras para cambiar su visión. No muestre ninguna luz visible. La luz artificial probablemente les asustaría mortalmente.

—De acuerdo. ¿Qué hay del dialecto?

—Usted habla inglés norteamericano blanco y negro, pero de un período posterior. No emplee el argot. Sea negra, a menos que quiera impresionar a algún blanco. Entonces hable blanco, pero hable lenta y cuidadosamente y utilice palabras sencillas. Creerán que es usted de otro país. Eso espero.

Zeera asintió. Entró en la jaula arrastrando detrás de ella el duplicador. No abultaba mucho, pero pesaba alrededor de una tonelada, sin el generador.

Vieron cómo la jaula se hacía borrosa y desaparecía. Continuaba unida a la máquina del tiempo, pero conectada a lo largo de una dirección que no transmitía luz.

—¡Ya está! —exclamó Ra Chen, frotándose las manos—. No creo que Zeera tenga ninguna dificultad para conseguir uno de los cacharros de Henry Ford. Las dificultades pueden empezar cuando el Secretario General vea lo que le entregamos.

Svetz asintió, recordando los grabados en blanco y negro y unidimensionales de los libros de historia. La máquina de Ford era desgachado, tosca, fea e informal. Unos cuantos añadidos subrepticios la harían un poco más manejable. Nada podría hacerla hermosa.

—Necesitamos otra distracción —dijo Ra Chen—. Con esto sólo hemos conseguido ganar tiempo.

—Hay algo que me gustaría probar —aventuró Svetz.

—¿Relacionado con...?

—El rocho.

Ra Chen hizo una mueca.

—Querrás decir el avestruz. No quieres darte por vencido, ¿eh? Desengáñate, Svetz, los rochos no existieron nunca.

Pero Svetz se mostró testarudo.

—¿Has oído hablar de la neotenia?

—No. Mira, Svetz, el viaje para ir en busca del rocho desequilibró nuestro presupuesto. No fue culpa tuya, desde luego, pero otro viaje nos costaría más de un millón de comerciales, y...

—No necesito la máquina del tiempo.

—¿No?

—Lo único que necesito es la ayuda del Veterinario de Palacio. ¿Puedes conseguírmela?

El Veterinario de Palacio era una mujer robusta, de piernas musculosas y mandíbula saliente. Una plataforma volante llena de instrumentos la seguía entre las jaulas.

—Conozco a cada uno de esos animales —le dijo a Svetz—. Incluso se me ocurrió la idea de darles un nombre. Cada animal debería tener un nombre.

—Ya lo tienen.

—Sí. ELEFANTE, AVESTRUZ —leyó—. A Gilgamesh se le da un nombre para que no se confunda con Gilbert. Pero a nadie se le ocurrirá confundir un CABALLO con un ELEFANTE. Sólo hay un ejemplar de cada animal. Lamentable.

—¿Y las crías?

—¿Sabe lo que hacemos con las crías? Las dejamos crecer un poco y luego las congelamos. Sólo puede haber un ejemplar de cada especie vivo —Se paró delante de la jaula del AVESTRUZ—. ¿Es ésa su presa? Tenía ganas de verla...

El ave ladeó la cabeza para estudiar a la pareja que se encontraba al otro lado del cristal. Pareció sorprenderse ante la presencia de Svetz.

—Parece una cría recién nacida —dijo la mujer—. Salvo por las patas y los pies desnudos, desde luego. Parecen haberse desarrollado para soportar una masa suplementaria.

Svetz estaba apurado por la necesidad de hallarse presente en dos lugares al mismo tiempo. Su propia sugerencia había puesto en marcha el proyecto de Zeera. Tendría que estar allí. Pero... el avestruz había sido su primer fracaso.

—¿Tiene aspecto de neoteno? —inquirió.

—¿Neoteno? Indiscutiblemente. La neotenia es un método ordinario de evolución. Nosotros mismos poseemos rasgos neotenos: piel desnuda, en tanto que todos los demás primates están cubiertos de pelo. Cuando nuestros antepasados empezaron a cazar su carne a través de las llanuras, necesitaron un sistema de enfriamiento superior al de la mayoría de los primates. De modo que conservaron un aspecto de inmadurez, la piel desnuda.

»El ajolote fue un ejemplo clásico de neotenia...

—¿El qué?

—Usted sabe lo que era una salamandra, ¿no? En su primera fase de desarrollo tenía agallas y aletas. En su edad adulta desarrollaba pulmones, perdía las agallas y vivía sobre la tierra. El ajolote, en cambio, conservaba las agallas y las aletas. Una recesión genética. Típica de la neotenia.

—Nunca he oído hablar de ajolotes ni de salamandras.

—Se extinguieron hace muchísimo tiempo. Necesitaban arroyos y balsas al aire libre para vivir.

Svetz asintió. El agua al aire libre era un veneno mortal, en cualquier parte de la Tierra.

—El problema estriba en que no sabemos cuándo perdió ese animal su capacidad para volar. No sabemos si, en virtud de algún factor neoténico casual, las alas del ave dejaron de desarrollarse. Como compensación, pudo desarrollar ese tamaño anormal.

—Ya. Entonces, sus antepasados...

—Pudieron tener el tamaño de un pavo. ¿Vamos a echarle una mirada?

El cristal se deslizó a un lado para dejarles entrar en la jaula. El avestruz se echó hacia atrás, intranquilo ante la presencia de la pareja.

La mujer abrió una bolsa de su plataforma flotante, sacó una especie de pistola y la utilizó. El avestruz profirió un gruñido y cayó al suelo, inconsciente.

La mujer avanzó hacia el animal... y se detuvo bruscamente en el centro de la jaula. Olfateó, volvió a olfatear y una expresión de terror asomó a su rostro.

—¿Acaso he perdido el sentido del olfato? —inquirió.

Svetz sacó un par de lo que parecían bolsas de celofán y le entregó una.

—Póngase esto.

—¿Por qué?

—Podría asfixiarse si no lo hiciera...

Svetz se colocó la otra bolsa, introduciéndola en su cabeza por la abertura y atándola después alrededor de su cuello.

—Este aire es letal —explicó—. Es el aire del pasado de la Tierra, reconstituido. Tiene una antigüedad de mil quinientos años. Por eso percibía usted únicamente el olor a avestruz.

»Para mantenerse viva usted no necesita dióxido de azufre y dióxido de carbono. Sólo necesita dióxido de carbono. Una determinada concentración de dióxido de carbono en su sangre estimula el reflejo respiratorio».

Ella había terminado de colocarse el casco filtrador.

—Supongo que aquí la concentración es demasiado baja.

—Exacto. Se olvidó usted de respirar. Está acostumbrada a un aire que tiene un cuatro por ciento de dióxido de carbono. Aquí, la proporción no llega ni a la décima parte.

»El ave puede respirar este aire. De hecho, moriría sin él. Nosotros hemos tenido mil quinientos años de tiempo para adaptarnos a lo que hemos puesto en el aire. El avestruz, no».

—No lo olvidaré —dijo la mujer secamente, hasta el punto de que Svetz se preguntó si le había estado dando lecciones a alguien que conocía la materia mucho mejor que él.

La mujer se arrodilló junto al caído avestruz y la plataforma descendió hasta su altura.

Svetz la contempló mientras manipulaba en el avestruz, tomando muestras de

tejido, comprobando la presión sanguínea y los latidos del corazón en respuesta a pequeñas dosis de hormonas y de drogas.

En términos generales sabía lo que ella estaba haciendo. Existían técnicas para invertir las mutaciones más recientes en las características genéticas de un animal. Uno no hacía siempre lo que se esperaba de él. Sin embargo... varias jaulas más allá había un homo habilis que había pertenecido al Círculo de Consejeros hasta que se le ocurrió sugerir que el Secretario General era un tarado mental y un tirano.

Mientras ella identificaba los desarrollos neotenos, trataría de averiguar también lo que ocurriría cuando fueran eliminados. Luego había problemas de metabolismo. Si Svetz estaba en lo cierto, la masa del ave aumentaría rápidamente. Y tendría que ser alimentada por vía intravenosa.

En términos generales... Pero los detalles de lo que ella estaba haciendo eran misteriosos y oscuros.

Svetz se encontró estudiando el casco filtrante de la mujer. Al hincharse se había hecho casi invisible. Un borde dorado se reflejaba por difracción contra el cielo pardoamarillento.

¿Deseaba realmente el Espacio apoderarse del Instituto de investigación Temporal? En tal caso, aquel halo dorado era un apoyo para su pretensión. Se trataba de una membrana semipermeable. Dejaba pasar selectivamente gases en ambas direcciones, convirtiendo en respirable una atmósfera casi irrespirable.

Procedía de un almacén del Espacio.

El IIT poseía otros materiales procedentes de las industrias del Espacio. Varillas volantes, pistolas que disparaban agujas anestésicas, la unidad antigravitacional de la nueva jaula adosada a la máquina del tiempo...

Pero su argumento básico era más sutil.

Hubo un tiempo en que los océanos estaban llenos de vida —pensó Svetz—. Ahora, los continentes están tan muertos como la Luna: sólo hay en ellos ciudades sumergidas. En otro tiempo, todo este continente era bosque y desierto viviente y agua dulce. Nosotros cortamos los árboles, matamos a los animales y envenenamos los ríos...

Hemos olvidado tanto acerca del pasado que no podemos separar la leyenda de los hechos. Nosotros hemos acabado con la mayoría de las formas de vida sobre la Tierra en los últimos mil quinientos años, y hemos cambiado la composición del aire hasta el punto de que no resistiríamos que volviera a ser lo que era.

Yo temo a los animales desconocidos del pasado. No puedo respirar el aire. No puedo reconocer las plantas comestibles. No mataría animales para comer. Y no sé cuáles de entre ellos me matarían a mí.

El pasado de la Tierra me es tan ajeno como el de otro planeta.

El Veterinario de Palacio estaba ocupado conectando intravenosamente el avestruz a unos tubos de diversos colores.

El teléfono de bolsillo de Svetz empezó a sonar.

Durante unos instantes, Svetz pensó en no contestar. Pero ganaron los buenos modales, y Svetz abrió el teléfono.

—Hay problemas —dijo la imagen de Ra Chen—. La jaula de Zeera ha iniciado su camino de regreso. Zeera debió tirar de la palanca de retorno inmediatamente después de haber pedido la jaula.

—¿Se marchó Zeera antes de que la jaula pudiera llegar allí?

—Sí —dijo Ra Chen—. Lo que ocurrió tuvo que ocurrir muy aprisa. Si ella pidió la jaula, es que tenía el automóvil. Un momento después hizo abortar la misión. Estoy preocupado, Svetz.

—No me gustaría tener que marcharme ahora —dijo Svetz.

Se volvió a mirar al avestruz. En aquel preciso instante se desprendían todas sus plumas, dejándolo completamente desnudo.

Aquello le decidió.

—Ahora no puedo moverme de aquí. Dentro de unos minutos tendremos un rocho completamente desarrollado.

—¿Qué? ¡Estupendo! Pero, ¿cómo...?

—El avestruz era una recesión neotena de un rocho.

—¡Estupendo! No te muevas de ahí, Svetz. Ya nos arreglaremos sin ti.

Ra Chen desconectó.

El Veterinario de Palacio dijo:

—No haga usted promesas que no pueda cumplir.

El corazón de Svetz dio un salto.

—¿Dificultades?

—No. Hasta ahora todo marcha sobre ruedas.

—Todas las plumas han caído. ¿Es bueno eso?

—No se preocupe por las plumas. Mire: ya hay otra capa de plumón. Y mire las patas: se están haciendo más fuertes.

El ave era ahora una gran bola de plumón amarillo. Su armazón se había encogido, pero las patas se habían encogido todavía más. De pie, la estatura del animal no habría alcanzado los cuatro pies. La masa suplementaria se había convertido en grasa, de modo que el avestruz era casi esférico; parecía un pato de gran tamaño tendido de costado sobre una balsa de plumas.

El Veterinario de Palacio miró a Svetz, sonriendo.

—Tenía usted razón —dijo—. El avestruz era un rocho neoteno.

En aquel momento cambió la luz.

Svetz levantó la mirada: el cielo tenía un color azul claro desde el horizonte hasta el cenit.

—¿Qué pasa? —La mujer estaba más divertida que asustada—. ¡Nunca había visto un color como ése!

—Yo, sí.

—¿Qué significa?

—No se preocupe. Pero conserve puesto el casco, especialmente si sale de la jaula. ¿Se acordará?

—Desde luego —La mujer enarcó las cejas—. Usted sabe algo acerca de esto, Svetz. Tiene algo que ver con el tiempo, ¿no es cierto?

—Creo que sí —respondió Svetz.

Ahora, el Veterinario de Palacio tenía un aspecto asustado. Pero continuó atendiendo a su paciente.

El avestruz yacía de costado, pero había abierto los ojos. Era enorme, y seguía aumentando de tamaño. Y sus plumas cambiaban de color. Sería un ave negra y verde.

Era casi tan grande como el elefante de la jaula contigua... cuyo aire soñoliento daba paso a otro de intranquilidad.

El ave no se parecía ya en nada a un avestruz.

El cielo era de color azul claro, el azul del lejano pasado, cruzado por nubes algodonosas de un blanco limpio y brillante. Azul desde el horizonte hasta el cenit, sin el menor rastro de los aditivos que deberían estar allí.

Por doquier yacían hombres y mujeres sin sentido. Svetz no se paró a prestarles ayuda. Lo que tenía que hacer era más importante.

Su paso se hizo más lento a medida que se acercaba al Centro. Le dolían las costillas recién curadas, como si alguien hubiese insertado entre ellas la hoja de un cuchillo.

Varios empleados habían caído alrededor del Centro, probablemente después de haber salido al exterior tambaleándose. Y allí estaba el automóvil del Secretario General. Detrás del vehículo, boca arriba, se encontraba Ra Chen.

Estaba vivo. Su pulso era rápido y tumultuoso. Pero no respiraba. O... sí, respiraba. Estaba inhalando el doble del dióxido de carbono necesario para estimular el reflejo.

Svetz entró en el Centro.

Más de una docena de personas se habían derrumbado junto a los iluminados tableros de control. Otras tres figuras estaban tendidas en el suelo, en un pasillo. El Secretario General yacía en un desorden angular, sonriendo estúpidamente al techo. Sus guardaespaldas estaban caídos a su alrededor, con expresiones soñolientas, empuñando sus pistolas.

La pequeña jaula no había regresado.

Svetz contempló el espacio vacío en la máquina del tiempo y un sudor frío inundó su frente. ¿Qué podía hacer sin que Zeera le dijera lo que había pasado?

Desde el año 50 Ante-Atómico hasta el presente el viaje duraba treinta minutos. La llamada de Ra Chen al Zoo había llegado hacía menos de media hora...

A menos de que se tratara de un efecto colateral de la paradoja. A menos de que la paradoja hubiese desintegrado la jaula de Zeera, dejándola a ella embarrancada en el

pasado, o proyectándola a una línea del mundo alternativo, o...

Nunca se había producido una paradoja temporal.

Las matemáticas no servían para nada. Las matemáticas del viaje a través del tiempo estaban llenas de singularidades.

El año anterior alguien había tratado de efectuar un análisis topológico del trayecto recorrido por una jaula de extensión. Había demostrado, no sólo que era imposible viajar a través del tiempo, sino también que no se podía viajar a una velocidad superior a la de la luz. Ra Chen había permitido que la noticia se filtrara al Espacio, a fin de que renunciaran a continuar experimentando con sus naves superpotentes.

¿Qué se podía hacer? ¿Empezar a colocar cascos filtradores a todo el mundo? Desde luego. Pero los cascos no se guardaban en el Centro. Tendría que cruzar toda la ciudad. ¿Se atrevería a salir del Centro?

Svetz se obligó a sí mismo a sentarse.

Unos minutos después apareció la pequeña jaula de extensión: Zeera se asomó a la puerta circular.

—Vuelva a meterse ahí dentro! —le ordenó Svetz—. ¡Aprisa!

—Usted no es nadie para darme órdenes, Svetz —Zeera pasó por delante de Svetz y miró a su alrededor—. El automóvil ha desaparecido. ¿Dónde está Ra Chen?

El rostro de Zeera tenía una expresión de agotamiento. Svetz la cogió del brazo.

—¡Zeera, tenemos...!

Ella se soltó de un tirón.

—Tenemos que hacer algo. El automóvil ha desaparecido. ¿No me ha oído usted?

—¿Me ha oído usted a mí? ¡Vuelva en seguida a la jaula de extensión!

—Antes hemos de decidir lo que tenemos que hacer. ¿Por qué no capto ningún olor?

Zeera olfateó el aire que estaba vacío, muerto. Volvió a mirar a su alrededor con aire de asombro, dándose cuenta por primera vez de que todo parecía haber cambiado.

Luego puso los ojos en blanco, y Svetz la sostuvo entre sus brazos antes de que cayera al suelo.

Svetz estudió el rostro dormido de Zeera a través del diámetro de la jaula de extensión. Era muy distinto de su rostro despierto. Más suave, más vulnerable. Y más bonito.

—Debería relajarse usted más a menudo —dijo.

Le dolían las costillas fracturadas por el avestruz. El dolor parecía latir como un corazón.

Zeera inquirió:

—¿Por qué estamos aquí?

—La jaula de extensión tiene su propio sistema de aire —dijo Svetz—. No puede respirar usted el aire exterior.

—¿Por qué no?

—Dígamelo usted.

Los ojos de Zeera se desorbitaron.

—¡El automóvil! ¡Ha desaparecido!

—¿Por qué?

—No lo sé. Svetz, juro que lo hice todo correctamente. Pero cuando conecté el duplicador, el automóvil desapareció.

—¿Utilizó usted el haz de infrarrojos?

—Desde luego. La oscuridad era absoluta.

—Y tomó usted las píldoras para poder captar los infrarrojos...

—¿Siempre piensa usted con tanta lentitud, Svetz? —Luego, los ojos de Zeera cambiaron de expresión y Svetz supo que se había dado cuenta de lo que había hecho—. ¡Las píldoras! Desde luego. Tenía la vista adaptada a los infrarrojos, y conecté el extremo caliente...

—Exactamente. Y eso duplicó el espacio vacío donde había un automóvil. Formó usted el vacío en ambos extremos.

Zeera se relajó contra el lado curvado de la jaula de extensión, con los brazos engarzados debajo de sus rodillas. De pronto, dijo:

—Según el libro, Henry Ford vendió aquel automóvil por doscientos dólares. Más tarde tuvo dificultades de financiación. ¿Pudo haber influido aquella suma?

—Probablemente. ¿Cuánto son doscientos dólares?

—Luego, alguien utilizó la producción en masa para fabricar automóviles, a vapor o eléctricos.

—Supongo que a vapor. Fueron los primeros.

—Dígame una cosa, Svetz. Si el aire ha cambiado, ¿por qué no hemos cambiado con él? Hemos desarrollado la capacidad de respirar aire con un determinado porcentaje de monóxido de carbono y de dióxido de azufre. ¿Por qué no se interrumpió también la evolución?

—Hay muchas cosas que ignoramos, Zeera.

Siguió un breve silencio. Finalmente, Zeera dijo:

—Está claro. Tengo que regresar y conectar correctamente el duplicador.

—Eso no daría resultado.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

Svetz meditó unos instantes.

—Intentaremos esto: enviarme a mí hacia atrás, hasta una hora antes de la llegada de Zeera. El automóvil no habrá desaparecido aún. Lo duplicaré, duplicaré el duplicado, y llevaré el duplicado invertido y el automóvil original a la gran jaula de extensión. Eso le permitirá a usted destruir el duplicado. Cuando usted se haya marchado reapareceré, dejaré el automóvil original y regresaré aquí con el duplicado

invertido. ¿Qué le parece?

—Una gran idea. ¿Le importaría repetirlo?

—Vamos a ver. Enviarme a mí hacia atrás...

Zeera se estaba riendo de él.

—No importa. Pero tengo que ir yo, Svetz. Usted no podría encontrar el camino. No podría solicitar información ni leer los nombres de las calles. Tiene que quedarse aquí y cuidar de los controles.

Svetz asintió, de mala gana.

Salían de la jaula de extensión cuando oyeron un grito horrible, como si anunciara el fin del mundo.

Svetz echó a correr alrededor del flanco hinchado de la jaula. Zeera le siguió, llevando el casco filtrador que había utilizado durante su tentativa de duplicar el automóvil de Ford.

Una de las paredes del Centro era de cristal. A través de ella podía verse el Zoo. Una de las jaulas se estaba abriendo, como...

... como un huevo. Y de las ruinas de su jaula emergió el rocho.

El grito volvió a resonar.

—¿Qué es eso? —susurró Zeera.

—Era un avestruz. Ahora no sé qué nombre aplicarle.

El ave se puso en movimiento, lentamente. Verde y negra, hermosa y diabólica, inmensa como una eternidad, luciendo una cresta de plumas doradas que habían brotado en su frente.

Zeera sacudió el brazo de Svetz.

—No tenemos por qué preocuparnos. Si sale del Zoo, se asfixiará.

El ave remontó el vuelo. Sus alas se movieron como velas, y su negra sombra se proyectó sobre las casas como una nube. Svetz vio que el animal llevaba algo en sus enormes garras.

Svetz lo reconoció... y se dio cuenta del tamaño que había alcanzado el rocho.

—Ha agarrado al ELEFANTE —dijo.

Su voz sonó entristecida. Algo inexplicable, porque Svetz odiaba a los animales.

El rocho se remontó a gran altura. Cualquier ave normal hubiera resultado invisible. Pero el rocho se distinguía perfectamente contra el cielo azul, mientras mataba y se comía al ELEFANTE. Luego continuó ascendiendo, ascendiendo, hacia el borde del espacio. En busca de aire puro.

¿Ascendía aún? No, la sombra negra estaba aumentando de tamaño, cada vez más baja en el cielo. Y el lento movimiento de las alas se había interrumpido.

¿Cómo podía saber un rocho que ya no había aire puro en ninguna parte?

Ishmael enamorado

Robert Silverberg

Es preciso ser un bromista para empezar un relato con la frase «Llamadme Ishmael», pero Robert Silverberg no duda en hacerlo en esta narración deliciosa sobre el amor no correspondido que un guapo e inteligente delfín experimenta por una hembra humana. En este relato no habla muy en serio, desde luego... aunque a medida que avance en la historia el lector puede descubrirse a sí mismo pensando muy seriamente en lo singular de las actitudes humanas hacia el amor.

Llamadme Ishmael. Todos los seres humanos que me conocen lo hacen. Los de mi especie no utilizan la designación unidad-estructural («nombre») para distinguir a los individuos, pero éste es el nombre que los humanos me dieron. Fui bautizado por Miss Lisabeth Calkins, por la que siento emociones protectoras-caballeroso-sexuales («amor»). A través de mi narración se entiende que la designación «Ishmael» se refiere únicamente a mí mismo.

Soy un miembro de una especie mamífera acuática, no-primate, no-humana e inteligente. La *Tursiops truncatus*, o delfín de hocico de botella. Tengo once años, lo cual significa que estoy completamente maduro en todos los aspectos. Peso 175 kilogramos y mi longitud total es de 2,9 metros. Estoy empleado en la Gerard-Worzel Seawater Recovery Station, de Santa Cruz, en las Islas Vírgenes, desde el 14 de agosto de 1994, de acuerdo con el calendario humano. Para mi propia especie resulto sexualmente deseable, y se me tiene también en gran estima por mi desarrollo mental. Poseo un amplio vocabulario. Me comunico perfectamente con miembros de *homo sapiens*. Tengo una gran habilidad mecánica, como lo demuestra mi éxito al pulsar el aparato acústico-electrónico a través del cual estoy dictando estas memorias.

Soy un organismo mamífero solitario que ha llevado a cabo actos de heroísmo en beneficio de la especie humana y que como única recompensa desea unas relaciones más íntimas («amor») con Miss Lisabeth Calkins. Trato de conmover a miembros de *homo sapiens* para que le hablen a ella favorablemente de mí. Soy fiel, digno de confianza e inteligente. Me comprometo a proporcionarle compañía estimulante y plenitud emocional («felicidad») en todos los aspectos dentro de mis posibilidades.

Permitidme explicar las circunstancias que hacen al caso.

Categoría 1: Mi empleo

La Gerard-Worzel Seawater Recovery Station se encuentra en el sector norte de la isla de Santa Cruz, en las Indias Occidentales. Funciona a base del principio de condensación atmosférica. Todo esto lo sé por Miss Calkins («Lisabeth»), que me lo

ha explicado con gran detalle. El objetivo de nuestra instalación es el de recuperar parte del agua dulce, calculada en 200 millones de galones diarios, transportada como vapor a través de las capas inferiores del aire.

Una tubería de 90 centímetros de diámetro absorbe agua del mar fría a profundidades de más de 900 metros y la transporta a unos dos kilómetros de nuestra instalación. La tubería acarrea unos 30 millones de galones de agua al día, a una temperatura de 5 grados centígrados. El agua es bombeada hacia nuestro condensador, el cual intercepta aproximadamente mil millones de metros cúbicos de aire tropical por día. Este aire tiene una temperatura de 25 grados centígrados y una humedad relativa del 70 al 80 por ciento. Al penetrar el agua del mar fría en el condensador, la temperatura del aire desciende a 10 grados centígrados y alcanza una humedad del 100 por ciento, permitiéndonos extraer unos dieciséis galones de agua por metro cúbico de aire. El agua desalada («dulce») es enviada a los depósitos de agua potable de la isla, ya que Santa Cruz es deficitaria en agua apta para ser consumida por seres humanos. Con frecuencia, los personajes que visitan nuestra instalación afirman que, sin nuestra planta, la gran expansión industrial de Santa Cruz habría resultado completamente imposible.

Por motivos de economía, operamos conjuntamente con una empresa de acuocultivos («granjas de peces»), que aprovecha nuestros residuos. Una vez que el agua del mar ha sido bombeada a través del condensador tiene que ser desechada; sin embargo, debido a que procede de un nivel marino muy bajo, su contenido en fosfatos y nitratos disueltos es 1.500 veces mayor que en la superficie. Esa agua, rica en elementos nutritivos, es bombeada desde nuestro condensador hasta un lago circular contiguo de origen natural y destinado a la cría y engorde de peces. Los beneficios que produce la granja amortizan los costos de funcionamiento de nuestra instalación.

(Algunos seres humanos consideran inmoral la utilización de delfines en las granjas de peces. Opinan que es degradante obligarnos a ayudar a producir seres acuáticos que han de ser comidos por el hombre. Me limitaré a señalar, 1.º) Ninguno de nosotros trabaja aquí en contra de su voluntad. 2.º) Mi especie no considera inmoral alimentarse de seres acuáticos: nosotros mismos comemos pescado.)

Mi papel en el funcionamiento de la Gerard-Worzel Seawater Recovery Station es importante. Yo («Ishmael») actúo como Capataz de la Brigada de Mantenimiento de la Válvula de Admisión. Estoy al frente de nueve miembros de mi especie. Nuestro cometido es el de controlar las válvulas de admisión de la tubería principal. Esas válvulas se atascan con frecuencia debido a la presencia de organismos filamentosos, especialmente algas, que dificultan el eficaz funcionamiento de la instalación. Nuestra tarea consiste en descender a intervalos periódicos y eliminar la obstrucción. Normalmente, esto puede realizarse sin necesidad de órganos manipuladores («dedos»), de los cuales no disponemos, por desgracia.

(Algunos seres humanos han objetado que no es justo utilizar delfines en esas

tareas cuando hay tantos miembros de homo sapiens sin trabajo. La respuesta inteligente a esa objeción es que, en primer lugar, nosotros estamos equipados por la naturaleza para movernos debajo del agua sin ninguna clase de aparatos respiratorios especiales, y en segundo lugar, que nuestra tarea sólo podría ser realizada por seres humanos muy especializados, los cuales no abundan demasiado.)

Llevo en el cargo dos años y cuatro meses. Durante todo este tiempo no se ha producido ninguna interrupción importante de la capacidad de admisión de las válvulas que están a mi cuidado.

Como compensación por mi trabajo («salario») recibo una generosa ración de alimento. Pero lo que más aprecio son otras cosas intangibles tales como la compañía de seres humanos y la posibilidad de desarrollar mi inteligencia latente a través del acceso a grabaciones didácticas, vocabularios y otros elementos de cultura. Como podéis ver, he sabido aprovechar mis oportunidades.

Categoría 2: Miss Lisabeth Calkins

Su expediente está en los archivos de la estación. He tenido acceso a ellos a través de la bobina de lectura instalada en el borde del tanque de ejercicios de los delfines. Por medio de instrucciones habladas puedo visualizar los archivos, aunque no creo que nadie previera que un delfín pudiera tener interés en leer los expedientes personales.

Miss Lisabeth Calkins tiene veintisiete años. De modo que pertenece a la misma generación de mis predecesores genéticos («padres»). Sin embargo, no comparto el tabú cultural de muchos homo sapiens contra las relaciones emocionales con mujeres más viejas. Además, compensando las diferencias de especie resulta que Miss Lisabeth y yo tenemos la misma edad. Ella alcanzó la madurez sexual cuando tenía aproximadamente la mitad de los años que ahora tiene. Lo mismo que yo.

(Debo admitir que su edad supera ligeramente la que se considera óptima en las hembras humanas para tomar un compañero permanente. Supongo que no se ha dedicado a practicar el apareamiento temporal, ya que en su expediente no se indica que se haya reproducido. Es posible que los humanos no produzcan necesariamente crías en cada apareamiento anual, o incluso que los apareamientos tengan lugar en épocas que no están relacionadas con los procesos reproductores. Esto me parece raro y un poco perverso, aunque dispongo de muy pocos datos acerca de los hábitos de apareamiento de los humanos.)

Lisabeth, como me permito llamarla en privado, mide 1,80 de estatura (los humanos no se miden a sí mismo por la «longitud») y pesa 52 kilogramos. Sus cabellos son dorados («rubios») y los lleva muy largos. Su piel, aunque oscurecida por la exposición al sol, es muy blanca. Los iris de sus ojos son azules. Por mis conversaciones con los humanos he deducido que es muy guapa. Y he deducido también, por palabras captadas al azar, que la mayoría de machos humanos de la estación experimentan intensos deseos sexuales hacia ella. También yo la considero

hermosa, en la medida en que soy capaz de responder a la belleza humana. No estoy seguro de experimentar un verdadero deseo sexual por Lisabeth; lo que me desazona es un anhelo generalizado de su presencia y su proximidad, lo cual traduzco a términos sexuales simplemente como un medio para hacerlo comprensible para mí.

No cabe duda de que Lisabeth no posee los rasgos que normalmente busco en una pareja (hocico prominente, aletas lisas). Cualquier tentativa de hacer el amor en sentido anatómico con ella la lastimaría. No es ése mi deseo. Los rasgos físicos que la hacen tan deseable para los machos de su especie (glándulas mamarias muy desarrolladas, cabellos sedosos, facciones delicadas, «piernas» largas y esbeltas) no tienen una importancia especial para mí, y en algunos casos poseen un valor realmente negativo. Como en el caso de las dos glándulas lácteas de su región pectoral, las cuales sobresalen de su cuerpo de un modo que forzosamente ha de dificultar su avance cuando nada. Evidentemente, la propia Lisabeth encuentra inadecuados el tamaño y la ubicación de aquellas glándulas, ya que procura ocultarlas siempre con una franja de tela. Los otros miembros de la estación, que son todos machos y, en consecuencia, poseen solamente unas glándulas lácteas rudimentarias, las dejan al descubierto.

¿Cuál es, entonces, la causa de la atracción que me inspira Lisabeth?

Nace de la necesidad que siento de su compañía. Creo que ella me comprende mejor que cualquier miembro de mi propia especie. Por lo tanto, soy más feliz en su compañía que lejos de ella. La impresión data de nuestro primer encuentro. Lisabeth, que es especialista en relaciones humano-cetáceas, llegó a Santa Cruz hace cuatro meses, y se me ordenó que subiera con mi grupo a la superficie para ser presentados a ella. Inmediatamente me di cuenta de que Lisabeth tenía mucha más «clase» que los humanos que hasta entonces había conocido; su cuerpo era más delicado, más flexible, y poseía una gracia que contrastaba con la tosquedad de los machos humanos. Me di cuenta de que no estaba cubierta del áspero vello corporal que los de mi especie encuentran tan desagradable (Al principio ignoraba que aquellas diferencias se debían al hecho de que Lisabeth era una hembra. Nunca había visto una hembra humana. Pero aprendí rápidamente).

Me adelanté, establecí contacto con el transmisor acústico y dije:

—Soy el Capataz de la Brigada de Mantenimiento de las Válvulas de Admisión. Tengo la designación unidad-estructural TT-66.

—¿No tienes un nombre? —me preguntó.

—¿Qué significa un nombre?

—Tu... tu designación unidad-estructural, pero no sólo TT-66. Yo, por ejemplo, me llamo Lisabeth Calkins —Sacudió la cabeza y miró al supervisor de la planta—. ¿No tienen nombres esos obreros?

El supervisor no entendía por qué debían tener nombres los delfines. Pero Lisabeth se encargó de arreglar aquello, ya que iba a ser la encargada de tratar con

nosotros. A mí me bautizó «Ishmael».

Era, me dijo, el nombre de un hombre que había viajado mucho por el mar, había vivido unas experiencias maravillosas y las había grabado en una cinta que todas las personas cultas escuchaban en sus grabadoras. Más tarde tuve acceso al relato de Ishmael —el otro Ishmael— y me gustó mucho. Siendo un ser humano, poseía una notable intuición para comprender a las ballenas, a las que yo considero unos seres estúpidos. Me siento orgulloso de llevar el nombre de Ishmael.

Después de habernos bautizado a todos, Lisabeth saltó al agua y nadó con nosotros. Debo decir que la mayoría de los delfines sienten desdén por los humanos debido a que son tan malos nadadores. Yo no me he burlado nunca de ellos, quizás porque mi inteligencia supera el término medio, quizás porque soy más compasivo. Admiro a los humanos por el celo y la energía con que nadan, y considero que no lo hacen mal del todo, teniendo en cuenta sus desventajas. Con frecuencia les recuerdo a los míos que los humanos se desenvuelven en el agua mucho mejor de lo que nosotros nos desenvolveríamos en tierra. De todos modos, Lisabeth nadaba bien, desde el punto de vista humano, y nosotros adaptamos tolerantemente nuestro paso al suyo. De pronto, Lisabeth se cogió a mi aleta dorsal y dijo:

—¡Llévame a dar un paseo, Ishmael!

Tiemblo aún al recordar el contacto de su cuerpo con el mío. Se sentó a horcajadas encima de mí, apretando fuertemente las piernas contra mi cuerpo, y yo salí disparado, flotando a nivel de la superficie. Sus risas revelaban su alegría mientras yo saltaba una y otra vez como un caballo en una carrera de obstáculos. Era una exhibición física en la cual no utilizaba mi extraordinaria capacidad mental; estaba, por así decirlo, haciendo una demostración de mi «delfinez». Lisabeth se portaba estupendamente. Incluso cuando me sumergía, arrastrándola a una profundidad que podía inspirarle temor a causa de la presión, se mantenía aferrada a mi cuerpo sin el menor síntoma de alarma. Y cuando ascendíamos de nuevo a la superficie, gritaba de júbilo.

Sabía que había llamado ya su atención. Conozco a los seres humanos lo suficiente como para poder interpretar su expresión de placer mientras regresábamos a la playa. Mi reto consistía ahora en desplegar ante ella mis mejores cualidades: demostrarle que incluso entre los delfines yo era capaz de aprender con asombrosa rapidez.

Estaba ya enamorado de ella.

Durante las semanas que siguieron sostuvimos muchas conversaciones. No me vanaglorio al decir que Lisabeth se dio cuenta en seguida de lo extraordinario que soy. Mi vocabulario, muy amplio ya cuando ella llegó a la estación, aumentó rápidamente bajo el estímulo de la presencia de Lisabeth. Aprendí mucho gracias a ella; me dio acceso a grabaciones que ningún otro delfín conocería nunca. En muy poco tiempo desarrollé unas facultades que me asombraron a mí mismo. Creo que

estaréis de acuerdo en que punto expresarme con más elocuencia que la mayoría de seres humanos. Confío en que la computadora que utilizo para imprimir estas memorias no me traicione colocando mal los signos de puntuación o desvirtuando el sentido de alguna de las palabras que emito.

Mi amor por Lisabeth era cada día más profundo. Aprendí el significado de los celos por primera vez cuando la vi correr por la playa cogida de la mano con el Dr. Madison, el jefe de la planta de energía. Conocí la rabia cuando oí los vulgares y obscenos comentarios de los machos humanos a espaldas de Lisabeth. La mayoría de ellos expresaban el deseo de aparearse con Lisabeth (al parecer de un modo temporal), pero también oía descripciones sumamente favorables a sus glándulas mamarias, e incluso de la zona redondeada en que terminaba su espalda.

Nunca manifesté de un modo explícito mis sentimientos por Lisabeth. Trataba de conducirla lentamente a la comprensión de que la amaba. Una vez lo supiera, pensaba, podríamos empezar a planear nuestro futuro, juntos.

¡Qué tonto era!

Categoría 3: La conspiración

Una voz masculina dijo:

—¿Cómo diablos vas a sobornar a un delfín?

Otra voz, más cultivada, respondió:

—Déjalo de mi cuenta.

—¿Qué vas a ofrecerle? ¿Diez latas de sardinas?

—Éste es especial. Singular, incluso. Es estudioso. Podemos convencerle.

No sabían que yo podía oírles. Me encontraba en mi tanque de reposo, cerca de la superficie. Tenemos un oído muy agudo y los dos hombres se hallaban a una distancia favorable. Inmediatamente intuí que ocurría algo anormal, pero permanecí completamente inmóvil, fingiendo que no me enteraba de nada.

—¡Ishmael! —gritó uno de los hombres—. ¿Eres tú, Ishmael?

Subí a la superficie y me acerqué al borde del tanque. Los machos humanos eran tres, y no dos, como había supuesto por sus voces. Uno de ellos era un técnico de la estación; a los otros dos no les había visto nunca. Iban completamente vestidos, lo cual me confirmó en la opinión de que se trataba de dos forasteros. El técnico me era muy antipático, ya que se había distinguido en sus vulgares comentarios sobre Lisabeth.

El técnico dijo:

—¡Mírenle, caballeros! ¡Una víctima de la explotación humana! —Luego se volvió hacia mí—. Ishmael, estos caballeros pertenecen a la Liga para la Prevención de la Crueldad con las Especies Inteligentes. ¿Has oído hablar de ella?

—No —dije.

—Están tratando de poner fin a la explotación de los delfines. A la utilización

criminal de la única especie realmente inteligente de nuestro planeta para un trabajo de esclavos. Quieren ayudarte.

—Yo no soy ningún esclavo. Recibo una compensación por mi trabajo.

—¡Unos cuantos pescados podridos! —dijo el hombre que estaba a la izquierda del técnico—. ¡Te están explotando, Ishmael! ¡Te obligan a realizar un trabajo sucio y peligroso, a cambio de un salario mísero!

Su compañero dijo:

—Hay que acabar con eso. Deseamos poder informar al mundo de que la era de los delfines esclavizados ha terminado. ¡Ayúdanos, Ishmael! ¡Ayúdanos a ayudarte!

No necesito decir que yo era hostil a tales propósitos. Un delfín menos inteligente que yo lo habría manifestado inmediatamente, dando al traste con su complot. Pero yo dije, astutamente:

—¿Qué queréis que haga?

—Bloquear las válvulas de admisión —dijo el técnico rápidamente.

Contra mi voluntad, proferí una exclamación de rabia y de sorpresa.

—¿Traicionar la confianza que han depositado en mí? ¿Cómo podría hacer eso?

—Es por tu propio bien, Ishmael. Verás: tú y tu brigada bloqueáis las válvulas de admisión, y la planta de agua dejará de funcionar. El pánico se extenderá por toda la isla. Acudirán técnicos humanos para averiguar lo que ocurre, pero en cuanto hayan limpiado las válvulas volveréis a obstruirlas. Tendrán que traer suministros de agua urgentemente a Santa Cruz. Eso atraerá la atención del público sobre el hecho de que esta isla depende del trabajo de los delfines: un trabajo excesivo y mal retribuido. Durante la crisis, le contaremos al mundo vuestra historia. Conseguiremos que todos los seres humanos protesten contra el trato que estáis recibiendo.

No dije que yo no me sentía maltratado. Me limité a sugerir astutamente:

—Eso podría resultar peligroso para mí.

—¡Tonterías!

—Me preguntarán por qué no he limpiado las válvulas. Están bajo mi responsabilidad. Habrá problemas.

Discutimos la cuestión. Finalmente, el técnico dijo:

—Mira, Ishmael, sabemos que existen algunos riesgos. Pero estamos dispuesto a ofrecerte una buena recompensa si te encargas del trabajo.

—¿Por ejemplo?

—Grabaciones. Sobre cualquier tema que te interese. Sabemos que te apasiona la literatura: comedias, poesías, novelas... Si nos ayudas, tendrás toda la literatura que quieras.

Tuve que admirar su destreza. Sabían exactamente lo que podía tentarme.

—Trato hecho —dije.

—¿Qué es lo que quieres?

—Algo sobre el amor.

—¿Amor?

—Amor. Entre un hombre y una mujer. Traedme poemas de amor. Traedme historias de amantes famosos. Traedme descripciones del abrazo sexual. Tengo que comprender esas cosas.

—Quiere el Kama Sutra —dijo uno de los forasteros.

—Entonces, le traeremos el Kama Sutra —dijo el otro.

Categoría 4: Mi respuesta a los delincuentes

No me trajeron el Kama Sutra. Pero me trajeron otras muchas cosas, incluida una grabación con numerosos pasajes del Kama Sutra. Durante varias semanas me dediqué a estudiar a fondo la literatura amorosa humana. Confieso que no acabé de entender lo que sucede entre un hombre y una mujer. No comprendo el complicado sistema de tabúes y de prohibiciones que los humanos han inventado, ni la distinción que establecen en el terreno de la moral entre el apareamiento temporal y el apareamiento permanente («matrimonio»). Éste ha sido mi único fracaso intelectual: al final de mis estudios sabía poco más que antes acerca del modo de conducirme en lo que respecta a Lisabeth. Resumiendo, las grabaciones que los conspiradores me facilitaron en secreto no me sirvieron prácticamente de nada.

Un día me exigieron que cumpliera mi parte del trato.

Naturalmente, yo no podía traicionar a la estación. Sabía que aquellos hombres no actuaban por amor a los delfines, como pretendían. Por algún motivo particular, deseaban que la estación dejara de funcionar, sencillamente, y habían utilizado su supuesta simpatía a los de mi especie para obtener mi colaboración. Pero yo no me sentía explotado.

¿Era inmoral por mi parte aceptar grabaciones de ellos si no tenía la intención de ayudarles? Lo dudo. Ellos querían utilizarme; y yo me había anticipado, utilizándoles a ellos. A veces, una especie superior debe explotar a sus inferiores para aumentar sus conocimientos.

Acudieron a mí y me dijeron que tenía que bloquear las válvulas aquella misma noche.

—No estoy seguro de lo que queréis que haga, en realidad —dije—. ¿Queréis repetirme las instrucciones?

Astutamente, había conectado una grabadora que Lisabeth utilizaba en sus sesiones de estudio con los delfines de la estación. Me repitieron que el bloqueo de las válvulas provocaría una ola de pánico en toda la isla y revelaría al mundo la explotación de que eran víctimas los delfines. Les interrogué repetidamente, acumulando detalles y dando también ocasión a cada uno de los hombres de dejar impresas las huellas de su voz. Cuando calculé que las pruebas reunidas eran suficientes para incriminarles, dije:

—Muy bien. En mi próximo turno haré lo que deseáis.

—¿Y el resto de tu brigada?

—Les ordenaré que no se ocupen de las válvulas por el bien de nuestra especie.

Se alejaron, al parecer muy satisfechos de sí mismos. Inmediatamente pulsé con el hocico el botón que servía para avisar a Lisabeth. Ésta no tardó en presentarse.

—Pon en marcha la grabadora y escucha lo que he grabado en la cinta —dije, orgullosamente—. ¡Y luego avisa a la policía de la isla!

Categoría 5: La recompensa al heroísmo

Los conspiradores fueron detenidos. Aquellos tres hombres no se interesaban en absoluto por la explotación de que, según ellos, eran víctimas los delfines. Eran miembros de un grupo alborotador («revolucionarios»), que trataban de engañar a un ingenuo delfín para que les ayudara a desencadenar el caos sobre la isla. Pero mi lealtad, mi coraje y mi inteligencia habían hecho abortar sus maquiavélicos planes.

Más tarde, Lisabeth se presentó en el tanque de descanso y me dijo:

—Eres maravilloso, Ishmael. Jugar con ellos de ese modo... grabar su propia confesión... ¡Maravilloso! Eres el más listo de los delfines, Ishmael.

Yo estaba loco de alegría.

Había llegado el momento.

—¡Te amo, Lisabeth! —exclamé.

Mis palabras rebotaron en las paredes del tanque a medida que brotaban de los altavoces. Los ecos las amplificaban y las transformaban en grotescos ladridos, más propios de un insignificante cachorro de foca.

«¡Te amo... te amo... te amo...!»

—¡Ishmael!

—No sé decirte lo mucho que significas para mí. ¡Ven a vivir conmigo y sé mi amante! ¡Lisabeth, Lisabeth, Lisabeth!

Torrentes de poesía y de apasionada retórica brotaron de mi hocico. Le supliqué que bajara al tanque y me permitiera besarla. Ella se echó a reír y dijo que no estaba vestida para nadar. Era cierto: acababa de llegar de la ciudad después de las detenciones.

—¡Amor mío! —grité—. ¡Lisabeth! ¡Lisabeth! ¡Por amor a ti he salvado la estación!

Ella frunció los labios (una «sonrisa»).

Oí un ruido de pasos. El jefe de la planta de energía, Dr. Madison, llegaba.

—¿Estás bien, Liz? —preguntó el Dr. Madison—. He oído gritar...

—No ha sido nada, Jeff. Cosas de Ishmael. Está enamorado de mí, Jeff, ¿qué te parece? ¡Enamorado de mí!

Los dos estallaron en una carcajada, riéndose de la locura del pobre delfín.

Antes de que amaneciera me encontraba mar adentro, nadando donde nadan los delfines, lejos del hombre y de sus cosas. La cruel risa de Lisabeth resonaba dentro de mí. Ella no había pretendido ser cruel. Conociéndome mejor que nadie, no había podido evitar el reírse de lo absurdo de mis sentimientos.

Permanecí en el mar varios días, descuidando mis obligaciones en la estación. Cuando el dolor de mis heridas remitió un poco, emprendí lentamente el regreso a la isla. Por el camino encontré a una hembra de mi propia especie. Estaba en celo y se ofreció a mí, pero yo le dije que me siguiera, y así lo hizo. Tuve que luchar varias veces con machos importunos que pretendían aparearse con ella. La llevé a la estación, a la laguna que los delfines utilizan para hacer ejercicio. Un miembro de mi brigada acudió a investigar —Mordred—, y le dije que avisara a Lisabeth que había regresado.

Lisabeth no tardó en presentarse. Agitó una mano en mi dirección, sonrió, me llamó por mi nombre...

Empecé a jugar con la hembra delante de sus ojos. Bailamos la danza del apareamiento; saltamos, nos sumergimos, aullamos.

Lisabeth nos contemplaba.

Lo único que yo quería era darle celos.

Agarré a mi compañera, la arrastré a las profundidades y la poseí violentamente, dejándola luego en libertad para que pariera a mi hijo en algún otro lugar. Encontré de nuevo a Mordred.

—Dile a Lisabeth que he encontrado otro amor, y que algún día podré perdonarla.

Mordred me dirigió una extraña mirada y nadó hasta la orilla.

Mi táctica fracasó. Lisabeth me envió recado de que se alegraba mucho de mi regreso y que lamentaba haberme ofendido, pero en su mensaje no había el menor asomo de celos. Y aquí estoy, limpiando de nuevo las válvulas, yo, Ishmael, un delfín que ha leído a Keats y a Donne. ¡Lisabeth! ¡Lisabeth! ¿No sientes mi dolor?

Esta noche me he decidido a contar mi historia. Tú que oyes esto, quienquiera que seas, ayuda a un organismo solitario, mamífero y acuático, que desea un contacto más íntimo con una hembra de una especie distinta. Háblale de mí a Lisabeth. Elogia mi inteligencia, mi lealtad y mi devoción.

Dile que voy a darle otra oportunidad. La esperaré, mañana por la noche, junto al acantilado. Que nade hacia mí... que pronuncie para mí palabras de amor.

Desde las profundidades de mi alma... desde las profundidades... Lisabeth, este estúpido animal te da las buenas noches, con todo su amor.

Invasión de intimidad

Bob Shaw

Bob Shaw es conocido como novelista (El palacio de la eternidad, Un millón de mañanas) y como autor de relatos cortos (Luz de otros días), aportando a ambas formas ideas fascinantes y respuestas humanas, como en el relato que ofrecemos a continuación, acerca de una casa encantada, una posesión alienígena de cuerpos humanos... y de una familia en particular.

I

—Hoy he vuelto a ver a la abuela Cummins —dijo Sammy con la boca llena de nabo y patata.

El tenedor de May cayó en su plato. Volvió la cabeza, y pude ver que había lágrimas en sus ojos. En mi opinión, May siempre había estado demasiado apegada a su madre, pero esta vez pude simpatizar con ella: en lo que había dicho el niño había algo raro.

—Escucha, Sammy —Me incliné a través de la mesa y agarré su hombro—. La próxima vez que digas una cosa tan absurda como esa, te daré una buena zurra. No tiene ninguna gracia.

Me miró con el aire de reto que un niño de siete años es capaz de exhibir.

—No quería hacer ninguna gracia. La he visto.

—Tu abuela murió hace dos semanas —grité, exasperado con él y con May, que estaba dejando que el incidente la afectara en demasía. Sus labios habían empezado a temblar.

—Dos semanas —repitió Sammy, saboreando las palabras. Acababa de descubrir el sarcasmo, y por la expresión de sus ojos comprendí que se disponía a utilizarlo—. Si se hubiera muerto hace dos días todo estaría bien, supongo. Pero dos semanas no, ¿eh?

—¡George! —Los ojos castaños de May llameaban al mirarme, y sus manos temblaban de rabia—. ¡Ciérrale la boca a ese niño!

—No puedo pegarle por eso, cariño —dije, tratando de mostrarme razonable—. El chico ha sido lógico, sencillamente. Recuerdo haber leído un libro en el cual se cuenta que un santo fue decapitado, y luego se puso en pie y ando aproximadamente una milla. Pues bien, los escritores religiosos se enzarzaron en apasionadas disputas acerca de la distancia que había recorrido, cuando en un caso como ése la distancia es lo de menos: lo importante es que diera el primer paso. Bueno...

Me interrumpí al ver que May se levantaba de la mesa y echaba a correr escaleras arriba. El rojo resplandor del sol de una tarde de octubre iluminó su silla vacía, y Sammy continuó comiendo.

—¿Ves lo que has hecho? —Golpeé su rubia cabeza con mis nudillos, aunque no demasiado fuerte—. Voy a pasar por alto tu estúpida broma... pero que sea la última vez que fastidias a tu madre con ella.

Sammy me miró a los ojos.

—No estaba bromeando. He visto a la abuela Cummins.

—La abuela está muerta y enterrada hace...

—Estuve a punto de volver a decir dos semanas, pero cambié de idea al ver la expresión que asomaba a los ojos de Sammy: era capaz de repetir el mismo sarcasmo palabra por palabra—. ¿Cómo explicas eso?

—¿Yo? —Una estudiada expresión de sorpresa—. Yo no puedo explicarlo. Sólo digo lo que he visto.

—De acuerdo... ¿Dónde la has visto?

—En la vieja casa de Guthrie, desde luego.

Desde luego, pensé, con una sensación de algo parecido a la nostalgia, ¿En qué otra parte? Cada pueblo, cada distrito de cada ciudad, tienen su equivalente de la vieja casa de Guthrie. Para encontrarlo, basta con parar a un chiquillo y preguntarle si conoce una casa encantada en la cual se cometen espantosos asesinatos y cada noche es visitada por los vampiros. A veces pienso que si no existiera ya un edificio apropiado, la comunidad infantil crearía uno.

Pero el edificio siempre está ahí: una casa grande, vacía, destartalada, nunca en venta, nunca derribada, siempre dotada de una mágica inmunidad. Y en el pueblo donde yo vivo la vieja casa de Guthrie llenaba la papeleta. No había pensado en ella desde mi infancia, pero conservaba el mismo aspecto de siempre —oscura, semiderruida y olvidada—, y debía saber que tenía las mismas asociaciones para otra generación de chiquillos. Al mencionar la casa, Sammy había asumido un aire casi solemne y en mi fuero interno me reí al verme a mí mismo, un cuarto de siglo antes, en su cara.

—¿Cómo puedes haber visto algo allí? —Decidí prolongar un poco la comedia ahora que May no podía oírnos—. Está demasiado lejos de la carretera.

—Salté la valla.

—¿Quién iba contigo?

—Nadie.

—¿Fuiste allí solo?

—Desde luego.

Sammy agitó orgullosamente la cabeza y yo recordé que cuando tenía siete años nada me hubiese inducido a acercarme a aquella casa, ni siquiera acompañado. Miré a mi hijo con una sensación de respeto, y con la primera impresión ilógica de alarma.

—No quiero que andes rondando por ese lugar, Sammy: podría ser peligroso.

—No es peligroso —replicó Sammy en tono de desdén—. Lo único que hacen es permanecer sentados en unos grandes sillones, y nunca se mueven.

—Me refiero a que podrías caerte... ¿Qué?

—Los viejos se sientan allí —Sammy empujó su plato vacío—. No me cogerían ni en cien años, aunque me vieran, pero yo no dejo que me vean, porque me limito a echar una rápida ojeada a través de la ventana de la parte de atrás y me marcho corriendo.

—¿Quieres decir que en la vieja casa de Guthrie vive gente?

—Viejos, montones de ellos. Están allí sentados en grandes sillones.

No había oído decir que la casa estuviera ocupada, pero empecé a sospechar lo que había ocurrido. Probablemente habían convertido el edificio en un hogar para ancianos... Y, a los ojos de un niño, una anciana de cabellos canosos es muy parecida a otra anciana de cabellos canosos. Tal vez Sammy prefería creer que su abuela se había mudado de casa, a aceptar la irrevocable idea de que estaba muerta y sepultada bajo tierra en una caja.

—En tal caso, además de peligroso, el lugar es una vivienda particular y cometes un delito introduciéndote en él... —Bajé el tono de mi voz al oír de nuevo los pasos de May en la escalera—. No has visto a la abuela Cummins, no volverás a acercarte para nada a la vieja casa de Guthrie y no importunarás más a tu madre. ¿De acuerdo?

Sammy asintió, pero sus labios se movían silenciosamente y supe que estaba repitiendo una y otra vez para sí mismo su afirmación anterior. El disgusto que podía sentir quedaba ahogado en una ola de afecto: toda mi vida había sido una sucesión de compromisos y equivocaciones, y había descubierto con una sensación de gratitud que mi hijo había nacido con la fuerza de voluntad y el carácter que siempre me faltaron.

May había bajado y se sentó de nuevo a la mesa, con una expresión ligeramente avergonzada detrás de las doradas manchas de sus pecas.

—He tomado un sedante —dijo.

—¡Oh! Creí que habías dejado de tomarlos...

—Sí. Pero el doctor Pitman pasó hoy por aquí y me recetó otra tanda.

—¿Le llamaste?

—No. Tuvo que venir a la vecindad y entró a ver cómo seguía. Ha sido muy bueno desde... desde...

—Desde que murió tu madre: tienes que acostumbrarte a la idea, May.

Ella asintió silenciosamente y empezó a recoger los platos. Apenas había tocado el suyo.

—Mamá...

Sammy tiró de la manga a su madre. Me envaré, esperando que empezara de nuevo con la historia, pero me equivocaba. Las mejillas de Sammy, normalmente rubicundas, estaban ahora muy pálidas, y en su frente brillaban las gotas de sudor. Me puse en pie de un salto y conseguí cogerle en brazos antes de que cayera al suelo.

II

Bob Pitman era un anciano caballero de cabellos blancos y mejillas hundidas cuando me atendía en mis enfermedades infantiles, y desde entonces no parecía haber envejecido más. Vivía solo en una casa grande y anticuada, llevaba todavía un traje oscuro con una cadena de oro curvada sobre el abdomen, jugaba al ajedrez siempre que podía y bebía whisky escocés importado especialmente para él. Al verle inclinado sobre la dormida figura de Sammy me sentí tranquilizado, incluso antes de que se incorporase y doblase el estetoscopio.

—El muchacho ha comido algo que no debía —dijo, tapando a Sammy.

—Pero, ¿está bien? —preguntamos May y yo al mismo tiempo.

—Perfectamente.

—¡Gracias a Dios! —exclamó May, y se sentó.

Supe que había estado pensando en su madre y preguntándose si íbamos a perder a Sammy con la misma brusquedad.

—Tienes que descansar —dijo el doctor Pitman, mirando a May con cariñosa severidad—. El joven Sammy dormirá toda la noche, y tú debes seguir su ejemplo. Toma otra de esas píldoras que te he recetado esta mañana.

Yo me había olvidado de su visita anterior.

—Parece que estamos monopolizando su tiempo, doctor.

—Al contrario, me proporcionáis un poco de trabajo: ahora, todo el mundo disfruta de una salud excelente —Nos hizo salir de la habitación de Sammy—. Mañana por la mañana pasaré por aquí.

May no estaba completamente satisfecha: era escrupulosamente limpia en la cocina, y la idea de que nuestro hijo hubiese ingerido algún alimento en malas condiciones resultaba particularmente inaceptable para ella.

—Pero, ¿qué puede haber comido Sammy, doctor? Nosotros hemos comido lo mismo que él y estamos bien...

—No es fácil saberlo. Puede haber comido algún caramelo, alguna baya...

Coloqué mi brazo alrededor de los hombros de May y traté de obligarla a relajarse. Estaba rígida de tensión, y se me ocurrió que si Sammy contraía una enfermedad fatal o moría en un accidente, May quedaría destrozada para siempre.

A pesar de lo que tardó en dormirse, o quizás a causa de ello, May no se despertó a la mañana siguiente cuando me deslicé fuera de la cama. Entré en el cuarto de Sammy y supe inmediatamente que algo iba mal. Su respiración era ruidosa y rápida como la de un cachorro que ha estado corriendo. Me acerqué a la cama. Sammy estaba inconsciente, con la boca muy abierta y la frente más ardiente de lo que yo hubiera creído posible en un ser humano.

El miedo mordió mis entrañas mientras corría hacia el teléfono. Marqué el número del doctor Pitman, preguntándome si debía despertar a May. Pero, en vez de

ayudar a Sammy, May se pondría histérica, de modo que decidí dejarla dormir.

Al cabo de unos instantes que me parecieron interminables, oí la soñolienta voz del médico.

—El doctor Pitman al aparato.

—Soy George Ferguson, doctor. Sammy está muy enfermo. ¿Puede venir en seguida?

Balbuocé una descripción de los síntomas.

—Salgo inmediatamente para ahí.

Su voz no era ya soñolienta. Colgué el receptor, abrí la puerta de la calle de modo que el doctor pudiera entrar directamente y volví a la habitación de Sammy. Sus cabellos estaban pegados a su frente y al respirar emitía una especie de estertor metálico. Me pareció que transcurrían siglos antes de oír los pasos del doctor Pitman en la escalera.

Entró en la habitación, echó una ojeada a Sammy y dijo:

—Pulmonía. El pequeño tiene que ser hospitalizado inmediatamente.

Conseguí decir:

—¡Pulmonía! Pero usted dijo que había comido algo...

—No hay ninguna relación entre esto y lo de ayer.

—¡Oh! ¿Aviso a una ambulancia?

—No. Yo mismo le llevaré al hospital. A esta hora, las calles están despejadas y ganaremos tiempo.

Cogió a Sammy entre sus brazos y lo levantó con sorprendente facilidad teniendo en cuenta que era un anciano.

—Espere —dije—. Le acompañaré.

—Serás más útil llamando por teléfono al hospital y advirtiéndoles de mi llegada, George. ¿Dónde está tu esposa?

—Duerme... No sabe nada.

Casi me había olvidado de May.

El doctor Pitman enarcó las cejas, deteniéndose unos instantes en el rellano.

—Llama primero al hospital, diles que voy para allá, y luego despierta a tu esposa. No dejes que se preocupe demasiado, ni te preocupes demasiado tú. Tengo un inhalador de oxígeno en el automóvil, y Sammy se pondrá bien en cuanto le metamos en una unidad de cuidados intensivos.

Asentí, agradecido, corrí al teléfono y llamé al hospital, mientras el doctor Pitman se llevaba a Sammy. Unos segundos después subí a despertar a May. Cuando entré en la habitación, May estaba sentada en el borde de la cama.

—¿George? —su voz era cautelosa—. ¿Qué es lo que pasa?

—Sammy tiene pulmonía. El doctor Pitman se ha encargado de llevarlo al hospital y se ocupará de que reciba el tratamiento adecuado.

Terminé de vestirme mientras hablaba, rezando para que May se tomara la noticia sin demasiados aspavientos. May se levantó y empezó a vestirse, moviéndose de un

modo maquinal, y cuando la miré a los ojos comprendí súbitamente que hubiese sido mejor que hubiera gritado o que se hubiera desmayado. Salimos en busca de nuestro automóvil, temblando ante el frío aire de la mañana otoñal, y me dirigí al hospital. Al llegar a la esquina recordé que había dejado abierta la puerta de la calle, pero no regresé a cerrarla. Creo que lo hice deliberadamente, esperando —con una irracionalidad total— que podíamos ser robados aplacando así a los Hados, desviando su atención de Sammy. En las calles había poco tránsito, pero conduje a una velocidad moderada, consciente de que no tenía virtualmente ningún poder de concentración para nada ajeno a la tragedia doméstica. May iba sentada a mi lado y miraba a través de la ventanilla con el aire de una niña que regresa de mala gana de unas prolongadas vacaciones.

Quedé muy sorprendido cuando, al acercarme al hospital, vi el Buick azul del doctor Pitman parándose delante de la entrada principal. Según mis cálculos, nos llevaba más de diez minutos de ventaja. Los dedos de May se clavaron en mi muslo cuando vio que un enfermero sacaba del coche a Sammy y entraba en el edificio llevándolo en brazos. Aparqué cerca de la entrada, haciendo caso omiso del cartel que advertía que el lugar estaba reservado para los médicos, y entré corriendo en el vestíbulo, con May pegada a mis talones. El doctor Pitman nos estaba esperando.

—Acaba usted de llegar —le dije, en tono acusador—. ¿Por qué se ha retrasado tanto?

—Tranquilízate, George. El perder la calma no mejorará la situación —Nos empujó hacia una hilera de sillas vacías—. Ten en cuenta que tenía que conducir con una mano y aplicar la boquilla del oxígeno a tu hijo con la otra.

—Lo siento —murmuré, avergonzado—. ¿Cómo está Sammy?

—Respira, y esto es lo principal. La pulmonía nunca puede ser tomada a la ligera —especialmente esta última variedad que nos ha caído encima últimamente—, pero estoy convencido de que todo acabará solucionándose de un modo favorable.

May exhaló un suspiro de alivio —creo que había esperado oír lo peor—, pero yo quedé convencido de que el doctor Pitman sólo trataba de dorarnos la píldora, como vulgarmente se dice. Me di cuenta de que su mirada rehuía la mía de un modo sistemático. Esperamos largo rato para que nos informaran del estado de Sammy, y las pocas veces que sorprendí al doctor Pitman mirándome directamente sus ojos tenían una expresión atormentada.

Me pareció, también, que acogía con evidente alivio la actitud de uno de los médicos del hospital, que utilizó toda su autoridad para persuadir a May de que sería preferible para todo el mundo que esperase en casa.

III

La casa estaba solitaria aquella tarde. May se había negado a tomar un sedante, y estaba sentada junto al teléfono, como si en cualquier momento pudiera romper a hablar con la voz de Sammy. Preparé unos bocadillos y café, pero May no quiso comer, y esto hizo imposible para mí el tomar nada. Diminutas partículas de oscuridad cayeron al atardecer, reuniéndose en todos los rincones y pasillos de la casa, y finalmente me di cuenta de que necesitaba salir al aire libre. May asintió con aire ausente cuando le dije que iba a dar un corto paseo. Encendí todas las luces antes de marcharme, pero cuando me volví a mirar desde la acera May las había apagado.

¡Adelante! —murmuré, enfurecido—. Siéntate a oscuras... con eso le harás mucho bien al chico.

Mi furor remitió cuando recordé que May se aferraba al menos a una esperanza; en tanto que yo me había rendido, traicionando a mi propio hijo al no atreverme a creer en su restablecimiento. Andaba rápidamente pero sin rumbo fijo, tratando de pensar en cosas prácticas, en el tiempo que iba a estar ausente de la oficina donde trabajaba, y en la posibilidad de que mi puesto fuese ocupado por otro. Pero seguía viendo la cara de mi hijo, y a veces sollozaba en voz alta ante la estólida quietud de las avenidas suburbanas.

Ignoro lo que me impulsó a avanzar en dirección a la vieja casa de Guthrie —tal vez alguna asociación entre la casa y las fuerzas oscuras que amenazaban a Sammy—, pero allí estaba, al final de un callejón sin salida, con el mismo aspecto que tenía cuando yo iba a la escuela. Examiné el edificio y comprendí inmediatamente que mi teoría del «hogar para ancianos» era equivocada. Y me di cuenta de que había sido víctima de la descabellada imaginación del pequeño Sammy.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando observé las huellas recientes de unos neumáticos en el camino que conducía a la casa. No tenía nada de extraño, pensé. La curiosidad podía haber impulsado a cualquiera a acercarse en automóvil a la casa, para verla de cerca. Pero...

Súbitamente pude ver unas manzanas en un árbol en la parte trasera de la casa.

Las manzanas semejaban burbujas de amarillenta luminiscencia brotadas de la negra silueta del árbol, y las contemplé unos instantes preguntándome por qué el verlas me llenaba de desasosiego. Entonces llegó la respuesta. A aquella distancia de las luces de la calle, las manzanas tendrían que haber sido invisibles, pero resplandecían como diminutos faroles... lo cual significaba que estaban siendo iluminadas por otra fuente de luz, más próxima. Esta simple aplicación de la ley del cuadrado inverso me condujo a la asombrosa conclusión de que había una ventana iluminada en la parte trasera de la casa de Guthrie.

Inmediatamente, volví a ser un chiquillo. Deseaba echar a correr, pero en mi mundo adulto no había ya ningún lugar al cual pudiera huir... y sentía curiosidad por

averiguar lo que pasaba en la vieja mansión. Ya no me cabía duda de que Sammy había visto algo. Pero, ¿ancianos sentados en grandes sillones? Eché a andar lentamente a través de los montones de hojas húmedas, inhalando el acre olor a putrefacción, avanzando a lo largo de uno de los lados del edificio. Me parecía imposible que pudiera haber alguien dentro de aquellas destartadas paredes: algún descuidado agente de fincas debió dejarse la luz encendida, quizás semanas antes.

Contorneé un montón de escombros y llegué a la parte trasera de la casa. En una de las ventanas de la planta baja alguien había aflojado un tablero, creando un pequeña abertura triangular a través de la cual brotaba un resplandor amarillento. Me acerqué silenciosamente y miré a través de la abertura. La habitación que había al otro lado estaba iluminada por una bombilla sin pantalla y contenía al menos ocho sillones, cada uno de los cuales estaba ocupado por un anciano o una anciana. La mayoría leían revistas, pero una mujer estaba haciendo calceta. Mis ojos captaron toda la escena de golpe, y luego se fijaron en el espantoso y familiar rostro de la mujer que ocupaba el sillón más próximo a la ventana.

Sammy había dicho la verdad: era el rostro de su abuela muerta.

Entonces empezó realmente la pesadilla. El chiquillo asustado dentro de mí y el adulto George Ferguson convinieron en que habían tropezado con algo monstruoso y en que se imponía la huida; pero —como en una pesadilla—, fui incapaz de hacer otra cosa que no fuera acercarme un poco más al foco de horror. Contemplé a la anciana. Su rostro huesudo, la lupia debajo de una oreja, su modo de sostener la revista... todo aquello me dijo que estaba viendo a la madre de May, Mrs. Martha Cummins, que había fallecido repentinamente de una hemorragia cerebral hacía dos semanas y que estaba enterrada en la parcela familiar.

Por su propio impulso, mi mano derecha ascendió hasta la abertura triangular y repiqueteó en el polvoriento cristal. Fue un gesto tímido, y ninguna de las personas que estaban dentro respondió al leve sonido, pero un segundo más tarde uno de los hombres levantó brevemente la cabeza mientras volvía una página y le reconocí. Joe Bryant, el vigilante de la escuela de Sammy. Había muerto hacía un año de un ataque cardíaco.

¿Explicación? No podía concebir ninguna, pero tenía que hablar con la mujer que parecía ser la madre de May.

Me aparté de la ventana y me dirigí hacia el rectángulo negro de la puerta trasera de la casa. Estaba cerrada normalmente y asegurada además con un grueso candado. Al tocarlo, mis dedos se mancharon ligeramente de grasa, lo cual me dio a entender que el candado se encontraba en perfecto estado de funcionamiento. Un poco más allá había otra ventana, más pequeña, que probablemente correspondía a la cocina. Estaba también entablada, pero cuando tiré de las planchas de madera toda la estructura se movió ligeramente. Un tirón más decidido, y la estructura de metal se desprendió del marco de madera podrida. La operación fue más ruidosa de lo que había esperado, pero la casa permaneció silenciosa.

Una parte de mi mente gritaba su terror, pero coloqué el armazón de la ventana contra la pared y la utilicé como escalerilla para trepar hasta el hueco que había dejado. Me introduje por él y me encontré sobre una superficie grasienta que resultó ser la parte superior de una anticuada cocina a gas. Mi encendedor no proyectaba prácticamente ninguna claridad, de modo que arranqué varias páginas de mi agenda y les prendí fuego. La cocina estaba en ruinas, y era evidente que no se utilizaba: un hecho que, de haberlo tenido en cuenta en aquel momento, hubiera aumentado mi sensación de alarma. Un corto pasillo se extendía en dirección a la estancia iluminada. Quemando más páginas avancé por él hasta que distinguí una raya de luz debajo de una puerta. Agarré el pomo con mano firme y, sin vacilar, abrí la puerta de par en par. Los ancianos sentados en los grandes sillones volvieron sus rostros arrugados hacia el mío. Mrs. Cummins me contempló fijamente, con una expresión que podía ser de reconocimiento o de desconcierto.

—Soy George —me oí decir a mí mismo—. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Ella se puso en pie y sus labios se movieron.

—Nigi olon prittle o czaning sovisess.

Al oír la última palabra los otros se pusieron en pie con movimientos extrañamente ágiles.

—¿Mrs. Cummins? —dije—. ¿Mr. Bryant?

Los ancianos soltaron sus revistas, avanzaron hacia la puerta y vi que iban descalzos. Retrocedí hasta el pasillo, sacudiendo la cabeza con aire de disculpa, y eché a correr. ¿Podría salir por la pequeña ventana de la cocina con la suficiente rapidez? Una mano aferró mi hombro. Me desprendí de ella de un tirón y corrí en dirección contraria a la de la cocina, guiado por la claridad que surgía de la estancia que ocupaban los ancianos. Vi una puerta a mi izquierda. La empujé, comprobé que estaba abierta y penetré en un lugar oscuro como la pez. Volví a cerrar la puerta y, milagrosamente, encontré una llave en la cerradura. La hice girar rápidamente en el mismo instante en que, al otro lado, algo pesado chocaba contra la madera, y la voz de una mujer iniciaba un enervante gimoteo.

Palpé la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Oí el chasquido del interruptor, pero la luz no se encendió. Sin atreverme a dar un paso, permanecí inmóvil en medio de la oscuridad que se apretaba contra mi rostro, paulatinamente consciente de una sensación de calor acompañada de un leve hedor. Supuse que estaba en una habitación de la parte delantera de la casa, y que podría escapar con tal de que encontrara una ventana. El empapelado de la pared se había desprendido junto al interruptor. Tiré de él y arranqué una larga tira, enrollándola en forma de antorcha, mientras los golpes en la puerta se hacían más frenéticos. El cono azulado de llama de mi encendedor prendió inmediatamente en el seco papel. Sostuve la improvisada antorcha en alto y pude ver una gran habitación cuadrada, con un banco de equipo electrónico a lo largo de una pared y un tanque de un metro de altura, aproximadamente, que ocupaba la mayor parte del suelo. El hedor que había herido

mi olfato parecía proceder del líquido oscuro que llenaba el tanque. Le eché una ojeada y vi una cosa medio sumergida que flotaba boca abajo. Tenía el tamaño aproximado de un chiquillo de siete años, y las facciones en plena descomposición parecían las de... ¡NO!

Grité y arrojé la antorcha lejos de mí, buscando mi anterior estado de ceguera. La antorcha aterrizó junto a una pared y las tiras de empapelado desprendido empezaron a arder. Corrí alrededor del tanque hasta una ventana y rompí los cristales. El entablado resistió el ataque de mis pies y de mis puños durante una eternidad, pero finalmente me encontré en la calle, corriendo desesperadamente, azotado el rostro por el frío aire nocturno.

Cuando finalmente me volví a mirar, varias manzanas más allá, encima de la vieja casa de Guthrie el cielo empezaba a mancharse de rojo, y nubes de furiosas chispas ascendían con el humo.

IV

¿Cómo se asimila una experiencia como ésta? Había algunos aspectos de la pesadilla que mi mente era completamente incapaz de manejar mientras regresaba a casa, acompañado por el lejano sonido de las sirenas de los bomberos. Había, por ejemplo, el hecho de que yo había provocado un incendio en el cual podían estar pereciendo en aquel preciso instante un grupo de ancianos. Pero no experimentaba ninguna sensación de culpabilidad. Por el contrario, estaba convencido de que si el incendio no se hubiese iniciado por accidente, hubiese tenido la obligación de provocarlo para librar al mundo de algo que no tenía derecho a existir. No había ningún elemento de espiritualismo en mis pensamientos, puesto que el horror final en la habitación de la parte delantera de la casa había dispersado el halo de sobrenaturalidad que rodeaba los acontecimientos anteriores.

Había visto una instalación electrónica —de tipo desconocido pero inconfundible—, y había visto una cosa flotando en un tanque de líquido orgánico calentado, una cosa que parecía...

¡No! Aquella avenida de pensamiento conducía a la locura. Á un dolor insoportable.

¿Qué otras cosas había visto? La abuela Cummins había muerto... pero estaba sentada en una habitación de la parte trasera de una casa deshabitada, y había hablado en un idioma que no se parecía a ninguno de los idiomas que yo había oído hasta entonces. Joe Bryant también había muerto, hacía un año, y también estaba sentado en aquella misma habitación. Mi hijo estaba gravemente enfermo en el hospital, y sin embargo...

Me acordé del doctor Pitman. Había atendido a la abuela Cummins. Estaba casi seguro de que había sido el médico de cabecera de Bryant. Había atendido a Sammy aquella mañana. Había estado en mi casa el día anterior: quizás cuando Sammy había llegado diciendo que había visto a unos viejos en la casa de Guthrie. Luego recordé otra cosa: la pistola del 22 que guardaba en un cajón de mi escritorio. Empecé a andar más aprisa.

Al llegar a casa, mi primera impresión fue la de que May se había marchado, pero cuando entré la encontré sentada en el mismo lugar, junto al teléfono, a oscuras. Consulté mi reloj y comprobé que, por increíble que pudiera parecerme, sólo habían transcurrido cuarenta minutos desde que salí a dar un paseo. Éste era el tiempo que había tardado en pudrirse y disolverse la realidad.

—¿May? —llamé desde el umbral—. ¿Han llamado del hospital?

Una larga pausa.

—No.

—¿Quieres que encienda la luz?

Otra pausa.

—No.

Esta vez no me importaba, porque la oscuridad ocultaba el hecho de que mis ropas estaban manchadas de barro y de sangre de mis manos lastimadas. Subí al piso, me lavé con agua fría, vendé mis nudillos y me cambié de ropa. Luego cogí la pistola de mi escritorio, descendí de nuevo a la planta baja y le dije a May que tenía que volver a salir. May asintió sin pronunciar una sola palabra, sin importarle lo que yo pudiera hacer. Si Sammy moría, ella moriría también, lo cual significaba que dos importantes vidas dependían de lo que yo hiciera en la hora siguiente.

Salí y descubrí que la atmósfera de la noche se había trocado en otra de febril excitación. Las calles estaban llenas de automóviles, de peatones, de chiquillos que corrían, todos convergiendo sobre la gigantesca fogata que había aparecido, gratuitamente, para convertir una noche aburrida en un acontecimiento. Dos manzanas al sur, la vieja casa de Guthrie era un infierno que veteaba de ámbar y oro las ventanas de toda la vecindad. Sus maderas, estallando a intervalos, eran como cohetes que contribuían a crear una atmósfera de Cuatro de Julio. Un grupo de chiquillos pasó junto a mí gritando de alegría, y una parte de mi mente reconoció que yo había aportado una contribución importante al júbilo infantil del distrito. Esta noche nacerían muchas leyendas, que pasarían en interminable sucesión de las bocas de los chicos de diez años a los oídos de los niños de cinco años.

La noche en que ardió la vieja casa de Guthrie.

El doctor Pitman vivía a una milla de distancia de mi hogar, y decidí que sería casi tan rápido y menos conspicuo ir a pie. Andaba maquinalmente, tratando de equilibrar los elementos de realidad, pesadilla y carnaval, y llegué a la casa del doctor en poco más de diez minutos. Su Buick estaba estacionado en la calzada, y las ventanas de la parte alta de la casa aparecían iluminadas. Miré cautelosamente a mi alrededor —el incendio quedaba ahora más lejos, y los vecinos no estarían aquí tan concentrados en él—, antes de acercarme a la puerta principal. En aquel preciso instante se abrió la puerta y el doctor Pitman salió apresuradamente, poniéndose aún el abrigo. Eché mano a la pistola, pero no tuve necesidad de exhibirla, ya que el doctor se detuvo al verme.

—¡George! —exclamó, con aire preocupado—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Se trata de tu hijo?

—Usted lo ha dicho.

Le agarré por las solapas y le empujé hacia el vestíbulo iluminado por una luz anaranjada.

—¿Qué es esto? —El doctor presentaba una inesperada resistencia, y tuve que poner en juego toda mi fuerza para retenerle—. Estás obrando de un modo muy raro, George.

—Usted ha puesto enfermo a Sammy —le dije—. Y si no le devuelve la salud, le mataré.

—Cálmese, George... Le dije que no se excitara.

—No estoy excitado.

—Es la tensión...

—¡Basta! —grité, a punto de perder el control—. Sé que ha puesto enfermo a Sammy, y voy a terminar de una vez con su juego.

—Pero, ¿por qué habría yo...?

—Porque Sammy estuvo en la parte de atrás de la vieja casa de Guthrie y vio demasiado.

Le sacudí fuertemente y retrocedió un par de pasos.

—¡La casa de Guthrie! ¡No, George, no!

Hasta aquel momento yo había estado medio dispuesto a hacer marcha atrás, a aceptar la idea de que la preocupación me había sacado de quicio, pero el rostro del doctor Pitman se convirtió en una blanda máscara gris. La fuerza pareció abandonar su cuerpo, haciéndole más pequeño y más viejo.

—Sí, la vieja casa de Guthrie —Cerré la puerta detrás de mí—. ¿Qué hace usted allí, doctor?

—Escuche, George, no puedo hablar con usted ahora... Acabo de oír que hay un incendio en el distrito y he de ir allí por si es necesaria mi ayuda.

El doctor Pitman se irguió, y por un instante volvió a convertirse en la autoritaria figura que yo había conocido. Trató de apartarme a un lado.

—Llega usted tarde —dije, cerrándole el paso—. El lugar se ha convertido en una antorcha. Su equipo ha desaparecido.

—No... no sé de qué está hablando.

—De las cosas que usted hace. Las cosas que parecen personas, pero que no lo son porque las personas originales están muertas. Todas han desaparecido, doctor... quemadas —Estaba disparando al azar, me di cuenta de que algunas de mis palabras daban en el blanco y continué—: Yo estuve allí, y lo he visto todo, y se lo contaré a todo el mundo.

El doctor Pitman sacudió la cabeza, se apartó de mi y empezó a subir la amplia y alfombrada escalera que conducía al piso superior. Fui a echar mano a la pistola, pero cambié de idea y eché a correr detrás de él, alcanzándole cuando llegaba al rellano. Poniendo en juego toda mi fuerza le retuve contra la pared con el antebrazo apretado contra su garganta, decidido a arrancarle la verdad... fuera cual fuese. El doctor se retorció y escapó de entre mis brazos. Le agarré de nuevo, perdimos el equilibrio y bajamos rodando las escaleras. Mientras caíamos, oí un crujido de huesos rotos; y permanecí tendido en el suelo del vestíbulo diez segundos largos antes de asegurarme de que no eran los míos.

Me incorporé sobre un brazo y contemplé el rostro del doctor Pitman, caído a mi lado. Tenía los dientes ensangrentados y por un instante me invadió la duda. El doctor era un anciano, y suponiendo que no supiera de qué le estaba hablando...

—Ha terminado usted con nosotros, George —susurró finalmente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero que crea una cosa... nunca perjudicamos a nadie... hemos contemplado demasiados sufrimientos para eso...

Tosió, y una transparente película escarlata se extendió sobre sus labios.

—¿De qué está hablando?

—Iba a ser una invasión muy tranquila, muy paulatina... Invasión no es la palabra adecuada: no nos movía ningún afán de conquista. El viaje físico desde nuestro mundo es virtualmente imposible... Observábamos a humanos incurablemente enfermos, construíamos duplicados y les sustituíamos... De ese modo también nosotros podíamos vivir normalmente, casi normalmente... durante una temporada... hasta que volvía a producirse la muerte...

—Doctor Pitman —dije desesperadamente—, lo que usted dice no tiene sentido.

—Yo no soy el verdadero doctor Pitman, que murió hace muchos años... Fue el primer individuo de este pueblo... un médico se encuentra en las mejores condiciones para nuestro proyecto... Fui skorded —ustedes no tienen ninguna palabra equivalente—, transmitido en un duplicado de su cuerpo...

El suelo del vestíbulo parecía oscilar bajo mis pies.

—¿Está usted diciendo que procede de otro planeta?

—Exactamente, George.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué querría alguien...?

—Agradezca usted el no poder imaginar las circunstancias que hacen... deseable el proyecto.

Su cuerpo se convulsionó con repentino dolor.

—Sigo sin comprender —dije—. ¿Por qué tienen que duplicar los cuerpos de personas moribundas, si ello significa permanecer encerrados en una vieja casa durante el resto de sus vidas?

—Habitualmente no significa eso... nosotros sustituimos e integramos... la persona moribunda parece restablecerse... pero el proceso de duplicación requiere tiempo, y a veces el individuo muere repentinamente, en casa, sin que tengamos la oportunidad de ocupar su puesto...

En aquel preciso instante oí el ruido de un automóvil que se paraba delante de la casa. El hombre al que conocía como doctor Pitman cerró los ojos y suspiró profundamente.

—¿Y Sammy? —inquirí, sacudiendo a la inerte figura—. No me ha dicho nada acerca de mi hijo.

Los ojos volvieron a abrirse, lentamente, y a pesar del dolor vi en ellos... bondad.

—Todo fue un error, George... Yo no tenía la menor idea de que había estado rondando la vieja casa de Guthrie... no somos como ustedes: somos malos organizadores... nald denbo soviseegg... lo siento... No tuve nada que ver con su enfermedad...

En la calle se oyó el chasquido de la portezuela de un automóvil. Quise echar a correr, pero había otra pregunta que debía ser formulada.

—Yo estuve en la vieja casa de Guthrie. Vi el tanque y... algo... que parecía un chiquillo. ¿Significa eso que Sammy está moribundo? ¿Qué iban ustedes a reemplazarle?

—Sammy se pondrá bien, George... aunque al principio no tenía esperanzas... No les he conocido, a usted y a May, durante tanto tiempo como les conoció el doctor Pitman, pero les tomé cariño... Sabía que May no soportaría la pérdida, de modo que dispuse una sustitución... Sammy se pondrá bien...

Trató de sonreír, mientras el timbre de la puerta empezaba a sonar estridentemente.

Contemplé al anciano con una extraña sensación de lástima. A pesar de todo. ¿En qué clase de infierno había nacido originalmente? El timbre sonó de nuevo y abrí la puerta.

—Llame a una ambulancia —le dije al desconocido que estaba en el umbral—. El doctor Pitman parece haberse caído por la escalera: creo que se está muriendo.

Era muy tarde cuando el coche de la policía me dejó finalmente delante de mi hogar, pero la casa estaba inundada de luz. Di las gracias al sargento que me había traído desde el depósito al cual habían llevado el cadáver del doctor Pitman (no podría pensar en él bajo otro nombre), y me apresuré a lo largo del hormigón blanco del sendero que conducía hasta la puerta. Las luces parecían indicar un cambio en el estado de ánimo de May, pero temía dejarme ganar por la esperanza...

—¡George! —May me recibió en la puerta, vestida para salir, con el rostro pálido pero exultante de alegría—. ¿Dónde has estado? Te he llamado a todas partes... Hace media hora me avisaron del hospital. Sammy está mucho mejor y quiere vernos. He sacado el automóvil. ¿Quieres que conduzca yo? Tenemos permiso para verle, y yo...

—Calma, May, calma.

La abracé y le hice repetir toda la historia. May habló apresuradamente.

La respuesta de Sammy al tratamiento había sido espectacular, y ahora estaba plenamente consciente y había expresado el deseo de ver a sus padres. El médico-jefe había decidido hacer una excepción, permitiéndonos que habláramos con Sammy unos minutos fuera de las horas de visita.

Mientras May hablaba, una llamita de felicidad se encendió en mis ojos. Poco después íbamos camino del hospital. Una enorme luna, del color de la llama de una vela, se levantaba detrás de los tejados, los árboles se agitaban suavemente en su sueño y el brillo rojizo en la dirección de la casa de Guthrie se había desvanecido. May iba al volante, conduciendo con su habitual pericia, y por primera vez en muchas horas la tensión me abandonó.

Me relajé en el asiento y descubrí que me había olvidado de librarme de la pistola que me había oprimido continuamente las costillas mientras hablaba con la policía. Ahora estaba sentado junto a May, de modo que no podía dejarla en la guantera sin que ella se diese cuenta. La vergüenza por haber llevado un arma, y el deseo de no alarmar a May después de lo que ya había pasado, me hicieron decidir conservarla

encima un poco más. Súbitamente muy cansado, cerré los ojos y me dejé llevar por la riada mental de los acontecimientos de aquella noche.

Las palabras del doctor Pitman constituían una historia increíble, pero yo había visto la espantosa prueba. Había algo macabro en la idea del grupo de seres alienígenas, duplicados de personas muertas, reunidos en una sucia habitación de una casa abandonada, esperando pacientemente la muerte. El recuerdo del rostro de la abuela Cummins, visto de nuevo dos semanas después de su entierro, tardaría mucho tiempo en borrarse de mi mente. Ella, el duplicado, me había reconocido, lo cual significaba que la técnica utilizada por los alienígenas era increíblemente detallada, extendiéndose hasta el arreglo de las células cerebrales. Presumiblemente, los únicos cambios físicos que introducían eran mejoras: si una persona moría de cáncer, el duplicado sería inmune al cáncer. Los músculos envejecidos recobraban su elasticidad y su vigor: el doctor Pitman y todos los que estaban en la casa se movían con excepcional agilidad. Pero, ¿habrían podido escapar del incendio? Tal vez algún código propio de ellos no les permitía abandonar la casa, ni siquiera bajo peligro de muerte, a menos de que dispusieran de un lugar que les permitiera penetrar en nuestra sociedad sin provocar ninguna alarma...

Los alienígenas poseen un código ético, pensé, pero, ¿puedo permitir que se introduzcan entre nosotros subrepticamente? A propósito, ¿tenía yo alguna idea de la amplitud que había alcanzado su infiltración? Me habían dicho que el doctor Pitman fue el primer individuo de este pueblo. ¿Significaba eso que la invasión afectaba a todo el estado? ¿A todo el país? ¿A todo el mundo? Existía también el problema de su intensidad. El hombre moribundo había dicho que la técnica de sustitución fallaba cuando la muerte de una persona ocurría repentinamente en casa, lo cual implicaba que el hospital estaba bien infiltrado. Pero, ¿hasta qué punto? ¿Llegaría un momento en que todas las personas ancianas del mundo, y muchas de las más jóvenes, serían duplicados?

Las luces de la calle parpadeaban en rojo a través de mis párpados cerrados, y nuevas preguntas brotaban en mi mente al mismo ritmo. ¿Podía creer lo que el «doctor Pitman» había dicho acerca de los objetivos de los alienígenas? Desde luego, se había mostrado amable, sinceramente preocupado por Sammy y por May... pero, ¿cómo hay que interpretar las expresiones faciales controladas por un ser que en otro tiempo puede haber poseído una forma completamente distinta? Y, si el secreto era tan vital para los planes de los alienígenas, ¿por qué me había contado el «doctor Pitman» toda la fantástica historia? ¿Me había estado manipulando de un modo que aún no había empezado a comprender?

Abrí los ojos.

—¡Pobrecito! Estás muy cansado —dijo May—. Todo irá bien ahora, no te preocupes.

Trata de tranquilizarme, pensé. Se siente de nuevo feliz, confiada, porque nuestro hijo ha mejorado. La vida de Sammy es su vida.

El automóvil se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo May—. No debemos quedarnos demasiado tiempo. El doctor Mulligan ha sido muy amable al permitirnos venir a esta hora.

Recordé al doctor Mulligan. Alto, cargado de espaldas y viejo. ¿Otro doctor Pitman? Pensé súbitamente que no le había hablado aún a May de los acontecimientos de aquella noche, pero antes de que pudiera elaborar una versión «digerible» nos habíamos apeado del automóvil.

En contraste con el aire cargado de perfumes otoñales del exterior, la atmósfera del hospital parecía inerte, muerta. La oficina de recepción estaba vacía, pero un médico joven y rubio acudió a nuestro encuentro y, al saber quiénes éramos, llamó a una enfermera. Ésta, una joven alta con los antebrazos llenos de pecas, nos acompañó al ascensor y pulsó el botón del tercer piso.

—Samuel está haciendo progresos excepcionales —le dijo a May—. Es un chico muy fuerte.

—Gracias —asintió May—. Muchas gracias.

Quise cambiar de tema, ya que Sammy no me había parecido nunca un chico fuerte, y un extraño temor se estaba insinuando dentro de mí.

—¿Ha habido mucho trabajo esta noche?

—No. Ha sido una noche muy tranquila.

—¡Oh! Oí decir que se había producido un incendio...

—A nosotros no nos ha afectado.

—Es mejor así —murmuré.

Si los alienígenas estaban contruidos con los mismos bloques biológicos que los humanos, sus restos aparecerían como los de unas víctimas del fuego normales. Bloques biológicos... Pero, ¿de dónde procedían los alienígenas? El líquido oscuro del tanque, ¿era de origen natural, o sintético? La cosa que yo había visto flotando allí, ¿era un cuerpo en plena construcción?

¿O estaba siendo disuelto en un baño de materia orgánica?

¿Había visto el cadáver de mi hijo?

Otros pensamientos llegaron gimiendo y corveteando como demonios. El «doctor Pitman» había llevado a Sammy al hospital en su propio automóvil, pero se había demorado extrañamente en el camino. Era evidente que había llevado a Sammy a la casa de Guthrie. ¿Por qué? Porque, según su propia afirmación, temía por la vida de Sammy, quería evitarle a May la impresión de perder a su hijo y había pensado en una sustitución. Altruista. ¿Hasta qué punto confiaba el «doctor Pitman» en mi credulidad? Si Sammy había fallecido de muerte natural, o asesinado, y reemplazado por un ser de más allá de las estrellas, yo no iba a quedarme quieto. Iba a disparar, y a incendiar, y a matar...

Con un gran esfuerzo dominé el repentino temblor de mis miembros mientras la enfermera abría la puerta de una pequeña habitación individual. La luz atenuada permitía ver a Sammy durmiendo apaciblemente. El corazón se me oprimió

dolorosamente al reconocer a la carne de mi carne.

—Pueden quedarse un minuto, pero sólo un minuto —dijo la enfermera.

Sus ojos se posaron unos instantes en el rostro de May, y algo que vio en él la indujo a permanecer en el pasillo mientras nosotros entrábamos en la habitación. Sammy estaba pálido pero respiraba normalmente. La piel de su frente brillaba con el dorado que le había prestado el sol del verano. May sujetó mi brazo con las dos manos mientras permanecíamos de pie al lado de la cama.

—Está perfectamente —susurró—. ¡Oh, George! No lo hubiera resistido...

Al sonido de su voz, los párpados de Sammy se agitaron levemente, pero continuó inmóvil. May empezó a sollozar silenciosamente.

—Tranquilízate, cariño —le dije—. Piensa que Sammy está fuera de peligro.

—Lo sé, pero no dejo de pensar que todo fue culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Sí. Ayer, durante la cena, me puse tan furiosa al oírle hablar de mi madre, que llegué a desear que se muriera.

—Eso son tonterías.

—Lo sé, pero llegué a desearlo, y después de lo que ha ocurrido...

—No seas absurda, querida —dije, con una calma que estaba muy lejos de sentir—. Cuando un niño se pone impertinente, los nervios nos impulsan a pensar cualquier cosa...

Sammy abrió los ojos.

—¿Mamá?

May se arrodilló junto al lecho.

—Aquí estoy, Sammy. Estoy aquí.

—Siento haberte hecho enfadar.

La voz de Sammy era débil y soñolienta.

—No me hiciste enfadar, querido —dijo May, cogiendo la mano de Sammy y apretándola contra sus labios.

—Sí, mamá, lo hice. No debí decir que había visto a la abuela Cummins —Alzó la mirada hacia mi rostro—. Fue una broma estúpida, como dijo papá. No vi a la abuela Cummins en ninguna parte.

Mantuvo sus ojos clavados en los míos, retadores.

Me aparté un par de pasos de la cama y la flor negra del miedo, que había estado agazapada y esperando, cerró sus hambrientos pétalos a mi alrededor. Sammy, mi Sammy, había visto el duplicado de la abuela Cummins en la vieja casa de Guthrie... y ningún castigo y ningún soborno le habrían inducido a retractarse de sus palabras. Sammy no era como yo: tenía un carácter de una sola pieza.

Por su propio impulso, mi mano derecha se deslizó bajo mi chaqueta y agarró la culata de la pistola. Mi hijo estaba muerto y éste era el momento de empezar a vengarle.

Pero miré los hombros encorvados de May, que se agitaban levemente, y supe por

qué me había contado toda la historia el «doctor Pitman». Si las macabras escenas de la casa de Guthrie continuaban siendo un misterio para mí, si no comprendía su objetivo, no habría guardado silencio. Eventualmente, hubiera acudido a la policía, creando las consiguientes dificultades...

Ahora sabía que la primera víctima de aquellas dificultades sería May, la cual quedaría destruida, al enterarse de la verdad, tan definitivamente como si le disparase un tiro en la sien. Mi mano se apartó de la culata de la pistola.

La vida de Sammy, pensé, es su vida.

En cierto sentido no es malo ser un tipo asequible al compromiso: hace la vida más fácil, no sólo para uno mismo sino también para los que le rodean. Ahora, May sonríe mucho y es muy feliz al ver a Sammy convertido en un guapo y listo mocetón de catorce años. El hallazgo de cierta cantidad de restos «humanos» entre las cenizas de la vieja casa de Guthrie fue la comidilla del pueblo durante unos días, pero dudo que May lo recuerde. Como ya he dicho, sonríe mucho.

Yo pienso todavía en mi hijo, desde luego, y ocasionalmente se me ocurre que si May muriese en un accidente, por ejemplo, dejaría de sentirme constreñido por el cariño que me inspira mi esposa y mi anhelo de no ver enturbiada su felicidad.

Pero los años van deslizándose y no hay el menor indicio de que la raza humana se vea perjudicada como resultado de la silenciosa invasión de los alienígenas. Supongo —y ojalá no me equivoque— que lo ocurrido no pasó de ser un fenómeno localizado en nuestro pequeño pueblo, un experimento que no dio el resultado apetecido.

Y cuando miro a Sammy creciendo alto y erguido —con un parecido tan extraordinario a su madre—, no me resulta tan difícil convencerme a mí mismo de que pude haber cometido un disculpable error.

Después de todo, sólo soy humano.

Chapoteo

Isaac Asimov

El relato de Isaac Asimov acerca de un futuro en el que resulta difícil obtener fondos para financiar los proyectos de exploración del espacio tiene plena vigencia. El conflicto estalla entre los partidarios de explorar el espacio y los partidarios de explorar las profundidades de los océanos de la Tierra.

I

Stephen Demerest levantó la mirada hacia el cielo. El azul le pareció opaco y repugnante.

Luego miró imprudentemente al sol, y apartó rápidamente los ojos, asustado.

Involuntariamente, pensó en la plegaria de Ajax en la *Ilíada*: ¡Haz el cielo claro, permítenos que veamos con nuestros ojos! ¡Mátanos en la luz, ya que te complaces en matarnos!

Demerest pensó: Mátanos en la luz...

Mátanos en la clara luz de la Luna, donde el cielo es negro y suave, donde las estrellas brillan de un modo esplendoroso, donde la limpieza y la pureza del vacío agudizan la vista...

Se estremeció. El estremecimiento fue físico y real: sacudió su delgado cuerpo, llenándole de preocupación. Iba a morir, estaba seguro de ello. Y no bajo este cielo azul, sino bajo una negrura sin cielo.

Como respondiendo a aquel pensamiento, el piloto del ferry, bajito y rechoncho, se acercó a él y le dijo:

—¿Preparado para la inmersión, Mr. Demerest?

Demerest asintió. Su estatura dominaba a la del otro, como dominaba a la de la mayoría de los hombres de la Tierra. Todos ellos eran robustos y se movían de un modo lento y seguro. Él, en cambio, tenía que guiar sus pasos a través del aire.

—Estoy preparado —dijo.

Aspiró profundamente y volvió a mirar el sol, ahora de un modo deliberado. Estaba muy bajo en el cielo matinal, y Demerest sabía que no le cegaría. No pensaba volver a verlo.

Nunca había visto un batiscafo. Tendía a pensar en él en términos de prototipos: un globo oblongo con una góndola esférica debajo. Era como si insistiera en pensar en el vuelo espacial en términos de toneladas de combustible proyectado hacia atrás en forma de llama y en un módulo irregular descendiendo como una araña hacia la

superficie lunar.

El batiscafo no correspondía a la imagen que de él se había formado. Debajo de su piel podía haber una bolsa flotante y una góndola, pero el exterior era esbelto y liso.

—Me llamo Javan —dijo el piloto del ferry—. Ornar Javan.

—¿Javan?

—¿Le extraña el nombre? Desciendo de iraníes. Abajo, las nacionalidades dejan de tener importancia —Sonrió, y su tez pareció más oscura en contraste con la blancura de sus dientes—. Si no tiene inconveniente, iniciaremos el descenso dentro de un minuto. Usted es mi único pasajero, de modo que supongo que lleva mucho peso.

—Sí —dijo Demerest, secamente—, al menos cien libras más de lo que estoy acostumbrado a llevar.

—¿Procede usted de la Luna? Me pareció que andaba con dificultades. Espero que no se sienta incómodo.

—No me siento demasiado cómodo, pero me las arreglo. En la Luna hacemos prácticas para enfrentarnos a estas situaciones.

—Bueno, suba a bordo —dijo el piloto—. Yo no iría a la Luna por nada del mundo.

—Y baja usted a las profundidades del océano.

—Es distinto. Lo he hecho más de cincuenta veces.

Demerest subió a bordo. No había demasiado espacio, pero no le importó. El interior del batiscafo podía compararse al de un módulo espacial.

Estaban aún en la superficie. El cielo azul podía percibirse a través del grueso cristal.

Javan dijo:

—No tendrá que atarse. Aquí no hay aceleración. No tardaremos mucho: alrededor de una hora. No puede usted fumar.

—No fumo —dijo Demerest.

—Espero que no padezca usted claustrofobia.

—Los hombres de la Luna no conocen la claustrofobia.

—Aquellos espacios abiertos...

—Vivimos en cavernas, a un centenar de pies de profundidad.

—¿Un centenar de pies? —El piloto pareció divertido pero no sonrió—. Estamos descendiendo ya.

El interior de la góndola era angulado, pero aquí y allá un sector de la pared detrás de los instrumentos parecía ser una extensión de sus brazos: sus ojos y sus manos se movían sobre ellos ligeramente, casi amorosamente.

—Todo está revisado —dijo—, pero me gusta echar un vistazo final: al llegar abajo la presión será de un millar de atmósferas —Su dedo tocó un contacto—. Échele una última mirada a la luz del sol, Mr. Demerest.

La luz brillaba aún a través del grueso cristal de la ventanilla. Ahora era ondulante: había agua entre el sol y ellos.

—¿La última mirada? —inquirió Demerest.

Javan sonrió.

—Es un decir. Me refiero a la última mirada por ahora. Supongo que es la primera vez que entra en un batiscafo.

—Sí, la primera vez. ¿Tienen muchos?

—Muy pocos —admitió Javan—. Pero no se preocupe. No es más que un globo submarino. Hemos introducido muchas mejoras desde que se construyeron los primeros batiscafos. Ahora utilizamos la energía nuclear y podemos desplazarnos bajo el agua hasta ciertos límites, pero el principio básico es el mismo: una góndola esférica colgando de unos tanques flotantes.

El batiscafo se hundía lentamente, a través de un verde cada vez más oscuro, pero en su interior no se experimentaba ninguna sensación de movimiento.

Javan se relajó.

—John Bergen es el jefe de la Base. ¿Va usted a visitarle?

—Sí.

—Es un tipo simpático. Su esposa está con él.

—¿De veras?

—Sí. Hay varias mujeres en la Base. Son más de cincuenta personas las que están allí, y algunas se pasan meses enteros en la Base.

Demerest pasó un dedo por la costura casi invisible que unía la pared a la puerta. Lo apartó y lo examinó.

—Esto es aceite —dijo.

—Silicona —rectificó Javan—. Efecto de la presión. Pero no se preocupe. Aquí, todo es automático. Si se produjera alguna anomalía, nuestro lastre se soltaría automáticamente y ascenderíamos a la superficie.

—¿Quiere usted decir que nunca les ha ocurrido nada a estos batiscafos?

—¿Qué puede ocurrir? —El piloto miró de soslayo a su pasajero—. Una vez se ha descendido lo suficiente para no temer a los cachalotes, no puede pasar nada.

—¿Cachalotes? —inquirió Demerest, enarcando las cejas.

—Sí. Se sumergen a profundidades de hasta media milla. Si chocaran contra un batiscafo... Bueno, las paredes de las cámaras flotantes no son particularmente fuertes. No tienen que serlo, ¿sabe? Están abiertas al mar, y cuando la gasolina, que es la que suministra la flotabilidad, se comprime, entra el agua del mar.

La oscuridad se hizo tangible. Demerest no apartaba los ojos de la ventanilla. El interior de la góndola estaba iluminado, pero detrás de aquella ventanilla reinaba la oscuridad.

Una oscuridad que no era la del espacio, sino que aparecía compacta, sólida.

Demerest dijo:

—Aclaremos eso, Mr. Javan. Usted no está equipado para resistir el ataque de un

cachalote. Presumiblemente, no está equipado para resistir el ataque de un pulpo gigante. ¿Se ha producido algún incidente de ese tipo?

—Bueno, es como si...

—Nada de evasivas, por favor. Se lo pregunto por curiosidad profesional. Soy el jefe de los servicios de seguridad mecánica de Luna City, y quiero saber qué medidas puede tomar este batiscafo contra un posible encuentro con animales de gran tamaño.

Javan se encogió de hombros, murmurando:

—En realidad, no se ha producido ningún accidente.

—¿No están previstos? ¿Ni siquiera como una posibilidad remota?

—Todo es remotamente posible. Pero, de hecho, los cachalotes son demasiado inteligentes para meterse con nosotros, y los pulpos gigantes son demasiado tímidos.

—¿Pueden vernos?

—Sí, desde luego. Estamos iluminados.

—¿Lleva usted faros?

—Sí. Voy a encenderlos para que los vea.

Más allá de la oscura ventanilla apareció súbitamente una tormenta de nieve, invertida, cayendo hacia arriba. La oscuridad se había animado de estrellas en formación tridimensional y moviéndose en dirección ascendente.

Demerest dijo:

—¿Qué es eso?

—Materia orgánica. Animales diminutos. Flotan, apenas se mueven y captan la luz. Pero nosotros estamos descendiendo y, en consecuencia, ellos parecen ascender.

Demerest recobró el sentido de la perspectiva y dijo:

—¿No estamos bajando con demasiada rapidez?

—No. Si fuera así, podría utilizar los motores nucleares o dejar caer un poco de lastre. Pero, de momento, todo va bien. Relájase, Mr. Demerest. No hay el menor motivo de preocupación.

Demerest dijo:

—¿A cuántos pasajeros ha bajado usted al mismo tiempo?

—He bajado hasta cuatro en esta góndola, pero eso significa apreturas. Podemos unir dos batiscafos y llevar diez pasajeros, pero no es recomendable. Lo que realmente necesitamos son trenes de góndolas, más pesadas en los nukes —los motores nucleares— y más ligeras en los tanques de flotación. Dicen que esos trenes ya están diseñados... pero hace muchos años que oigo lo mismo.

—Entonces, ¿existen planes para una expansión en gran escala de la Base Submarina?

—Desde luego. Tenemos ciudades en los bajíos continentales: ¿por qué no en el fondo del mar? Tal como yo lo veo, Mr. Demerest, el hombre debe ir a donde puede ir. Hemos poblado la Tierra. Lo único que necesitamos para que las profundidades marinas sean habitables son batiscafos más perfeccionados. Las cámaras de flotación los hacen más lentos y más frágiles.

—Pero también más seguros, ¿no es cierto? Si se produjera alguna anomalía, la gasolina de a bordo le mantendría a usted flotando en la superficie. ¿Qué haría usted si sus motores nucleares se averiasen y no pudiera flotar?

—Llevadas las cosas a ese extremo... no pueden eliminarse todas las posibilidades de que ocurra un accidente.

—Lo sé por experiencia —murmuró Demerest.

Javan se envaró. El tono de su voz cambió.

—Lo siento. Hablaba en términos generales. No pensaba en aquel accidente.

Quince hombres y cinco mujeres habían muerto en la Luna. Uno de los que figuraban en la lista de los «hombres» tenía catorce años. El accidente se había atribuido a un fallo humano. ¿Qué podía decir después de eso un jefe de los servicios de seguridad mecánica?

Un velo de tristeza cayó entre los dos hombres, un velo tan espeso y tan turgente como el agua del mar presurizada del exterior. ¿Cómo podía experimentar un pánico, distracción y depresión al mismo tiempo? Existía la Morriña Lunar —un nombre estúpido— que hería a los hombres en el momento más inoportuno. Cuando se presentaba la Morriña Lunar, los hombres se sentían acometidos por una especie de letargo y reaccionaban con mucha lentitud.

¿Cuántas veces había sido eludido o absorbido con éxito un meteorito? ¿Cuántas veces se habían controlado los efectos de un lunamoto? ¿Cuántas veces se habían compensado las consecuencias de un fallo humano? ¿Cuántas veces no habían ocurrido accidentes?

Pero los accidentes que no han ocurrido no cuentan. Y los muertos eran veinte.

II

Javan dijo:

—¿cuántos minutos más tarde?

—Allí están las luces de la Base Submarina.

Demerest no supo localizarlas, de momento. No sabía a dónde mirar. Unos seres luminiscentes habían pasado por delante de las ventanillas, a cierta distancia, y con los focos apagados Demerest había creído que eran la primera señal de la Base Submarina. Ahora no veía nada.

—Allá abajo —dijo Javan, sin señalar; estaba ocupado, frenando el descenso del batiscafo.

Demerest pudo oír el lejano suspiro de los chorros de agua recalentada por la combustión de los motores.

Javan estaba dejando caer también una parte del lastre, diciendo:

—Antes utilizábamos bolas de acero y las dejábamos caer por medio de controles electromagnéticos. Gastábamos hasta cincuenta toneladas de ellas en cada viaje. Los conservadores no veían con buenos ojos que sembráramos el suelo del océano de bolas de acero oxidables, de modo que recurrimos a los nódulos de metal que son extraídos posteriormente desde el bajío continental. Los revestimos de una capa de hierro para que puedan ser manipulados electromagnéticamente, y de este modo no queda nada en el fondo del océano. Y resulta mucho más barato, también. Pero cuando tengamos nuestros batiscafos realmente nucleares, no necesitaremos ningún lastre.

Demerest apenas le oía. Ahora, la Base Submarina era perfectamente visible. Javan había encendido de nuevo los focos y debajo de ellos se hallaba el fangoso suelo del Foso portorriqueño. Reposando sobre aquel suelo como un racimo de perlas igualmente fangosas se alzaba el conglomerado esférico de la Base Submarina.

Cada unidad era una esfera semejante a la que llevaba a Demerest hacia el contacto, pero mucho mayor. A medida que la Base Submarina se extendía, se añadían nuevas esferas.

Y sólo están a cinco millas de casa, no a un cuarto de millón.

—¿Cómo vamos a salir? —inquirió Demerest.

El batiscafo había establecido contacto. Demerest había oído el sonido de metal contra metal, pero inmediatamente después y durante varios minutos el único sonido que se había percibido era una especie de roce mientras Javan permanecía inclinado sobre sus instrumentos.

—No se preocupe por eso —respondió finalmente Javan—. No hay problema. La demora se debe a que tengo que asegurarme de que encajamos perfectamente. Los instrumentos nos dirán cuándo quedamos unidos a la puerta de entrada.

—¿Se abre inmediatamente?

—Se abriría en seguida si hubiese aire al otro lado. Pero lo que hay es agua de mar, y tiene que ser evacuada. Entonces entraremos.

Demerest tomó buena nota de esto.

—¿Por qué agua de mar? —inquirió—. Si es una cámara reguladora de la presión, ¿por qué no la mantienen llena de aire?

—Me dijeron que es una cuestión de seguridad —dijo Javan—. Su especialidad. Esta puerta es el punto más débil de todo el sistema, porque se abre y se cierra: tiene goznes, tiene costuras... ¿Sabe lo que significa eso?

—Desde luego —murmuró Demerest.

Veía un fallo lógico aquí, lo cual representaba una posibilidad para él... aunque más tarde.

Inquirió:

—¿Por qué esperamos ahora?

—La cámara está siendo vaciada. Expulsan el agua.

—¿Por medio de aire?

—Ni pensarlo. No pueden permitirse derrochar el aire de ese modo. Se necesitarían mil atmósferas para vaciar la cámara y llenarla de aire de la misma densidad. Lo hacen a base de vapor.

—Comprendo.

Javan dijo:

—Se calienta el agua. Ninguna presión del mundo puede evitar que el agua se convierta en vapor a una temperatura de menos de 374 grados. Y el vapor expulsa el agua de mar a través de una válvula unidireccional.

—Otro punto débil —dijo Demerest.

—Supongo que sí. Pero nunca ha fallado. Ahora está siendo expulsada el agua de la cámara. Cuando el vapor caliente empieza a burbujear en la válvula, el proceso se interrumpe automáticamente y la cámara queda llena de vapor recalentado.

—¿Y luego?

—Luego tenemos todo un océano para enfriarlo. La temperatura desciende y el vapor se condensa. Una vez condensado, puede introducirse aire a la presión de una atmósfera. Y luego se abre la puerta.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

—No mucho. Si se produjera alguna anomalía, sonarían las sirenas. Al menos, eso dicen. Yo no las he oído nunca.

Siguió un breve silencio. Luego se oyó un repentino chasquido y una sacudida simultánea.

Javan dijo:

—Lo siento. Debí advertírselo. Estoy tan acostumbrado a ello, que me olvidé. Cuando se abre la puerta, una presión de un millar de atmósferas al otro lado nos empuja contra el metal de la Base Submarina. Ninguna fuerza electromagnética puede sujetarnos lo suficiente como para evitar esa última oscilación de una

centésima de pulgada.

Demerest exhaló un suspiro de alivio.

—¿Todo va bien? —inquirió.

—Las paredes no crujen, si se refiere a eso. Pero el sonido resulta inquietante, ¿verdad? Suena mucho peor cuando salgo y la cámara vuelve a llenarse. No lo olvide. No lo olvidaré... aunque no creo que vuelva a salir de aquí.

Inquirió:

—¿Vamos a pasar ahora?

—Sí.

La abertura en la pared del batiscafo era pequeña y redonda: más pequeña aún que aquella por la cual habían entrado en el batiscafo. Javan se deslizó por ella trabajosamente, murmurando que siempre le hacía sentirse como el tapón de una botella.

Demerest no había sonreído ni una sola vez desde que entró en el batiscafo. Y ahora tampoco sonrió, en realidad, aunque las comisuras de su boca se fruncieron ligeramente al pensar que para un delgado hombre lunar no habría problemas.

Pasó a través de la abertura, ayudado por Javan que le agarró fuertemente por las muñecas.

Javan dijo:

—Esto está muy oscuro. Los cables de la luz habrían significado una debilidad adicional. Pero los focos se inventaron para estos casos.

Demerest se encontró en una pared perforada; su metálica superficie de acero inoxidable tenía un brillo opaco. Y a través de las perforaciones pudo ver la ondulante superficie del agua.

Dijo:

—La cámara no ha sido vaciada.

—Desde luego. Cuando se utiliza el vapor, no puede expulsarse todo. Para obtener la presión necesaria para el vaciado hay que comprimir el vapor hasta que alcance una tercera parte de la densidad del agua líquida. Cuando se condensa, una tercera parte de la cámara queda llena de agua, aunque su presión es sólo de una atmósfera. Vamos, Mr. Demerest.

El rostro de John Bergen no era completamente desconocido para Demerest. El reconocimiento fue inmediato. Bergen, que llevaba diez años ostentando la jefatura de la Base Submarina, era un rostro familiar en las pantallas de TV de la Tierra... tan familiar como el de los personajes de Luna City.

Demerest había visto al jefe de la Base Submarina en imagen normal y en tres dimensiones, en blanco y negro y en color. Verle al natural no era ninguna sorpresa.

Al igual que Javan, Bergen era bajo y robusto, de estructura distinta a la tradicional fisiología lunar. Era mucho más rubio que Javan y su rostro tenía una notable asimetría.

No era guapo. Ningún hombre lunar le tendría por tal. Pero luego Bergen sonrió y

de él emanó una evidente cordialidad mientras extendía una mano robusta.

Dijo:

—Me alegro mucho de que esté aquí. No podemos ofrecerle nada que se parezca al lujo. Ni siquiera podemos declarar el día festivo en su honor, pero lo hacemos en espíritu. ¡Bienvenido!

—Gracias —dijo Demerest en voz baja.

No sonrió. Estaba en frente del enemigo y lo sabía. Seguramente que Bergen lo sabía también. Su sonrisa era pura hipocresía.

Y en aquel momento resonó un chasquido ensordecedor y la cámara retembló. Demerest saltó hacia atrás y se apoyó contra la pared.

Bergen no se movió.

Se limitó a decir:

—Siempre que el batiscafo se despegue de nosotros ocurre esto. Javan debió advertírselo.

Demerest esperó a que se aquietaran los latidos de su corazón.

—Javan me advirtió —dijo—. Pero a pesar de todo me ha cogido de sorpresa.

Bergen dijo:

—Bueno, no volverá a ocurrir en una temporada. No recibimos muchas visitas, ¿sabe? No estamos equipados para ofrecer una cómoda hospitalidad a los políticos que creen que un viaje a la Base Submarina resultaría conveniente para sus carreras. Pero el caso de usted es muy distinto, desde luego.

¿Lo es?

Le había resultado muy difícil obtener la autorización para realizar el viaje. Sus superiores de Luna City no habían aprobado la idea inmediatamente. Y cuando consiguió convencerles, había tropezado con la resistencia de la Base Submarina a recibirle.

Sólo la insistencia había hecho posible su visita.

Bergen dijo:

—Supongo que en Luna City también tendrán sus problemas en este sentido.

Demerest dijo:

—Sus políticos no se muestran tan ansiosos por realizar un viaje de medio millón de millas como para recorrer las diez millas que le separan de la Base Submarina.

—Desde luego —convino Bergen—. Viajar a la luna resulta mucho más caro. Hasta cierto punto, éste es el primer encuentro del espacio interior con el exterior. Que yo sepa, ningún hombre del océano ha ido nunca a la Luna, y usted es el primer habitante de la Luna que visita una Base Submarina. Ningún habitante de la Luna ha estado siquiera en alguna de las instalaciones del bajío continental.

—Entonces, puede decirse que éste es un encuentro histórico —declaró Demerest, sin conseguir disimular del todo el sarcasmo de su voz.

Pero Bergen no pareció darse cuenta.

Se remangó la camisa como para subrayar su actitud de confiada intimidad (¿o el

hecho de que estaba muy ocupado, de modo que no disponía de demasiado tiempo para atender a los visitantes?), y preguntó:

—¿Quiere usted tomar un poco de café? Supongo que ya habrá comido... ¿Desea descansar antes de que le enseñe todo esto? ¿Necesita lavarse?

Por un instante, la curiosidad picó a Demerest; aunque no era una curiosidad monda y lironda. Todo lo relacionado con la Base Submarina podía ser importante.

Habló cuidadosamente.

—¿Cómo están aquí las instalaciones sanitarias?

—Más o menos como en la Luna, supongo. Podemos evacuar si queremos o si necesitamos hacerlo. El hombre tiene fama de ensuciar su entorno, pero en el caso de esta Base, siendo única, lo que evacuamos no produce ningún perjuicio. Añade materia orgánica al medio, simplemente.

Demerest tomó buena nota de aquello, también. Si evacuaban materia, tenían que existir mecanismos de evacuación. Su funcionamiento podía ser interesante y él, en su calidad de jefe de un servicio de seguridad mecánica, tenía derecho a demostrar interés.

—Se lo agradezco mucho —dijo—, pero de momento no necesito nada. Si está ocupado...

—Aquí siempre estamos ocupados, pero en cierto sentido yo soy el que menos lo está. Echaremos un vistazo por ahí. Tenemos más de cincuenta unidades, todas tan grandes como ésta, y algunas mayores.

Demerest miró a su alrededor. Vio ángulos en todas partes, pero más allá de los muebles y de los instrumentos detectó la inevitable pared exterior esférica. ¡Cincuenta unidades!

—Construidas con el esfuerzo de toda una generación —añadió Bergen—. La unidad en la que ahora nos encontramos es la más antigua y se ha hablado de reemplazarla por otra. Algunos de los hombres dicen que estamos preparados para las unidades de la segunda generación, pero yo no estoy seguro. Sería muy caro —aquí todo resulta muy caro—, y sacarle dinero al Consejo del Proyecto Planetario es siempre una experiencia deprimente.

Demerest notó que su rostro se contraía de rabia. Lo que Bergen acababa de decir era una verdad como un templo. Y probablemente estaba enterado de las dificultades que Luna City había tenido con el CPP.

—Confieso que soy un poco conservador —continuó Bergen—. Ésta es la primera unidad submarina que se construyó, en condiciones muy difíciles. Y le tengo cariño. Ahora estamos aquí cincuenta personas, la mayoría de ellas por turnos de seis meses. Por mi parte, en los últimos dieciocho meses sólo he pasado dos semanas en tierra firme.

Hizo una seña a Demerest para que le siguiera y abrió una puerta corrediza que daba acceso a la unidad contigua. Demerest se paró a examinar la abertura. No pudo detectar ninguna costura entre las unidades adyacentes.

Bergen se dio cuenta y dijo:

—Cuando añadimos unidades las soldamos a presión como si se tratara de una sola pieza de metal y luego las reforzamos. No podemos exponernos, como usted comprenderá. Me han dicho que es usted el jefe de los servicios de seguridad mecánica...

Demerest le interrumpió.

—Sí —dijo—. En la Luna admiramos su historial de seguridad.

Bergen se encogió de hombros.

—Hemos tenido suerte. A propósito, lamento mucho el fatal accidente...

Demerest le interrumpió de nuevo.

—No hablemos de eso.

Estaba llegando a la conclusión de que Bergen era un hombre voluble por naturaleza... a menos de que deseara ahogarle con un torrente de palabras y librarse de él.

—Las unidades —dijo Bergen— están dispuestas en una cadena muy ramificada: tridimensional, en realidad. Tenemos un mapa que puedo mostrarle si está interesado. La mayor parte de las unidades de los extremos corresponden a viviendas. Para garantizar un poco de intimidad. Las unidades de trabajo tienden a ser también pasillos, lo cual es una de las desventajas de tener que vivir aquí.

Bergen hizo un gesto con la mano.

—Ésta es nuestra biblioteca, mejor dicho, parte de ella. No es muy extensa. Pero contiene todos nuestros archivos cuidadosamente clasificados y en microfilmes, de modo que en su clase es la mayor del mundo. Y disponemos de una computadora que nos permite localizar rápidamente cualquier dato que necesitamos. Colecciona, selecciona, coordina, pesa... Tenemos otra biblioteca con volúmenes impresos. Pero sólo para distraernos.

Una voz interrumpió el torrente de palabras de Bergen.

—¿John? ¿Puedo pasar?

Demerest se sobresaltó: la voz había resonado detrás de él.

Bergen dijo:

—Annette, ahora iba a buscarte. Te presento a Stephen Demerest, de Luna City. Mr. Demerest, permítame que le presente a mi esposa, Annette.

Demerest murmuró, casi maquinalmente:

—Encantado de conocerla, Mrs. Bergen.

Annette Bergen tenía poco más de treinta años. Iba peinada sencillamente y no llevaba ningún maquillaje. Atractiva, no hermosa, pensó vagamente Demerest. Pero sus ojos no se apartaron de la cintura de la mujer.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, estoy embarazada, Mr. Demerest. De siete meses.

—Disculpe —murmuró Demerest—. Ha sido una impertinencia por mi parte. No he querido...

Se interrumpió. No había esperado encontrar mujeres en la Base, aunque el piloto del ferry le había dicho que la esposa de Bergen estaba con él.

Annette Bergen permaneció silenciosa y Demerest tartamudeó al preguntar:

—¿Cuántas mujeres hay en la Base Submarina, Mr. Bergen?

—En estos momentos, nueve —dijo Bergen—. Todas casadas. Desde luego, éste no es el lugar más a propósito para tener un hijo...

Annette dijo fríamente:

—¿Por qué no? Una de dos: esto va a ser un hogar para la humanidad, o no va a serlo. En el primer caso, tendremos hijos aquí, eso es todo. Yo quiero un hijo nacido en la Base Submarina. En Luna City han nacido niños, ¿no es cierto, Mr. Demerest?

Demerest respiró profundamente.

—Yo nací en Luna City, Mrs. Bergen.

—Lo sabía perfectamente —murmuró Bergen.

—Y tiene usted casi treinta años, ¿no? —dijo Annette.

—Veintinueve, exactamente —dijo Demerest.

—Lo sabía perfectamente, también —dijo Bergen, sonriendo—. Puede apostar a que revisó todos los datos acerca de usted cuando se enteró de que iba a venir.

—Eso no importa —dijo Annette—. Lo importante es que durante veintinueve años, como mínimo, han nacido niños en Luna City, y no ha nacido ningún niño en la Base Submarina.

—Luna City, querida —dijo Bergen—, se estableció hace mucho tiempo. Tiene más de medio siglo de antigüedad, en tanto que nosotros no hemos cumplido aún los veinte años.

—Veinte años es más que suficiente. Un niño sólo tarda nueve meses en nacer.

Demerest inquirió:

—¿Hay niños en la Base?

—No —dijo Bergen—. Algún día, quizás.

—Dentro de dos meses habrá uno —dijo Annette Bergen.

III

La tensión aumentó en Demerest, y cuando regresaron a la unidad en la cual le había recibido Bergen se alegró de poder sentarse y aceptó una taza de café.

—Comeremos pronto —dijo Bergen—. Espero que no le importe quedarse aquí, entretanto. Esta unidad sólo se utiliza prácticamente para la recepción de visitantes, de modo que no es probable que nos interrumpan. Podemos hablar, si lo desea.

—Lo deseo —dijo Demerest.

—Confío en que mi presencia no le resultará molesta —dijo Annette.

Demerest la miró con aire dubitativo, pero Bergen se apresuró a decirle:

—No podrá quitársela de encima. Está fascinada por usted y por los habitantes de la Luna, en términos generales. Opina que son ustedes una... una raza nueva. Supongo que cuando se cansa de ser una Mujer Submarina, querrá ser una Mujer Lunar.

—Tengo un interés especial en una cosa, John —dijo Annette—. Y quiero conocer la respuesta de Mr. Demerest. ¿Qué opina usted de nosotros, Mr. Demerest?

Demerest respondió cautelosamente.

—Me han pedido que venga aquí, Mrs. Bergen, porque soy el jefe de los servicios de seguridad mecánica. La Base Submarina posee un envidiable historial de seguridad.

—Ni un solo accidente mortal en casi veinte años —dijo Bergen alegremente—. Me gustaría poder decir que eso es el resultado de nuestra prudencia y de lo acertado de nuestras precauciones, pero he de admitir que hemos tenido mucha suerte...

—John —dijo Annette—, te ruego que dejes hablar a Mr. Demerest.

—En mi calidad de ingeniero especialista en seguridad —dijo Demerest—, no puedo permitirme creer en la suerte. En Luna City no podemos evitar que se produzcan lunamotos o que caigan grandes meteoritos, pero nuestra tarea consiste en minimizar sus efectos... No hay excusas, o no debería haberlas, para los fallos humanos. Y en este sentido, nuestro historial no es precisamente bueno. Los humanos no son perfectos, como todos sabemos, pero las máquinas deberían ser diseñadas teniendo en cuenta esa imperfección.

Nosotros perdimos veinte hombres y mujeres innecesariamente.

—Lo sé. Sin embargo, Luna City tiene una población de casi mil almas. Su supervivencia no está en peligro.

—Los habitantes de Luna City son novecientos setenta y dos, incluyéndome a mí... pero nuestra supervivencia está en peligro. Dependemos de la Tierra para nuestras necesidades esenciales. La cosa cambiaría mucho si el Consejo del Proyecto Planetario tuviera otro concepto de la economía...

—En esto, al menos, coincidimos, Mr. Demerest —dijo Bergen—. Tampoco nosotros gozamos de la autarquía que podríamos haber alcanzado. Y no podremos

superar nuestro nivel actual si no se construyen batiscafos nucleares. Mientras estemos atados al principio de flotabilidad, no podremos desarrollarnos. El transporte entre la superficie y la Base es lento: lento para los hombres, y todavía más lento para el material y los suministros. He estado haciendo presión, Mr. Demerest, para...

—Sí, y ahora está a punto de conseguirlo, ¿no es cierto?

—Espero que sí. Pero, ¿por qué está tan seguro?

—Mr. Bergen, no nos andemos con rodeos. Sabe usted perfectamente que la Tierra destina muy poco dinero a los proyectos de expansión. La población de la Tierra no está dispuesta a malgastar recursos en la expansión del espacio interior o exterior, si cree que ello ha de significar un sacrificio que afecte negativamente al hábitat primario de los humanos: la superficie terrestre del planeta.

Annette intervino:

—Tiene usted muy mal concepto de los terrestres, Mr. Demerest... El deseo de seguridad es muy humano. La Tierra está superpoblada y rehaciéndose de las calamidades que arrojó sobre ella el siglo xx. Es lógico que el hogar primario del hombre cuente en primer lugar, por encima de Luna City o de la Base Submarina. Yo misma considero la Base Submarina como mi casa, pero no deseo verla prosperar a costa de la superficie terrestre.

—No se trata de eso, Mrs. Bergen —replicó Demerest—. Si el océano y el espacio exterior son explotados de un modo inteligente y honrado, la primera en beneficiarse será la Tierra. Una pequeña inversión significará una pérdida. Pero una inversión importante producirá enormes beneficios. Bergen alzó una mano.

—Sí, lo sé. No tiene usted que discutir conmigo acerca de ese punto. Está tratando de convertir a un converso. Vamos a comer. Lo haremos aquí mismo. Si se queda con nosotros unos días, tendrá tiempo de conocer a todo el mundo.

—A propósito —dijo Demerest—, ¿por qué he encontrado a tan pocas personas mientras recorríamos las unidades?

—No es ningún misterio —dijo Bergen—. En cualquier momento que escoja, quince de nuestros hombres están durmiendo, y otros quince están viendo películas, o jugando al ajedrez, o, si sus esposas se encuentran aquí...

—¡John! —dijo Annette.

—... y existe la costumbre de no molestarles. El espacio es reducido, y todo lo que signifique intimidad y aislamiento se agradece mucho. Unos cuantos están en el mar —tres, exactamente—, y la docena restante presta servicio y son los hombres que usted ha visto.

—Iré en busca del almuerzo —dijo Annette, poniéndose en pie.

Sonrió y cruzó la puerta, la cual se cerró automáticamente detrás de ella.

Bergen se volvió hacia Demerest.

—Esto es una concesión en su honor, Mr. Demerest. Normalmente, Annette me enviaría a mí a buscar el almuerzo. Demerest dijo:

—Tengo la impresión de que las puertas entre las unidades son de una fortaleza

peligrosamente limitada.

—¿De veras?

—Si ocurriera un accidente y una unidad fuese perforada...

Bergen sonrió.

—Aquí no hay peligro de meteoritos.

—Me he expresado mal. Si por cualquier motivo se produjera algún escape, ¿podría sellarse una unidad o un grupo de unidades contra la presión del océano?

—En teoría, podríamos hacerlo, aunque las posibilidades de que se produzca un accidente son muy remotas. Como ya le he dicho, aquí no hay meteoritos, ni existen corrientes. Un terremoto centrado inmediatamente debajo de nosotros no nos causaría ningún daño, dado que no tenemos un contacto fijo con el suelo y el propio océano amortiguaría cualquier sacudida.

—Pero, ¿y si a pesar de todo se produjera un accidente?

—Es posible que estuviésemos indefensos. Verá, aquí no resulta fácil sellar las unidades. En la Luna hay una presión diferencial de una atmósfera: una atmósfera interior y la atmósfera cero del vacío exterior. Aquí, la presión diferencial es de un millar de atmósferas, aproximadamente. Para garantizar una seguridad absoluta contra esa presión diferencial habría que gastar mucho dinero, y usted mismo ha hablado de lo difícil que resulta sacarle dinero al CFP. De modo que tenemos que exponernos. Y hasta ahora hemos tenido suerte.

—Y nosotros no —dijo Demerest.

La llegada de Annette con el almuerzo alivió la tensión que había empezado a crearse entre los dos hombres.

Annette dijo:

—Confío en que esté preparado para una dieta espartana, Mr. Demerest. Todos nuestros alimentos son precocinados y sólo requieren ser calentados. El menú del día se compone de pollo al emperador, con zanahorias y patatas hervidas, un trozo de algo que parece una pastilla de chocolate de postre y, desde luego, todo el café que sea capaz de beber.

Demerest se puso en pie para recoger su bandeja y trató de sonreír.

—Es el mismo tipo de menú que podrían servirme en la Luna, Mrs. Bergen. Nosotros cultivamos nuestros propios alimentos microorganísmicos. Resulta patriótico ingerirlos, pero distan mucho de ser apetitosos. Confío en que podremos mejorarlos, desde luego.

—Estoy convencida de que los mejorarán.

Mientras comía, masticando lenta y metódicamente, Demerest dijo:

—No quisiera hacerme pesado, pero, ¿hasta qué punto están asegurados contra una posible avería en la cámara reguladora de la presión?

—Es el punto más débil de la Base Submarina —dijo Bergen. Había terminado de comer y estaba tomando su primera taza de café—. Pero creo que los riesgos son mínimos. En primer lugar, el contacto desde el exterior tiene que ser perfecto para

que el generador empiece a calentar el agua dentro de la cámara. Además, el contacto tiene que ser metálico y de un metal dotado de la permeabilidad magnética del que usamos en nuestros batiscafos. Si una roca o un legendario monstruo marino estableciera un contacto ocasional, no pasaría nada. En segundo lugar, la puerta exterior no se abre hasta que el vapor ha expulsado parte del agua y condensado el resto: en otras palabras, hasta que la presión y la temperatura han descendido hasta un punto determinado. En el momento en que la puerta exterior empieza a abrirse, un aumento relativamente leve de la presión interna, como el producido por la entrada de agua, por ejemplo, volvería a cerrarla.

Demerest dijo:

—Pero, una vez que los hombres han pasado a través de la cámara, la puerta interior se cierra detrás de ellos y hay que permitir que el agua de mar entre de nuevo en la cámara. ¿Pueden hacer eso gradualmente contra toda la presión del océano exterior?

—No —dijo Bergen, sonriendo—. No podemos luchar a brazo partido contra el océano. Rebajamos una décima parte de la presión, aproximadamente.

—Hay algo que no comprendo —dijo Demerest—. Mantienen ustedes la cámara llena de agua de mar a toda presión para que la puerta exterior no sufra tensiones. Pero eso hace que la puerta interior se encuentre continuamente sometida a una fuerte tensión. En alguna parte tiene que haber tensión.

—Sí, es cierto. Pero si la puerta exterior, con un diferencial de un millar de atmósferas en sus dos lados, cediera, todo el océano con sus millones de millas cúbicas trataría de entrar y eso sería el final de todo. Si la tensión se ejerce contra la puerta interior y ésta cede, se creará un problema, desde luego, pero la única agua que entrará en la Base Submarina será la de la cámara, y su presión descenderá inmediatamente. Eso nos dará tiempo para efectuar las necesarias reparaciones, ya que la puerta exterior resistirá lo suficiente.

—Pero, ¿y si ceden las dos?

—Nos ahogaremos —dijo Bergen, encogiéndose de hombros—. No necesito decirle que no existen ni la certeza absoluta ni la absoluta seguridad. Hay que vivir con algún riesgo, y la posibilidad de una avería doble y simultánea es tan microscópicamente pequeña que no debe preocuparnos.

—Disculpe mis preguntas, Mr. Bergen —dijo Demerest, que había terminado ya con su pollo.

—No tiene por qué disculparse, Mr. Demerest. Comprendo su interés. En realidad, ignoro la naturaleza concreta de la misión que le ha traído aquí. Sin embargo, supongo que en la Luna están preocupados por el reciente desastre y que, en su calidad de jefe de los servicios de seguridad mecánica, desea usted corregir cualquier posible fallo, y de ahí su interés en el sistema de seguridad utilizado en la Base Submarina.

—Exactamente. Pero aquí, si sus mecanismos automáticos fallaran por algún

motivo, por cualquier motivo, permanecerían ustedes vivos pero atrapados permanentemente en el interior de la Base Submarina. Significaría cambiar una muerte inmediata por una muerte mucho más lenta, eso es todo.

—No es probable que ocurra, pero confiamos en que podríamos efectuar las reparaciones necesarias antes de que se agotara nuestra provisión de aire. Además, disponemos de un sistema de escape manual.

—¿De veras?

—Sí. Cuando se estableció la Base Submarina y no había más que la unidad en que ahora nos encontramos, sólo disponíamos de controles manuales. No era un sistema seguro, si usted quiere. Allí están, detrás de usted, cubiertos de plástico desmenuzable.

—En caso de emergencia, romper el cristal —murmuró Demerest, examinando el equipo.

—¿Cómo dice?

—Nada, es una frase que solía figurar en los antiguos extintores... ¿Cree usted que los controles manuales se encuentran todavía en estado de funcionamiento al cabo de veinte años? ¿No es posible que se hayan estropeado por falta de uso sin que nadie se diera cuenta?

—No. Todo nuestro equipo es revisado periódicamente, incluido esos controles. ¿Sabe una cosa, Mr. Demerest? Nosotros estamos tan interesados en Luna City como usted lo está en la Base Submarina. Supongo que no tendrá inconveniente en invitar a uno de nuestros jóvenes...

—¿Por qué no a una joven? —sugirió inmediatamente Annette.

—Estoy seguro de que te refieres a ti misma, querida —dijo Bergen—. Y sólo puedo contestar que tú estás decidida a tener un hijo aquí y a vivir con él aquí una temporada después de que haya nacido. Eso te elimina de la lista de aspirantes.

Demerest dijo:

—Confiamos en que envíen ustedes hombres a Luna City. Tenemos muchas ganas de que comprendan nuestros problemas.

—Sí, un intercambio mutuo de problemas y de sollozar uno sobre los hombros del otro podría ser de gran consuelo para todos. Por ejemplo, en Luna City tienen ustedes una ventaja que nos gustaría tener. Con una gravedad escasa y una baja presión diferencial pueden dar a sus cavernas cualquier forma irregular o angular que satisfaga a su sentido de la estética o que resulte más conveniente. Aquí estamos limitados a la esfera —al menos para un futuro previsible—, y nuestros diseñadores desarrollan un odio a lo esférico que supera lo creíble. Y prefieren dimitir a continuar trabajando esféricamente —Bergen sacudió la cabeza—. Cuando William Beebe construyó la primera cámara submarina de la historia en los años treinta del siglo pasado, no era más que una góndola suspendida de un buque nodriza por un cable de media milla. No tenía cámaras de flotación ni motores: si el cable se rompía, adiós. Por fortuna, nunca se rompió. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Cuando Beebe

construyó su primera cámara submarina quería hacerla cilíndrica, de modo que un hombre encajara en ella cómodamente; después de todo, un hombre es básicamente un cilindro alargado. Sin embargo, un amigo suyo le convenció de que una esfera resistiría mucho mejor la presión que cualquier otra forma.

Demerest no hizo ningún comentario.

—Nos gustaría de un modo especial que alguien de la Base Submarina visitara Luna City —dijo, volviendo al tema anterior—, porque ello podría conducir a la comprensión de la necesidad, por parte de la Base Submarina, de una actitud que podría implicar un considerable sacrificio.

—¿Cómo? —inquirió Bergen, sorprendido.

—La Base Submarina es una realización maravillosa, no tengo inconveniente en admitirlo. Y estoy convencido de que mejorará muchísimo. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, los océanos son únicamente una parte de la Tierra: la parte mayor, pero una parte, a fin de cuentas. Y las profundidades submarinas son únicamente una parte del océano. En realidad, es un espacio interior. Funciona liada dentro...

—Creo —le interrumpió Annette, en tono más bien desabrido— que está usted a punto de establecer una comparación con Luna City.

—Exactamente —dijo Demerest—. Luna City representa el espacio exterior, ensanchándose hasta el infinito. A largo plazo, nadie bajará aquí: todo el mundo irá allí.

—No juzgue únicamente por el tamaño y el volumen, Mr. Demerest —dijo Bergen—. El océano sólo es una pequeña parte de la Tierra, de acuerdo, pero por ese mismo motivo está íntimamente relacionado con cinco mil millones de seres humanos. La Base Submarina es experimental, pero las instalaciones del Bajío Continental merecen ya el nombre de ciudades. La Base Submarina ofrece al género humano la posibilidad de explotar todo el planeta...

—De contaminar todo el planeta —le interrumpió Demerest, en tono excitado—. De asolarlo, de acabar con él. La concentración del esfuerzo humano en la misma Tierra resulta desfavorable e incluso fatal si no está contrapesada por un ensanchamiento de la frontera.

—La frontera no puede darnos nada —dijo Annette—. La Luna está muerta. Todos los otros mundos exteriores están muertos. Si existen mundos vivos entre las estrellas, a años-luz de distancia, no pueden ser alcanzados. El océano está vivo.

—También la Luna está viva, Mrs. Bergen. Y si la Base Submarina lo permite, la Luna se convertirá en un mundo independiente. Entonces, los habitantes de la Luna haremos que otros mundos sean alcanzados y revitalizados y, si el género humano tiene la necesaria paciencia, llegaremos a las estrellas. ¡Nosotros! ¡Nosotros! Únicamente los habitantes de la Luna, habituados al espacio, habituados a un mundo dentro de una caverna, habituados a un entorno mecánico que podría mantener la vida

en una nave espacial que tendría que viajar durante siglos para llegar a las estrellas.

—Un momento, Demerest —dijo Bergen, alzando una mano—. Un momento. ¿Qué quiere usted decir con eso de «si la Base Submarina lo permite»? ¿Qué tenemos que ver nosotros en el asunto?

—Están ustedes compitiendo con nosotros, Mr. Bergen. La Comisión del Proyecto Planetario les dará a ustedes más, y a nosotros menos, porque, tal como dice su esposa, a corto plazo el océano está vivo y la Luna no... Porque se encuentran ustedes a media docena de millas de distancia y nosotros a un cuarto de millón... Porque puede llegarse hasta ustedes en una hora, en tanto que se tardan tres días en llegar hasta nosotros. Y porque tienen ustedes un historial de seguridad ideal, y nosotros hemos tenido... mala suerte.

—Este último argumento es trivial, desde luego. Los accidentes pueden producirse en cualquier momento, en cualquier parte.

—Pero lo trivial puede ser utilizado para manipular emociones —replicó Demerest furiosamente—. Para las personas que no comprenden el objetivo y la importancia de la exploración del espacio, la muerte de unos habitantes de la Luna en accidente basta para convencerles de que la Luna es peligrosa, de que su colonización es una fantasía inútil. ¿Por qué no? Es un pretexto para ahorrar dinero, y pueden tranquilizar su conciencia invirtiendo parte de ese dinero en la Base Submarina. Por eso dije que el accidente en la Luna había amenazado la supervivencia de Luna City, a pesar de que sólo había costado la vida de veinte personas entre casi un millar.

—No acepto su argumento. Durante un montón de años ha habido bastante dinero para los dos.

—No el suficiente. No el suficiente para que la Luna alcanzara un nivel aceptable de autarquía. ¡Y ahora nos echan en cara que no tenemos ese nivel! No el suficiente para que la Base Submarina lo alcanzara, tampoco... Pero ahora pueden darles a ustedes más, quitándonoslo a nosotros.

—¿Cree usted que ocurrirá eso?

—Estoy casi seguro... a menos de que la Base Submarina demuestre una sincera preocupación por el futuro del hombre.

—¿Cómo?

—Negándose a aceptar fondos adicionales. No compitiendo con Luna City. Colocando el bien de toda la raza por encima del propio interés.

—No esperará usted que nos desmantelen...

—Desde luego que no. ¿No lo comprende? únense a nosotros para explicar que Luna City es esencial, que la exploración del espacio es la esperanza del género humano... que ustedes esperarán, que economizarán en caso necesario.

Bergen enarcó las cejas y miró a su esposa. Annette sacudió la cabeza furiosamente.

—Creo que tiene usted una opinión más bien romántica del CPP —dijo Bergen—. Aunque yo pronunciara nobles y altruistas discursos, ¿quién los escucharía? En la

Base Submarina están involucrados factores mucho más importantes que mi opinión personal. Consideraciones económicas y sentimientos públicos. Tranquilícese, Mr. Demerest. Luna City no desaparecerá. Recibirán fondos. Estoy convencido de ello. Ahora, hablemos de otra cosa, por favor.

—No, tengo que convencerle a usted de un modo u otro de que hablo muy en serio. Si es necesario, la Base Submarina tiene que dejar de funcionar, a menos de que el CPP pueda suministrar abundantes fondos para los dos.

Bergen dijo:

—¿Habla usted de un modo oficial, en nombre de Luna City, o expresa un punto de vista personal?

—Hablo por mí mismo... pero tal vez esto sea suficiente —dijo Demerest.

—No lo creo así. Lo siento, pero la situación se está haciendo sumamente desagradable. Le sugiero que regrese a la superficie en el primer batiscafo disponible.

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

Demerest miró a su alrededor salvajemente, y luego se puso en pie y se apoyó de espaldas en la pared.

IV

Les había dicho, allá en la Luna, que sería inútil hablar, que sería inútil tratar de negociar. Y ahora estaba comprobando que no se equivocaba.

Demerest podía oír su agitada respiración y el torbellino interior de sus enmarañados pensamientos. Los otros dos le miraban con aparente preocupación.

Annette se puso en pie y dijo:

—¿Se siente usted enfermo, Mr. Demerest?

—No estoy enfermo. Siéntese. Soy ingeniero de los servicios de seguridad y quiero enseñarles algo acerca de la seguridad. Siéntese, Mrs. Bergen.

—Siéntate, Annette —dijo Bergen—. Yo me ocuparé de él.

Se puso en pie y avanzó un par de pasos.

Pero Demerest dijo:

—No. No se mueva usted, tampoco. Tengo algo aquí. Son ustedes demasiado ingenuos en lo que respecta a los peligros humanos, Mr. Bergen. Se protegen contra el mar y contra los fallos mecánicos, y no registran a sus visitantes. Tengo un arma, Bergen.

Ahora me había dado el paso final sin posibilidad de volverse atrás —ya que ahora estaba muerto, hiciera lo que hiciera—, se sentía completamente tranquilo.

Annette agarró el brazo de su marido y murmuró:

—¡Oh, John!

Bergen se colocó delante de ella.

—¿Un arma? Calma, Demerest, calma. No perdamos la cabeza. Si quiere usted hablar, hablaremos. ¿Qué es eso?

—Nada espectacular. Un rayo láser portátil.

—¿Qué pretende hacer con él?

—Destruir la Base Submarina.

—No podrá hacerlo, Demerest. Lo sabe perfectamente. Un láser portátil no puede generar el calor suficiente para horadar las paredes.

—Un láser corriente, no. Pero éste es un modelo especial, construido en la Luna. De todos modos, no pretendo horadar una pared de acero de un pie de espesor. Actuaré indirectamente. De momento, les tendré a ustedes inmovilizados. En mi láser hay la energía suficiente para matar a dos personas.

—Usted no nos matará —dijo Bergen tranquilamente—. No tiene ningún motivo.

—Se equivoca. Utilizaré el rayo láser, en caso necesario, aunque preferiría que no lo fuese.

—¿Qué ventajas le reportará el matarnos? Explíqueme eso. ¿Acaso me he negado a sacrificar los fondos de la Base Submarina? ¿Qué otra cosa podía hacer? No puedo tomar la decisión por mi cuenta... Y el hecho de que usted me mate no contribuirá a favorecer sus deseos, precisamente. Todo lo contrario. Si un habitante de la Luna es

un asesino, ¿cómo repercutirá eso sobre Luna City? Tenga en cuenta las emociones humanas en la Tierra.

Annette dijo:

—¿No se da cuenta de que habrá personas que dirán que la radiación solar sobre la Luna tiene peligrosos efectos? ¿Que el mecanismo genético que ha reorganizado sus huesos y sus músculos ha afectado a la estabilidad mental? Recuerde la palabra «lunático», Mr. Demerest. Hubo una época en que los hombres creían que la Luna provocaba la locura.

—Yo no estoy loco, Mrs. Bergen.

—Eso no importa —dijo Bergen, siguiendo el camino iniciado por su esposa—. Los hombres dirán que todos los habitantes de la Luna están locos, y Luna City será clausurada, y la propia Luna quedará prohibida para toda exploración posterior, quizás para siempre. ¿Es eso lo que desea?

—Todo eso podría ocurrir si creyeran que yo le he matado. Pero no lo creerán. Será un accidente.

Con su codo izquierdo, Demerest rompió la envoltura de plástico que cubría los controles manuales.

—Conozco este tipo de unidades —dijo—. Sé exactamente cómo funcionan. Lógicamente, al romper el plástico debería producirse una señal de alarma, ya que la rotura podría ser accidental... Sin embargo, estoy convencido de que no se ha producido ninguna señal y de que nadie se presentará a investigar: su sistema manual no es completamente seguro, porque en su fuero íntimo estaba usted convencido de que nunca habría que utilizarlo.

—¿Cuál es su plan? —inquirió Bergen.

Todo su cuerpo estaba en tensión, y Demerest vigiló sus rodillas.

—Si trata usted de saltar hacia mí —dijo—, dispararé inmediatamente... y luego continuaré con lo que estoy haciendo.

—¿Cuál es su plan? —repitió Bergen.

—Éste —dijo Demerest. No tuvo que mirar. Extendió la mano izquierda y cerró un contacto—. La unidad de fusión introducirá calor en la cámara reguladora de la presión, y el vapor la vaciará. Tardará unos minutos. Cuando esté vacía, uno de esos botones rojos se encenderá, probablemente.

—¿Va usted a...?

Demerest dijo:

—¿Por qué lo pregunta? ¡Voy a inundar la Base Submarina!

—Pero, ¿por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?

—Porque la inundación se atribuirá a un accidente, y su historial de seguridad quedará manchado. Porque será una catástrofe sin precedentes, y el CPP tendrá que olvidarse de la Base Submarina. Y nosotros obtendremos más dinero. Continuaremos realizando nuestra tarea. Si pudiera conseguirlo utilizando otros medios, lo haría. Pero las necesidades de Luna City son las necesidades del género humano, y resultan

fundamentales.

—Usted también morirá —sugirió Annette.

—Desde luego. Después de verme obligado a hacer algo como esto, ¿para qué querría vivir? No soy un asesino.

—Pero lo será. Si inunda usted esta unidad, inundará toda la Base Submarina y matará a todos los que se encuentran en ella. Cincuenta hombres y mujeres... y un niño a punto de nacer.

—Eso no es culpa mía —dijo Demerest, en tono realmente compungido—. No esperaba encontrar aquí una mujer embarazada... pero no pienso dejarme ganar por el sentimentalismo de la situación.

—Su plan fracasará —dijo Bergen—. Le encontrarán a usted con un emisor de rayos láser en la mano, y descubrirán que alguien ha manipulado los controles. ¿Cree que no deducirán la verdad?

Demerest empezaba a sentirse muy cansado.

—Mr. Bergen, habla usted impulsado por la desesperación. Escuche: cuando la puerta exterior se abra, entrará agua a mil atmósferas de presión, destruyéndolo todo a su paso. Las paredes de las unidades de la Base Submarina resistirán, pero todo lo que hay dentro quedará aplastado o retorcido. Los investigadores no sabrán nunca lo que habrá pasado aquí.

Bergen dijo:

—Los hombres de Luna City sabrán lo que ha hecho usted. Seguramente que uno de ellos tendrá conciencia. Se conocerá la verdad.

—La verdad es que yo no soy tonto —dijo Demerest—. En Luna City nadie sabe lo que yo planeaba ni sospechará lo que he hecho. Me enviaron aquí a negociar una colaboración en el terreno financiero. Ni siquiera echarán de menos un emisor de rayos láser. Lo monté yo mismo pieza por pieza. Y funciona. Lo he comprobado.

Annette dijo:

—No lo ha pensado usted bien. ¿Sabe lo que está haciendo?

—Se equivoca. Lo he pensado muy bien. Sé lo que estoy haciendo.

Annette insistió:

—No lo sabe. Está destruyendo el programa espacial.

—¿De qué está hablando?

Annette dijo:

—Usted desconoce las interioridades del CPP. Lo mismo que mi marido. ¿Cree usted que porque soy una mujer mi papel aquí es secundario? No. Usted, Mr. Demerest, sólo piensa en Luna City. Y mi marido sólo piensa en la Base Submarina. Ninguno de los dos sabe nada. ¿Dónde espera ir, Mr. Demerest, si obtiene todo el dinero que desea? ¿A Marte? ¿A los asteroides? Todo eso son pequeños mundos, superficies estériles bajo un cielo vacío. ¿Es ésa su ambición? La de mi marido no es mejor. Sueña con extender el hábitat del hombre al suelo del océano, una superficie equivalente, más o menos, a la superficie de la Luna. En cambio, nosotros, los del

CPP, queremos algo más...

Interesado a pesar de sí mismo, Demerest dijo:

—Trata usted de ganar tiempo, simplemente.

—¿De veras lo cree? —inquirió Annette—. Sabe usted perfectamente que para colonizar la Luna se necesitó algo más que cohetes tripulados. Hubo que modificar genéticamente a unos hombres y adaptarlos a la fuerza de gravedad lunar. Usted es un producto de esa modificación genética.

—¿Y bien?

—¿No podría aplicarse el mismo sistema para adaptar a unos hombres a una fuerza de gravedad mucho mayor? ¿Cuál es el planeta solar de mayor tamaño?

—Júpiter.

—Exactamente, Júpiter. Once veces el diámetro de la Tierra, cuarenta veces el diámetro de la Luna. Una superficie ciento veinte veces mayor que la de la Tierra, mil seiscientos veces mayor que la de la Luna. Y unas condiciones tan distintas de las que pueden encontrarse en cualquiera de los mundos del tamaño de la Tierra, que cualquier científico daría la mitad de su vida por observarlas de cerca.

—Pero Júpiter es un blanco imposible.

—¿De veras? —dijo Annette, e incluso consiguió sonreír débilmente—. ¿Tan imposible como la Luna? ¿Tan imposible como volar? ¿Por qué es imposible? La ingeniería genética podría diseñar hombres con los huesos más fuertes y más densos, con los músculos más fuertes y más compactos. Los mismos principios válidos para Luna City contra el vacío y para la Base Submarina contra el mar, podrían aplicarse contra el entorno amoniacal de Júpiter.

—El campo gravitacional...

—Ese problema está resuelto ya teóricamente. Usted no lo sabe, pero yo sí.

—Ni siquiera estamos seguros de la profundidad de la atmósfera. Las presiones...

—¡Las presiones! Mr. Demerest, mire a su alrededor. ¿Por qué cree que se construyó la Base Submarina, en realidad? ¿Para explotar el océano? Las instalaciones del Bajío Continental se bastan para eso. ¿Para aumentar los conocimientos acerca de los fondos marinos? Para eso podríamos haber utilizado los batiscafos, ahorrándonos los cien mil millones de dólares invertidos en la Base Submarina.

»¿No comprende, Mr. Demerest, que el objetivo de la Base Submarina es el de poner a punto los mecanismos que explorarán y colonizarán Júpiter? Mire a su alrededor y vea los principios de un entorno joviano: lo más aproximado que podemos alcanzar en la Tierra. Sólo es una leve imagen..., pero es el comienzo. Destruya esto, Mr. Demerest, y destruirá toda esperanza para Júpiter. Pero, si nos permite vivir, conquistaremos juntos la gema más brillante del sistema solar. Y mucho antes de que podamos alcanzar los límites de Júpiter, estaremos preparados para ir a las estrellas, a los planetas tipo-Tierra que las rodean... y también a los planetas tipo-Júpiter. Luna City no será abandonada, porque es imprescindible para

ese objetivo final.

Demerest dijo:

—En Luna City nadie ha oído hablar de eso.

—No ha oído hablar usted. Pero en Luna City hay quien lo sabe. Si les hubiese hablado usted de su plan de destrucción, habrían tomado medidas contra usted. Naturalmente, no podemos ir pregonando estos proyectos, que sólo son conocidos por unas cuantas personas. La opinión pública se muestra reacia a aceptar los proyectos planetarios. Si el CPP se muestra avaro, es porque la opinión pública limita su generosidad. ¿Qué cree que diría la opinión pública si supiera que nuestro próximo objetivo es Júpiter? Pero nosotros continuamos, y todo el dinero que podemos conseguir lo dedicamos a los diversos aspectos del Proyecto Gran Mundo.

—¿El Proyecto Gran Mundo?

—Sí —dijo Annette—. Ahora ya lo sabe, y yo he incurrido en una imperdonable indiscreción. Pero no importa, puesto que todos nosotros estamos muertos, y también el proyecto...

—Un momento, Mrs. Bergen...

—Suponiendo que cambiase usted de idea, no crea que puede ir por ahí hablando del Proyecto Gran Mundo. Eso terminaría con el proyecto de un modo tan definitivo como con la destrucción de la Base Submarina. Y terminaría con su carrera y con la mía. Ahora, si quiere, puede pulsar ese botón.

El rostro de Demerest expresaba una angustia indecible.

—No sé...

Bergen tensó su cuerpo todavía más, dispuesto a aprovechar la indecisión de Demerest para saltar sobre él, pero Annette le agarró por el brazo.

Finalmente, Demerest soltó su láser.

—Cójalo —dijo—. Me considero a mí mismo bajo arresto.

—No podemos arrestarle sin dar a conocer toda la historia —dijo Annette. Cogió el láser y se lo entregó a Bergen—. Será suficiente que regrese a Luna City y guarde silencio. Hasta entonces, ejerceremos sobre usted una discreta vigilancia.

Marido y mujer estaban solos de nuevo. No se habían atrevido a pronunciar una sola palabra hasta que Demerest fue entregado a dos hombres para que le vigilaran hasta que llegara el próximo batiscafo.

Bergen fue el primero en hablar.

—A partir de este momento, todos los visitantes serán cacheados —dijo.

—He pasado mucho miedo, John —dijo Annette.

—Te has portado estupendamente, querida. Y tu idea del Proyecto Gran Mundo fue realmente genial. Nunca se me hubiese ocurrido una cosa semejante.

—Lo siento mucho, John, pero tuve que improvisar algo. Sabía que Demerest no era un asesino. Desde su punto de vista, es un patriota. Y creo que, en el fondo, deseaba que le proporcionásemos un pretexto para no actuar. De modo que se me ocurrió darle aquel pretexto. Lamento haberte engañado, John.

—A mí no me has engañado.

—¿De veras?

—¿Cómo podías engañarme? Sabía que no eras miembro del CPP.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Porque soy una mujer?

—No. Porque el miembro del CPP soy yo, simplemente. Y esto es estrictamente confidencial. Y, si no te importa, empezaré a moverme para iniciar lo que sugeriste, exactamente el Proyecto Gran Mundo.

—¡Estupendo!

Annette meditó unos instantes y, lentamente, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Estupendo! —repitió—. Las mujeres también sirven para algo.

—Nunca lo he negado —admitió Bergen, sonriendo también.

Continúa en la roca siguiente

R. A. Lafferty

Un equipo de arqueólogos desentierra una extraña y desconcertante serie de inscripciones sobre rocas: mensajes que no deberían decir lo que dicen, sobre tablillas de roca que no deberían estar donde están. En este relato, Lafferty escribe con su mejor estilo, por un excelente motivo: ésta es una historia de amor. Probablemente, la más rara con que se habrá enfrentado el lector.

En la región del Big Lime hay una gran proyección rocosa semirecostada sobre una colina. Está formada de lo que a veces recibe el nombre de piedra arenisca de Dawson, y amalgamada con conchas muy duras. Se formó durante la época glacial en los lechos del Arroyo del Cuervo y del río Verde, cuando esos riachuelos eran grandes ríos.

La proyección rocosa es sólo un poco más vieja que el género humano, sólo un poco más joven que la hierba. Con el paso de los siglos se ha ido erosionando, salvo en sus partes más duras.

Un grupo de cinco personas llegó al lugar donde la proyección rocosa se había recostado sobre la colina. A los componentes del grupo les tenía sin cuidado la piedra caliza del subsuelo: no eran geólogos. Les importaba la colina (una colina que no era natural, sino levantada por el hombre), y también la proyección rocosa; eran arqueólogos.

Los cinco miembros del grupo llegaron al lugar a primera hora de la tarde, avanzando con su remolque por el lecho seco del arroyo. Descargaron muchas cosas y establecieron un campamento. Había un buen motel a dos millas de distancia, en la autopista; había una carretera que llegaba hasta aquel lugar. Podían haber vivido cómodamente y trasladarse hasta allí desde el motel en cinco minutos, cada mañana. Sin embargo, Terence Burdock opinaba que el sentido de una excavación se perdía si no se vivía sobre el terreno día y noche.

Las cinco personas eran Terence Burdock, su esposa Ethyl, Robert Derby y Howard Steinleser: cuatro personas bellas y equilibradas. Y Magdalen Mobley, que no era bella ni equilibrada. Pero era eléctrica; era especial. Examinaron someramente las formaciones después de haber acampado y aprovechado la última luz del día. Todos ellos conocían las formaciones y estaban convencidos de que iban a resultar muy interesantes.

—Lo que realmente nos interesa es la colina —dijo Terence—. Pero la proyección rocosa cubre el acceso a ella, de modo que tendremos que sacarla. Y de paso la estudiaremos también.

—¡Oh! Yo puedo decirles todo lo que hay en la proyección rocosa —declaró Magdalen—. Y puedo decirles también todo lo que hay en el interior de la colina.

—Me pregunto por qué nos tomamos la molestia de excavar, si usted sabe ya lo que encontraremos —dijo Ethyl en tono sarcástico.

—Yo también me lo pregunto —replicó Magdalen—. Pero necesitamos pruebas materiales para convencer a los demás. Robert, vaya a matar al venado que está en la maleza, cuarenta metros al noroeste de la proyección rocosa. Si vamos a vivir al estilo primitivo, la carne de venado servirá para el caso.

—En esta época del año no se caza el venado —objetó Robert Derby—. Y allí no hay ningún venado. Y, si lo hay, está tan oculto que nadie podría verlo. Y probablemente sería un cachorrillo.

—No, Robert, es un macho de dos años y muy grande.

Desde luego, está oculto, pues de no ser así cualquiera de ustedes podría verlo. ¡Vaya a matarlo! ¿Es usted un hombre o un mus microtis? Howard, corte unas ramas para construir un trípode del cual podamos colgar el venado.

—Será mejor que lo intente, Robert —dijo Ethyl Burdock—, o no tendremos paz esta noche.

Robert Derby cogió una carabina y se alejó en dirección noroeste. Poco después resonó el seco estampido de la carabina al disparar. Y al cabo de unos instantes regresó Robert con una extraña mueca en los labios.

—No ha fallado usted, Robert, lo ha matado —dijo Magdalen en voz alta—. Le alcanzó en la garganta y el proyectil fue a incrustarse en el cerebro. ¿Por qué no lo ha traído? ¡Vaya a buscarlo!

—¿A buscarlo? Ni siquiera podría levantarlo. Si Terence y Howard me acompañan, lo ataremos a una rama y lo traeremos.

—¡Oh, Robert! Su hermosa mente está desquiciada —dijo Magdalen—. Sólo pesa ciento ochenta y nueve libras... Yo iré a buscarlo.

Magdalen Mobley fue en busca del venado y lo trajo. Se lo cargó a la espalda, llenándose de sangre, parándose de cuando en cuando a examinar rocas y a golpearlas con el pie, avanzando fácilmente con su carga. El venado parecía pesar doscientas cincuenta libras; pero si Magdalen decía que pesaba ciento noventa, eso era lo que pesaba.

Howard Steinleser había cortado unas ramas y construido un trípode. Colgaron el venado de él, lo despellejaron y lo abrieron en canal, de un modo casi profesional.

—Áselo, Ethyl —dijo Magdalen.

Más tarde, sentados alrededor de la fogata, Ethyl sirvió a Magdalen los sesos del venado, medio crudos y espachurrados, creyendo que le jugaba una mala pasada. Pero Magdalen los devoró ávidamente. Los sesos le correspondían a ella por haber descubierto el venado.

Si os maravilla que Magdalen supiera dónde estaban cosas invisibles, lo mismo

les ocurría a los otros miembros del grupo.

—A veces me confunde saber que soy el único que se ha dado cuenta de la analogía entre la geología histórica y la penetración psicológica —dijo Terence Burdock, mientras la oscuridad se espesaba alrededor de la fogata—. El principio isostático se aplica a la mente y al subconsciente del mismo modo que a la superficie y a las capas inferiores de la tierra. La mente tiene sus erosiones y sus desgastes al unísono con sus depósitos y acumulaciones. Tiene también sus proyecciones y sus tensiones. Flota en un magma similar. Y en casos extremos tiene sus erupciones volcánicas y sus formaciones montañosas.

—Y sus congelamientos —murmuró Ethyl Burdock, y tal vez estaba mirando a su marido en la oscuridad.

—La mente tiene su piedra arenisca dura, a veces transmutada en cuarzo, o semitransmutada en pedernal, de la arena móvil y flotante de los acontecimientos cotidianos. Tiene su esquisto, del viejo barro de las cotidianas ineptitudes e inercias. Tiene piedra caliza surgida de sus experiencias más vividas, ya que la cal es el residuo de lo que en otro tiempo fue animado: y esta piedra caliza puede ser verdadero mármol si es el depósito de una emoción suficientemente intensa, o incluso travertino si ha burbujeado lo suficiente a través de agonísticos y evocadores ríos del subconsciente. La mente tiene su azufre y sus piedras preciosas...

Magdalen le interrumpió.

—Digamos simplemente que tenemos rocas en nuestras cabezas —dijo—. Pero son rocas sin orden ni concierto, y siempre las mismas. El mundo produce nuevas rocas continuamente. Pero la gente se aferra a las mismas cosas. En este preciso instante noto la acción de una roca humana que no me deja en paz. Pero la respuesta sigue siendo no.

Muy a menudo, Magdalen decía cosas que no tenían sentido. Ethyl Burdock se aseguró de que ni su marido, ni Robert, ni Howard se habían acercado a Magdalen en la oscuridad. Ethyl estaba celosa de su fea compañera de expedición.

—Confío en que esto será tan rico como Spiro Mound —intervino Howard Steinleser—. Podría ser, ¿saben? Me han dicho que nunca hubo un lugar menos atractivo que ése, ni más engañoso. Me gustaría que nos acompañase alguien que hubiera excavado en Spiro.

—¡Oh! Él excavó en Spiro —gruñó Magdalen.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó Terence Burdock—. Ninguno de nosotros ha estado en Spiro. Magdalen, usted no había nacido aún cuando se abrió aquel montículo. ¿Qué puede saber de él?

—Sí, recuerdo haberle visto en Spiro, siempre revolviendo sus propias cosas —dijo Magdalen.

—¿Estuvo usted en Spiro? —inquirió súbitamente Terence, dirigiéndose a un trozo de oscuridad.

Alrededor de la fogata no había ahora cinco personas, sino seis.

—Sí, estuve en Spiro —dijo el hombre—. Excavé allí. Tomé parte en la mayoría de las excavaciones. Excavaba muy bien, y siempre sabía cuando llegábamos a algo que sería importante. Usted me dará un empleo.

—¿Quién es usted? —le preguntó Terence.

El hombre era ahora plenamente visible. Las llamas de la fogata parecían inclinarse hacia él, como obligadas a hacerlo.

—¡Oh! No soy más que un pobre viejo que anda por ahí mendigando. Y a veces soy otras cosas. Hace dos horas era el venado en la espesura. Se experimenta una rara sensación al cortar la propia carne.

Y el hombre estaba cortando un trozo de venado, sin pedirlo.

—¡Él y su maldita poesía barata! —exclamó Magdalen, enfurecida.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó Terence.

—Manipenny. Anteros Manipenny es mi nombre para siempre.

—¿De dónde es usted?

—Soy indio. Shawnee, Choc, Creek, Anadarko, Caddo y pre-Caddo. Montones de cosas.

—¿Cómo puede ser alguien pre-Caddo?

—Como yo. Yo lo soy.

—¿Es Anteros un nombre Creek?

—No. Griego. Soy un gran excavador. Mañana se lo demostraré.

¡Era un gran excavador! Lo demostró al día siguiente. Con un azadón de mango corto empezó la incisión en la parte inferior del montículo, trabajando con demasiada rapidez para ser creído.

—Va a romper todo lo que hay ahí —se quejó Ethyl Burdock—. No sabe lo que está haciendo.

—No romperé nada de lo que hay ahí, mujer —dijo Anteros—. Puede usted esconder un huevo de reyezuelo en un metro cúbico de arena. Yo removeré toda la arena en un minuto. Descubriré el huevo, sin romperlo. Tengo un olfato especial para esas cosas. Ahora sé que estoy llegando a un pequeño jarro del período proto-Plano. Está roto, desde luego, pero no lo he roto yo. Está partido en seis trozos, y encajarán perfectamente. Se lo digo por anticipado. Y ahora lo descubriré.

Y Anteros lo descubrió. Era un hallazgo, y tal vez pertenecía al período proto-Plano. Salieron los seis trozos. A simple vista podía apreciarse que encajarían maravillosamente.

—¡Es perfecto! —exclamó Ethyl.

—Es demasiado perfecto —protestó Howard Steinleser—. Es un jarro esférico. Y, ¿quién tenía jarros esféricos en América sin la rueda de alfarero? Pero los jeroglíficos impresos en él corresponden al período proto-Plano. Es muy raro.

Steinleser estaba de un humor sombrío y tenía el rostro lívido.

—Es el jeroglífico pisciforme —explicó Anteros—. Y tiene encima el símbolo del sol. Es un dios-pep.

—Nadie encuentra una cosa como esa en los primeros sesenta segundos de una excavación —insistió Steinleser—. Y yo no creería que pertenece al período proto-Plano, a menos de que se encontraran los puntos en el lugar exacto.

—¡Oh! —exclamó Anteros—. Pueden olerse ya los puntos de pedernal. Dos grandes y uno pequeño. Cuatro golpes de azadón más y llegaré a ellos.

Cuatro golpes de azadón más y Anteros llegó a ellos. Descubrió dos puntos grandes y uno pequeño, puntas de lanza y punta de flecha. Pertenecían al Folsom posterior, o al proto-Plano.

—Esto no puede ser —gruñó Steinleser—. Son los trozos que faltan, las piezas de transición. Demasiado fácil. No lo creo. Apenas lo creería si se encontraran aquí huesos de mastodonte, al mismo nivel.

—Dentro de unos instantes —dijo Anteros, empuñando de nuevo el azadón—. ¡Qué olor más raro tienen esos animales! No hay ningún elefante con ellos. Y tienen un montón de cosas pegadas aún a los huesos. ¿Servirá un hueso torácico? Estoy completamente seguro de que es lo que hay ahí. Ignoro dónde se encuentra el resto del animal. Probablemente, alguien enterró el tórax aquí. Otros nueve golpes de azadón, y luego mucho cuidado.

Oíros nueve golpes de azadón... y luego, Anteros, utilizando una paleta de albañil, desenterró cuidadosamente el hueso. Sí, admitió furiosamente Howard, era un hueso torácico de mastodonte.

—Deje de excavar, Anteros —dijo Steinleser—. Quiero tomar una fotografía y efectuar unas cuantas mediciones, antes de seguir adelante.

Terence Burdock y Magdalen Mobley estaban trabajando en la parte inferior de la proyección rocosa.

—Haga venir a Anteros y vea lo que puede descubrir aquí en sesenta segundos —sugirió Terence.

—¡Oh, él! Se limitará a descubrir algunas de sus propias cosas.

—¿Sus propias cosas? ¿Qué quiere usted decir? Nadie puede haber metido nada aquí. Es piedra arenisca dura.

—Y aquí, pedernal más duro —dijo Magdalen—. Debí imaginarlo. Pero creo que sé lo que dice.

—¿Lo que dice? ¿De qué está hablando? Pero, ¡está marcado! ¿Quién pudo haberse entretenido en labrar el pedernal?

—Alguien realmente obstinado, como el propio pedernal —dijo Magdalen—. ¡Anteros! Saque esto en una sola pieza. Y no lo rompa ni lo deje caer sobre nosotros. Él puede hacerlo, Terence. Puede hacer cosas como ésa.

—¿Cómo sabe usted lo que es capaz de hacer, Magdalen? Hasta ayer no había visto ni había oído hablar de ese pobre hombre...

—Llámelo intuición, si quiere.

Anteros lo sacó en una sola pieza sin romperlo ni dejarlo caer sobre ellos.

—De ese trozo de pedernal saldrían un millar de puntas de lanza y de flecha —se maravilló Terence—. Hubiese significado una fortuna primitiva para un hombre primitivo.

—Yo tuve varias de esas fortunas —dijo Antero tristemente—, y sólo conservé y dediqué ésta.

Todos se habían reunido alrededor del trozo de pedernal.

—¡Oh, pobre hombre! —exclamó súbitamente Ethyl.

Pero no estaba mirando a ninguno de los hombres. Estaba mirando la piedra.

—Eso parecen verdaderos jeroglíficos —dijo Terence—. Casi como aztecas, ¿no es cierto, Steinleser?

—Nahaut-Tanoan, primos hermanos de los aztecas.

—¿Puede usted leerlos?

—Probablemente. Deme ocho o diez horas y descifraré la mayoría de los jeroglíficos. Aunque no podemos esperar una interpretación racional del mensaje. Todas las traducciones Nahuat-Tanoan han resultado ininteligibles.

—Y recuerde, Terence, que Steinleser es un lector lento —dijo Magdalen despectivamente—. Y tampoco es muy bueno interpretando otras señales.

Steinleser permaneció hoscamente silencioso. ¿Cómo se había producido aquellos profundos arañazos en el rostro?

Aquella mañana movieron un montón de rocas y cíe escombros, tomaron bastantes fotografías y redactaron numerosas notas. Se sucedían los hallazgos, aunque ninguno de ellos resultaba desconcertante. No salieron más jarros del período proto-Plano: ¿cómo podían estar allí? Tampoco encontraron restos de mastodonte, pero descubrieron huesos de bison latifrons, de lobo, de coyote y de hombre. Existían algunas anomalías en las relaciones de las cosas descubiertas, aunque ninguna tan acusada como a primera hora de la mañana, cuando Anteros había desenterrado el jarro, los tres puntos y el hueso de mastodonte. Las cosas eran ahora tan auténticas como había esperar, pero su profusión dejaba una pequeña duda en el ánimo.

Anteros era un excelente excavador, desde luego. Movía la arena, movía la piedra, no descuidaba nada. Y a mediodía desapareció.

Volvió a presentarse una hora más tarde conduciendo un carromato, surgiendo de una quebrada en la cual nadie hubiese esperado que existiera un camino. Había estado en el pueblo. Había traído varias latas de carne, queso, galletas, un par de cajas de cerveza fría y algunos V. O.

—Pensaba que era usted un hombre pobre, Anteros —dijo Terence.

—Soy un hombre pobre en un sentido, y rico en otro. Poseo nueve mil acres de pastos, tres mil cabezas de ganado, campos de alfalfa y de maíz...

—¡Oh! ¡Cállese de una vez! —gritó Magdalen.

Comieron, descansaron, trabajaron por la tarde. Magdalen trabajaba con la misma rapidez y la misma eficacia que Anteros. Era joven y robusta. No era hermosa (Ethyl

sí). Podía tener a cualquier hombre en el momento en que lo deseara (Ethyl no). Era Magdalen, a menudo desagradable, siempre intensa. Era la tensión del grupo, la cuerda del arco.

—¡Anteros! —llamó bruscamente poco antes de ponerse el sol.

—¿La tortuga? —inquirió Anteros—. ¿La tortuga que está debajo del anaquel de roca en el recodo del río? Está gorda, es feliz y nunca ha perjudicado a nadie. Sé que usted no quiere que vaya en busca de esa tortuga.

—¡Lo quiero! Pesa dieciocho libras. Está gorda. Es muy sabrosa. A ochenta metros de aquí, a dos pies de profundidad...

—Sé donde está. Iré en busca de la tortuga gorda —dijo Anteros—. Yo mismo soy la tortuga gorda. Yo soy el río Verde.

Anteros fue en busca de la tortuga.

—¡Oh, esa maldita poesía suya! —escupió Magdalen cuando Anteros se hubo marchado.

Anteros trajo la tortuga gorda. Parecía pesar veinticinco libras; pero si Magdalen decía que pesaba dieciocho, eso era lo que pesaba.

—Empiece a guisar, Ethyl —dijo Magdalen.

Magdalen no tenía derecho a dar órdenes a nadie. Era la única del grupo que no se había graduado en arqueología. Pero Magdalen se creaba sus propios derechos.

—No sé guisar una tortuga —se quejó Ethyl.

Magdalen dijo:

—Anteros le enseñará a hacerlo.

—El crepúsculo huele a excavación reciente —dijo Terence Burdock un poco más tarde, mientras reposaban alrededor de la fogata, hartos de tortuga y de V. O.—. Creo que el olor de una excavación permite determinar la época a que pertenece.

Y, en realidad, había algo de evocador del tiempo en el olor de las excavaciones; frío, y al mismo tiempo añejo y almizclado, madurado con el agua estratificada y la muerte comprimida. Tiempo estratificado.

—Ayuda, si uno sabe ya cuál es la época expuesta —dijo Howard Steinleser—. Aquí existe una anomalía. La proyección rocosa actúa a veces como si fuese más joven que el montículo. La proyección rocosa no puede ser lo bastante joven como para incluir piedras escritas, pero lo es.

—La arqueología está llena de anomalías —dijo Terence—. Hay que disponerlas de modo que encajen en un patrón lógico. No existe otro sistema.

—Todas las ciencias consisten en anomalías dispuestas de modo que encajen en un patrón lógico —dijo Robert Derby—. ¿Ha descifrado usted el jeroglífico, Howard?

—Sí, muy bien. Mejor de lo que esperaba. Charles August podrá revisarlo, desde luego, cuando regresemos a la Universidad. Es una declaración que no tiene nada de real, ni de tribal, ni de bélica, ni de cinegética. No incluye ninguno de los signos radicales acostumbrados, ninguna de las categorías. Sólo puede ser clasificado como

descategorizado o personal. La traducción será áspera.

—Rocosa es la palabra —dijo Magdalen.

—Adelante con ella, Howard —dijo Ethyl.

—«Tú eres la libertad de los cerdos salvajes en los sembrados de acederas y la nobleza de los tejones. Tú eres la astucia de las serpientes y la altanería de los buitres. Tú eres pasión de arbustos de mesquite incendiados por el rayo. Tú eres la serenidad de los sapos.»

—Tienes que admitir que la línea es distinta —dijo Ethyl, dirigiéndose a su marido—. Tus propias cartas de amor eran menos ácidas, Terence.

—¿Qué tipo de literatura es ése, Steinleser? —inquirió Terence—. Debe tener una categoría...

—Creo que Ethyl tiene razón. Es un poema de amor. «Tú eres el agua en cisternas de roca y las arañas secretas en aquel agua. Tú eres el coyote muerto tendido en medio del arroyo, y eres los viejos sueños del cerebro del coyote rezumando líquido a través de la reventada cuenca de su ojo. Tú eres las moscas voraces y felices alrededor de aquella cuenca reventada.»

—¡Oh! Déjese ya de historias, Steinleser —dijo Robert Derby—. No puede haber leído todo eso en el pedernal. ¿Cómo representa «los viejos sueños» la escritura jeroglífica Nahuat-Tanoan?

—El signo persona-maciza junto al signo persona-hueca, ambos encerrados en el signo nocturno, que siempre ha sido interpretado como el sueño jeroglífico. Continúo: «Tú eres las pústulas del conejo enfermo, devorando vida y carne y convirtiéndolas en su propio suero. Tú eres estrellas comprimidas en brasas de carbón. Pero tú no puedes dar, tú no puedes tomar. Algún día quedarás rota al pie del acantilado, y la palabra quedará sin pronunciar en tu lengua hinchada 3^a amoratada».

—Un poema de amor, quizás, pero con una diferencia —dijo Robert Derby.

—Nunca fui capaz de entenderlo, y lo intenté, de veras que lo intenté —gimió Magdalen.

—Aquí está el cambio de persona-sujeto representado por un ojo incrustado en una mano —explicó Steinleser—. Ahora se habla en primera persona. «Poseo diez mil cargas de maíz. Poseo nueve cuernos de búfalo llenos de semillas de sandía. Poseo el taparrabo que llevaba el sol en su cuarto viaje a través del cielo. Sólo tres taparrabos en todo el mundo son más antiguos y más valiosos que el mío. Mi amor es vigoroso como una serpiente enroscada, y te llama con una voz tan poderosa como el mugir de los búfalos. ¿Por qué no es correspondido mi amor?»

—¿Cuál es el jeroglífico de «no correspondido»? —le interrumpió Terence Burdock.

—Una mano extendida, con todos los dedos doblados hacia atrás. Y continúa: «Te envío mis rugidos. No te arrojes al abismo. Crees que estás en el puente que cuelga del cielo, pero estás en el acantilado final. Yo me arrastro delante de ti. No soy más que excrementos de perro».

—Les pongo por testigos de que lo ha dicho él, y no yo —estalló Magdalen.

Siempre había una incoherencia fundamental en torno a Magdalen.

—Siga, Steinleser —dijo Terence—. Esa chica está chiflada... o sueña en voz alta.

—La inscripción termina aquí. Sólo hay otro jeroglífico final que no entiendo. Es el signo del lanzador de jabalina unido al signo del tiempo. A veces quiere decir «dirígete hacia adelante o más allá». Pero, ¿qué significa aquí?

—Significa «continuará», tonto, «continuará» —dijo Magdalen—. No tema. Habrá más piedras.

—A mí me parece muy hermoso —dijo Ethyl Burdock—, en su propio contexto, desde luego.

—Entonces, ¿por qué no le acepta, Ethyl, en su propio contexto, desde luego? —inquirió Magdalen—. A mí no me importa cuántos costales de maíz pueda tener.

—¿De qué está hablando, querida? —inquirió a su vez Ethyl—. Howard Steinleser puede interpretar las piedras, pero ¿quién puede interpretar a nuestra Magdalen?

—¡Oh! Yo puedo leer en ella como en una roca —dijo Terence Burdock, sonriendo.

Pero no era cierto.

Les había afectado a todos. Estaba en torno de ellos y a través de ellos: la astucia de las serpientes y la serenidad de los sapos, las arañas secretas en el agua, los viejos sueños rezumando a través de la cuenca reventada, las pústulas del conejo enfermo, el mugir del búfalo y los excrementos de perro.

Hablaron de arqueología y de mitos. Luego fue noche profunda, y la mañana del tercer día.

La excavación continuó. Era ya más valiosa que la de Spiro, y no habían hecho más que empezar.

Aquel día, Anteros trabajaba con el ceño fruncido, en tanto que Magdalen parecía estar cargada de electricidad.

—¡Abalorios, abalorios de cristal! —estalló súbitamente Terence Burdock, furioso—. ¡De acuerdo! ¿Quién nos está tomando el pelo? No estoy dispuesto a tolerarlo.

Terence se había mostrado malhumorado todo el día, y en su rostro había unos arañazos como los que Steinleser había exhibido el día anterior.

—No es la primera vez que se encuentran abalorios, Terence, centenares de ellos —dijo Robert Derby tranquilamente.

—¡No es la primera vez que alguien toma el pelo a los demás! —aulló Terence—. Esos abalorios parecen fabricados en Hong-Kong... ¿Cómo pueden encontrarse en una capa del año 700? De acuerdo, ¿quién es el culpable?

—No creo que ninguno de nosotros sea culpable, Terence —dijo Ethyl en tono conciliador—. Han aparecido a cuatro pies de la superficie del montículo. Es posible

que la superficie haya experimentado más de una erosión...

—Somos científicos —dijo Steinleser—. Hemos encontrado eso. Otros también lo han encontrado. Vamos a estudiar las improbabilidades del hecho.

Era mediodía, de modo que comieron, descansaron y estudiaron las improbabilidades. Anteros les había traído un gran trozo de lomo de cerdo, y prepararon bocadillos y bebieron cerveza.

—Los abalorios indios, en términos generales, siempre han representado un misterio —dijo Robert Derby—. Hay millones y millones de esos abalorios, sin que nadie se explique cómo fueron perforados. Se han encontrado restos de la industria india, y se ha comprobado que sus herramientas evolucionaron. Pero no se ha encontrado ni un solo instrumento para perforar los abalorios. ¿Cómo fueron hechos?

Magdalen dejó oír una risita.

—Por los escupe-abalorios —dijo.

—¡Escupe-abalorios! ¡Qué tontería! —exclamó Terence—. Ésa es la más estúpida de todas las leyendas indias.

—Pero es la leyenda de más de treinta tribus distintas —dijo Robert Derby—. Los indios caribes de Cuba decían que obtenían sus abalorios de los escupe-abalorios. Los indios de Panamá le dijeron lo mismo a Balboa. Los indios de los pueblos le contaron la misma historia a Coronado. Cada comunidad india tenía un indio que era su escupe-abalorios.

—Desde luego, eso es muy irreal —dijo Ethyl. Desde luego, lo era.

—¡Un escupe-abalorios del siglo VIII no podía escupir abalorios futuros, no podía escupir abalorios de cristal fabricados en Hong-Kong a la época actual! —gritó Terence Burdock, que estaba muy furioso.

—Perdone, señor, pero podía hacerlo —dijo Anteros—. Un escupe-abalorios puede escupir abalorios futuros si cuando escupe mira al norte. Eso se ha sabido siempre.

Terence estaba furioso. Y se enfureció todavía más cuando dijo que la roca oscura que remataba la proyección era peligrosa, porque podía caer y matar a alguien; y Anteros dijo que no había tal roca oscura en la proyección, que los ojos de Terence le estaban engañando, que Terence debía sentarse a la sombra y descansar.

Y Terence acabó de enfurecerse cuando descubrió que Magdalen trataba de ocultar algo que había encontrado en un hueco de la proyección rocosa. Era una piedra pizarrosa muy pesada, demasiado pesada incluso para la asombrosa fuerza de Magdalen. La había llevado a rastras unas docenas de metros y ahora estaba tratando de cubrirla con piedras y maleza.

—¡Robert, señale el punto de extracción! —gritó Terence—. Es perfectamente visible, todavía. ¡Magdalen, deje eso! Sea lo que sea tiene que ser examinado ahora.

—¿Por qué no me deja en paz de una vez?

—Está usted histérica, Magdalen, y si continúa así me verá obligado a pedirle que abandone este lugar.

—Ojalá pudiera marcharme. No puedo. Ojalá pudiera amar. No puedo. ¿Por qué no es suficiente que yo muera?

—Howard, dedique la tarde a esto —ordenó Terence—. Tiene una inscripción. Si es lo que yo imagino, me asusta. Es demasiado reciente para encontrarse en una formación recosa erosionada. Procure leerla.

—Dentro de unas horas podré decirle algo. Yo tampoco había visto nunca nada semejante. ¿Qué cree usted que es, Terence?

—Lo único que puedo decir es que pertenece a una época posterior a la de la otra inscripción.

Howard Steinleser empezó a trabajar en la piedra cincelada; y dos horas antes de la puesta del sol le llevaron otra, un bloque de esteatita gris. Lo que figuraba en ella era completamente distinto de lo que cubría la piedra pizarrosa.

Poco antes del crepúsculo, Magdalen llamó a Robert Derby.

—Robert —le dijo—, en la parte alta del arroyo, a unos cuatrocientos metros de aquí, junto a la playa...

—... encontraré la madriguera de un tejón, Magdalen. Ha conseguido usted que vea cosas invisibles a distancia. Y si cojo una carabina y me acerco cautelosamente, el tejón asomará la cabeza en aquel preciso instante y le pegaré un balazo entre los ojos. Es muy grande; pesa cincuenta libras.

—Treinta. Tráigalo, Robert. Por fin demuestra usted un poco de comprensión.

—Dicen que la carne de tejón es muy dura, Magdalen. Nadie la come.

—¿No puede una chica condenada a muerte escoger su último menú? Vaya a buscarlo, Robert.

Robert se marchó. La voz de la pequeña carabina apenas se oyó a aquella distancia. Robert no tardó en regresar con el tejón muerto.

—Guíselo, Ethyl —ordenó Magdalen.

—Sí, lo sé. Y si no sé guisarlo, Anteros me enseñará. Pero Anteros había desaparecido. Robert le encontró en un pequeño otero, con los hombros hundidos. El extraño personaje sollozaba silenciosamente, y su rostro parecía tallado en piedra pómez. Pero regresó al campamento para ayudar a Ethyl a preparar el tejón.

—Si la primera de las piedras de hoy le asustó, Terence —dijo Howard Steinleser—, la segunda tendría que ponerle los pelos de punta.

—Desde luego. Todas las piedras son demasiado recientes para encontrarse en una formación rocosa, pero esta última es un insulto. Tiene menos de doscientos años, pero hay mil años de estratos encima de ella. ¿Cuánto hace que está depositada ahí?

Habían comido carne fibrosa de tejón y bebido whisky malo (que les había proporcionado Anteros, sin saber que era malo), y el olor a almizcle estaba dentro de ellos y a su alrededor. La fogata escupía de cuando en cuando furiosamente con pequeñas explosiones, y su resplandor se hacía entonces más intenso. A uno de

aquellos fugaces resplandores Terence Burdock vio que la extraña roca oscura se encontraba de nuevo en la parte superior de la proyección. Creyó haberla visto allí a la luz del día; pero no estaba allí cuando se sentó a la sombra a descansar, y no pudo verla cuando trepó a lo alto de la proyección para asegurarse.

—Vayamos por el capítulo segundo, y luego por el tercero, Howard —dijo Ethyl—. Así será más claro.

—Sí. Bueno, el capítulo segundo está escrito en un idioma que nadie vio escrito nunca; y, sin embargo, no resulta demasiado difícil leerlo. Incluso Terence sospechó lo que era y le asustó. Es el lenguaje mímico de los indios de las llanuras, traducido en pictogramas formalizados. Y tiene que ser muy reciente, dentro de los últimos trescientos años. El lenguaje mímico era fragmentario cuando llegaron los españoles, y se había desarrollado del todo cuando llegaron los franceses. Fue un desarrollo explosivo, como sucede en esos casos, completado en un centenar de años. Esta roca tiene que ser más joven que su situs, pero se encontraba en el lugar exacto que le correspondía.

—Léala, Howard, léala —dijo Robert Derby.

—«Poseo trescientos caballos —leyó Steinleser en la roca—. Poseo dos días a caballo al norte, al este y al sur, y un día de caballo al oeste. Todo te lo daré. Estallaré en una gran voz como la del fuego en los árboles, como la de los lobos hambrientos, como el rugido del león. Tú eres las rápidas alas del halcón nocturno, los delicados pies de la mofeta, eres el zumo de la calabaza dulce. ¿Por qué no puedes tomar ni dar? Yo soy el toro giboso de las altas llanuras, soy el río y las charcas de agua estancada que deja el río, soy la tierra descarnada y las rocas. Ven a mí, pero no vengas con tanta violencia como para destruirte.»

—Ése es el texto de la primera roca del día. Y al final hay unos pictogramas que no comprendo: una Hecha, encima de un gran peñasco.

—«Continúa en la roca siguiente», desde luego —dijo Robert Derby—. Bueno, ¿por qué no se escribió nunca el lenguaje mímico? Los signos son sencillos y fáciles de grabar, y eran comprendidos por muchas tribus distintas. Lo lógico hubiese sido utilizarlos.

—En la región existió la escritura alfabética antes de que se desarrollara del todo el lenguaje mímico —dijo Terence Burdock—. En realidad, lo que dio impulso al lenguaje mímico fue la llegada de los españoles. De hecho, se desarrolló para facilitar la comunicación entre indio y español, y no entre indio e indio. Sin embargo, creo que el lenguaje mímico fue escrito mucho antes, en los primeros pictogramas chinos. Y tuvo también sus comienzos como sistema de comunicación entre pueblos distintos. Si todo el género humano hubiese tenido un lenguaje único, no se hubiera desarrollado ningún lenguaje escrito. La escritura empieza siempre como un puente, y para que el puente sea necesario tiene que existir un vacío que cruzar.

—Nosotros tenemos un puente aquí —dijo Steinleser—. Esa proyección rocosa está llena de humo putrefacto. La parte superior tendría que ser más vieja que la parte

inferior del montículo, puesto que el montículo fue construido sobre una base erosionada de la formación rocosa. Pero, en muchos aspectos, parecen ser contemporáneas. Tenemos que encontrarnos bajo los efectos de un hechizo. Llevamos dos días, casi tres, trabajando en esto, y la absoluta imposibilidad de la situación no se ha hecho clara aún para nosotros.

—La proyección rocosa tiene forma de chimenea. El tiempo actual es una parte inferior de la chimenea y el fuego ardiendo en su base. El tiempo pasado es humo negro, y el tiempo futuro es humo blanco. En la piedra de ayer había un signo que no comprendí, y que parece indicar algo que sale de la chimenea.

—Yo no le encuentro mucho parecido con una chimenea —dijo Magdalen.

—Y una solterona no se parece en nada al rocío sobre la hierba por la mañana —dijo Robert Derby—, pero nosotros reconocemos esas identidades.

—Tenemos telarañas en los ojos —dijo Steinleser—. El núcleo central de la chimenea es incorrecto. Ni siquiera estoy seguro de que el resto de la chimenea sea correcto.

—No, no lo es —dijo Robert Derby—. Podemos identificar la mayoría de los estratos de la chimenea con períodos conocidos del río y del arroyo. Yo estuve hoy encima y debajo. Hay una extensión en la cual la piedra arenisca no resultó erosionada. Y hay otros sectores donde la piedra aparece diversamente recortada. Podemos establecer la correspondencia de la parte inferior de la chimenea con una época que se remonta a unos centenares de años. Pero, en lo que respecta a los diez pies superiores, no existe correspondencia en ninguna parte. Creo que los siglos representados por los estratos superiores de la chimenea no han llegado aún.

—¿Y cuándo se formó la roca oscura que remata la chimenea? —inquirió Terence—. No sé lo que me digo. No está ahí. Estoy ofuscado.

—Todos lo estamos, más o menos —dijo Steinleser—. Yo también la vi, hoy. Y luego no he vuelto a verla.

—Lo escrito en la roca es como una antigua novela que sólo recuerdo a medias —dijo Ethyl.

—Sí, eso es, exactamente —murmuró Magdalen.

—Pero no recuerdo lo que le sucedió a la protagonista.

—Yo recuerdo lo que le sucedió, Ethyl —dijo Magdalen.

—Léanos el capítulo tercero, Howard —rogó Ethyl—. Quiero saber cómo termina.

—Antes debería usted proporcionarles whisky a todos esos resfriados —sugirió humildemente Anteros.

—Ninguno de nosotros está resfriado —objetó Ethyl.

—Sigue tu propio consejo médico, Ethyl —dijo Terence—, y yo seguiré el mío. Yo tomaré whisky. Mi resfriado no es catarral, sino escalofríos de miedo.

Todos tomaron whisky. Hablaron unos instantes, y algunos de ellos se adormilaron.

—Es muy tarde, Howard —dijo finalmente Ethyl—. Pasemos al capítulo siguiente. ¿Es el último capítulo? Luego nos acostaremos. Mañana tenemos que excavar.

—Nuestra tercera piedra, nuestra segunda piedra del día que acaba de transcurrir, es una forma de escritura distinta e incluso posterior, que nunca había sido encontrada en una piedra. Es escritura kiowa. Los kiowas realizaban su escritura en espiral sobre pieles de búfalo adobadas casi como pergamino. En su forma más sofisticada (como en este caso) es relativamente reciente. Probablemente, la escritura kiowa no llegó a su plenitud hasta que fue influenciada por artistas blancos.

—¿Qué antigüedad se le puede atribuir, Steinleser? —inquirió Robert Derby.

—Ciento cincuenta años, aproximadamente. Pero yo no la había visto nunca copiada en piedra. No es apropiada para la piedra. Pero aquí hay un montón de cosas que nunca había visto.

—Pasemos al texto, o mejor dicho, a la pictografía. «Tú temes a la tierra, temes al suelo áspero y a las rocas, temes a la tierra húmeda y a la carne que se descompone. Temes a la carne en sí, ya que toda la carne se descompone. Si no amas a la carne que se descompone, no amas absolutamente nada. Tú crees en el puente colgado en el cielo, el puente que cuelga de zarcillos y vástagos que adelgazan a medida que suben y suben hasta que se hacen tan finos como cabellos. No hay ningún puente en el cielo, no puedes subir a él. ¿Crees que las raíces del amor crecen al revés? Brotan de la tierra profunda que es carne y sesos y corazones y entrañas, que es intestinos de búfalo y vergas de serpiente, que es sangre negra y podrida y subsuelo gimiente. Y de sus cuajarones crecen las raíces del amor.»

—Parece usted dar traducciones notablemente detalladas de los simples signos espirales, Steinleser, pero empiezo a penetrar en su espíritu —dijo Terence.

—Tal vez lo he adulterado un poco —dijo Steinleser.

—Miente usted mucho —dijo Magdalen.

—No miento. Existe una base para cada frase que he utilizado. Continúo: «Poseo veintidós rifles. Poseo caballos. Poseo plata mejicana, más de ochenta trozos. Soy rico en todos los sentidos. Te lo daré todo. Gritaré con una gran voz como un león rugiendo contra un puma, como una rana mugidora en celo. Es la tierra la que te llama. Yo soy la tierra, más lanuda que los lobos y más áspera que las rocas. Tú no puedes tomar, tú no puedes dar, tú no puedes amar, tú crees que existe algo más, tú crees que existe un puente en el cielo al que puedes trepar sin estrellarte. Tú vendrás a mí por la mañana. Vendrás a mí complaciente y graciosa. O vendrás a mí de mala gana y todos tus huesos quedarán destrozados. Quedarás rota por nuestro encuentro. Quedarás como traspasada por un rayo. Vive por la mañana, o muere por la mañana, pero recuerda que amor que mata es mejor que ningún amor».

—¡Oh, hermano! Nadie extrae esa historia de esos signos infantiles, Steinleser —protestó calurosamente Robert Derby.

—Bueno, eso es el final de lo escrito. Y un pictograma espiral kiowa termina con

una línea hacia dentro o hacia fuera, lo cual significa...

—«Continúa en la roca siguiente», eso es lo que significa —dijo Terence con voz ronca.

—No encontrarán las rocas siguientes —dijo Magdalen—. Están ocultas, y la mayor parte del tiempo ni siquiera están ahí, pero continuarán y continuarán. Pero, ya lo leerán en las rocas mañana por la mañana. Quiero terminar con eso. ¡Oh, no sé lo que quiero!

—Creo que sé lo que quiere usted esta noche, Magdalen —dijo Robert Derby. Pero no lo sabía.

La conversación languideció, la fogata fue apagándose y los miembros del grupo se introdujeron en sus sacos de dormir.

Transcurrió la larga noche y amaneció el cuarto día. Pero, ¡cuidado! En la leyenda Nahuat-Tanoan, el mundo termina en la cuarta mañana. Todas las vidas que hemos vivido o que creemos haber vivido no han sido más que sueños de la tercera noche. El taparrabo que el sol llevaba para el viaje del cuarto día no era tan valioso como los tres anteriores. Sólo había sido llevado una hora, aproximadamente.

Y, en realidad, había algo de terminal en la cuarta mañana. Anteros había desaparecido. Magdalen había desaparecido. La proyección rocosa había disminuido de tamaño, como si faltara una parte de ella. El sol enviaba un resplandor gris-naranja a través de la niebla. La niebla parecía humo surgido de la chimenea de roca; pero no era más que molesta niebla matinal.

—Es la cosa más absurda que he oído nunca —gruñó Robert Derby—. ¿De veras creen que Magdalen se ha marchado con Anteros?

Derby estaba de un humor de perros y en su rostro veíanse unos profundos arañazos.

—¿Quién es Magdalen? ¿Quién es Anteros? —preguntó Ethyl.

Terence Burdock gritó desde lo alto del montículo: —¡Suban todos! Aquí hay algo que vale la pena. Tendremos que fotografiarlo, dibujarlo, medirlo y registrarlo. Es la cabeza de basalto más delicada que he visto nunca. Tiene el tamaño de la cabeza de un hombre, y sospecho que tiene un cuerpo del tamaño del de un hombre adherido a ella. No tardaremos en limpiarla y lo aclararemos todo. ¡Uf! ¡Qué tipo más raro era!

Pero Howard Steinleser estaba examinando algo de vivos colores que sostenía en sus manos.

—¿Qué es eso, Howard? ¿Qué está haciendo? —preguntó Derby.

—¡Ah! Creo que ésta es la piedra que viene a continuación. La escritura es alfabética, pero deformada, falta un elemento. Creo que es inglés moderno: no tardaré en comprobarlo. El texto parece ser...

Rocas y piedras salían de la chimenea, y niebla, amnésica y embrutecedora niebla.

—Steinleser, ¿se encuentra usted bien? —inquirió Robert Derby—. Lo que tiene

en la mano no es una piedra.

—No es una piedra. Pensé que lo era. ¿Qué es, entonces?

—Es el fruto del *Toxyion pomiferurn*. No es una piedra, Howard.

Y la cosa era una especie de naranja arrugada, del tamaño de un melón.

—Tiene usted que admitir que las arrugas parecen algo escrito, Robert.

—Sí, parecen algo escrito, Howard. Vamos, Terence nos está llamando. Ha leído usted demasiadas piedras. Y aquí no estamos seguros.

Se oyó una explosión y un rugido. La roca oscura salió despedida de la parte superior de la chimenea y se estrelló con terrible fuerza contra el suelo, partiéndose en mil pedazos. Y algo más que había estado en aquella roca oscura. Y toda la chimenea cayó alrededor de ellos.

Ella quedó destrozada por el encuentro. Todos sus huesos quedaron rotos. Y ella estaba muerta.

—¿Quién... quién es? —tartamudeó Howard Steinleser.

—¡Dios mío! ¡Magdalen, desde luego! —exclamó Robert Derby.

—La recuerdo vagamente. No la comprendía.

—¡Está muerta! ¡Maldición! ¿Qué busca usted en esas piedras?

—Tal vez no está muerta en ellas todavía, Robert. Voy a leer lo que hay aquí antes de que les suceda algo. Esa roca oscura que ha caído y se ha roto es imposible, desde luego. Es un estrato que no se ha posado aún. Siempre deseé leer el futuro, y es posible que no vuelva a tener otra oportunidad.

—¡Estúpido! ¡La muchacha está muerta! ¿Es que no le importa a nadie? Terence, deje de aullar acerca de su hallazgo. Baje. La muchacha está muerta.

—Suban, Howard y Robert —insistió Terence—. Dejen esa roca destrozada ahí. No tiene ningún valor. Pero nadie ha visto nunca algo parecido a esto.

—Suban —gritó Ethyl—. ¡Es una pieza maravillosa! ¡Nunca vi nada semejante!

—Ethyl, ¿es que se han vuelto todos locos? —inquirió Robert Derby—. Ella está muerta. ¿No la recuerda? ¿No recuerda a Magdalen?

—No estoy segura. ¿Es la muchacha que rondaba por aquí estos últimos días? No debió encaramarse a esa roca tan alta. Siento que esté muerta. Pero, mire lo que hemos encontrado aquí...

—Terence, ¿no se acuerda usted de Magdalen?

—¿Es esa muchacha que está ahí? Bueno, cuando alguien vaya al pueblo tendrá que decirle al sheriff que hay una muchacha muerta aquí. Robert, ¿vio usted nunca una cara como ésta? Creo que aquí hay una figura de hombre de tamaño natural. ¡Maravilloso, maravilloso!

—Terence, ha perdido usted la chaveta. Bueno, ¿se acuerda de Anteros?

—Desde luego, el hermano gemelo de Eros, convertido en símbolo del amor desgraciado. ¡Trueno! Ése es el nombre para él. Le va perfectamente. Nosotros le llamamos Anteros.

Bueno, era Anteros, como vivo en piedra de basalto. Su rostro estaba contraído.

Sollozaba silenciosamente y sus hombros estaban hundidos de emoción. La talla resultaba fascinante en su miserable pasión, su pétreo amor no correspondido. Tal vez era más impresionante ahora de lo que lo sería cuando lo limpiaran. Era tierra, era tierra en sí mismo.

—El Anteros vivo, Terence. ¿No recuerda usted a nuestro excavador, Anteros Manypenny?

—Desde luego. Esta mañana no se presentó a trabajar. Dígale que está despedido.

—¡Magdalen está muerta! ¡Era una de nosotros! ¡Maldición, era la principal de nosotros! —exclamó Robert Derby, en tono desesperado.

Pero Terence y Ethyl no le oyeron. Estaban ocupados desenterrando el resto de la talla.

Y, más abajo, Howard Steinleser estaba estudiando unas rocas negras y partidas antes de que desapareciesen.

Howard Steinleser estaba estudiando un estrato que no se había posado aún, leyendo un brumoso futuro.

La cosa en la piedra

Clifford D. Simak

Ésta es la historia de un hombre que vive solo en las antiguas colinas del Midwest, y de las cosas que puede oír y ver a veces: la charla de las estrellas, escenas del pasado prehistórico de la región... y un ser atrapado durante milenios en piedra maciza. Clifford Simak hace que sus personajes y sus paisajes cobren vida para sus lectores, también.

I

Él recorría las colinas y sabía lo que las colinas habían visto a través del tiempo geológico. Escuchaba a las estrellas y sabía lo que las estrellas estaban diciendo. Había encontrado al ser que yacía aprisionado en la piedra. Había trepado al árbol al que en otros tiempos habían trepado los gatos monteses para alcanzar la guarida labrada por el tiempo en la roca del acantilado. Vivía solo en una destartada casa de labor desde la cual se dominaba la confluencia de los dos ríos. Y su vecino más próximo, un hombre poco favorecido por la suerte, cabalgó hasta la sede del Condado, a treinta millas de distancia, para decirle al sheriff que aquel lector de las colinas, aquel oyente de las estrellas, era un ladrón de gallinas.

El sheriff se dejó caer por allí una semana después, y cruzó el patio hacia el lugar donde el hombre estaba sentado en una mecedora, en un porche que se abría a las colinas. El sheriff se detuvo al pie de la escalera que ascendía hasta el porche.

—Soy el sheriff Harley Shepherd —dijo—. Estoy dando una vuelta por aquí. Hacía muchos años que no visitaba esto. Usted es nuevo aquí, ¿verdad?

El hombre se puso en pie y señaló una silla.

—Llevó aquí tres años —dijo—. Me llamo Wallace Daniels. Suba y siéntese un rato.

El sheriff subió al porche, estrechó la mano del hombre y se sentó.

—No cultiva usted nada —dijo.

Los campos llenos de maleza llegaban hasta la cerca que rodeaba el patio.

Daniels sacudió la cabeza.

—Tengo lo indispensable para vivir. Unas cuantas gallinas, por los huevos. Un par de vacas, por la leche y la mantequilla. Algunos cerdos, por la carne: los vecinos me ayudan en la matanza. Y una huerta, desde luego.

—Comprendo —dijo el sheriff—. El lugar no da para más. El viejo Amos

Williams lo dejó en ruinas.

—Ahora, la tierra descansa —dijo Daniels—. Dentro de diez años —y mejor de veinte —estará de nuevo en condiciones. Por el momento, lo único bueno son los conejos, las marmotas y los campañoles. Muchos pájaros, desde luego. Tengo la mejor pollada de codornices que un hombre haya visto nunca.

—Ésta era una región de ardillas —dijo el sheriff—. Y de mapaches. Supongo que aún hay mapaches. ¿Es usted cazador, Mr. Daniels?

—No tengo ningún arma —dijo Daniels.

El sheriff se retrepó en su asiento.

—Ésta es una hermosa región —declaró—. Con un terreno muy accidentado, desde luego, pero hermosa.

—Es una región antigua —dijo Daniels—. El último mar se retiró de esta zona hace más de cuatrocientos millones de años. Es terreno seco desde finales del Silurio. A menos de que se suba hacia el norte, en dirección al Canadá, no pueden encontrarse en este país muchos lugares tan antiguos como éste.

—¿Es usted geólogo, Mr. Daniels?

—Un simple aficionado. Necesitaba algo para llenar el tiempo, y me dediqué a husmear por esas colinas. Encontré algunos braquiópodos fósiles y quise saber lo que eran. Pedí unos libros y los leí...

—¿Braquiópodos? ¿Se refiere a los dinosaurios? No sabía que hubieran dinosaurios por aquí...

—No son dinosaurios —dijo Daniels—. Son anteriores a los dinosaurios, al menos los que yo encontré. Y muy pequeños. Parecidos a las almejas o a las ostras, pero con otro tipo de conchas. Se extinguieron hace millones de años, pero aún tenemos unos cuantos braquiópodos vivos. Aunque no demasiados.

—Debe ser interesante.

—Para mí, sí —dijo Daniels.

—¿Conoció usted al viejo Amos Williams?

—No. Cuando llegué aquí ya había muerto. Compré el terreno al banco que liquidó sus bienes.

—Era un viejo muy raro —dijo el sheriff—. Se peleó con todos sus vecinos. Especialmente con Ben Adams. Siempre estaban enzarzados a propósito de una cerca... ¿Cómo se lleva usted con Ben?

—Muy bien —dijo Daniels—. No hay problemas. Desde luego, apenas le conozco.

—Ben tampoco cultiva la tierra —dijo el sheriff—. Se dedica a cazar y a pescar, y en invierno se convierte en trampero. También se dedica a la prospección de minerales.

—En estas colinas hay minerales —dijo Daniels—. Plomo y zinc. Pero su extracción no sería rentable. A los precios actuales, me refiero.

—Ben siempre está tramando algo —dijo el sheriff—. Y es un hombre muy

quisquilloso. El otro día vino a decirme que alguien le había robado unas gallinas. ¿Ha echado usted de menos alguna?

Daniels hizo una mueca.

—Hay un zorro que se cobra una especie de tributo del gallinero de cuando en cuando. Yo no se las regateo.

—Para un granjero, no hay nada peor que un ladrón de gallinas —dijo el sheriff—. No por lo que puedan valer, sino por el hecho en sí.

—Si Ben ha estado perdiendo gallinas —dijo Daniels—, lo más probable es que el culpable sea mi zorro.

—¿Su zorro? Habla usted como si fuera de su propiedad...

—Desde luego que no. Nadie tiene un zorro en casa. Pero vive en esas colinas conmigo. Imagino que somos vecinos. De cuando en cuando lo veo y lo observo. Y no me sorprendería que él también se dedicara a observarme.

El sheriff se puso en pie.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —dijo—. Confieso que he pasado un buen rato sentado aquí, hablando con usted y mirando las colinas. Debe usted mirarlas mucho, supongo.

—Mucho —dijo Daniels.

Se sentó tranquilamente en el porche y contempló el automóvil del sheriff hasta que desapareció en un recodo del camino.

¿A qué habría venido?, se preguntó. No había pasado por allí casualmente. Su conversación, aparentemente ociosa, tenía un objetivo, y en el transcurso de ella había conseguido formular numerosas preguntas.

¿Algo acerca de Ben Adams, quizás? Lo único que podía reprochársele a Adams es que era un haragán. Tal vez le habían soplado al sheriff que Adams se dedicaba a la destilación clandestina de licores, y había decidido darse una vuelta por el lugar, con la esperanza de que algún vecino se fuera de la lengua. Ninguno de ellos lo haría, desde luego, ya que no era asunto suyo, en primer lugar, y la cantidad de licor que Adams destilaba era insignificante. Adams era demasiado perezoso para hacer algo en gran escala.

Oyó el tintineo de una campanilla a lo lejos. Las dos vacas regresaban a casa. Debía ser mucho más tarde de lo que había pensado, se dijo Daniels. Y no es que prestara mucha atención a la hora que era. Cuando se le estropeó el reloj al tropezar con una roca, no se molestó en hacerlo arreglar. No necesitaba un reloj. En la cocina había un viejo despertador, pero no podía otorgársele demasiado crédito. Y Daniels apenas le prestaba atención.

Dentro de un rato, pensó, tendría que levantarse para ordeñar las vacas, dar el pienso a los cerdos y a las gallinas y recoger los huevos. La huerta le daba poco trabajo. Un día de estos tendría que arrancar tres o cuatro grandes calabazas y vaciarlas para que los niños de los Perkins pudieran preparar sus fuegos fatuos en la fiesta de Todos los Santos. Se preguntó si debía tallar las caras por sí mismo, o si los

niños preferirían hacerlo ellos.

Pero las vacas se encontraban aún a cierta distancia y disponía de tiempo. Se retrepó en su mecedora y contempló las colinas.

Y las colinas empezaron a moverse y a cambiar mientras las miraba.

Cuando lo vio por primera vez, el fenómeno le asustó terriblemente. Pero ahora se había acostumbrado a él.

Mientras las contemplaba, las colinas se convirtieron en otras distintas. Una vegetación diferente y una vida extraña aparecieron en ellas.

Esta vez vio dinosaurios. Toda una manada, no muy grandes. Del Triásico Medio, probablemente. Y esta vez sólo era una visión lejana: él mismo no iba a verse involucrado. Sólo vería, desde lejos, cómo era la antigüedad, y no se vería arrojado en medio de ella, como le ocurría con frecuencia.

Mirando, se preguntó de nuevo qué más podía hacer. Lo que le preocupaba no eran los dinosaurios, ni los anfibios primitivos, ni todos los otros animales que se movían en las colinas.

Lo que le desasosegaba era aquel otro ser que yacía enterrado profundamente debajo de la piedra caliza de Platteville.

Alguien más tendría que saberlo. El conocimiento debía mantenerse vivo para que en el futuro —tal vez dentro de cien años— cuando la tecnología del hombre se hubiera desarrollado hasta el punto de poder enfrentarse con aquel problema, se hiciera algo para establecer contacto —y tal vez liberar— con el ser que moraba en la piedra.

Habría una memoria, desde luego, una memoria escrita. Él se ocuparía de eso. Aquella memoria ya estaba en marcha: un relato semana a semana (a veces día a día) de lo que había visto, oído y aprendido. Tres grandes cuadernos de notas estaban ya completos, y el cuarto andaba por la mitad. Redactados de un modo sincero, cuidadoso y objetivo.

Pero, ¿quién creería lo que había escrito? Es más, ¿quién se molestaría en leerlo? Probablemente, los cuadernos se llenarían de polvo en alguna estantería olvidada sin que ninguna mano humana se posara sobre ellos. Y suponiendo que alguien, en un lejano futuro, los cogiera y los leyera, tras sacudir el polvo acumulado en ellos, ¿se mostraría dispuesto a creer?

La respuesta era clara. Tenía que convencer a alguien. Las palabras escritas por un hombre muerto hacía mucho tiempo —y por un hombre desconocido—, podían ser consideradas fácilmente como producto de una mente neurótica. Pero si conseguía que algún científico de sólida reputación le escuchara y avalara la memoria, los acontecimientos que se desarrollaban en las colinas podían ser objeto de investigación en alguna fecha más o menos lejana.

¿Un biólogo? ¿Un neuropsiquiatra? ¿Un paleontólogo?

La rama de la ciencia a la que el hombre se dedicara era lo de menos. Lo importante sería que escuchara sin reírse.

Sentado en el porche, contemplando las colinas salpicadas de dinosaurios, el oyente de las estrellas recordó la visita que había hecho al paleontólogo.

—Ben —dijo el sheriff—, esta vez no has dado en el clavo. Ese Daniels no robaría ninguna gallina. Tiene gallinas de su propiedad.

—Y yo me pregunto: ¿cómo ha conseguido esas gallinas?

—dijo Adams.

—Eso no tiene sentido —dijo el sheriff—. Es un caballero. Basta hablar con él para saberlo. Un caballero educado.

—Si es un caballero —insistió Adams—, ¿qué está haciendo aquí? Éste no es un lugar a propósito para los caballeros. Hace dos o tres años que está aquí, y desde entonces no ha dado ni golpe. Lo único que hace es subir y bajar de las colinas.

—Es un geólogo —dijo el sheriff—. O al menos está interesado en la geología. Una especie de hobby. Me ha dicho que busca fósiles.

Adams asumió el aire vigilante de un perro que acaba de avistar un conejo.

—De modo que se trata de eso... —dijo—. Apuesto a que lo que busca no son fósiles.

—¿No?

—Busca minerales —dijo Adams—. Es un prospector, no cabe duda. Esas colinas están llenas de minerales. Lo único que hace falta es saber dónde hay que buscar.

—Tú has pasado mucho tiempo buscando —dijo el sheriff.

—Yo no soy geólogo. Un geólogo tendría una gran ventaja. Conocería las rocas y todo eso.

—Daniels no habla como si estuviera realizando prospecciones. Está interesado en la geología, simplemente. Ha encontrado algunas almejas fósiles.

—Podría estar buscando una cueva del tesoro —dijo Adams—. Podría tener un mapa, o algo por el estilo.

—Sabes perfectamente que no existen cuevas del tesoro —dijo el sheriff.

—Yo no estoy tan seguro —insistió Adams—. Aquí estuvieron los franceses y los españoles, especialistas en tesoros ocultos. Siempre andaban ocultando cosas en cuevas. Recuerde aquella cueva, al otro lado del río, donde encontraron un esqueleto dentro de una armadura española y el esqueleto de un oso a su lado, con una espada oxidada hundida en el lugar que había ocupado su buche.

—Eso es una leyenda —dijo el sheriff, disgustado—, inventada por algún imbécil. Vino gente de la Universidad para investigar, y llegó a la conclusión de que todo era mentira.

—Pero Daniels ha estado merodeando por las cuevas —dijo Adams—. Yo le he visto. Pasa mucho tiempo en aquella cueva de Cat Der Point. Hay que trepar a un árbol para llegar a ella.

—¿Le has estado espiando?

—Desde luego. Quiero saber qué es lo que se trae entre manos.

—Procura que no te sorprenda haciéndolo —dijo el sheriff.

Adams decidió cambiar el tema.

—Bueno —dijo—, si no hay cuevas del tesoro, hay mucho plomo y cinc. El hombre que los localice se hará millonario.

—Si es que consigue encontrar el capital necesario para la explotación —puntualizó el sheriff.

Adams excavó en el suelo con su tacón.

—Usted cree que no se le puede reprochar nada a Daniels, ¿verdad?

—Me ha dicho que un zorro le ha robado algunas gallinas. Lo más probable es que las tuyas hayan seguido el mismo camino.

—Si un zorro roba sus gallinas —preguntó Adams—, ¿por qué no lo ha matado?

—No le preocupa demasiado. Parece creer que el zorro tiene derecho a hacerlo. Ni siquiera tiene una escopeta.

—Bueno, si no tiene una escopeta y no le gusta cazar, ¿por qué no deja cazar a los demás? No nos permite entrar, ni a los muchachos ni a mí, en sus tierras con un arma. Lo ha vallado todo. No creo que eso sea una política de buena vecindad. Ésa es una de las cosas que hacen imposible tratar con él. Siempre hemos cazado en ese lugar. El viejo Amos era un hombre difícil, pero nunca nos prohibió que cazáramos allí. A nadie le ha importado. En mi opinión, todo el mundo tiene derecho a cazar donde se le antoje.

El sheriff se puso en pie.

—No te compliques la vida, Ben —dijo—. Le tienes antipatía a Daniels porque no te deja cazar en sus tierras. Está en su derecho, y en tu lugar yo no me metería con él. Y no vayas por ahí haciendo falsas acusaciones contra Daniels: podría llevarte a los tribunales.

II

Había entrado en el despacho del paleontólogo y había tardado unos instantes en ver al hombre sentado ante un atestado escritorio al fondo de la habitación. Todo el lugar estaba atestado. Había largas mesas cubiertas de trozos de roca con fósiles incrustados. Esparcidos aquí y allá había fajos de documentos. La habitación era amplia y estaba mal iluminada. Era un lugar oscuro y deprimente.

—¿El doctor Thorne? —había preguntado Daniels.

El hombre se puso en pie y dejó una pipa en un atestado cenicero. Era robusto, alto, de rostro curtido por el aire y el sol y pelo gris y enmarañado. Cuando se movía arrastraba los pies como un oso.

—Usted es Daniels, seguramente —dijo—. Le tengo anotado en mi agenda para las tres. Encantado de conocerle.

Estrechó vigorosamente la mano de Daniels y señaló una silla al lado del escritorio. Luego volvió a sentarse, recuperó la pipa de la atestada bandeja y empezó a llenarla de tabaco.

—Su carta decía que quería usted verme para un asunto muy importante —dijo—. Pero es lo que dicen todos. Sin embargo, en su carta me pareció descubrir una urgencia y una sinceridad poco frecuentes. No dispongo de tiempo para recibir a todos los que me escriben. Y todos han encontrado algo, ¿comprende? ¿Qué ha encontrado usted, Mr. Daniels?

—Doctor —dijo Daniels—, no sé cómo empezar lo que tengo que decir. Tal vez sería mejor contarle en primer lugar lo que le ocurrió a mi cerebro.

Thorne estaba encendiendo su pipa. Habló sin quitarse la boquilla de los labios.

—En tal caso, tal vez no soy el hombre más indicado para recibir sus confidencias. Hay otras personas...

—No, no me refiero a eso —dijo Daniels—. No busco ayuda. Me encuentro en perfecto estado físico y mental. Hace cinco años tuve un accidente de tráfico en una autopista. Mi esposa y mi hija resultaron muertas, y yo quedé malherido.

—Lo siento, Mr. Daniels.

—Gracias... pero eso pertenece al pasado. Fue muy duro para mí, pero logré superarlo. No es por eso por lo que estoy aquí. Le he dicho ya que quedé malherido...

—¿Una lesión cerebral?

—De poca importancia. O, al menos, eso dijeron los médicos. Lo peor fue lo del tórax, con perforación de pulmón.

—¿Se ha recuperado ya?

—Del todo —dijo Daniels—. Estoy como nuevo. Pero, desde que ocurrió el accidente, mi cerebro cambió. Como si poseyera nuevos sentidos. Veo cosas y comprendo cosas que parecen imposibles.

—¿Alucinaciones?

—No. Estoy seguro de eso. Puedo ver el pasado.

—¿Cómo dice?

—Permítame que le explique cómo empezó la cosa, exactamente —dijo Daniels—. Hace varios años compré una granja abandonada en el suroeste de Wisconsin. Una especie de refugio solitario. Desaparecidas mi esposa y mi hija, no sentía el menor deseo de relacionarme con el mundo. Había superado la primera impresión, pero necesitaba un lugar en el cual pudiera lamer mis heridas. Puedo asegurarle que no me compadecía a mí mismo. Pero trato de ser objetivo en lo que respecta a los motivos que me impulsaron a comprar la granja.

—Sí, comprendo —dijo Thorne—. Pero no creo que el ocultarse fuera la actitud más juiciosa.

—Tal vez no, pero en aquellos momentos me pareció lo más oportuno. Y salió bien. Me enamoré de la región. Aquella parte de Wisconsin es muy antigua. El mar dejó de cubrirla hace cuatrocientos millones de años. Por algún motivo desconocido para mí, no se vio afectada por los glaciares del Pleistoceno. Ha cambiado, desde luego, pero únicamente como resultado natural del paso del tiempo. Allí no se han dado cataclismos geológicos, ni erosiones importantes...

—Mr. Daniels —le interrumpió Thorne, en tono impaciente—. No veo qué relación tiene todo eso...

—Lo siento. Sólo trataba de describirle el escenario de los hechos. Unos hechos que se desarrollaron lentamente, al principio. Llegué a pensar que estaba loco, que imaginaba cosas inexistentes, que mi lesión cerebral era más grave de lo que parecía... Daba largos paseos por las colinas, ¿sabe? Así me cansaba y podía dormir por las noches. Pero, a veces, las colinas cambiaban. Muy poco al principio, para convertirse más tarde en lugares que yo no había visto nunca, que nadie había visto nunca.

Thorne hizo una mueca.

—¿Trata usted de decirme que se transformaban en el pasado?

Daniels asintió.

—Extraña vegetación, árboles de aspecto raro... En los primeros tiempos, desde luego, no había hierba; sólo helechos. Y animales desconocidos en la tierra y en el aire. Mamuts, dinosaurios, mastodontes...

—¿Todos al mismo tiempo? —inquirió Thorne, interrumpiéndole—. ¿Todos mezclados?

—No. Cada uno en su época correspondiente. Al principio no lo sabía; pero cuando logré convencerme a mí mismo de que no eran alucinaciones, pedí algunos libros. Estudié. Nunca he sido un experto, desde luego, pero aprendí lo suficiente para distinguir un período de otro, para tener una idea de lo que estaba viendo.

Thorne se sacó la pipa de la boca y la dejó en el cenicero. Luego se pasó una mano por los cabellos.

—Es increíble —dijo—. No puede haber ocurrido, sencillamente. ¿Dice usted que

todo este asunto se inició más bien lentamente?

—Sí. Era como una niebla del pasado que trataba de imponerse al presente. Pero ahora es distinto. El cambio se produce en un abrir y cerrar de ojos. El presente desaparece y me encuentro en el pasado. Todo lo que me rodea es pasado. No queda nada del presente.

—Pero usted no se encuentra en el pasado. Físicamente, quiero decir.

—Creo que no. Estoy en el presente, y las lejanas colinas cambian. Pero habitualmente cambian las cosas que me rodean, sin que el cambio me afecte de un modo físico, como dice usted. Puedo verlo y me parece lo suficientemente real como para andar a través de ello. Puedo acercarme a un árbol, y alargar la mano, y palparlo, y el árbol está allí. Pero mi presencia no parece producir ningún impacto en el pasado. Los animales no me ven. Puedo acercarme a un dinosaurio, por ejemplo, sin que me vea, sin que me oiga y sin que me olfatee. De no ser así, ya estaría muerto. De modo que no estoy en el presente, pero tampoco estoy en el pasado. Quise hacer una prueba y tomé una cámara fotográfica y saqué un montón de fotografías. Cuando mandé las películas a revelar, no había nada en ellas. Ni del pasado, ni del presente. Si hubiese sido víctima de una alucinación, la cámara hubiera captado imágenes del presente... Pero, al parecer, no había nada que la cámara pudiera captar. Pensé que tal vez la cámara había fallado o que había utilizado un tipo inadecuado de película. Probé con diversas máquinas y con distintos tipos de película, con el mismo resultado negativo. Luego traté de recoger algo. Corté flores, cuando había flores. Y cuando volví al presente tenía las manos vacías. Pensé que tal vez no podía traer al presente las cosas vivas, como las flores. De modo que me dediqué a recoger cosas inorgánicas, como rocas; pero nunca pude traer ninguna.

—¿Qué me dice de un cuaderno de dibujo?

—Ya pensé en eso, pero nunca lo utilicé. Soy muy mal dibujante. Además, imaginé que sería inútil, porque las hojas volverían a quedar en blanco.

—Pero nunca lo intentó.

—No —dijo Daniels—. Nunca. Ocasionalmente hago algún boceto después de volver al presente. De memoria. Pero ya le he dicho que dibujo muy mal.

—No sé qué decir —murmuró Thorne—. De veras que no lo sé. Todo eso parece increíble... Dígame, ¿se asustó usted? Ahora parece estar muy tranquilo, pero al principio debió de tener miedo, ¿no es cierto?

—Al principio —dijo Daniels— estaba petrificado. No sólo estaba asustado, físicamente asustado, sino que temía también haberme vuelto loco. Ahora, este último temor ha desaparecido. Sé que no estoy loco.

—¿Por qué?

—Por los animales que veo...

—¿Quiere usted decir que los reconoce por las ilustraciones de los libros que ha estado leyendo?

—No. No es eso, exactamente. Desde luego, las ilustraciones han sido útiles, pero

no por los parecidos, sino por las diferencias. Verá, ninguno de los animales es exactamente como figura en los libros. Si lo fueran, cabría pensar que lo que yo veía estaba influenciado por lo que había visto o leído en los libros. Pero, no siendo este el caso, me parece lógico suponer que lo que veo es real. ¿Cómo podía imaginar que el tiranosaurio tenía una papada con todos los colores del arco iris? ¿O que los grandes animales del Eoceno tenían el cuerpo cubierto de manchas de diversos colores?

—Mr. Daniels —dijo Thorne—, no voy a negarle que estoy predispuesto contra todo lo que usted acaba de contarme. Todas las fibras de mi ser científico se rebelan contra ello. Pero, al mismo tiempo, estoy convencido de que usted cree en lo que me ha contado. ¿Ha hablado usted de todo esto con alguien más? ¿Con algún paleontólogo o geólogo? ¿Con un neuropsiquiatra, quizás?

—No —dijo Daniels—. Únicamente con usted. Y no se lo he contado todo. Eso no es más que el fondo.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, también escucho a las estrellas.

Thorne se puso en pie bruscamente, volvió a coger la pipa del cenicero y se la metió en la boca.

Su voz, cuando habló, era fría como el hielo.

—Gracias por su visita —dijo—. Ha sido muy interesante.

III

Había cometido un error. Nunca debió mencionar que escuchaba a las estrellas. La entrevista había discurrido bien hasta aquel momento. Thorne no le había creído, desde luego, pero estaba intrigado, le habría escuchado más y habría efectuado algunas investigaciones por su cuenta.

La culpa la tenía su obsesión por el ser de la piedra. El pasado no era nada: lo importante era el ser que estaba en la piedra, y para hablar de ello, para explicar cómo sabía que estaba allí, tenía que contar que escuchaba a las estrellas.

Debió contener su lengua, se dijo Daniels a sí mismo. Pero se había encontrado con un hombre que, a pesar de sus dudas, le había escuchado sin reírse; y, en su gratitud, Daniels había hablado más de la cuenta.

La mecha de la lámpara de petróleo instalada sobre la mesa de la cocina reflejaba las corrientes de aire que penetraban por las rendijas de las ventanas. Se había levantado un fuerte viento que sacudía la casa con sus soplos racheados. En uno de los ángulos de la habitación el fuego crepitaba amistosamente en el hogar, en respuesta al viento que barría la parte superior de la chimenea.

Thorne había mencionado a un neuropsiquiatra, recordó Daniels, y quizás era ese el tipo de hombre al cual debió acudir. Tal vez antes de tratar de interesar a alguien en lo que él podía ver u oír, debería realizar un esfuerzo para descubrir por qué y cómo podía oír y ver aquellas cosas. Un hombre que estudiaba el funcionamiento del cerebro y de la mente podía aportar nuevas respuestas... si es que existían respuestas que dar.

¿Era posible que el golpe que había recibido en el cerebro hubiese desarrollado en él nuevas capacidades, poniendo de manifiesto facultades latentes que tal vez llegarían a desarrollarse en el hombre por la vía evolutiva en el curso de los próximos milenios?

Era una explicación, poco racional, pero posible. Sin embargo, un experto en la materia podría tener alguna otra explicación...

Daniels apartó su silla de la mesa y se acercó a la estufa. Levantó la tapadera y vio que la leña se había consumido, dejando un ardiente rescoldo. Metió un par de leños dentro y tapó la estufa, diciéndose a sí mismo que un día tendría que poner el horno en estado de funcionamiento.

A continuación se dirigió hacia el porche, mirando hacia las colinas. El viento soplaba del norte, silbando alrededor de las esquinas de la casa y resonando en las hondonadas que descendían hasta el río, pero el cielo estaba claro, recién barrido por el viento y tachonado de estrellas parpadeantes.

Alzando la mirada a las estrellas, Daniels se preguntó qué podrían estar diciendo, pero no trató de escuchar. Escuchar a las estrellas exigía un gran esfuerzo y una intensa concentración. Las había escuchado por primera vez una noche como aquella,

de pie allí en el porche y preguntándose qué podrían estar diciendo, preguntándose si las estrellas hablaban entre sí. Una idea absurda, lo sabía, tan idealmente absurda como la creencia de un niño en Santa Claus. Pero escuchó y oyó, y aunque quedó asombrado no cabía duda de que en alguna parte otros seres estaban conversando. No con palabras, desde luego, sino con algo (pensamientos, quizás) tan evidente como las palabras. Y no era todo comprensible —en realidad, la mayor parte resultaba incomprensible—, posiblemente porque no estaba capacitado para comprender. Se comparó a sí mismo con un aborigen australiano escuchando la conversación de un par de físicos nucleares discutiendo una nueva teoría.

Poco después de aquello, mientras exploraba la cueva de Cat Den Point, había captado el primer indicio del ser enterrado en la piedra. Tal vez, pensó, si no hubiese escuchado a las estrellas, si no hubiese sabido que podía escuchar a las estrellas, si no hubiese educado su mente en la escucha, no hubiera oído al ser enterrado en la piedra.

Se quedó mirando a las estrellas y escuchando al viento al otro lado del río, en la carretera que discurría sobre las lejanas colinas, captó el leve resplandor de los faros de un automóvil que avanzaba a través de la oscuridad nocturna. El viento amainó por un instante, como reuniendo fuerzas para soplar con más intensidad, y durante aquella breve pausa Daniels oyó otro sonido: el sonido de un hacha golpeando madera. Escuchó atentamente y el sonido llegó de nuevo, aunque tan mezclado con el del viento que no pudo estar seguro de su dirección.

Se habría equivocado, pensó. Nadie podía estar al aire libre y cortando leña en una noche como aquella. Los cazadores de mapaches podían ser la respuesta. Los cazadores de mapaches derriban a veces un árbol para capturar un ejemplar oculto entre las ramas. Algo poco deportivo, muy propio de Ben Adams y de sus hijos. Pero aquella no era noche para cazar mapaches. El viento no permitía a los perros localizar el rastro. Las noches tranquilas eran las mejores para la caza del mapache. Y nadie sería tan estúpido como para cortar un árbol en una noche de viento, sabiendo que una ráfaga podía hacerlo caer sobre los que lo cortaban.

Daniels tendió de nuevo el oído, pero el viento volvía a soplar con más fuerza, si cabe, ahogando con sus rugidos cualquier otro sonido.

El día siguiente amaneció tranquilo y gris. El viento no era más que un leve susurro. Daniels se había despertado una vez durante la noche para oír cómo el viento aullaba lúgubrementemente en las hondonadas que descendían hasta el río. Pero cuando volvió a despertar todo estaba tranquilo y el alba griseaba en las ventanas. Una vez vestido y fuera de la casa, encontró un paisaje apacible: el cielo nublado, el aire fresco, la atmósfera como recién lavada... El follaje otoñal que vestía las colinas tenía ahora un brillo más intenso incluso que a la luz del sol.

Después de desayunar, Daniels se encaminó a las colinas. Mientras descendía la ladera en dirección a la primera hondonada, se encontró a sí mismo deseando que no se produjera el cambio geológico. Sabía que la raíz del fenómeno se encontraba en su

cerebro, pero desconocía el mecanismo que ponía en marcha su nueva capacidad. Desde luego, el fenómeno era fortuito e involuntario. Daniels no ejercía ningún control sobre él; ningún control consciente, al menos. A veces había tratado de utilizarlo, de provocar el cambio geológico... y siempre había fracasado. O no sabía manejarlo adecuadamente, o era realmente fortuito.

Confiaba en que hoy su capacidad no ejercitaría su opción, ya que deseaba andar por las colinas que habían asumido uno de sus aspectos más atractivos, llenas de suave melancolía, con todas sus asperezas suavizadas por lo agrisado de la atmósfera, con los árboles erguidos silenciosamente como viejos y pacientes amigos esperando su llegada, con las hojas muertas apagando el rumor de las pisadas...

Descendió a la hondonada y se sentó sobre un tronco caído al lado de un arroyo cantarín. Allí, en mayo, habían florecido las caléndulas, y las laderas de las colinas habían estado cubiertas de tréboles dorados. Pero ahora habían desaparecido. El invierno estaba muy próximo.

En este lugar, pensó Daniels, un hombre andaba con los fantasmas de una estación. Así había ocurrido durante un millón de años, o más, aunque no siempre. Durante muchos millones de años, aquellas colinas y todo el mundo habían gozado de un verano perpetuo. Y quizás diez mil años antes, una pared de hielo de una milla de altura había llegado muy cerca, lo bastante cerca quizás como para poder ser vista desde el lugar en que ahora se levantaba la casa de Daniels; pero incluso entonces, aunque la temperatura fuese más baja, se habían sucedido las estaciones.

Poniéndose en pie, Daniels reanudó su descenso, siguiendo el angosto sendero practicado por las vacas en una época en que abundaban en la región. Daniels se maravilló, como se maravillaba siempre que pisaba uno de aquellos senderos, del sentido de la ingeniería que revelan las vacas al escoger un terreno sobre el cual abrirán un camino.

Se detuvo un poco más allá del enorme chaparro blanco que se erguía en un recodo del camino, para echar una mirada a la capuchina gigante que había venido observando a través de los años. Su caperuza verde-púrpura había emblanquecido por completo, dejando únicamente el racimo de frutos escarlata que en los duros meses que se avecinaban servirían de alimento a los pájaros.

A medida que el sendero se prolongaba, se hundía más profundamente entre las colinas, y aquí el silencio se hacía más intenso y las sombras grises se espesaban hasta convertir el lugar en un mundo casi cerrado.

Allí, al otro lado del lecho del arroyo, estaba la caverna. Su buche amarillo se abría debajo de un retorcido cedro. Allí, en primavera, él había contemplado los juegos de las crías de zorro. Desde muy lejos llegaba el graznido de los patos en la hondonada del río. Y en la empinada ladera de la colina se abría la Cat Den Point, la caverna labrada por la lenta acción del viento y del tiempo en la roca del acantilado.

Pero algo era anormal.

De pie sobre el sendero y mirando hacia la colina, Daniels captó la anormalidad,

aunque al principio no supo exactamente en qué consistía. La fachada del acantilado era visible ahora, y faltaba algo en ella. Súbitamente, Daniels se dio cuenta de que el árbol ya no estaba allí: el árbol que durante años habían utilizado los gatos monteses para trepar hasta la cueva después de una noche de merodeo, y que más tarde habían aprovechado los humanos que, como él mismo, querían asomarse a la guarida del gato montes. Los animales, desde luego, ya no estaban allí: hacía muchos años que no estaban allí. En la época de la colonización habían sido cazados hasta casi el exterminio, debido a que en ocasiones exhibieron la mala costumbre de devorar una oveja. Pero la evidencia de que habían ocupado la cueva podía ser encontrada aún por cualquiera que se tomara el trabajo de echar una mirada a ella. Cerca de la entrada, huesos y cráneos de pequeños mamíferos daban fe del alimento que los gatos monteses habían procurado a sus crías.

El árbol era viejo y retorcido y había permanecido allí, quizás, por espacio de varios siglos, sin que a nadie pudiera ocurrírsele cortarlo, ya que no tenía ningún valor como madera, retorcido como estaba. Y en cualquier caso hubiese resultado imposible sacarlo de allí. Sin embargo, la noche anterior, cuando se había asomado al porche, a Daniels le había parecido oír, mezclado con el aullido del viento, el sonido de un hacha contra la madera... y hoy el árbol había desaparecido.

Sin dar crédito a sus ojos, trepó por la ladera tan aprisa como pudo. En algunos lugares, la ladera era tan empinada que formaba un ángulo de casi cuarenta y cinco grados, y Daniels tenía que avanzar sobre sus manos y rodillas, poseído por un ilógico temor de que en todo aquello hubiera algo más que la simple desaparición de un árbol.

Ya que era en la cueva del gato montes donde podía oírse al ser enterrado en la piedra.

Podía recordar la primera vez que había oído al ser, y aquel día no había dado crédito a sus sentidos. Ya que había estado seguro de que el sonido procedía de su propia imaginación, había nacido de sus paseos con los dinosaurios y su escuchar a las estrellas. No había sucedido la primera vez que trepó al árbol para alcanzar la cueva-que-era-una-guarida. Antes estuvo allí varias veces, encontrando una perversa satisfacción al descubrir tan inesperado refugio. Se sentaría en el borde rocoso que discurría por delante de la cueva, contemplando la capa de follaje que cubría la ladera de la colina, permitiendo divisar el remanso que formaba el río en la parte llana de la hondonada. El río no era visible desde allí: para verlo, había que subir a una altura superior.

A Daniels le gustaban la cueva y el borde rocoso porque le proporcionaban aislamiento, un lugar apartado del mundo, donde él podía contemplar una diminuta parcela de aquel mismo mundo pero nadie podía verle a él. Esta sensación de apartamiento del mundo había atraído a los gatos monteses, se dijo Daniels a sí mismo. Y aquí, para ellos, no sólo había aislamiento, sino también seguridad. Y especialmente seguridad para sus crías. El único modo de llegar a la cueva era

trepando por el árbol.

Daniels había oído al ser por primera vez cuando se había arrastrado hasta la parte más profunda de la cueva para maravillarse ante los pequeños montones de huesos y los roídos cráneos que sirvieron de festín a las crías de gato montes, tal vez un siglo antes. Acucillándose donde en otro tiempo se habían acucillado los gatitos monteses, había notado que la presencia ascendía hasta él desde la profundidad rocosa, muy por debajo del lugar donde se encontraba. Sólo la presencia, al principio, sólo el conocimiento de que allá abajo había algo. Al principio se había mostrado escéptico; más tarde llegó a creer; y con el tiempo, la creencia se había convertido en absoluta certeza.

No podía recordar ninguna palabra, desde luego, ya que nunca había oído ningún sonido real. Pero la inteligencia y el conocimiento llegaron deslizándose a través de su cuerpo, a través de sus dedos posados sobre el suelo de roca de la cueva, a través de sus rodillas, que también se apretaban contra la roca. Lo absorbió sin oír, y cuanto más absorbía más convencido estaba de que en las profundidades de la piedra caliza, enterrada en una de las capas, estaba atrapada una inteligencia. Y finalmente llegó el momento en que pudo captar fragmentos de pensamientos: algo vivo y sensible enquistado en la roca.

Al oírlo, no comprendió nada. Aquella misma falta de comprensión resultaba significativa. De haber comprendido, podría haber atribuido su descubrimiento a su imaginación. Tal como habían sucedido las cosas, Daniels no poseía ningún conocimiento que pudiera haber servido de trampolín para imaginar todo aquello. Tenía conciencia de unas enmarañadas relaciones vitales que carecían de sentido, que no podían ser comprendidas, pero que yacían en diminutos y complicados fragmentos de afrentosa (aunque sencilla) información que ninguna mente humana podía aceptar del todo. Y Daniels llegó a conocer la vacía concavidad de distancias tan vastas que la mente ni siquiera se atrevía a imaginar, y el desnudo vacío en el cual debían extenderse aquellas distancias. Ni siquiera cuando escuchaba a las estrellas había experimentado tales devastadores conceptos del otro-donde-y-cuando. Había otra información, retazos y fragmentos que Daniels intuía levemente que podían encajar en el conocimiento del género humano. Pero nunca encontró los suficientes para descubrir las ranuras adecuadas para su inserción en la masa del conocimiento del género humano. La mayor parte de lo que captaba estaba, sin embargo, más allá de su capacidad de comprensión, y quizás más allá de la capacidad de comprensión de cualquier humano. Pero, incluso así, su mente lo captaría y lo retendría en toda su incomprensibilidad, para mezclarlo con sus pensamientos humanos.

Ellos —o ello— no trataban de hablar con él, Daniels lo sabía. Indudablemente, ellos —o ello— ignoraban que existiera una cosa llamada hombre. Pero si el ser —o los seres: a Daniels le resultaba más fácil utilizar el singular— estaba pensando, sencillamente, o hablaba consigo mismo en su soledad... o trataba de comunicarse con alguien que no era Daniels, era algo que él no podía determinar.

Pensando en ello, sentado en el borde rocoso delante de la cueva, había tratado de hacer lógico su hallazgo, de descubrir un modo de explicar la presencia del ser. Y aunque no podía estar seguro de ello —en realidad, no disponía de ningún dato en apoyo de su creencia—, llegó a pensar que en una remota era geológica, cuando sobre aquella región se extendía un mar poco profundo, una nave procedente del espacio había caído en el mar para quedar profundamente enterrada en el fango que los milenios posteriores habían endurecido hasta convertirlo en piedra caliza. De modo que la nave había quedado atrapada y continuaba allí. Se daba cuenta de los fallos que tenía su razonamiento: entre otras cosas, la presión necesaria para el endurecimiento de la piedra habría sido tan grande como para aplastar cualquier nave, a menos de que estuviera construida con algún material fuera del alcance de la tecnología del hombre.

¿Un accidente, se preguntaba, o un modo de ocultarse? ¿Atrapado, o un plan premeditado? Daniels no disponía de ningún medio para averiguarlo, y todas las especulaciones resultaban absurdas, ya que tenían que apoyarse en suposiciones desprovistas de toda base.

Subiendo a gatas por la ladera de la colina, llegó finalmente al punto desde el cual pudo ver que, efectivamente, el árbol había sido cortado. Había caído ladera abajo por espacio de unos treinta pies, hasta que sus ramas se engancharon con los troncos de otros árboles. El tocón, con su madera blanca brillando en la atmósfera grisácea, revelaba que había sido atacado con un hacha, para rematar la tarea con una sierra. Junto al tocón veíanse unos montoncitos de serrín parduzco. Una sierra manejada por dos hombres, pensó Daniels.

Desde donde se encontraba, la colina descendía en un brusco ángulo, pero delante de él, al otro lado del tocón, había un curioso montículo que destacaba en la lisa ladera. En una época remota, probablemente, grandes masas de piedra se habían desprendido de la fachada del acantilado para amontonarse en su base y quedar tapadas con el paso del tiempo por la maleza del bosque. En la cima del montículo crecían unos abedules: sus blanquecinos troncos semejaban fantasmas junto a lo oscuro de los otros árboles.

Cortar el árbol, volvió a decirse Daniels a sí mismo, había sido algo inútil y absurdo. El árbol no tenía ningún valor especial y sólo servía como camino para llegar a la cueva. ¿Sabría alguien, se preguntó, que él lo utilizaba para alcanzar la cueva y lo habría cortado maliciosamente? ¿O habría alguien, quizás, ocultado algo en la cueva y había cortado el árbol para que nadie pudiese llegar hasta ella?

Pero, ¿quién podía tenerle tanta antipatía como para salir de noche, en medio de un furioso viento, trabajando a la luz de una linterna, arriesgando su vida, para cortar el árbol? ¿Ben Adams? Ben estaba resentido porque Daniels no le permitía cazar en sus tierras, pero esto no era motivo suficiente para que se hubiera tomado tantas molestias.

La otra alternativa —la de que algo oculto en la cueva hubiese provocado la

destrucción del árbol— parecía más probable, aunque el hecho mismo de cortar el árbol había de servir para llamar la atención sobre el lugar.

Daniels sacudió la cabeza, intrigado. Luego se le ocurrió un medio para encontrar algunas respuestas. El día era joven aún y él no tenía otra cosa que hacer.

Empezó a trepar por la colina, dirigiéndose hacia su granero para recoger un trozo de cuerda.

IV

En la cueva no había nada. Estaba exactamente igual que estaba antes. Unas cuantas hojas secas se habían amontonado en los rincones más alejados. Trozos de piedra blanquecina se habían desprendido del techo rocoso, diminutas evidencias del inacabable proceso de erosión que había formado la cueva y que terminaría con ella en unos cuantos miles de años.

De pie sobre el estrecho borde delante de la cueva, Daniels tendió su mirada a través del valle y quedó sorprendido por el cambio que había experimentado el paisaje por el simple hecho de que hubieran cortado el árbol. Los ángulos de visión parecían algo distintos, y la propia ladera de la colina parecía haber cambiado. Intrigado, Daniels prolongó su contemplación hasta convencerse de que lo único que había cambiado era su modo de verlo todo. Estaba viendo árboles y contornos que hasta entonces le había ocultado el árbol.

Su cuerda colgaba del saliente de roca que formaba el techo de la cueva. Oscilaba suavemente a impulsos del viento y, al contemplarla, Daniels recordó que a primeras horas del día no soplaba la más leve brisa. Pero ahora llegaba con fuerza de poniente. Debajo de él, las copas de los árboles oscilaban también.

Daniels se volvió hacia el oeste y notó el viento en la cara y un leve escalofrío. El fresco hálito le molestó ligeramente, despertando en él una atávica sensación que se remontaba a la época en que unas pandillas vagabundas de protohombres desnudos se habían vuelto, como él se volvía ahora, para olfatear el tiempo probable. El viento podía significar que iba a producirse un cambio de tiempo, y tal vez lo más sensato sería trepar por la cuerda y regresar a su casa.

Pero, como le había ocurrido a menudo, no se decidía a marcharse. Ya que aquí tenía una especie de refugio que le aislaba del mundo, componiendo otro pequeño mundo de un tipo muy distinto: más primario, más básico y menos complicado que el que Daniels había abandonado.

Una bandada de patos silvestres remontó el vuelo desde el remanso del río, planeó por encima de las copas de los árboles, graznando desafortunadamente y luego, terminado el vuelo de inspección, emprendió el regreso hacia el río. Daniels contempló a las aves hasta que desaparecieron detrás de los árboles que bordeaban el invisible río.

Había llegado el momento de marcharse. Era inútil esperar más. Y lo que había hecho era algo absurdo; se había equivocado al suponer que podía haber algo oculto en la cueva.

Se volvió hacia la cuerda... y la cuerda había desaparecido.

Durante unos instantes se quedó contemplando estúpidamente el lugar del cual había colgado la cuerda, oscilando en la brisa. Luego buscó alguna señal de ella, aunque la zona a inspeccionar era muy reducida. Probablemente la cuerda se había

deslizado a lo largo del borde del saliente rocoso, aunque parecía increíble que pudiera haberse deslizado hasta el punto de desaparecer de la vista.

La cuerda era nueva, fuerte, y Daniels la había atado concienzudamente a un roble que crecía en una pequeña meseta encima de la cueva, anudándola a conciencia alrededor del tronco hasta convencerse de que no se soltaría.

Y, ahora, la cuerda había desaparecido. Esto significaba la intervención de una mano humana. Alguien había llegado hasta allí, había visto la cuerda y había tirado de ella, y ahora estaba agachado en la pequeña meseta encima de él, esperando la explosión de su miedo cuando se encontrara sin ningún medio para salir de allí. Era la clase de broma que para cualquier miembro de la comunidad significaría el no va más del humor. Lo que tenía que hacer, desde luego, era no prestar ninguna atención, permanecer quieto y esperar hasta que el bromista se cansara del juego.

De modo que se sentó en el borde rocoso y esperó. Diez minutos, se dijo a sí mismo, quince como máximo, agotarían la paciencia del bromista. Luego, la cuerda volvería a descender y él treparía y regresaría a la casa. Según quien resultara ser el bromista, Daniels le invitaría a beber un trago en su casa y los dos, sentados en la cocina, se reirían juntos del lance.

Descubrió que estaba encogiendo sus hombros contra el viento, el cual era mucho más intenso que antes. Además, el viento viraba del oeste al norte, lo cual era un mal síntoma.

Sentado en el borde rocoso, observó las gotas de humedad que se habían reunido sobre la manga de su chaqueta; no se trataba de gotas de lluvia, exactamente, sino de la niebla transportada por el viento. Si la temperatura descendía un poco, el tiempo podía ponerse fastidioso.

Esperó, en silencio, tendiendo el oído hacia un posible sonido —un rumor de pies sobre hojas secas, el chasquido de una ramita al romperse— que denunciara la presencia de alguien arriba. Pero no oyó nada. Incluso las ramas de los árboles por debajo de la cueva, oscilando al viento, se movían sin sus habituales crujidos y gemidos.

Había transcurrido un cuarto de hora sin que Daniels captara ningún sonido. El viento soplaba ahora con más fuerza, y cuando Daniels volvió la cabeza a un lado para mirar hacia arriba notó el blando latigazo de la niebla húmeda contra su mejilla.

No pudo mantenerse en silencio por más tiempo con la esperanza de agotar la paciencia del bromista. Se sintió invadido por una repentina ola de pánico y gritó:

—¡Eh! ¡El de arriba...!

Esperó y no hubo respuesta.

Volvió a gritar, esta vez con más fuerza.

Normalmente, la pared del acantilado habría devuelto el eco de sus llamadas. Pero ahora no resonó ningún eco y sus gritos quedaron como amortiguados por el vapor que formaba la niebla.

Gritó de nuevo y el mundo neblinoso cogió su voz y se la tragó.

Se oyó un sonido sibilante. Daniels vio que era causado por diminutas perlas de hielo que goteaban a través de las ramas de los árboles. En un abrir y cerrar de ojos, la niebla se había convertido en hielo.

Recorrió el borde rocoso de un extremo a otro, unos veinte pies de longitud, buscando algún medio de escapar. Pero el borde estaba cortado a pico. Había que salir por arriba. Daniels se hallaba atrapado.

Entró en la cueva y se acuclilló. Aquí estaba protegido del viento y experimentaba, incluso a través de su creciente pánico, cierta sensación de comodidad. En la cueva no hacía frío. Pero la temperatura estaba descendiendo con evidente rapidez, como lo demostraba el hecho de que la niebla se convirtiera en hielo. Daniels llevaba una chaqueta ligera y no podía encender fuego. No fumaba y nunca llevaba cerillas.

Por primera vez se enfrentó con la gravedad de su situación. Podían pasar varios días antes de que alguien le echara de menos. Recibía pocas visitas, y nadie le había prestado demasiada atención. Y aún en el caso de que alguien notara su ausencia y salieran en su busca, ¿qué posibilidades existían para que le encontraran? ¿A quién se le ocurriría mirar en aquella cueva oculta? ¿Cuánto tiempo, se preguntó, podía sobrevivir un hombre al frío y al hambre?

Si no conseguía salir de aquí, y pronto, ¿qué pasaría con su ganado? Las vacas regresarían a la casa desde los pastos, buscando refugio contra la tormenta, y no habría nadie para abrirles el establo. Si no eran ordeñadas durante un par de días, se verían atormentadas por la hinchazón de las ubres. Los cerdos y las gallinas se quedarían sin comer. Un hombre, pensó, no tenía derecho a exponerse a lo que él se había expuesto cuando tantos seres vivientes dependían de él.

Se adentró un poco más en la cueva, arrastrándose sobre el vientre, hasta pegar su oído a la roca del fondo.

El ser todavía estaba allí: desde luego, todavía estaba allí. Atrapado de un modo más definitivo que él mismo, sujeto quizás por varios centenares de pies de sólida roca, acumulados lentamente a través de muchos millones de años.

El ser estaba recordando otra vez. En su mente había otro lugar y, mientras una parte de aquella corriente de recuerdos aparecía muy borrosa, el resto era asombrosamente claro. Una gran llanura de roca oscura, una gran losa extendiéndose hacia un lejano horizonte, y encima de aquel lejano horizonte un sol rojizo en ascenso, y recortándose contra la gran bola roja del sol un asomo de estructura: una irregularidad del horizonte que sugería un lugar. Un castillo, quizás, o una ciudad o una escarpada vivienda... Resultaba difícil saber lo que era e incluso estar absolutamente seguro de que era algo concreto.

¿El hogar? Aquella negra extensión de roca, ¿era el espaciopuerto del antiguo planeta natal? ¿O podía ser únicamente un lugar que el ser había visitado antes de llegar a la Tierra? Un lugar tan fantástico, quizás, que persistía en la mente.

Otras cosas se le clavaban en el recuerdo, símbolos sensoriales que podían

haberse aplicado a personalidades, formas de vida, olores, sabores. Aunque podía equivocarse al atribuir al ser atrapado percepciones sensoriales humanas, aquellas percepciones eran las únicas que Daniels conocía.

Y ahora, escuchando el recuerdo de aquella llana extensión de roca negra e imaginando el sol en ascenso que recortaba la estructura en el lejano horizonte, Daniels hizo algo que hasta entonces nunca había intentado. Trató de hablarle al ser enterrado, trató de hacerle saber que alguien estaba escuchando y había oído, que no estaba tan solitario y tan aislado como podía haber pensado.

No habló con su lengua: hubiese sido absurdo hacerlo. El sonido no traspasaría nunca aquellos numerosos pies de piedra. Habló con su mente.

Hola —dijo—. Te habla un amigo. Te he estado escuchando durante muy largo tiempo y espero que puedas oírme. En caso afirmativo, permíteme que hablemos. Deja que trate de hacerte comprender algo acerca de mí mismo y del mundo en que vivo, y háblame tú de ti mismo y del mundo en que vivías, y de cómo llegaste al lugar en que te encuentras, y dime si hay algo que pueda hacer por ti, si puedo prestarte alguna ayuda.

Se limitó a decir esto. Después de hablar, continuó tendido con el oído pegado al duro suelo de piedra, escuchando para descubrir si el ser podía haberle oído. Pero, aparentemente, el ser no le había oído o, habiéndole oído, le ignoraba como a algo que no merecía su atención. Continuó pensando en el lugar donde el sol rojizo se alzaba por encima del horizonte.

Daniels se dijo que había sido una locura, y tal vez una presunción, tratar de hablar con el ser. Hasta entonces, nunca lo había intentado; se había limitado a escuchar. Tampoco había intentado nunca hablar con aquellos otros que conversaban entre las estrellas: también entonces se había limitado a escuchar.

¿Qué nueva dimensión se había añadido a su personalidad, se pregunto, que le permitiera tratar de comunicar con el ser? ¿Existía la posibilidad de que le hubiese impulsado el hecho de que estaba a punto de morir?

El ser enterrado en la piedra podía no estar sometido a la muerte: podía ser inmortal.

Daniels volvió a arrastrarse lentamente hacia la entrada de la cueva.

El tiempo había empeorado. El hielo se mezclaba ahora con nieve y la temperatura había descendido notablemente. El borde rocoso, delante de la cueva, estaba cubierto por una película de resbaladizo hielo. Si un hombre trataba de andar por encima de él, lo más probable sería que se deslizara al encuentro de la muerte.

El viento soplaba con más fuerza. Las ramas de los árboles se agitaban y una nube de hojas volaba por encima de la ladera de la colina, mezclada con la nieve y el hielo.

Desde el lugar donde permanecía agachado, Daniels podía ver las ramas más altas de los abedules que crecían encima del montículo, un poco más allá del espacio en que se había alzado el árbol de la cueva. Y le pareció que aquellas ramas se agitaban

con una violencia muy superior a la que cabía atribuir al impulso del viento. Oscilaban salvajemente de un lado a otro y, mientras Daniels las contemplaba, parecieron erguirse todavía más en el aire, como si los árboles, en su agonía, levantaran sus ramas muy por encima de sus cabezas suplicando misericordia.

Daniels se arrastró hacia adelante sobre sus manos y rodillas y asomó la cabeza por encima del borde rocoso para observar la base del acantilado.

No sólo las ramas superiores del grupo de abedules sino todos los árboles parecían estar en movimiento, agitándose violentamente como si una mano invisible tratara de arrancarlos del suelo. Pero, mientras pensaba esto, Daniels vio que el propio suelo se agitaba con la misma violencia. El suelo se movía, y los árboles se movían con él. Una lluvia de grava y otros restos descendía por la ladera, provocada por el temblor del suelo. Un peñasco se desprendió y rodó hacia abajo, aplastando los arbustos y dejando espantosas cicatrices.

Daniels contemplaba el espectáculo con horrorizada fascinación.

¿Estaba presenciando, se preguntó, algún proceso geológico milagrosamente acelerado? Trató de definir exactamente qué clase de proceso podía ser. Conocía uno que parecía encajar. El montículo seguía moviéndose hacia arriba, como si se abriera haciendo presión desde su centro. Una riada de despojos sueltos se arrastraba ahora ladera abajo, dejando un sendero parduzco en la blancura de la nieve caída. El grupo de abedules se elevó todavía más en el aire y luego los árboles rodaron por la ladera, en tanto que del lugar que habían ocupado emergía una forma.

No una forma sólida, sino una especie de niebla, como si alguien la hubiese moldeado con polvo de estrellas. Una forma indefinida, cambiante, aunque sin perder del todo los contornos que le habían sido dados inicialmente. Tenía el aspecto que podría tener un conglomerado suelto de átomos, si los átomos pudieran verse. Brillaba levemente en la atmósfera gris, y a pesar de su aparente insustancialidad tenía alguna fuerza, ya que continuó empujándose a sí misma fuera del desgarrado montículo hasta que finalmente quedó libre.

A continuación, avanzó hacia el borde rocoso.

Extrañamente, Daniels no experimentó el menor temor, sólo una enorme curiosidad. Trató de identificar a la forma, pero no pudo conseguirlo.

Al acercarse la forma, Daniels retrocedió y se acuclilló dentro de la cueva. La forma se paró sobre el borde rocoso... flotando encima de él.

Has hablado, le dijo la forma a Daniels.

No era una pregunta, ni tampoco una afirmación, en realidad, y la forma no hablaba, de hecho. Sonaba exactamente como la charla que Daniels había oído cuando escuchaba a las estrellas.

Has hablado, dijo la forma, como si fueras un amigo (aunque la palabra no fue amigo sino algo distinto, algo cálido y amable). Has ofrecido ayuda. ¿Existe alguna ayuda que puedas dar?

Aquella pregunta, al menos, era bastante clara.

—No lo sé —dijo Daniels—. Es decir, no en este momento. Pero, dentro de un centenar de años, quizás... ¿Me oyes? ¿Sabes lo que estoy diciendo?

Dices que puede haber ayuda, dijo el ser, pero sólo con el tiempo. Por favor, ¿cuánto tiempo?

—Un centenar de años —dijo Daniels—. Cuando el planeta haya girado alrededor de la estrella cien veces.

¿Un centenar?, preguntó el ser.

Daniels extendió los dedos de las dos manos.

—¿Puedes ver mis dedos? ¿Los apéndices en los extremos de mis brazos?

¿Ver?, preguntó el ser.

—Captarlos. Contarlos.

Sí, puedo contarlos.

—Son diez —dijo Daniels—. Diez veces estos dedos son un centenar.

No es un gran espacio de tiempo, dijo el ser. ¿Qué clase de ayuda habrá entonces?

—¿Conoces la genética? Cómo un ser llega a la vida, cómo sabe qué clase de cosa será, cómo crece, cómo sabe crecer y desarrollarse... Los aminoácidos que forman los ácidos ribonucleicos y proporcionan la clave del tipo de células que desarrollan y de cuáles son sus funciones.

No conozco vuestros términos, dijo el ser, pero comprendo. ¿De modo que tú sabes eso? Entonces, no eres un ser salvaje, como la otra vida que se limita a brotar del suelo, y las otras que excavan el suelo y trepan por las formas de vida que brotan del suelo y corren a lo largo del suelo.

No se expresó así, desde luego. Las palabras estaban allí —o significados que producían el efecto de palabras—, pero allí había imágenes de árboles, de animales que excavaban madrigueras, de ardillas, de conejos, de la acechante marmota y de la veloz zorra.

—No exactamente yo —dijo Daniels—, sino otros de mi especie. Yo sé muy poco de ello. Hay otros que pasan todo su tiempo estudiándolo.

El otro reposó sobre el borde rocoso y no dijo nada más. Más allá de él los árboles se agitaban al viento y la nieve caía en remolinos. Daniels retrocedió un poco más, temblando de frío y preguntándose si lo que estaba sobre el borde rocoso podía ser una alucinación.

Pero, mientras pensaba esto, la cosa empezó a hablar de nuevo, aunque esta vez no parecía dirigirse a Daniels. Más bien hablaba como había hablado el ser enterrado en la piedra, recordando. Comunicando, quizás, algo que no pretendía que se supiera, pero que Daniels no podía evitar oír. La sensibilidad fluía del ser e impactaba su mente, llenando toda su mente, hasta el punto de que parecía que era él y no el otro el que estaba recordando.

Primero había espacio: interminable, ilimitado, tan lejos de todo, tan brutal, tan frígido, tan descuidado que obnubilaba la mente, no tanto por temor o soledad como

por la comprobación de que en aquella eternidad de espacio la cosa que era él mismo resultaba tan insignificante que no era mensurable. Tan lejos del hogar, tan perdido, tan sin dirección... y sin embargo no del todo sin dirección, ya que allí había un rastro, una huella, un conocimiento que no podía ser expresado ni comprendido ni siquiera sospechado en el armazón de humanidad; un rastro, una huella, que mostraba el camino que algún otro había seguido en algún otro tiempo. Y una implacable determinación, una inflexible devoción, una urgencia primaria que le empujaba hacia aquel borroso camino, para seguirlo hasta donde pudiera conducir, incluso hasta el fin del tiempo o del espacio, o de ambos a la vez, sin desmayar ni renunciar hasta que el camino hubiese alcanzado finalmente un término o hubiese sido borrado por los vientos que pudieran soplar a través del espacio vacío.

Había algo aquí, se dijo Daniels, que a pesar de toda su extrañeza no dejaba de resultar familiar, un factor que debería ser traducido en términos humanos para establecer un lazo entre aquella mente extraña que recordaba y su mente humana.

El vacío y el silencio se iban prolongando y no parecían tener fin. Pero Daniels llegó a comprender que tenía que haber un final y que el final estaba aquí, en estas colinas que se erguían sobre el antiguo río. Y después del casi interminable tiempo de oscuridad y de descuido, otro casi interminable tiempo de espera, de haber llegado al final, de haber ido tan lejos como podía irse y luego sentarse a esperar con una paciencia que nunca se agotaría.

Has hablado de ayuda, le dijo el ser. ¿Por qué ayuda? Tú no conoces a este otro. ¿Por qué habrías de querer ayudarlo?

—Está vivo —dijo Daniels—. Está vivo, y yo estoy vivo. ¿No es motivo suficiente?

No lo sé, dijo el ser.

—Yo creo que sí —dijo Daniels.

¿Y cómo podrías ayudar?

—Te he hablado ya de la genética. No sé si podré explicarlo...

He extraído los términos de tu mente, dijo el ser. El código genético.

—¿Sabe el que está debajo de la piedra, el que proteges...?

Nada de proteger, dijo el ser. El que yo espero.

—Tendrás que esperar mucho.

Estoy equipado para esperar. He esperado mucho tiempo. Puedo esperar mucho más.

—Algún día —dijo Daniels—, la piedra se erosionará. Pero tú no necesitas esperar tanto. ¿Conoce este otro ser su código genético?

Lo conoce, dijo el ser. Lo conoce mucho mejor que yo.

—Pero, por completo —insistió Daniels—. Hasta el último eslabón, el ingrediente final, las secuencias de todos los billones de...

Lo conoce, dijo el ser. El primer requisito de toda vida es conocerse a sí misma.

—¿Y podría... querría... estaría dispuesto a darnos esa información, a

proporcionarnos su código genético?

Eres presuntuoso, dijo el ser (aunque la palabra fue más dura que presuntuoso). Ésa es una información que ningún ser da a otro. Es indecente y obsceno (de nuevo, las palabras no fueron exactamente indecente y obsceno). Implica depositar el propio yo en otras manos. Es una rendición definitiva e inútil.

—No es una rendición —dijo Daniels—, sino un modo de escapar de su encierro. Con el tiempo, en el centenar de años de que te he hablado, la gente de mi raza podría utilizar ese código genético y construir otro ser exactamente igual que el primero. Duplicarlo con exacta precisión.

Pero seguiría estando en la piedra.

—Sólo uno de ellos. El original. El original podría esperar la erosión de la roca. Pero el otro, el duplicado, podría cobrar vida de nuevo.

¿Y si el ser enterrado en la piedra no deseaba ser rescatado?, se preguntó Daniels. ¿Y si se había enterrado deliberadamente allí? ¿Si buscaba, simplemente, protección y refugio? Tal vez, si lo deseara, el ser podría salir de donde estaba tan fácilmente como este otro ser —o esta otra cosa— había surgido del montículo.

No, no puede, dijo el ser. Me quedé dormido mientras esperaba, y dormí demasiado tiempo.

Debió tratarse de un largo sueño, se dijo Daniels a sí mismo. Un sueño tan largo que había dado tiempo a que se formara el montículo encima y que en el montículo crecieran unos abedules que habían alcanzado una altura de treinta pies. Existía una diferencia en el valor del tiempo que Daniels no podía comprender.

Pero había captado algo del resto, se dijo a sí mismo: la devota lealtad y la inagotable paciencia del ser que siguió a otro desde muy lejos entre las estrellas. Sabía que estaba en lo cierto, ya que la mente de aquel otro ser, aquel devoto perro estelar erguido sobre el borde rocoso, penetraba en él y se unía a su mente y por un instante las dos mentes, con todas sus diferencias, emergían en una sola mente en un gesto de compañerismo y de básica comprensión, como si por primera vez en lo que debían de haber sido millones de años aquel sabueso procedente del espacio exterior hubiese encontrado un ser capaz de comprenderle.

—Podríamos tratar de horadar la roca —dijo Daniels—. Ya había pensado en ello, desde luego, pero temía que este otro recibiera algún daño. Y resultaría muy difícil convencer a alguien...

No, dijo el ser, horadar la roca no serviría de nada. Hay muchas cosas que no comprendes. Pero el otro propósito tuyo tiene gran mérito. Dices que no posees suficientes conocimientos de genética para actuar ahora mismo. ¿Has hablado de ello a otros de tu especie?

—Le hablé a uno —dijo Daniels— y no quiso escucharme. Creyó que estaba loco. Pero él no era el hombre con el cual debía hablar. Con el tiempo puedo hablar con otros, pero no ahora mismo. Por mucho que lo desee... no puedo. Se reirían de

mí y no podría soportar sus risas. Pero, dentro de un centenar de años, o algo menos, puedo...

Pero tú no existirás un centenar de años, dijo el perro fiel. Perteneces a una especie de vida corta. Lo cual podría explicar nuestro rápido desarrollo. Aquí toda la vida es de corta duración, y esto da a la evolución una posibilidad de construir inteligencias. Cuando llegué aquí, sólo encontré seres desprovistos de inteligencia.

—Tienes razón —dijo Daniels—. No puedo vivir cien años. Incluso desde el principio, no podría vivir un centenar de años, y la mitad de mi vida ha transcurrido ya. Tal vez mucho más de la mitad. Ya que a menos de que logre salir de esta cueva, moriré en unos días.

Alarga la mano, dijo el ser. Alarga la mano y tócame.

Daniels se incorporó lentamente. Alargó la mano hacia el ser... pero no tocó ninguna materia: fue como si moviera la mano a través del aire.

¿Te das cuenta?, dijo el ser. Yo no puedo ayudarte. No existe ningún medio para establecer una interacción entre nuestras energías. Lo siento, amigo (no fue la palabra amigo, exactamente, sino una equivalencia que a Daniels le pareció muy superior a amigo).

—Yo también lo siento —dijo Daniels—. Me gustaría vivir.

El silencio cayó entre ellos, el suave y fecundo silencio de una tarde cargada de nieve con nada más que los árboles, y la roca, y la pequeña vida oculta para compartir el silencio con ellos.

De modo que este encuentro con un ser de otro mundo no serviría para nada, se dijo Daniels a sí mismo. A menos de que pudiera salir de la cueva, sus posibilidades de hacer algo serían completamente nulas. Aunque no acababa de comprender por qué tenía que preocuparse por el rescate del ser atrapado en la piedra... El hecho de que él mismo viviera o muriera debería importarle más que la posibilidad de que su muerte eliminara toda ocasión de ayudar a aquel ser de otro mundo.

—Pero, tiene que servir para algo —le dijo al otro ser—. Ahora que sabes...

Lo que yo sepa, dijo el ser, no tendrá ningún efecto. Hay otros en las estrellas que poseen el conocimiento... pero aún en el caso de que lograra establecer contacto con ellos no me prestarían la menor atención. Mi posición es demasiado humilde para conversar con los importantes. Mi única esperanza sería la gente de tu especie y, si no estoy equivocado, únicamente tú mismo. Ya que intuyo que tú eres el único que realmente comprende. No existe ningún otro de tu raza que pueda tener consciencia de mí.

Daniels asintió. Era absolutamente cierto. No existía ningún otro humano cuyo cerebro se hubiera confundido tan afortunadamente como para adquirir las facultades que él poseía. Era la única esperanza para el ser enterrado en la piedra, e incluso la esperanza que él representaba podía ser muy leve, ya que antes de que resultara eficaz debía encontrar a alguien que le escuchara y le creyera. Y esa creencia debería perdurar a través de los años hasta una época en que la genética estuviera muchísimo

más desarrollada que en la época actual.

Sí consiguieras sobrevivir a esta crisis, dijo el sabueso del espacio exterior, yo podría aportar ciertas energías y técnicas: lo suficiente para que el proyecto pudiera convertirse en realidad. Pero, como puedes ver, no puedo aportar los medios para sobrevivir a esta crisis.

—Es posible que venga alguien —dijo Daniels—. Si gritara de cuando en cuando, podrían oírme...

Empezó a gritar de cuando en cuando y no recibió ninguna respuesta. Sus gritos quedaban ahogados por la tormenta y era más que improbable que, con un tiempo como aquel, alguien se decidiera a salir de su casa. Se estaba más seguro junto al fuego.

El ser continuaba sobre el borde rocoso cuando Daniels se tumbó de espaldas para descansar. El otro, por su parte, pareció enroscarse hasta adquirir la forma de un árbol de Navidad ladeado sobre la nieve.

Daniel se dijo a sí mismo que no debía dormir. Debía cerrar los ojos sólo un momento, para volver a abrirlos inmediatamente. No debía mantenerlos cerrados mucho rato, ya que entonces le vencería el sueño. Debía sacudir los brazos a través de su pecho para calentarse... pero sus brazos pesaban demasiado y no querían moverse.

Al cabo de unos segundos quiso incorporarse, pero su voluntad de luchar era débil y la roca cómoda. Tan cómoda, pensó, que podía permitirse un breve descanso antes de obligarse a sí mismo a incorporarse. Y lo más curioso de todo era que el suelo de la cueva se había convertido en barro y agua, y brillaba el sol, y él se encontraba caliente de nuevo.

Se levantó de un salto y vio que estaba de pie en una amplia extensión de agua no más profunda que sus tobillos, con lino negro debajo de los pies.

Allí no había ninguna cueva y ninguna colina en la cual pudiera estar la cueva. Allí había simplemente aquella vasta sábana de agua y detrás de Daniels, a menos de treinta pies de distancia, la fangosa playa de una isla diminuta: una islita fangosa y rocosa, con manchas de un verde enfermizo pegadas a las rocas.

Daniels sabía que estaba en otro tiempo, pero no en otro lugar. Siempre que se deslizaba a través del tiempo llegaba a descansar exactamente en el mismo sitio sobre la superficie de la tierra que había ocupado cuando se produjo el cambio.

Y allí de pie se preguntó de nuevo, como se había preguntado tantas veces, qué extraño mecanismo actuaba para levantarle corporalmente en el espacio de modo que cuando era transportado a una época distinta a la suya propia no se encontrara enterrado bajo veinte pies de roca o de tierra, o suspendido veinte pies por encima de la superficie.

Aunque ahora no era momento para pensar ni preguntar. Por una rara circunstancia no estaba ya en la cueva, y el sentido común aconsejaba que se alejara del lugar en que se encontraba con la mayor rapidez posible. Ya que si permanecía aquí podía volver inesperadamente a su presente y encontrarse otra vez atrapado en la

cueva.

Avanzó trabajosamente, chapoteando en el fango, encaminándose hacia la playa. Un recorrido difícil, pero Daniels consiguió finalmente ascender por la fangosa orilla. Entonces se sentó en una roca a descansar.

Respiraba con dificultad. Tragó grandes bocanadas de aire y notó que tenía un sabor distinto al del aire normal.

Sentado en la roca, respirando ávidamente, tendió la mirada a través de la extensión de agua que brillaba al alto y cálido sol. Muy lejos, percibió una larga y voluminosa ola y contempló cómo se acercaba. Cuando alcanzó la playa, la ola lamió la pendiente fangosa casi hasta los pies de Daniels. Lejos, sobre la cristalina superficie, se estaba formando otra ola.

La extensión de agua era más vasta de lo que había imaginado al principio. Ésta era también la primera vez en sus viajes a través del pasado que se encontraba en un ambiente acuático. Hasta entonces siempre había surgido en terreno seco cuyos contornos generales habían sido identificados. Y siempre aparecía el río discurriendo entre las colinas.

Aquí, nada era identificable. Éste era un lugar completamente distinto, y no podía haber ninguna duda de que había sido proyectado a una época muy anterior a todas las precedentes: a una época en que la atmósfera tenía mucho menos oxígeno que la que tendría en eones posteriores. Probablemente, pensó, se encontraba muy cerca en el tiempo de aquella línea fronteriza en la que la vida para un ser como él resultaría imposible. Aquí, al parecer, había oxígeno suficiente, aunque un hombre debía llenar sus pulmones con más aire del que normalmente aspiraba. Retrocediendo unos cuantos millones más de años, el volumen de oxígeno podía descender hasta el punto de resultar insuficiente. Retrocediendo un poco más, no habría oxígeno.

Contemplando la playa, vio los pequeños seres que se movían de un lado para otro, buscando refugio entre la espuma, entrando o saliendo de diminutas madrigueras. Daniels inclinó su mano hasta la roca sobre la cual estaba sentado y arrancó un trozo de verde. Se pegó a su carne, manchando la palma de su mano con algo viscoso que producía una sensación de repugnancia y suciedad.

Esto, pues, era la primera vida que moró sobre la tierra: seres que no eran aún del todo animales, pegados todavía al agua, temerosos y mal dotados para alejarse demasiado de aquella madre húmeda y benévola que había nutrido a los primeros seres vivos. Incluso las plantas se pegaban a las proximidades del mar, existiendo, quizás, únicamente sobre superficies rocosas cerca de la playa a fin de que pudieran alcanzarles una rociada ocasional.

Daniels descubrió que ahora no tenía que esforzarse tanto para respirar. El andar a través del fango había sido algo agotador en una atmósfera pobre en oxígeno. El descanso sobre las rocas le había devuelto casi a la normalidad.

Ahora que la sangre había dejado de latir en su cabeza, se dio cuenta del silencio que le rodeaba. Sólo oía un sonido, el suave murmullo del agua sobre la playa

fangosa, un efecto solitario que parecía subrayar más que romper el silencio.

Daniels se dio cuenta de que nunca había oído tan poco sonido. En otros mundos había escuchado, no un ruido, sino muchos, incluso en las épocas más silenciosas. Pero aquí no había nada que pudiera producir un sonido: ni árboles, ni animales, ni insectos, ni pájaros... Sólo el agua discurriendo hasta el lejano horizonte y el brillante sol en el cielo.

Por primera vez en muchos meses conoció de nuevo aquella sensación de desplazamiento, la sensación de encontrarse donde no deseaba y no tenía derecho a estar, un intruso en un mundo que estaba fuera de los límites no sólo para él sino para cualquier cosa más compleja o más sofisticada que los pequeños seres que se movían en la playa.

Sentado bajo el alienígena sol, rodeado por la alienígena agua, contemplando a los pequeños seres que en el transcurso de los eones darían paso a criaturas como él mismo, trató de experimentar algún tipo de cognación hacia ellos. Pero no lo consiguió.

Y, súbitamente, en aquel lugar de un-solo-sonido, nació una vibración leve al principio, aunque clara, y luego más intensa, apretándose contra el agua, resonando en la pequeña isla: un sonido procedente del cielo.

Daniels se puso en pie de un salto, alzó la mirada y la nave estaba allí, descendiendo perpendicularmente hacia él. Pero no una nave de forma sólida; parecía más bien un objeto distorsionado, como si muchos planos de luz (suponiendo que pudieran existir los planos de luz) hubiesen sido unidos al azar.

Su descenso, rápido al principio, fue haciéndose más lento a medida que se acercaba a la isla.

Daniels se encontró a sí mismo agachado, incapaz de apartar los ojos y los sentidos de aquella masa de luz y de estruendo que llegaba del cielo.

El mar, el fango y la roca, incluso a plena luz del sol, centelleaban con el relampagueo producido por el movimiento de los planos de luz. Contemplándolo con los ojos entornados para protegerse del resplandor, Daniels vio que la nave no iba a posarse directamente sobre la isla, como había temido al principio, sino a un centenar de pies, aproximadamente, de la playa.

A unos cincuenta pies por encima del agua la gran nave se detuvo, suspendida en el aire, y un objeto brillante salió de ella. El objeto chocó contra el agua pero no se hundió en ella, yendo a reposar sobre el fondo fangoso y poco profundo del mar, asomando algo menos de la mitad de su volumen sobre la superficie. Era una esfera, un globo resplandeciente contra el cual chocaba el agua, e incluso con el estruendo de la nave latiendo en sus oídos Daniels imaginó que podía oír el agua chocando contra la esfera.

Luego, una voz habló por encima de aquel mundo vacío, por encima de la vibración de la nave. Una voz triste, judicial... aunque no podía ser una voz, ya que cualquier voz hubiese sido demasiado leve para ser oída. Pero las palabras estaban

allí, y no había duda acerca de lo que decían:

Así, de acuerdo con el veredicto y la sentencia, quedas aquí deportado y abandonado sobre este árido planeta, donde es de esperar que encontrarás tiempo y ocasión de meditar sobre tus pecados, y especialmente sobre el pecado de (y aquí siguieron palabras y conceptos que Daniels no pudo entender, oyéndolos solamente como una mancha de sonido. Pero el sonido de ellos, o algo en el sonido de ellos, bastó para convertir su sangre en hielo y al mismo tiempo llenarle de una repugnancia y una aversión como nunca había experimentado). Es lamentable, quizás, que seas inmune a la muerte, ya que por mucho que nos disgustara hacerlo, hubiese sido mejor discontinuarte, con lo cual habríamos servido con más fidelidad a nuestro propósito, que no es otro que el de situarte más allá de toda posibilidad de volver a establecer contacto con cualquier clase de vida. Aquí, en este árido planeta alejado de todas las rutas galácticas, sólo podemos confiar en que nuestro propósito se verá cumplido.

Y te apremiamos a una honda meditación a fin de que, si por una remota casualidad, en alguna época insospechada, te vieras liberado a través de ignorancia o de malicia, sepas conducirte de modo que no encuentres ni merezcas de nuevo tal destino. Y ahora, de acuerdo con nuestra ley, puedes pronunciar las palabras finales que deseas.

La voz cesó y al cabo de unos instantes llegó otra. Y aunque la terminología era algo más complicada de lo que Daniels podía aprehender, no le resultó difícil traducirlo en términos humanos.

Aplicaos el cuento, vino a decir.

La vibración se hizo más profunda y la nave empezó a remontarse. Daniels la contempló hasta que el estruendo se apagó y la nave no fue más que un leve parpadeo en el azul.

Se incorporó, tembloroso y débil. Palpando detrás de él hasta encontrar la roca, volvió a sentarse.

De nuevo, el único sonido fue el murmullo del agua sobre la playa. Daniels no pudo oír, como había imaginado, el agua chocando contra la brillante esfera que se encontraba a un centenar de pies de la playa. El resplandor del sol caía a plomo sobre la esfera, y Daniels descubrió súbitamente que su respiración había vuelto a hacerse dificultosa.

Sin duda, en aquellas aguas poco profundas, junto a la orilla fangosa, yacía el ser enterrado en la piedra. ¿Cómo era posible, pues, que Daniels hubiese sido transportado a través de centenares de millones de años hasta este micro-segundo de tiempo que contenía la respuesta a todas las preguntas que se había formulado acerca de la inteligencia atrapada en la piedra caliza? No podía tratarse de una simple coincidencia... ¿Habría, subconscientemente, adquirido más conocimiento del que suponía a través del ser surgido del montículo? Por un instante, recordó que sus mentes se habían encontrado y entremezclado. ¿Se había producido en aquel momento una transmisión de conocimiento, ignorada, enterrada en algún rincón de sí

mismo? ¿O estaba siendo testigo de la actuación de algún sistema de advertencia psíquico establecido para asustar a cualquier inteligencia futura que pudiera sentirse tentada a liberar a aquel ser abandonado?

Y en cuanto al ser aprisionado en la esfera, ¿podía existir en él alguna bondad oculta, insospechada... ya que se había ganado la devoción y la lealtad del otro ser surgido del montículo, una devoción y una lealtad por encima de la lenta erosión de las eras geológicas? La pregunta sugería otra: ¿Qué eran el bien y el mal? ¿Quién estaba allí para juzgar?

La evidencia del ser surgido del montículo no servía para nada, desde luego. Ningún ser humano era tan completamente depravado como para no poder alimentar la esperanza de encontrar un perro que le siguiera y le protegiera hasta la muerte.

Mayor maravilla era la que había ocurrido dentro de su propio cerebro que podía enviarle de un modo tan preciso al momento de un acontecimiento vital. ¿Qué más podría encontrar que le asombrara y confundiera? ¿Hasta qué punto podría conducirlo en el camino de la definitiva comprensión? ¿Y cuál era el objetivo de toda aquella andadura?

Daniels, sentado sobre la roca, aspiró ávidamente. El mar se extendía llano y encalmado bajo el ardiente sol, sin más movimiento que el de las largas olas que iban a romperse alrededor de la esfera y sobre la playa. Los pequeños seres se movían sobre el fango, y Daniels frotó la palma de su mano contra la pernera de su pantalón, tratando de desprender de ella el viscoso verdor.

Podía dirigirse hacia la esfera posada en el fango, pensó, y observarla más de cerca. Pero, en aquella atmósfera, sería un largo paseo, y Daniels no podía arriesgarse a permanecer cerca de la cueva en aquel lejano futuro cuando regresara a su presente.

Una vez superada la excitación de saber dónde se encontraba, superada también la sensación de desplazamiento, aquella diminuta isla empezaba a resultar un lugar aburrido. Allí no había nada más que el cielo, el mar y la fangosa playa; era lo único que podía contemplarse. Un lugar, pensó Daniels, en el que nunca sucedía nada, en el que nada estaba a punto de suceder después de que la gran nave había desaparecido y el gran acontecimiento había terminado. En el futuro sucederían muchas cosas, desde luego, aunque la inmensa mayoría de ellas resultarían invisibles, por cuanto se desarrollarían en el fondo de aquel mar poco profundo. Los pequeños seres y el viscoso verdor pegado a la roca, pensó Daniels, eran los pioneros de un lejano futuro; pero en su estado actual no ofrecían el menor interés.

Daniels empezó a trazar dibujos en el fango con la punta de un zapato. Pero el fango era tan pegajoso, que no tardó en renunciar también a aquella especie de entretenimiento.

Y súbitamente, en vez de dibujar en el fango, la punta de su zapato escarbaba en unas hojas caídas, rígidas de escarcha y de nieve.

El sol se había puesto y reinaba la oscuridad, excepto en la parte inferior de la colina, donde brillaba algo entre los árboles. Unos remolinos de nieve se estrellaron

contra el rostro de Daniels, el cual se estremeció. Empezó a abotonarse la chaqueta, mientras pensaba que un hombre podía encontrar la muerte al trasladarse con la rapidez con que él acababa de hacerlo desde una atmósfera caliginosa al centro mismo de una tormenta septentrional.

El resplandor amarillo persistía entre los árboles, debajo de él, y pudo oír el sonido de voces humanas. ¿Qué estaba pasando? Daniels sabía con seguridad dónde se encontraba, a cosa de un centenar de pies más arriba del lugar donde empezaba el acantilado; allí no tendría que haber nadie; allí no tendría que brillar una luz.

Inició un lento descenso, y luego se detuvo. No debía bajar, sino dirigirse directamente a su casa. El ganado estaría esperando en el patio del establo, bajo la tormenta, con las pieles cubiertas de hielo y de nieve, añorando el cálido refugio del establo. Los cerdos no habían comido, lo mismo que las gallinas. Un hombre estaba obligado a cuidar de su ganado.

Pero alguien estaba allí, alguien con un farol, casi en el borde del acantilado. A poco que se descuidaran, aquellos estúpidos podían resbalar y precipitarse a un barranco de cien pies de profundidad. Cazadores de mapaches, probablemente, aunque ésta no era una noche apropiada para cazar mapaches, los cuales permanecían ocultos en sus guaridas.

Pero, quienquiera que fuesen, él debía bajar y advertirles.

Estaba a medio camino del farol, que reposaba en el suelo, cuando alguien lo cogió y lo sostuvo en alto, y Daniels vio y reconoció el rostro del hombre que lo sostenía.

Daniels apresuró el paso.

—¡Sheriff! ¿Qué está haciendo aquí?

La pregunta era ociosa, desde luego: lo había sabido desde el momento en que vio la luz.

—¿Quién está ahí? —preguntó a su vez el sheriff, volviéndose rápidamente y haciendo girar el farol de modo que sus rayos se proyectaran en dirección a Daniels—. ¡Daniels! —exclamó—. ¡Gracias a Dios! ¿Dónde se había metido usted?

—Salí a dar un paseo —dijo Daniels sin demasiada convicción.

Sabía que la respuesta no era buena. Pero, ¿cómo podía decirle a alguien que acababa de regresar de un viaje a través del tiempo?

—¡Maldita sea! —gruñó el sheriff, disgustado—. Le hemos estado buscando. Ben Adams se asustó cuando pasó por delante de su casa y vio que no estaba usted allí. Sabe que acostumbra usted a pasear por los bosques y temió que hubiese ocurrido algo. De modo que me llamó por teléfono, y sus muchachos y él empezaron a buscarle. Temíamos que hubiese usted caído o se hubiese herido... Un hombre no debe andar vagando por ahí en medio de una tormenta como ésta.

—¿Dónde está Ben ahora? —preguntó Daniels.

El sheriff señaló hacia la parte inferior de la colina y Daniels vio que dos hombres, probablemente los hijos de Adams, habían atado una cuerda alrededor de

un árbol y que la cuerda se extendía por encima del acantilado.

—Ben ha bajado por la cuerda —dijo el sheriff—. Ha ido a echar una ojeada a la cueva. Dijo que tenía la impresión de que podía estar usted en la cueva.

—Tenía buenos motivos para... —empezó a decir Daniels, pero apenas había empezado a hablar cuando la noche quedó rasgada por un alarido de terror. Un alarido inacabable. El sheriff le tiró el farol a Daniels y echó a correr.

Falta de redaños, pensó Daniels. Un hombre que era lo bastante malvado como para provocar la muerte de otro, dejándole atrapado en una cueva... pero que a la hora de la verdad se volvía atrás, llamando por teléfono al sheriff para tener un testigo de sus buenas intenciones. Un hombre así carecía de redaños.

Los alaridos se habían trocado en gemidos. El sheriff tiró de la cuerda, ayudado por uno de los hijos de Adams. La cabeza y los hombros de un hombre aparecieron en el borde del acantilado; el sheriff tiró de él hasta dejarle en lugar seguro.

Ben Adams se desplomó sin dejar de gemir. El sheriff le agarró por los hombros y le obligó a ponerse en pie.

—¿Qué pasa, Ben?

—Hay algo allí —gritó Adams—. Hay algo en la cueva...

—¿Algo, maldita sea? ¿Qué podría ser? ¿Un gato montes? ¿Una pantera?

—No he llegado a verlo. Sólo sabía que estaba allí. Lo sabía... Estaba agachado al fondo de la cueva.

—¿Cómo podía haber algo allí? Alguien cortó el árbol. Era imposible llegar a la cueva.

—No lo sé —gimió Adams—. Podía encontrarse allí cuando cortaron el árbol. Podía haber quedado atrapado allí...

Uno de los hijos sostenía a Ben, y el sheriff se alejó. El otro hijo estaba enrollando la cuerda.

—Otra cosa —dijo el sheriff, volviéndose—. ¿Cómo se le ocurrió pensar que Daniels podía estar en la cueva? Si el árbol fue cortado, no pudo haber trepado por el árbol. Y no pudo haber utilizado una cuerda como ha hecho usted, ya que allí no había ninguna cuerda. Si él hubiese utilizado una cuerda, aún estaría allí. Que me aspen si entiendo lo que pasa. Usted baja a la cueva, y Daniels aparece paseando entre los árboles... Me gustaría que alguien me aclarase todo esto.

Adams, que había echado a andar, vio a Daniels por primera vez y se paró en seco.

—¿De dónde sale usted? —inquirió—. Hemos estado buscándole como locos, y usted...

—¡Oh! Vámonos de una vez a casa —dijo el sheriff, en tono de disgusto—. En todo esto hay algo que huele mal... Me va a costar un poco entenderlo.

Daniels alargó la mano hacia el hijo que había terminado de enrollar la cuerda.

—Esa cuerda es mía —dijo.

Sin protestar, cogido por sorpresa, el muchacho le entregó la cuerda.

—Iremos por el atajo del bosque —dijo Ben—. Así llegaremos antes a casa.

—Buenas noches —dijo el sheriff.

Lentamente, el sheriff y Daniels treparon por la colina.

—Daniels —dijo el sheriff—, usted no ha salido a pasear con esta tormenta. Si lo hubiera hecho, ahora estaría empapado. Y por su aspecto, diríase que acaba de salir de una casa.

—Tal vez no estuve paseando, exactamente.

—¿Le importaría decirme dónde ha estado? —inquirió el sheriff—. Tal vez no sea demasiado estricto en el cumplimiento de mis obligaciones, pero no me gusta que me tomen el pelo.

—No puedo decírselo, sheriff. Lo siento.

—De acuerdo. ¿Qué me dice de la cuerda?

—Es mía —dijo Daniels—. La perdí esta tarde.

—Y supongo que tampoco puede decirme qué pasó con ella...

—No, creo que no.

—¿Sabe una cosa? —dijo el sheriff—. He tenido muchas dificultades con Ben Adams a través de los años. Me desagrada la idea de que voy a tener también dificultades con usted.

Llegaron a la cima de la colina y se encaminaron hacia la casa. El automóvil del sheriff estaba aparcado en el camino.

—¿Quiere usted entrar un momento? —inquirió Daniels—. Encontraré algo para beber.

El sheriff sacudió la cabeza.

—En otro momento —dijo—. Tal vez pronto. ¿Cree usted que había algo en aquella cueva? ¿O fue sólo producto de la imaginación de Ben?

—Tal vez no había nada —dijo Daniels—. Pero si Ben pensó que había algo, ¿qué diferencia hay? El pensarlo podía ser tan real como si allí hubiese algo. Todos nosotros, sheriff, andamos con cosas a nuestro lado que nadie más puede ver.

El sheriff le dirigió una rápida mirada.

—¿Qué pasa con usted, Daniels? —preguntó—. ¿Qué es lo que anda a su lado o pegado a sus talones? ¿Por qué se enterró en este lugar olvidado de Dios? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

No esperó una respuesta. Subió a su automóvil, lo puso en marcha y se alejó por la carretera.

Daniels permaneció en pie bajo la tormenta contemplando las parpadeantes luces traseras del coche que se alejaba en medio de los remolinos de nieve. Sacudió la cabeza, asombrado. El sheriff había formulado una pregunta y luego no había esperado la respuesta. Tal vez porque era una pregunta cuya respuesta no deseaba conocer.

Daniels dio media vuelta y se encaminó hacia su casa por el sendero crujiente de nieve. Quería comer un bocado y beber un poco de café... pero antes tenía que

cumplir con sus obligaciones. Ordeñar las vacas y dar de comer a los cerdos. Las gallinas esperarían hasta mañana: era demasiado tarde para dar de comer a las gallinas. Las vacas estarían esperando en la puerta del establo. Llevaban mucho tiempo allí, y no era justo hacerlas esperar más.

Abrió la puerta y entró en la cocina.

Alguien le estaba esperando. Sentado sobre la mesa o flotando tan cerca de la superficie de madera que parecía estar sentado. El fuego de la estufa se había apagado y la habitación estaba a oscuras, pero el ser resplandecía.

¿Has visto?, preguntó el ser.

—Sí —dijo Daniels—. He visto y he oído. No sé qué hacer. ¿Qué es lo correcto y lo erróneo? ¿Quién sabe lo que es correcto y lo que es erróneo?

Tú, no, dijo el ser. Y yo tampoco. Yo sólo puedo esperar. Yo sólo puedo conservar la fe.

Quizás entre las estrellas, pensó Daniels, se encontraban los que sabían. Quizás escuchando a las estrellas, quizá tratando de terciar en sus conversaciones y formulando preguntas, podría obtener una respuesta. Desde luego, tenía que existir una ética universal. Una lista, quizás, de Mandamientos Universales. Tal vez no fueran diez. Tal vez sólo dos o tres... pero cualquier número podía ser suficiente.

—No puedo quedarme a hablar contigo —dijo—. He de cuidar de mis animales. Puedes quedarte por aquí y más tarde hablaremos.

Buscó a tientas el farol sobre el banco adosado a la pared, encontró las cerillas en la repisa. Encendió el farol, y su débil llama puso una mancha de luz en la oscuridad de la habitación.

¿Tienes que cuidar de otros?, preguntó el ser. ¿Otros que no son como tú? ¿Otros que confían en ti, sin poseer tu inteligencia?

—Supongo que podría expresarse en esos términos —dijo Daniels—. Aunque nunca había oído expresarlo así.

¿Puedo ir contigo?, preguntó el ser. Acaba de ocurrírseme que, en muchos aspectos, tú y yo somos muy parecidos.

—Mucho —dijo Daniels, sin terminar la frase.

No un sabueso, se dijo a sí mismo. No el perro fiel. Sino el pastor. ¿Era posible? No el amo, sino la oveja perdida...

Alargó una mano hacia el ser en un gesto de comprensión, y luego la echó atrás, recordando que no había nada que él pudiera tocar.

Levantó el farol y se volvió hacia la puerta.

—Vamos —dijo.

Juntos, se encaminaron a través de la tormenta hacia el establo y las vacas que esperaban.

Nadie vive en la Burton Street

Gregory Benford

Greg Benford llamó la atención y se ganó numerosos elogios con uno de sus primeros relatos, Más profundo que la oscuridad, el cual utilizó como base de una novela del mismo título, publicada el año pasado por Ace Books. Aquí nos ofrece una breve y vigorosa viñeta de nuestro posible futuro.

Estaba de pie junto a uno de nuestros puestos de mando provisionales, escarbándome los dientes después de desayunar y hablando con Joe Murphy cuando nos llegó el primer parte de Disturbios Domésticos.

Hacía un mes que la primavera había perdido su floración y ahora era verano: cálido, pegajoso, la clase de tiempo que le deja a uno con una media luna de sudor en los sobacos antes de que haya tenido ocasión de terminar su café con leche matutino. Un verano como éste significa siempre más problemas. Éste parecía el peor que he visto desde que estoy en la Fuerza.

Sabíamos que estaban en la zona, avanzando hacia nosotros. Nuestro equipo de comunicaciones no había parado un minuto durante la última media hora, obteniendo datos sobre su dirección, solicitando instrucciones a las computadoras acerca del mejor modo de manejarlos cuando llegaran aquí.

Miré hacia abajo. Al final de la calle había un grupo de tiendas semipermanentes y el buzón de correos. El buzón me molesta: no debería estar allí.

Desde el otro extremo de la Burton Street me llegaba el rumor apagado de la multitud.

De modo que cuando nos estábamos preparando, Joe empezó a rezongar acerca de no sé qué pagos del Snocar. Yo le escuchaba con un oído, y con el otro atendía a los ruidos de la multitud.

—Y no es sólo eso —dijo Joe—. Es la vecindad, y la escuela y todo lo que hay a mi alrededor.

—Todo el mundo está equivocado, menos Murphy, ¿eh? —dije, sonriendo.

—No es eso. Me conoces lo suficiente para saber que no es eso. Lo que pasa es que nadie va a ninguna parte. Sí, todos tenemos empleos, pero la mayoría de ellos son simples pretextos para mantenernos ocupados.

—Para obtener un verdadero trabajo son precisos una serie de conocimientos —dije, hablando en serio. Me gusta mi empleo, y es mejor que la mayoría, pero no vamos a engañarnos a nosotros mismos pretendiendo que desempeñamos una tarea altamente especializada. Joe y yo somos unos tipos vulgares.

—De todos modos, la cosa te ha dado muy de repente —añadí—. siempre te has

tomado las cosas con mucha calma.

Joe se encogió de hombros.

—Es posible. Pero mi mujer no para de decirme que tenemos que mudarnos de barrio y que tendría que ganar más dinero. Desde hace una temporada le ha dado por pelearse con los vecinos.

Joe parecía un poco avergonzado de sus propias palabras.

—¿Más dinero? Diablos, tienes todo lo que necesitas, todos lo tenemos. Hay muchas personas en peores condiciones que tú. Mira a todos esos piojosos africanos, viviendo prácticamente de la nada.

Me disponía a seguir hablando, a incordiar a Joe diciéndole que he sido más listo que él al no casarme, pero me interrumpió. Ya he dicho que durante todo aquel tiempo uno de mis oídos estaba pendiente de la multitud. Siempre puedo decir cuándo un grupo ha cambiado de dirección como una manada de lobos que ha salido de caza, y cuando se produjo aquel extraño silencio y duró alrededor de cinco segundos, supe que se encaminaban hacia nosotros.

—¡Scott! —le aullé a nuestro hombre de comunicaciones—. Haz una última llamada y cierra el contacto.

Murphy dejó de hablarme de sus problemas y escuchó a la multitud durante un minuto, como no la había escuchado antes, y luego echó a correr hacia los AnCops que hacíamos apostado en el camión, abajo. Todos estaban preparados, pero a Joe le gusta hacer una revisión final y tal vez tener la oportunidad de leer cualesquiera instrucciones que Scott reciba en el último momento.

Tiré el mondadientes y eché una última mirada a mis goznes de volumen constante para asegurarme de que el plastiform a prueba de balas encajaba adecuadamente y no dejaría pasar nada a través de él. Scott llegó con los diagnósticos de la HQ. La compilación de la computadora era clara y desorientadora, como siempre. Tomé nota de los índices aproximados que había recogido de la multitud que se dirigía hacia nosotros. Los mejores indicios —y eso es todo lo que uno obtiene, amigos, un indicio— señalaban un montón de Trastornos Psíquicos y Prejuicios Raciales. También había un número bastante elevado de Parados. En la ciudad teníamos una cantidad cada vez mayor de Parados, y a la Fuerza le resultaba muy difícil manejarlos. Solían estar lo bastante locos como para escupir. Y lo rompían todo.

Garabateé un OK en el margen y se lo devolví a Scott. No podía entretenerme leyéndolo todo: hasta mis oídos llegaban ahora gritos individuales y ruidos de cristales rotos. Eché hacia abajo el visor de mi casco y puse en marcha mi audio exterior. Iba a asarme de calor, pero no soy tan zoquete como para cargar con un acondicionador de aire encima del resto de mi equipo.

Eché una mirada a la calle en el preciso instante en que un grupo de un centenar de personas, aproximadamente, doblaba la esquina dos manzanas más abajo, extendiéndose como una sucia ola gris. Me asomé por encima del borde del edificio y

advertí a Murphy para que empezara con tres AnCops. Tuve que extender tres dedos para que me entendiera, porque el ruido de la multitud se había hecho muy intenso. Consulté mi reloj. Diablo, no eran aún las nueve de la mañana.

Scott descendió por la escalera que habíamos adosado al edificio. Yo bajé detrás de él. No era un buen observatorio, desde luego: se ofrecía un blanco demasiado bueno. Recogimos a Murphy, que llevaba nuestros tableros de control. Los tres cruzamos la avenida y nos dejamos caer detrás de una corta valla para echar una mirada a la calle.

La mayoría de ellos estaban gritando a pleno pulmón, como si nunca les faltase el aire, agitando lo que tenían a mano y disolviéndose gradualmente en unidades más pequeñas. Los más rápidos acababan de llegar a los primeros edificios.

Un negro muy alto se acercó trotando hacia nosotros, moviéndose como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Se paró delante de una barbería, arrojó rápidamente algo a través del escaparate y ¡bum! Las llamas lamieron la parte superior del escaparate, extendiéndose con rapidez.

Un anciano recogió algunas piedras y empezó a arrojarlas metódicamente a través de los escaparates más pequeños de las tiendas contiguas. Una ama de casa, andando con dificultad a causa de sus altos tacones, blandía un pesado martillo. Entró en la barbería, pero al parecer no encontró nada que mereciera su atención ya que volvió a salir inmediatamente. El negro sonrió y señaló el cilindro-emblema de la barbería a uno de los lados del escaparate, todavía girando, y la mujer le propinó un martillazo que envió cristales rotos a diez metros de distancia.

Me volví y miré a Murphy.

—¿Todo a punto?

Joe asintió.

—Todo a punto.

La agencia de viajes contigua a la barbería tenía las paredes de hormigón, de modo que no podían incendiarla. Cinco hombres se lanzaron contra la puerta, y al tercer intento consiguieron derribarla. Unos instantes después un enorme cartel anunciador salió volando por una de las ventanas que daban a la calle, seguido por una pata de sillón. Probablemente hacían todo lo que podían, pero sin herramientas adecuadas encontraban dificultades para romper los muebles.

—De acuerdo —dije—. Vamos a soltar los primeros AnCops.

El acre olor del humo llegaba hasta nosotros, pero mis filtradores de aire cuidarían de eliminarlo. Sin embargo, no servían para eliminar el sudor humano, y yo iba a pasar el día entero encerrado dentro de mi equipo.

Nuestro primer carro dobló la esquina, avanzando a una velocidad excesiva. Miré a Murphy, que controlaba el carro, pero estaba demasiado ocupado tratando de eludir a la gente agrupada en la calle. No había duda de que el estado de Joe no era normal. Algo le impedía concentrarse en su tarea.

Estaba convencido de que el carro iba a volcar y a provocar un barullo, pero por

fortuna se mantuvo en la vertical lo suficiente para que el conductor pisara el freno a fondo. El largo chirrido de los neumáticos sobre el asfalto hizo volver las cabezas de casi todos los componentes de la multitud, y antes de que el carro se parase del todo empezaron a avanzar hacia el vehículo. Murphy pulsó otra tecla y el AnCop sentado junto al conductor empezó a disparar contra un individuo que estaba en la acera tratando de encender un cóctel Molotov. El AnCop utilizaba algo que sonaba como un rifle de repetición. El individuo le miró por espacio de un segundo antes de desaparecer en el interior de una ferretería.

El carro empezó a recogerlo todo: ladrillos, muebles rotos, mercancías de las tiendas. Algo pesado hizo añicos el parabrisas y el conductor se apartó demasiado tarde para evitar que su mano izquierda quedara aplastada por una botella. Una figura apareció en lo alto de la ferretería —parecía el individuo de la acera— y tomó impulso para lanzar algo a la calle.

Se oyó un ruido de cristales rotos y un rojo círculo de llamas brotó delante mismo del carro, envolviéndolo al mismo tiempo en una nube de humo. Murphy tendría que operar a ciegas: el carro se había hecho invisible.

Un mozalbete con un pesado rifle salió de un portal, agachado como en una película del Oeste. Disparó dos veces, con mucha rapidez y mucha puntería, contra la ventanilla del carro. El patrullero se disponía a apearse del carro y uno de los disparos le alcanzó en pleno rostro, derribándole sobre el asfalto.

Una mancha rojiza se formó alrededor de su cabeza, aumentó rápidamente de tamaño y discurrió hacia la alcantarilla. Resonaron unos gritos de júbilo y el mozalbete corrió hacia el cadáver, se inclinó y le arrancó la chapa que llevaba prendida al pecho. Elevándola por encima de su cabeza, gritó: «¡Un recuerdo!» Estallaron unas risotadas.

Miré a Murphy de nuevo y él me miró a mí; le hice una seña para que avisara a los bomberos, pasando el control a mi tablero. Scott estaba ocupado hablando a su grabadora, tomando notas para el informe posterior. Cuando Murphy se acercó a él, interrumpió su tarea y conectó la radio para llamar a las unidades contra incendios.

Para entonces, la mayor parte de la Burton Street estaba ardiendo. Todo lo que se veía tenía un tinte anaranjado. La multitud estaba avanzando hacia nosotros, perdido ya su interés por los AnCops, pero ya lo habíamos previsto así. Los bomberos no tardaron en presentarse. Llevaban una manguera normal, ya que se trataba de un grupo de tamaño medio y no podíamos utilizar un coche-bomba y todos los extras. Pero llevaban los habituales uniformes rojos. Desde lejos, nadie hubiese dicho que no eran bomberos de verdad.

Sus cintas de subrutina habían vuelto a embrollarse. En vez de apuntar a la barbería o a cualquier otra tienda que estuviera ardiendo, volvieron la manguera hacia una papelería que nadie había tocado aún. Eran tres. La multitud se había parado un momento para ver lo que pasaba.

Cuando el agua salió disparada de la manguera, rompió el cristal del escaparate

de la papelería y empezó a inundar el interior de la tienda, los bomberos compusieron el cuadro más cómico que imaginarse pueda. La multitud rió, como era de esperar, y observé que la mayoría de sus componentes se alejaban en dirección a otra zona.

Sin embargo, al cabo de un par de minutos las risas se interrumpieron. Un individuo que por su aspecto tenía que haber nacido loco, cogió un hacha de alguna parte y la descargó sobre la manguera. No la alcanzó en el primer intento pero la gente se arremolinó para ver lo que iba a pasar, y supongo que el individuo se creyó en la obligación de seguir adelante. Incluso bajo presión, una manguera del servicio contra incendios no resulta fácil de cortar. Pero el individuo insistió, y a la cuarta tentativa consiguió lo que se proponía: un chorro de agua brotó con fuerza de la abertura practicada por el hacha —tuve la impresión de que resultaría difícil de reparar— y casi se estrelló contra la Cara de aquel individuo.

La multitud volvió a reír, ya que el tipo del hacha saltó precipitadamente hacia atrás, muy asustado. Desde luego, un chorro de agua estrellándose contra la cara a aquella velocidad no es cosa de broma.

El bombero que sostenía la manguera a poca distancia de allí no había prestado ninguna atención a lo sucedido, porque no estaba programado para hacerlo, de modo que cuando el individuo se repuso del susto se acercó al bombero y le golpeó en la espalda con el hacha.

La cosa se estaba calentando. No consideré oportuno modificar el programa, de modo que al cabo de unos instantes todos los bomberos habían quedado fuera de servicio. Una anciana —probablemente con la salud quebrantada— pidió prestada el hacha un momento para separar los brazos y las piernas del tronco de un bombero. Luego, con aire satisfecho, se alejó con el resto de la multitud.

Me incorporé, alcé mi visera y les contemplé mientras descendían calle abajo. Tomé mi lanzagranadas y lo cargué con un cartucho de gas de baja presión, para darles prisa.

El viento soplaba lateralmente, de modo que el gas se esparció en gran parte por las calles laterales. Era mejor así: me evitaría alguna reclamación de alguien que de otro modo podía haber quedado expuesto por demasiado tiempo a los efectos del gas.

Scott estaba ocupado enviando órdenes a fin de que el turno de la tarde contara con el correspondiente repuesto de AnCops y de bomberos, pero esto no sería problema. Y los daños habían sido mínimos, teniendo en cuenta la magnitud que podían haber alcanzado.

—¿Puedo avisar a la brigadilla? —inquirió Murphy.

—Desde luego. Ese grupo no volverá. Tenían ya aspecto de cansancio.

Se dirigían a la zona de Horton, tres manzanas más allá.

Un camión llegó a la avenida y de él descendieron dos individuos vestidos con un mono que empezaron a recoger los androides, apagando los fuegos al mismo tiempo. Al cabo de una hora lo habían dejado todo en orden, incluso la barbería prefabricada.

—Es absurdo —dijo Murphy.

—¿Eh?

—Todo este jaleo —agitó una mano, recorriendo con ella la Burton Street—. Construir todo esto para que esos individuos puedan volver a destrozarlo parece un despilfarro.

—¿Un despilfarro? —dije—. Es la mejor inversión que hayas podido ver. ¿Cuántas personas había en el último grupo... doscientas? Cada una de ellas va a quedarse quieta semanas enteras, vanagloriándose de haber liquidado a un polizone o haberle pegado fuego a un edificio.

—De acuerdo, de acuerdo. Si sirve para algo, supongo que el precio es rentable.

—¡Lo es! Lo sabes perfectamente. Si no lo fuera, no se aplicaría el sistema. Esos individuos acuden a la computadora-psiquiatra para que determine la clase de acción que necesitan para contrarrestar las agresiones psíquicas de que han sido objeto. Y todo este jaleo, que dices tú, representa para ellos una liberación.

—No sé... Los Consejeros dicen que las computadoras-psiquiatras, las exploraciones mentales y las drogas son una in...

—¿Invasión de intimidad?

—Sí —dijo Murphy hoscamente.

—¿Intimidad? ¡Las computadoras-psiquiatras sirven a la salud pública! ¡Forman parte del bienestar social! No hay que acudir a un individuo que le cobra a uno una fortuna por hacerle tender en un diván y hablar con él. El gobierno proporciona un remedio mejor. ¡Y gratuitamente!

Murphy me miró de un modo muy raro.

—Desde luego. Tendré que hacerme una revisión un día de estos. Tal vez sea lo que necesito.

Procuré quitarle hierro al asunto.

—Bueno, yo no lo haría, Joe. El hecho de que un hombre se deje dominar por sus preocupaciones de cuando en cuando no significa que necesite ayuda profesional. No te dejes impresionar. Olvídalo.

Joe estaba perfectamente, pero incluso un tipo como yo, que nunca he estado casado, tiene sus momentos de depresión. A Joe le empujaba su mujer, la cual no se sentía satisfecha con lo que tenía.

Era un error, desde luego. Los tipos como Joe no pueden ir a ninguna otra parte. Desconocen las computadoras, la automatización. No pueden hacer carrera en el Ejército. La presión de su esposa era un mal asunto para él.

Los superiores como yo se supone que deben interesarse por el personal a sus órdenes. Pero el problema no era Joe.

Tomé nota mentalmente de que debía enviar a la mujer de Joe a la computadora-psiquiatra.

—De acuerdo —dijo Murphy, quitándose el casco—. Voy a preparar los AnCops para el turno siguiente.

Le contemplé mientras se alejaba. Era un buen chico. Me disgustaría perderle.

Eché a andar hacia nuestro centro permanente de operaciones para informar. Al cabo de unos instantes decidí que lo mejor sería incluir también a Joe en la revisión, por si las moscas. No quiero que nadie pueda llamarme la atención por un descuido.

Joe será más feliz, trabajará mejor. Yo me siento mucho mejor desde que pasé por la computadora-psiquiatra. Ahora tengo un buen empleo, trabajando en un servicio público, que permite a la gente liberarse de sus complejos agresivos.

Di la vuelta a la esquina al final de la calle, pensando en ir a echar un trago, y vi el buzón de correos. Siempre me fijo en él porque parece fuera de lugar.

En la Burton Street se supone que todo ha de ser completamente realista, pero colocar un buzón de correos resulta un poco absurdo.

¿A quién se le ocurriría prenderle fuego a un buzón de hierro como ese? Nadie se liberaría de un complejo agresivo con ello.

Y, desde luego, no sirve para nada.

Porque en la Burton Street no vive nadie.

¿Qué ha sido de los McGowan?

Michael G. Coney

Michael G. Coney se dio a conocer con su relato Sexto sentido, publicado en un volumen anterior de estas Antologías. Desde entonces se ha convertido en un nombre familiar para los aficionados a la Ciencia-Ficción. En este relato nos describe la vida bucólica en un lejano planeta... con un interesante problema de por medio.

I

La primavera en Jade era extraordinariamente bella, como todas las estaciones del año. El aire era claro e inmóvil, el cielo de un azul purísimo y las lejanas jorobas de las colinas yacían como una mujer dorada sobre el lecho de la suave llanura verde.

Richard Nevis vio todo esto mientras permanecía sentado, con una agradable sensación de hartura, junto a la ventana de la casa de madera mientras Sandra se llevaba los cacharros del desayuno. Al cabo de unos instantes apartó la mirada de la ventana y contempló a su esposa que se movía de un lado para otro, amontonando los platos en el fregadero.

—La hierba crece muy hermosa —dijo, dándose cuenta de que su voz era una intrusión en el silencio.

Sandra se acercó a la ventana y apoyó una mano en el hombro de su marido mientras tendía la vista a través de la llanura: una vasta extensión de color esmeralda interrumpida únicamente por el hogar de los McGowan, a dos millas de distancia.

—Parece brotar de la noche a la mañana.

La llanura, quince días antes, era un erial arenoso. Bello, con sus rojos y sus amarillos resplandeciendo al sol del mediodía, pero un erial. En Jade, las estaciones llegaban rápidamente.

—Este año también habrá más que suficiente —dijo Richard, contemplando el paisaje y deteniéndose en el hogar de los McGowan—. Me pregunto qué habrá sido de los McGowan...

—Habrán regresado a la Tierra, supongo —dijo Sandra—. Algunas personas son así. Se entusiasman con los folletos de propaganda, firman el contrato y pagan su terreno. Y cuando llegan aquí no les gusta. El trabajo es duro... y hay demasiada tranquilidad. De modo que venden a bajo precio, a la misma Compañía de Explotación, o a un comprador particular.

—¿Crees que esto es demasiado tranquilo? —inquirió Richard ansiosamente.

Se había alegrado, al firmar el contrato, de la perspectiva de tener unos vecinos, y

al llegar quedó decepcionado al descubrir que los McGowan no estaban allí.

Sandra se echó a reír.

—Hace más de un año que estamos aquí. Si lo encontrara demasiado tranquilo, ya te habrías enterado.

Pero era tranquilo. En Jade no existía ninguna clase de vida animal. El silencio llegaba a ser algo tangible, palpable. A veces, Richard cantaba en voz alta mientras trabajaba para convencerse a sí mismo de que en el planeta había una persona, al menos.

Varios centenares de clientes de la Compañía de Explotación de Jade se encontraban esparcidos entre los valles y a lo largo de la costa del único continente del planeta. Pero su presencia no cambiaba las cosas: las distancias que separaban sus hogares hacían prácticamente imposibles las visitas. Y cada uno de los colonos tenía en qué ocuparse.

Había la radio. Al principio, durante las largas veladas, Richard y Sandra se habían sentado junto al aparato, para escuchar y ocasionalmente hablar con la gente que vivía más allá de las colinas y cerca del mar, intercambiando noticias. Pero al cabo de poco tiempo renunciaron a aquella distracción. ¿Por qué fingir que no se está solo, cuando la evidencia de la soledad nos rodea por todas partes?

Sandra estaba embarazada, y dentro de un par de meses vendría el médico para asistirle en el parto. La había visitado por primera vez hacía tres meses, y Richard quedó asombrado, y luego vagamente enfurecido, ante la ruidosa proximidad del helicóptero. Se preguntó cómo habían podido resistir, Sandra y él, los ruidos incesantes en la Tierra.

Se puso en pie y besó a Sandra.

—Voy a ver a Daisy.

No le hubiera costado nada quedarse todo el día sentado junto a la ventana. En primavera, después de la siembra, había muy pocas cosas que hacer.

Daisy estaba en el granero, en la parte de atrás de la casa. Era un gran armario de metal de doce pies cuadrados y pintado de gris. Sandra le había puesto aquel nombre en recuerdo de una vaca a la que había conocido. Daisy parecía fuera de lugar en el granero: una intrusión metálica, angular, entre las apiladas balas de heno. Incluso la máquina de segar, vieja y oxidada, parecía menos incongruente, más rural que el armario.

Richard quitó los alambres de una bala y, con una larga horquilla, dejó caer el heno suelto en el gran embudo que sobresalía de la parte superior de Daisy. Pulsó un interruptor y la máquina empezó a zumbear suavemente, digestivamente. Richard continuó cargándola. Poco después se encendió una lámpara roja entre los discos y los interruptores de la parte frontal del armario.

Richard dejó la horquilla apoyada contra la pared. Desconectó el control de absorción de la máquina y manipuló en los discos encargando el almuerzo del día:

sopa, jamón y huevos revueltos, mermelada de albaricoque y un cuartillo de leche para Sandra. Pulsó el botón de entrega y obtuvo una bolsa de plástico de zumo de naranja para él, deseando de nuevo que la máquina pudiera sintetizar cerveza. Al parecer, el tiempo de preparación era excesivo para que el proyecto resultara practicable, aunque Sandra había fermentado vino con el zumo de uva sintético de Daisy.

A continuación examinó la máquina de segar, comprobando el nivel del aceite, engrasando las partes móviles, trabajando metódicamente. Era fundamental que la máquina de segar se conservase en buen estado, porque, al igual que Daisy, formaba parte del equipo adquirido a la Compañía de Explotación de Jade. Y si algún día decidieran marcharse del planeta, no podrían conseguir un precio razonable por la máquina si no se encontraba en perfecto estado. Además, las piezas de recambio eran muy caras.

—Richard, ¿qué diablos estás haciendo?

Sandra estaba de pie en la puerta del granero, con sus cabellos castaños brillando al sol. Pero la expresión de su rostro era ominosa.

—Revisando la máquina de segar. ¿Qué pasa?

—¿Sabes qué hora es?

—Alrededor de las once y media...

—Son más de las dos y no hemos comido aún. ¿Qué has estado haciendo?

Intrigado, Richard se remangó ligeramente la camisa con el dorso de la mano para no mancharse de aceite y consultó su reloj. Sandra tenía razón. Eran las dos y cuarto. ¿Se había quedado dormido mientras trabajaba? No recordaba haberlo hecho.

—Lo siento, querida.

Recogió la bandeja de comida del cajón de entrega de Daisy.

—Cuando llegue el momento de la siega no podrás tumbarte a la bartola como ahora.

Richard suspiró. Sandra tenía un mal día. Las mujeres embarazadas muestran un humor variable. Y en medio de esos altibajos, uno no sabe nunca a qué carta quedarse.

Durante el almuerzo, Sandra se mostró agresiva y frenética, en contradicción con su estado de ánimo matinal.

—¿Qué es lo que estamos haciendo aquí, exactamente? Ojalá no nos hubiésemos movido de la Tierra, donde tenemos a nuestros amigos. Aquí no tengo ningún amigo. Me paso el día encerrada en casa. ¿Qué ha sido de los McGowan? Me gustaría saberlo... —Señaló dramáticamente en dirección al hogar de los McGowan—. Ella no pudo resistirlo, eso es todo. Y obligó a su marido a que la llevara de nuevo a la Tierra. ¿Por qué hemos venido aquí? Nos limitamos a vegetar, sembrando hierba y viviendo a base de ella, como el ganado. ¿A dónde nos va a llevar todo esto?

Richard había conservado la boca prudentemente cerrada durante aquella

parrafada, pero la pregunta final, seguida de una significativa pausa, exigía una respuesta.

—Estamos engordando una saneada cuenta corriente con la hierba que vendemos a la Compañía de Explotación —dijo.

—¿De qué nos sirve el dinero, si no hay en qué gastarlo?

Richard dejó que Sandra siguiera expresando su descontento. Paulatinamente, su enojo cedió, como ocurría siempre, con tal de que su marido no la contradijera. Como de costumbre, Sandra terminó riéndose de sí misma.

—Lo siento, Dick —dijo finalmente, sonriendo—. Son cosas del embarazo.

—Lo sé, querida. De cuando en cuando, conviene desahogarse un poco.

Sandra se echó a reír.

—Esta mañana, no me di cuenta de que el tiempo había transcurrido con tanta rapidez. Debí quedarme adormilada. De pronto, miré el reloj y eran las dos. Pensé: Ha pasado la mañana y no he hecho nada... De modo que busqué una válvula de escape, y te encontré a ti. Lo siento, cariño.

Aquella tarde, mientras andaba a través de la hierba nueva, Richard pensó en la rapidez con que transcurría el tiempo. Había ahorrado unos cuantos miles de créditos, y tenía dos años menos de vida. Aquel pensamiento, en sí, era un síntoma de vejez.

A partir de ahora voy a vivir cada minuto de mi vida, cada segundo.

Inhaló una gran bocanada de aire, lo expulsó lentamente y decidió —una vez más— dejar de fumar. Luego echó a andar en dirección al prado de los McGowan.

La cerca de alambre que separaba las dos propiedades estaba rota. Como los McGowan no estaban ya allí, Richard no se había molestado en repararla. Notó, con un agradable escalofrío de improbidad, que la hierba estaba mucho más crecida en el otro lado. En la época de la siega recogería también aquella hierba y la vendería, a fin de evitar que se echara a perder. Si los McGowan regresaban, siempre podría pagarles la hierba, descontando el importe de su trabajo.

Delante de la casa de los McGowan un grupo de árboles proporcionaba un fresco y tentador espacio de sombra. Richard se sentó y contempló la casa. Era mucho mayor que la suya y se encontraba en muy buen estado, a pesar de los dos años que llevaba deshabitada.

Tal vez un día mi hijo se hará cargo de esto y unirá las dos fincas...

Richard sonrió para sus adentros. Otro síntoma de vejez, mirar hacia el futuro con tanta antelación. Se puso en pie y se encaminó hacia el sur, siguiendo los límites del terreno de los McGowan, y luego los del suyo propio mientras regresaba a casa. Más allá de su cerca el suelo era arenoso con sólo unas briznas de hierba: la amplia zona que se extendía hasta las colinas no había sido sembrada con la hierba especial desarrollada por la Compañía de Explotación.

La hierba de los McGowan, contigua a la suya, había sido sembrada hacía dos o más años. Se había resembrado y fertilizado por sí misma sin ser cosechada durante aquel tiempo. Valía la pena segar aquella hierba.

La sonrisa de Richard se borró de sus labios cuando consultó su reloj. Eran ya las siete de la tarde: empezaba a oscurecer. Sandra volvería a enfadarse con él.

II

El helicóptero del médico avanzó por encima de la llanura y se posó delante de la casa con una rapidez que satisfizo incluso a Richard, que lo contemplaba ansiosamente desde el porche. El médico se apeó y cruzó apresuradamente el prado, con un paso curiosamente saltarín. Estrechó la mano que le tendía Richard.

—¿Cómo está su esposa? —inquirió brevemente, con voz chillona.

Richard le miró, alarmado. El médico parecía muy desmejorado desde que le vio por última vez: se agitaba casi tan nerviosamente como un encefalógrafo. A Richard no le satisfizo demasiado la idea de que aquel chiflado tuviera que ayudar a Sandra a dar a luz.

Dijo:

—Sandra está en el dormitorio. ¿Quiere beber algo? Tenemos un poco de vino hecho en casa. Le sentará bien.

El médico le dirigió una extraña mirada.

—No, gracias —dijo—. Ahora, no. Después, quizás. Me encuentro perfectamente.

Se dirigió hacia el dormitorio.

Richard se sirvió un vaso de vino y se sentó a esperar acontecimientos. No era partidario de que los maridos presenciaran el nacimiento de sus hijos: estaba dispuesto a aceptar, cuando le presentaran al niño, que el acontecimiento había tenido lugar. No necesitaba ninguna otra prueba.

Las últimas semanas habían transcurrido apaciblemente. La hierba había continuado creciendo, y Richard había puesto en marcha un par de veces el motor de la máquina de segar para asegurarse de que todo estaba en orden. Con la hierba adicional de los McGowan, calculaba que podría desprenderse del setenta y cinco por ciento de su cosecha, lo cual significaría un buen pellizco para su cuenta bancaria.

Las cosas marchaban bien.

Pasada la momentánea euforia, volvió a experimentar una sensación de temor. ¿Qué estaba pasando en el dormitorio? ¿Se desarrollaba todo normalmente? Se puso en pie y empezó a andar de un lado para otro, dándose cuenta de que se estaba comportando como los padres novicios explotados por las revistas de humor. Salió al exterior y deslizó la mirada por la alfombra de color esmeralda que se extendía hasta las colinas.

Plantaría algunos árboles para celebrar el acontecimiento, decidió. En Jade había muy pocos árboles. Los que él plantara proporcionarían una agradable sombra en los días calurosos. Contempló especulativamente los árboles que se alzaban delante de la casa de los McGowan, y luego rechazó la idea de robarlos que acababa de cruzar fugazmente por su imaginación. Eran demasiado grandes para transplantarlos. Importaría un par de manzanos de la Tierra: eso sería lo mejor. Sombra y fruta de

verdad, a un precio que no les resultaría oneroso. El verano iba a ser bueno.

Oyó que se abría la puerta del dormitorio y entró corriendo en la casa.

El médico estaba de pie a la puerta del dormitorio.

—¿Cómo está Sandra? —inquirió Richard.

El médico le dio una palmada en el hombro.

—Perfectamente —respondió el médico, parpadeando rápidamente varias veces—. Perfectamente.

—¿Y el niño?

—Es un chicarrón. Felicidades —El médico estrechó la mano de Richard—. Ahora le aceptaré un trago.

—Sí, desde luego. Allí está.

Richard hizo un gesto y entró apresuradamente en el dormitorio, dejando que el médico se sirviera por su cuenta.

Sandra estaba incorporada sobre un par de almohadas, con los cabellos castaños caídos sobre los hombros y el niño en brazos.

—Hola, Dick —dijo, sonriendo.

Richard la besó.

—¿No vas a mirar al niño? —preguntó Sandra.

—¡Oh, sí! —Alargó el dedo índice hacia el arrugado rostro que surgía, como una larva transformándose en crisálida, del capullo de mantas—. Muy guapo —murmuró—. Muy guapo. Estoy orgulloso de ti, querida.

Súbitamente, las arrugas se alisaron, el rojo escarlata palideció y el bebé decidió no llorar, después de todo. Richard se inclinó un poco más hacia él.

—Tiene un color muy raro —observó, en tono de ansiedad.

—¿Qué? —Sandra miró al niño—. ¡Oh! No creo que sea nada que deba preocuparnos.

—¡Doctor! —llamó Richard.

El médico entró rápidamente, con un vaso en la mano, relamiéndose los labios.

—¿Qué pasa?

—El niño tiene un color muy raro —dijo Richard, en tono acusador—. Está amarillo, como un chino. ¿Es normal ese color? No le pasa nada, ¿verdad?

El doctor sonrió brevemente, sin apenas mirar al niño.

—No es nada grave: probablemente un asomo de ictericia. Afecta a muchos recién nacidos y suele desaparecer en un par de días. Si dentro de una semana sigue igual, llámenme por radio y vendré a echarle una mirada.

Salió precipitadamente de la habitación. Sus rápidos pasos resonaron junto a la puerta principal y más allá. Se oyó el rugido de un motor al ponerse en marcha y el helicóptero se alejó.

—Se ha marchado —observó Sandra innecesariamente—. Es un hombre muy raro.

—Espero que sepa lo que está haciendo —dijo Richard, palpando la carne del

bebé—. ¡Dios mío! Estamos muy aislados aquí... No podemos recabar otra opinión, y ni siquiera hay una enfermera en el distrito.

—El niño está bien —dijo Sandra, meciendo al bebé—. El pequeño Stephen está bien, ¿verdad, cariño mío? —susurró.

—Stephen? Stephen —Richard saboreó el sonido—. Bonito nombre. ¿De dónde lo has sacado? ¿Un antiguo pretendiente tuyo?

—Por el amor de Dios, Dick, hablas como si hubieses estado bebiendo con el estómago vacío... Es el nombre de mi padre. No te sabe mal, ¿verdad?

—Desde luego que no. Dios, no había olvidado —Se golpeó la frente con la palma de la mano y se echó a reír—. Hoy no tenemos nada que comer... Lo siento, querida. ¿Qué te apetece? ¿Caldo de gallina? ¿Un buen vaso de leche?

—No soy una inválida, Dick. Comeré carne de cerdo asada con guisantes. Pero no demasiado, por favor.

—De acuerdo.

Richard salió de la casa, parpadeó contra la nube de polvo que levantó el helicóptero y que no había terminado de posarse y se dirigió al granero.

—No me apetece —dijo Sandra un poco más tarde, mirando con repugnancia la bandeja de comida—. No me apetece. ¿Cómo pudo ocurrírseme pedir carne de cerdo asada? Acabo de salir del parto... Lo único que quiero es tumbarme al sol y descansar.

—Buena idea. Te sacaré fuera.

Cogiendo la bandeja, entró en la cocina y vertió su contenido en la trituradora de basura. Luego sacó el colchón de la cama sobrante, lo llevó al exterior y lo dejó caer sobre la hierba. Envolvió a Sandra en un par de mantas y la tumbó sobre el improvisado lecho. Sandra suspiró, satisfecha mientras volvía a tomar en brazos al pequeño Stephen.

Richard volvió a entrar en la casa. La bandeja estaba sobre la mesa de la cocina, donde la había dejado. ¿Cuánto hacía que no había comido?

¿Tres días? ¿Cuatro? No podía recordarlo. Decidió que, en cualquier caso, por la noche tendría una buena cena. Apuró el vino de su vaso y a continuación se bebió un vaso de agua fría. De pronto, empezó a sentir hambre, sólo un poco.

—Sea lo que fuere, parece que se pega —dijo Sandra.

Estaban tumbados al sol, dos semanas más tarde. Se habían acostumbrado ya a la idea de tomar el sol desnudos. Después de todo, por allí no pasaba nadie. Stephen, gordo y satisfecho yacía entre sus padres. El día era cálido y agradable.

—Casi puede verse cómo se mueve el sol —dijo Richard, mirando al cielo azul entre sus párpados semicerrados.

—¿Crees que se nos está pegando algún tipo nuevo de bronceado? —inquirió Sandra—. Hemos pasado mucho tiempo tumbados aquí, estos días.

—Es lo mejor para nosotros —la tranquilizó Richard, incorporándose y examinando la piel de su abdomen. Era un color raro, desde luego, un amarillo bilioso, muy distinto al castaño oscuro de un bronceado terrestre. La piel de Sandra tenía un color similar, lo mismo que Stephen. Pero Stephen había sido siempre así—. No puede ser bronceado —añadió Richard—. Stephen nació con este color. Tal vez nos lo ha contagiado.

—Son los alimentos artificiales de Daisy —dijo Sandra con repentina decisión, ignorando la conjetura de Richard—. Algún tinte latente en la hierba que no es eliminado en el proceso de elaboración.

—Es posible —murmuró Richard—. Eso explicaría también lo de Stephen. De todos modos, no parece producirnos ningún daño.

—¿No? ¿Qué me dices de nuestra pérdida de apetito? —Era evidente que Sandra estaba preocupada—. Y esa continua sensación de cansancio. Yo la experimento... tú te quejas de lo mismo. No me gusta esto, Dick. Tendríamos que avisar al médico. Quiero que estemos bien cuando lleguen papá y mamá.

Richard gruñó para sí mismo. Había estado tratando de olvidar la cercana visita de los padres de Sandra. Pero una de las condiciones que establecieron al emigrar fue la de que Mr. y Mrs. Roberts pasarían una temporada con ellos una vez que estuvieran instalados.

Sandra se había mostrado inflexible.

Sí no es así no iremos allí. No podría soportar la idea de no volver a verles...

A Richard no le importaba alejarse definitivamente de sus suegros. Y cometió la imprudencia de decirlo. Sandra reaccionó inmediatamente.

No logro comprender por qué no simpatizas con ellos. Te aprecian mucho, y se han portado muy bien con nosotros. Les debemos mucho...

Cierto, pero la idea de una visita por tiempo indefinido resultaba difícil de digerir. Sobre todo, pensando en la merma que sufrirían sus ahorros...

Richard se puso bruscamente en pie.

—Mira, querida, no creo que debamos correr riesgos. Tus padres tendrían un pretexto para formular interminables preguntas. Vamos a dejar de tomar baños de sol, por si acaso. No podemos prescindir de la comida, pero al menos nos mantendremos lo más alejados posible del sol, especialmente Stephen. Luego, si nuestra piel no se aclara, recurriremos al médico.

Sandra se puso en pie.

—Tal vez tengas razón.

—Encuentro raro estar dentro de casa en un día como este —dijo Sandra—. No sé qué hacer. ¿Cuándo empezarás con la siega, Dick?

—Creo que daré una vuelta con la máquina de segar después de almorzar, para asegurarme de que funciona bien. Y empezaré a segar mañana, o pasado mañana.

—¿Almorzar? —inquirió Sandra—. Sí, supongo que debemos tratar de comer algo.

Más tarde, sintiéndose repleto de comida, Richard abrió las puertas del granero de par en par y se instaló en el asiento de la máquina de segar. Puso el motor en marcha, sonriendo para sí mismo. Disfrutaba conduciendo la enorme máquina. Desde lo alto de su asiento, a unos diez pies del suelo, se sentía el dueño del planeta.

Se paró a escuchar, con la mano sobre la palanca de mandos. El motor hacía un ruido anormal. Demasiado estridente, como si faltara aceite y los pistones estuvieran agarrotados. Richard paró el motor.

Desmontando, revisó minuciosamente la máquina. El nivel del aceite era normal. Examinó la caja de cambios: todo normal allí, también.

Encogiéndose de hombros, trepó de nuevo al asiento y volvió a poner el motor en marcha. La máquina se puso en movimiento, adquiriendo velocidad y cruzando rápidamente las puertas del granero mientras Richard trataba de dominarla, dándose cuenta de que escapaba a su control.

Vio el asombrado rostro de Sandra en la ventana al pasar por delante de la casa. Luego se encontró en la llanura abierta.

De pronto, empezó a disfrutar al ver que la cosechadora avanzaba rápidamente a través de la hierba dejando caer las balas detrás de ella. Al parecer, funcionaba normalmente. El problema del motor podía esperar. Entretanto, se dirigió hacia el prado de los McGowan, canturreando en voz baja.

La máquina de segar avanzaba con una rapidez increíble. Richard vio los árboles de los McGowan avanzando hacia él. Dándose cuenta de que la cosechadora, en su ciego avance, se estrellaba contra uno de los árboles y se paraba en seco.

Richard permaneció caído en el suelo, tumbado de espaldas, con los ojos llenos del azul del cielo. El sol se movía perceptiblemente.

—Voy a llamar al médico —dijo Sandra, con una repentina decisión en su voz.

—Me encuentro bien —protestó Richard.

—No se trata sólo de ti. ¿Has visto a Stephen hoy?

Richard se sintió invadido por una sensación de culpabilidad. Últimamente había estado tan ocupado que apenas había tenido tiempo para los problemas domésticos. Habían transcurrido tres semanas desde el accidente con la máquina de segar. La primera de aquellas semanas la había pasado reparando la cosechadora con las escasas herramientas de que disponía. Luego volvió a dedicarse a segar su hierba y la de los McGowan. Pero la tarea se había visto retrasada por las molestias que empezó a experimentar en los pies.

Cojeó penosamente hasta el dormitorio y examinó a Stephen, que yacía muy quieto en su cuna.

—Estoy convencida de que no se encuentra bien —dijo Sandra—. Está demasiado quieto, llorando un poco de cuando en cuando... y no come absolutamente nada. Tengo la impresión de que en esta casa hay algo anormal...

—Tonterías —dijo Richard. Pero estaba preocupado. Stephen se había desarrollado normalmente durante las tres primeras semanas, a pesar de su color

amarillento. Al menos aumentaba visiblemente de peso. Ahora, estaba adelgazando —. De acuerdo, llama al médico. Puede echarle un vistazo a mis pies al mismo tiempo.

Sandra desapareció. No tardó en regresar, con aspecto alarmado.

—No puedo localizar al médico —dijo—. Ni a nadie. La radio no funciona. Hace unos ruidos muy raros.

Aquello era grave. Sin la radio, estaban completamente aislados del mundo exterior, sin posibilidad de recibir ayuda, en el supuesto de que la necesitaran. Richard se dirigió apresuradamente al pequeño salón y se instaló delante del aparato, haciendo girar lentamente el disco de sintonización, escuchando con la mayor atención.

Súbitamente, del altavoz brotó un chorro de música: un extraño y rítmico percutir, como el rápido latido de un reloj, acompañado por un hablar febril, chillón. ¿O acaso lo que él tomaba por voces era el sonido de unos agudos instrumentos?

—Suenan como una de aquellas antiguas orquestas de instrumentos de metal —aventuró Sandra.

—No es normal.

Richard notó repentinamente una sensación de vacío en el estómago. Sus pulmones parecían haberse pegado a su corazón. El sonido que brotaba de la radio no era normal. Ningún disco terrestre podía sonar de aquel modo.

Bruscamente, el sonido se interrumpió. Pero en vez de oírse la voz de un locutor, resonaron unos estridentes chirridos, que subían y bajaban de tono.

—Algo les ha pasado —dijo Richard lentamente.

—¿Te refieres a algo como... una invasión?

Sandra experimentaba un morboso terror por los alienígenas, aunque no había ningún planeta hostil en las proximidades de Jade.

—No lo sé. No, no puede ser eso. Nos habrían advertido, seguramente. ¿Escuchas la radio con frecuencia?

—Casi nunca. No recuerdo siquiera la última vez que la conecté. No tengo tiempo.

—De modo que puede haber ocurrido cualquier cosa sin que nosotros lo sepamos. Mal asunto —Permaneció unos instantes en silencio, pensando—. Probaré de nuevo con la onda corta —dijo finalmente.

Encontró la frecuencia del médico, emitió la señal de llamada y esperó.

La radio gorjeó, hizo una pausa, volvió a gorjear.

—Eso es una voz —dijo Richard—. Pero no sé qué diablos está diciendo. ¿Qué ha pasado, Sandy?

Permaneció con los codos apoyados sobre la mesa, mirando fijamente la radio, desconcertado.

Finalmente, se puso en pie.

—Tengo que ir a ver lo que ha pasado —dijo—. Trataré de encontrar a alguien

que venga a echarle una ojeada a Stephen.

—Pero, la casa más próxima se encuentra a muchas millas de distancia...

—Me llevaré la cosechadora. Creo que podré ir y volver en seis horas —Miró a través de la ventana. El sol se hundía detrás de las colinas, la casa de los McGowan era un puntito negro a lo lejos—. No puedo ir muy aprisa.

—Déjame ver cómo tienes los pies —dijo Sandra. Ahora que habían tomado una decisión, volvió a ella el sentido práctico—. Si algo le ocurriera a la cosechadora, no podrías andar.

Se puso en pie y cruzó la habitación cojeando, en dirección al armario donde guardaban los medicamentos.

—¿También tú? —inquirió Richard—. ¿Te duelen los pies?

—No quería preocuparte, Dick. Ya tienes bastantes quebraderos de cabeza con la cosecha. Pero —Sandra sonrió brevemente—, yo puedo curar tus pies y tú puedes curar los míos. Luego le echaré una mirada a los de Stephen.

—¿Le pasa algo en los pies?

—Esta mañana tenían muy mal aspecto. Le he puesto un poco de pomada. Quítate los zapatos.

Echándose hacia atrás en el sillón, Richard dejó que Sandra le quitara los zapatos, y luego los calcetines.

—¡Cuidado! —dijo Richard, cuando Sandra empezó a quitarle la venda que se había puesto aquella mañana.

Mientras ella trabajaba, la mente de Richard repasó los acontecimientos de las últimas semanas, absurdos en su inconsistencia.

Existía una explicación terriblemente sencilla. Pero su razón se negaba a admitirla, considerándola imposible. Se recordó a sí mismo que no había informado a Sandra de aquella idea debido a su imposibilidad... pero el verdadero motivo de su silencio era que la idea le asustaba mortalmente y no quería asustar también a Sandra.

Era imposible que las diversas regiones de un planeta operasen sobre escalas de tiempo distintas... Pero lo cierto era que sus movimientos se habían hecho más lentos y que sus máquinas se habían convertido en demasiado rápidas para ellos. A pesar de todo, se dijo a sí mismo, era completamente imposible que el tiempo variase de forma en zonas del mismo plano espacial. La idea resultaba contradictoria.

Y, sin embargo, aquellas voces en la radio... Richard hubiese jurado que eran voces humanas emitidas a gran velocidad.

Sandra desenrolló lentamente la venda que cubría su pie izquierdo. Cuando llegó al final, Richard se agarró a los brazos del sillón, con los nudillos blancos, el rostro contraído de dolor, tratando de hablar. Luego cayó hacia atrás, desmayado.

—Lo siento... ¡Oh, Dick! Lo siento...

Sandra contempló con horror la planta del pie izquierdo de Richard. La piel había quedado pegada a la venda, y de la carne viva brotaban millares de diminutos zarcillos en forma de hilos.

Y a pesar de su horror, a pesar del espectáculo de su marido inconsciente delante de ella y del terrible convencimiento de que debajo de su propia carne estaban multiplicándose unas abominaciones semejantes, la sensación predominante en Sandra fue de alivio, al pensar que ahora ninguno de ellos podría abandonar este lugar. Richard, Stephen y ella podrían satisfacer la exigente demanda de su ser que la había poseído durante las últimas semanas como una droga.

Sandra deseaba quitarse las ropas, salir al exterior y sentir los cálidos dedos del sol sobre su hambriento cuerpo.

III

Transcurrieron los días. Richard y Sandra los pasaban al aire libre, olvidada la cosecha, sin entrar en la casa más que para beber interminables vasos de agua. El sol requemaba sus cuerpos cada vez más amarillos, el fresco aire nocturno los enfriaba brevemente antes de que volviera el sol, describiendo un arco a través del cielo... siempre más aprisa.

Stephen mejoraba rápidamente. Permanecía tendido, sin pedir nada, aceptando sorbos de agua a intervalos frecuentes, pero su cuerpo se iba llenando y sus miembros adquirían fortaleza.

Una extraña euforia poseía a la familia sobre la hierba. Ninguno de los tres se movía apenas: cada uno de ellos iba descubriendo que casi no necesitaban respirar. Los lentos pensamientos de Richard se concentraban cada vez más en su sensación de voluptuoso bienestar, con exclusión de todo concepto abstracto. Un día en que el sol era especialmente cálido y agradable después de una noche muy fría que había dejado sus cuerpos salpicados de gotas de rocío como diamantes, Richard había empezado a decirle algo a Sandra y ésta se había vuelto hacia él para escuchar. Richard había pronunciado un par de palabras antes de darse cuenta de que sus palabras carecían ya de importancia... y de que de todos modos volvía a ser de noche y el fresco rocío no tardaría en caer.

Sus pies habían mejorado mucho. No estaban ya en carne viva ni le dolían, a pesar de que los zarcillos seguían allí, como un millar de hilos blancos brotando de las plantas.

Richard tuvo consciencia de un vago anhelo que era incapaz de expresar con palabras, y miró a Sandra, la cual le devolvió la mirada. Y Richard supo que le había comprendido.

Pero ahora no podía obligar a su cuerpo a moverse para que le llevara al interior de la casa para beber agua, de modo que permaneció tumbado notando que aumentaba su deseo de beber. Y luego, lentamente, penetró en él el conocimiento de que existía otro modo mejor de satisfacer su sed.

Stephen fue el primero en moverse. Su mente infantil no estaba mediatizada por la costumbre de muchos años y, en consecuencia, podía adaptarse con más facilidad a las nuevas circunstancias. Rodó lentamente hacia el borde de su manta mientras sus padres le contemplaban. Su pequeño cuerpo, ahora sobre la hierba, asumió una posición fetal y, con las rodillas pegadas a la barbilla rodó de nuevo, arrodillándose y finalmente quedándose agachado, con los pies pegados al suelo y sus cortos brazos rodeando sus rodillas.

El instinto se despertó también en Richard. Se incorporó lentamente hasta que sus pies se apoyaron completamente en el suelo. Al principio se sintió inseguro. Pero

cuando los zarcillos de sus pies absorbieron la humedad del suelo y el líquido ascendió a su cuerpo, satisfaciendo la necesidad que le había apremiado durante los últimos días, se sintió invadido por una sensación de profundo bienestar.

Enfrente de él, Sandra, también de pie, le miraba tranquilamente.

Al cabo de un largo rato Richard cerró los ojos. Su último recuerdo consciente fue el del viento en los cabellos de Sandra, y conservó aquel recuerdo mientras se deslizaba apaciblemente en la semisoñolienta inmortalidad de Jade.

Lentamente, muy lentamente, adquirió consciencia de que estaba tendido en posición horizontal entre un par de sábanas, y de que llevaba un pijama. Se sentía cansado, mortalmente cansado, pero algo en su sistema le impulsaba a una vigilia artificial, cuando lo único que deseaba era dormir.

—Despierte, Richard.

La voz resonó a su alrededor, tan próxima que podía haber estado dentro de su propio cerebro. La voz, lo mismo que el impulso para que se mantuviera despierto, era artificial. No brotaba a través de alguna volición de su propia conciencia; llegaba hasta él, mecánica y metálica, desde una fuente exterior. Richard no quería la voz, de modo que conservó los ojos cerrados y deseó que se alejara. Pero, paulatinamente, la fuerza de su propia voluntad se intensificó, a medida que su estado de vigilia se hacía más definido. Se encontró a sí mismo odiando la voz con una violencia que le impedía seguir durmiendo. Abrió los ojos.

—Despierte, Richard.

La voz procedía de una especie de caja próxima a sus ojos. Richard la contempló fijamente, encontrándola vagamente familiar, con los dos carretes de cinta girando en la parte superior.

Por último se dio cuenta de que estaba tendido de costado y mirando un magnetófono colocado sobre la mesilla de noche, al lado de la cama. Extendió su campo de visión y vio paredes blancas y un techo y una puerta que oscilaban extrañamente. Encima de él colgaba una botella llena de un líquido oscuro. Sangre. De la botella colgaba a su vez un delgado tubo que desaparecía debajo de las mantas de su cama. Mientras contemplaba la botella, el nivel de la sangre descendió rápidamente, hasta que la botella quedó vacía. Richard cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la botella estaba de nuevo llena. Bruscamente, la habitación quedó a oscuras y no pudo ver nada más.

Cuando volvieron a encenderse las luces, poco después, el magnetófono había cambiado de posición. La voz que brotaba de él también había cambiado ligeramente.

—Me alegro de que se haya despertado. En primer lugar, quiero que sepa que su esposa y su hijo se encuentran perfectamente. Está usted en el Centro de Rehabilitación de la Tierra, y le hablo a través de esta máquina porque en estos momentos no comprende usted el lenguaje normal. Soy el doctor Svenson, y de cuando en cuando me siento a su lado, en la silla que verá al lado de la cama.

Richard vio la silla y vio también que estaba en movimiento casi continuo. De cuando en cuando le parecía distinguir una figura semitransparente sentada en ella.

—No puedo verle bien —dijo Richard, dirigiéndose al fantasma.

Un lento temor empezaba a inundarle, arrancándole de su letargo.

—Eso se debe a que no estoy siempre aquí —replicó el magnetófono—. El tiempo se ha acelerado para usted. Cuando usted habla, tengo que volver a pasar sus palabras a gran velocidad, luego grabar mi respuesta y pasársela lentamente... aunque supongo que no nota usted el retraso.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy tendido aquí?

Se sentía completamente desconectado de la humanidad, terriblemente solo.

—No mucho, de acuerdo con su idea del tiempo —respondió evasivamente la voz—. Esas cosas son relativas. Ha pasado usted por un mal trance. Ahora se encuentra bajo tratamiento intensivo y durante algún tiempo se sentirá muy débil. Ha tenido usted suerte. Ha sido tratado a tiempo. Otros no fueron tan afortunados... Buenas tardes, Mr. Roberts (débilmente) Buenas tardes, doctor. ¿Cómo están los pacientes (de nuevo en voz alta) Se recuperan muy bien.

El magnetófono parecía estar sosteniendo una conversación consigo mismo.

Luego, la voz cambió y Richard reconoció el tono jovial del padre de Sandra.

—¿Cómo te sientes, Richard? Menos mal que se nos ocurrió haceros una visita en ese maldito planeta. Os encontramos a tiempo. Nos quedamos de piedra, desde luego, al veros allí de pie como estatuas... Siempre dije que aquel lugar tenía algo raro. De todos modos, os sacamos de allí rápidamente. Y hemos presentado una querrela contra la Compañía de Explotación. Les ha sentado como un tiro...

Richard dejó de escuchar.

Durante el resto de mi vida tendré que oír que nos ha salvado la vida, a Sandra, al niño y a mí...

Experimentó un súbito anhelo de encontrarse de nuevo en Jade, tumbado al sol con Sandra y Stephen, sin ningún problema. Sus sentidos volvieron a captar la voz de su suegro.

—... un gran fraude. La gente compraba sus granjas sin saber que el planeta no era apto para la vida animal. Siempre he dicho que hay que mirar donde se pisa...

Afortunadamente, volvió a resonar la voz del Dr. Svenson, y Richard, que había vuelto a sumirse en un estado de apatía, realizó un gran esfuerzo para comunicarse con él.

—¿Qué tenía Jade de malo? —inquirió.

—¿Ha oído lo que ha dicho su suegro, que el planeta no es apto para la vida animal? Es verdad, y la Compañía de Explotación debió darse cuenta inmediatamente, al no encontrar ningún animal en el curso de sus primeros reconocimientos. Yo no soy bio-ecólogo, pero me han dicho que el problema de Jade tiene algo que ver con la rígida composición de las moléculas orgánicas básicas, las cuales no se desintegran al ser ingeridas por el sistema humano. De modo que al

ingerir esas moléculas en forma de alimento, las células del cuerpo humano son reemplazadas gradualmente por células típicas de Jade, de composición fundamentalmente vegetal. Los movimientos del cuerpo humano se hacen más lentos, lo mismo que las ideas, en tanto que las máquinas parecen moverse con excesiva rapidez. El proceso se acelera rápidamente. Pero el efecto más interesante se produce en la fase final, cuando la alimentación tiene lugar por fotosíntesis. Llega un momento en que la nutrición se obtiene exclusivamente de los rayos solares. Entonces empieza a cambiar la estructura del cuerpo, y aparecen raíces en los pies, exigiendo ser enterradas en suelo húmedo...

Richard luchó con sus rígidos músculos, tratando de moverse.

—Quiero ver a mi esposa y a mi hijo —murmuró débilmente.

—¡Estupendo! —dijo el doctor Svenson—. No deje de pensar, no deje de hablar. Y, sobre todo, procure moverse. Nosotros no podemos someterle a unos ejercicios adecuados, debido al estado de sus músculos: sólo usted puede ayudarse a sí mismo. Lo único que podemos hacer es mantener en movimiento su corriente sanguínea, y administrarle anticoagulantes en dosis masivas. ¿Quiere ver a su esposa y a su hijo? Vuélvase. Sin ayuda de nadie.

Richard hizo girar su cuerpo pulgada a pulgada, hasta quedar boca arriba. A continuación volvió, lentamente la cabeza, luchando contra la rigidez de los músculos del cuello. Al cabo de un espacio de tiempo que le pareció interminable, vio a Sandra que le miraba desde la cama contigua.

—Hola, Dick —susurró Sandra, esforzándose por sonreír.

Y Richard la comprendió sin necesidad de una máquina de traducción. Habló con ella y ya no se sintió solo. Llegó la noche y pasó. Y pasaron otras en rápida sucesión, y los cabellos de Sandra volvían a ser castaños y el color amarillento se estaba borrando de su piel.

Al contemplarla tendida en la cama de hierro de la habitación rectangular, Richard recordó claramente la última vez que la había visto, de pie, en frente de él, en Jade, con Stephen agachado a sus pies, inmóvil. Veía de nuevo la esbelta forma de su cuerpo, la serena e inmutable expresión de su rostro, el ocasional ondear de sus cabellos agitados por la brisa... y el doloroso recuerdo de aquella escena intemporal le hizo experimentar la sensación de que había perdido algo.

Pero más allá del verde sedoso de los cabellos de Sandra pudo ver los cuatro árboles que se erguían delante de la casa contigua a la suya. Y entonces supo a ciencia cierta lo que había sido de los McGowan.

Y la encantadora sonrisa en el rostro de Sandra mientras yacía en el lecho del hospital le dijo que la inmortalidad tenía sus inconvenientes.

La última vez en derredor

Arthur Sellings

Arthur Sellings murió en 1968, y el siguiente relato puede haber sido el último de sus manuscritos publicados después de su muerte; si es así, el título encaja por partida doble. El relato toma dos ideas familiares en el campo de la ciencia-ficción y las une para darle un nuevo giro a un viejo problema.

I

Señaló el regreso a doce años luz de distancia, al alcanzar la velocidad punta. Las computadoras de la estación Tierra —cuando finalmente recibieran su mensaje— calcularían el momento de su llegada con un margen de error de cuarenta y ocho horas. Lo integraban por la forma de la señal y por medio de una especie de paralelaje. La combadura del continuo alrededor de una nave que viajaba a una velocidad aproximada a la de la luz proporcionaba una doble imagen.

Las computadoras invertirían una semana en las comprobaciones y recomprobaciones. Luego, la cinta pasaría a los bancos de tráfico para empezar a reajustar los vuelos locales con seis meses de anticipación, a fin de dejar el campo — y el espacio— despejado para su llegada. Su nave «reaparecería» fuera de la eclíptica; pero una nave DCP —direct continuum propulsion— requería mucho espacio. Y lo obtenía.

Pasó de la noche permanente a la noche transitoria de su planeta natal. Pero Sheppard Field estaba más brillante que el día. Las luces disminuyeron de intensidad mientras aterrizaba. Como siempre. Se había convertido en una especie de saludo. En realidad, se trataba de un gesto publicitario de la Compañía, para permitir que se vieran mejor los extraños fuegos que rodeaban a una nave DCP en el momento de tomar tierra.

Terminada la maniobra de aterrizaje, abrió la compuerta y descendió. La batería de luces recobró todo su esplendor. Los rostros eran una mancha blanca más allá del perímetro de la verja. El leve y lejano ruido podía haber sido de alegre saludo. Probablemente lo era.

Los periodistas se arracimaron. Unos guardianes uniformados les mantuvieron a raya para dejar paso a una figura que se acercaba con el paso decidido de un hombre bajito dispuesto a demostrar que podía andar con tanta rapidez como un hombre alto. Y, por implicación, hacer cualquier otra cosa. Extendió una mano. Los flashes relampaguearon.

—¿Grant?

Grant sonrió para sus adentros ante el tono de interrogación. Pero, después de todo, aquel hombre del traje malva y él no se conocían.

—Soy Bassick, Jefe del Programa de Vuelos. ¿Ha tenido un buen viaje?

—¿Bueno? —Ahora, Grant se permitió sonreír—. Eso depende de lo que sus analistas extraigan de los datos que he traído. No falta cantidad, al menos. Cuando terminé, no quedaba mucho espacio en los bancos.

Bassick asintió alegremente.

—También hay algunos especímenes físicos que pueden encontrar interesantes.

—¿Artefactos?

Las comisuras de la boca de Bassick se fruncieron ligeramente mientras Grant sacudía la cabeza.

—Muestras minerales, en su mayor parte. Pequeña vida. Sorprendentemente pequeña. El planeta es bastante agradable. Todo parece a punto para una ecología muy rica... y no estaba allí. Pero he incluido numerosos datos acerca de ese extremo.

—Bueno, incluso las negativas pueden ser útiles para alguien —Bassick se volvió hacia los periodistas—. Bueno, muchachos, ya le habéis visto. Y tenéis el sobre de la Compañía. Concededle un respiro, ¿eh? Ha estado viajando catorce años para llegar aquí —Estalló una carcajada. La broma no era tan familiar para ellos, una nueva generación, como para Grant—. La conferencia de prensa se celebrará mañana, como estaba previsto, a las tres de la tarde.

Los periodistas se dispersaron sin dar muestras de malhumor, y los fotógrafos volvieron a despacharse a su gusto mientras Bassick acompañaba a Grant al Bloque de Personal.

—Había un automóvil preparado —dijo Bassick—. Pero pensé que le gustaría estirar sus piernas sobre el planeta.

Utilizaba el léxico de un hombre del espacio con la deliberada untuosidad del hombre atado a la tierra. Grant decidió que Bassick no le gustaba demasiado.

—¿Qué le pasó a Goodman?

El otro se limitó a levantar hacia él la máscara de pesar de un miembro de la Compañía.

—Murió hace once años. El corazón. Le llevaron rápidamente a Recambios, desde luego, pero el nuevo no funcionó. Yo estaba a su lado. Y creo que él no deseaba un nuevo corazón.

Aquello era más que probable, pensó Grant. Goodman siempre se había jactado de sus aptitudes físicas. Un hombre independiente en un mundo que cada vez dependía más de las ayudas artificiales. Traicionado por un cuerpo, no hubiera querido empezar a confiar en otro.

—Creí que su hijo estaba en línea para sustituirle. El joven... Paul, ¿no es eso?

—Lo estaba. Pero dejó la Compañía. Creo que ahora forma parte del equipo de algún planeta-interior.

—¿Y mis... retoños?

Grant pronunció la palabra irónicamente. A uno de ellos no le había visto nunca; al otro no le veía desde la época de adiestramiento, hacía doscientos años, en tiempo de la Tierra.

—Kroll se está portando muy bien. Hazlitt fue dejado en tierra después de su último viaje. Le reemplazó un joven llamado Ebsen. Una lástima, lo de Hazlitt. Sólo le faltaba realizar un viaje. Pero ha salido adelante. Compró una granja en el Brasil.

Anduvieron unos pasos en silencio.

—¿Tiene usted algún plan? —inquirió finalmente Bassick.

—¿Se refiere usted a si fallo en la revisión médica?

—Es su último viaje, también. Pero no me refería a eso. Tiene usted muy buen aspecto. Quise decir, después de su última misión.

—Tendré tiempo suficiente para pensar en eso. Pero no me veo a mí mismo atendiendo una granja en el Brasil ni en cualquier otra parte... —El rostro de Grant se contrajo en una sonrisa sardónica—. Tal vez compre una pequeña línea espacial y me dedique a hacerle la competencia a la compañía.

Pero, a pesar de aquella broma, sentía un poco de miedo cuando entraron en Personal. Un contrato interrumpido afectaba seriamente a las finanzas de un hombre. Se trataba de algo contra lo cual no podía uno asegurarse. Con la enorme inversión que significaba para la Compañía una nave DCP y su piloto —y el tiempo que tenía que transcurrir para que se obtuvieran los primeros beneficios—, la estructura del pago era bastante lógica, con sus cláusulas punitivas si el piloto no cumplía el contrato en su totalidad.

Ello convertía esta vida, inevitablemente, en un juego de azar. No, irónicamente, en el espacio —los instrumentos minimizaban el riesgo allí—, sino aquí, a lo que un hombre regresaba. Cuando él había empezado su carrera, solían preguntarle en broma si encontraría algo a su regreso. Los vuelos estelares se habían iniciado coincidiendo con el cenit de la capacidad tecnológica del hombre para destruirse a sí mismo y a su planeta. Pero las cosas se habían normalizado en los dos últimos siglos. A cada regreso, el mundo parecía más loco en la superficie pero mucho más cuerdo debajo de ella, donde realmente importaba.

Se sintió enojado consigo mismo al encontrarse pensando en el aspecto monetario. No había sido el dinero lo que le había atraído. Hacen falta motivos más complejos para arrastrar a un hombre a una carrera como aquella. Había entregado los años centrales de su vida a una existencia discontinua, aislado de todos los demás... por el tiempo más que por el espacio. Los psiquiatras de la Compañía tenían que ahondar mucho en un hombre para encontrar aquel deseo. Buscaban una especie de idealista, un tipo particular de solitario. Los candidatos no escaseaban, en este aspecto, aunque la necesidad de una perfecta adecuación física eliminaba a la inmensa mayoría de ellos. Un doctorado en ciencias obtenido a una edad lo bastante temprana como para permitir que el candidato completara un programa de

adiestramiento exhaustivo y especializado antes de cumplir los veinticinco años era otra calificación que reducía el número de candidatos a poco más de los que la Compañía necesitaba. Que eran dos cuando Grant empezó.

Incluso ahora sólo había naves. Era un negocio caro para una Compañía. Y podía ser un mal negocio para un hombre que llegaba a un mundo de tiempo normal y de imprevisible futuro.

Unos cuantos hombres del servicio interior, impecablemente azules, se hallaban esparcidos por el salón de recepción. Alzaron los ojos de sus bebidas al ver el uniforme verde-salvia de Grant; algunos agitaron la mano a modo de saludo. En sus miradas había la mezcla habitual —no cambia con las generaciones— de envidia y de resentimiento, como si Grant, o, para ser más exactos, lo que Grant representaba, tuviera la culpa de la frustración de sus propias vidas.

Grant devolvió los saludos sin el menor entusiasmo —la suya era una camaradería que nunca podría compartir— y siguió el camino familiar hacia la Sección Médica. Le estaban esperando.

Salió dos horas más tarde con un certificado positivo, que da innecesaria la segunda revisión a que tenía derecho si estaba conforme con los resultados de la primera. Bassick estaba esperando fuera.

—Le he reservado una habitación en el «Venus».

—¿Qué es eso? Suena a meublé de lujo... ¿Qué ha pasado al «Universo»?

—Lo derribaron hace veinte años; había quedado un poco Licuado. El «Venus» es el más moderno y el mejor de la dad —Bassick se pasó una mano por sus cortos cabellos—. El otro servicio que usted... ejem... mencionó de pala, también es asequible. Y también es el mejor de la ciudad.

Grant hizo una mueca.

—Bueno, eso es algo a lo que uno tiene que volver a acostumbrarse. De momento, lo único que deseo es una comida verdad, una botella cíe vino de verdad y una cama de verdad. Para mí solo.

II

Una hora antes de la conferencia de prensa tuvieron el desfile en el hotel. La habitual serie de hechos y cifras, películas en estéreo, comentarios extraídos de un centenar de películas y documentales... y modelos exhibiendo la moda local.

El esquema de reclamación del Sahara estaba ahora completado. El monorraíl trans-Australia había sido inaugurado, a tercera generación había nacido en Costeaupolis, bajo Mediterráneo, incluyendo un niño con lo que unos excitados científicos habían calificado de agallas embrionarias y nos decían que se trataba de simples accidentes. Un hombre había descendido a la Mancha Roja de Júpiter y había salido.

El interés por el transplante de órganos no parecía haber caído desde la última vez, a pesar del hecho de que sólo permitía una extensión marginal de la duración normal de la vida. No hacía más que garantizar que la mayoría de la gente la alcanzaría. Esta vez, lo más nuevo era una operación practicada a un multimillonario indonesio; el hecho de que no hubiera sobrevivido más de seis meses se atribuía a una hiperexcitación más que a algo orgánico.

Los robots humanoides de tipo comercial estaban en un rincón. Habían estado en aquel mismo rincón treinta años antes.

Las faldas, si podía dárseles este nombre, habían vuelto a la longitud —o a la brevedad— de la segunda mitad del siglo Xx. Se llevaban con ligas, lo cual resultaba espantoso a los ojos de Grant. El efecto no mejoró cuando una modelo puso en marcha una radio miniaturizada en las suyas.

Pero hizo todo lo que estuvo a su alcance para mostrarse cortés con los periodistas que acudieron a la conferencia de prensa de las tres de la tarde. Era una rutina que cada vez le resultaba más fastidiosa, pero la Compañía opinaba que eran buenas Relaciones Públicas.

Sí, la moda actual para mujeres era muy femenina. Le gustaba el estilo de traje color malva para hombres, aunque no pensaba comprarse ninguno durante este permiso. Tenía suficientes trajes. Algunos de ellos podrían parecer anticuados, pero siempre encontraría en su guardarropía algo como lo que ahora llevaba —chaqueta y pantalones oscuros— que no llamaría demasiado la atención.

¿Llegarían a sustituir los robots a los hombres en las naves espaciales? Tal vez, aunque él no lo vería personalmente. Una nave espacial era en la actualidad rebotica en un noventa por ciento, aunque no se trataba de robots de forma humanoide. Pero necesitaba aún un hombre para controlar, para iniciar, para improvisar.

No podía comentar lo de las agallas: no era su especialidad. Una raza primitiva que había encontrado en Próxima Centauri Dos parecía en trance de renunciar a la lucha en tierra firme y retornar a una vida acuática. Pero eso había ocurrido hacía doscientos años. El mismo chiste malo de siempre. Las mismas risas de siempre.

Por un instante, Grant tuvo la impresión —y no era la primera vez que le ocurría— de que era un visitante en un país extranjero.

Éste ha sido su séptimo viaje, Capitán, El próximo completará el número, ¿no es cierto?

Bueno, sí. El número no. Lo que cuenta es el plazo: veinte años. Los viajes van haciéndose más largos a medida que ensanchamos nuestras fronteras. Mi sucesor tendrá que hacer menos viajes o firmar por un plazo más largo.

Se volvió hacia Bassick, el cual se encogió de hombros como queriendo dar a entender que la cuestión no era de su competencia.

¿Llegaría a haber verdaderas fronteras allí, hombres colonizando? Respondió sinceramente que sí, aunque a veces tenía dudas. Pero no vivirán ustedes lo suficiente para verlo. Ni siquiera yo. Las mismas risas, esta vez un poco forzadas, el resentimiento de los que estaban atados al tiempo contra aquella élite de hombres que duraban siglos. Pero, ¿cuántos de ellos, puestos a elegir, habrían hecho lo mismo que él hizo doscientos años antes?

No, todavía ignoro cuál será mi última misión. ¿Después de retirarme? No lo he decidido. ¿Un planeta interior? Lo dudo. ¿Mis planes para este permiso? ¿Familia? No, no tengo familia (lo cual no era completamente cierto, se confesó a sí mismo con un sobresalto, aunque podía pasar por tal). Ni pueblo natal: fue inundado para la construcción de una presa hace un siglo. No, me limitaré a vagar por ahí, tratando de reconciliarme con el mundo. ¿Alguna pregunta más?

Ninguna.

Cuando se disponían a marcharse entró una figura familiar, identificable inmediatamente incluso en un traje de color púrpura. Los miembros de la firma Vandeleer & Vandeleer eran inconfundibles. Llevaban todos los asuntos legales de la Deep Space Incorporated. Grant estrechó su mano.

—¿El octavo? —inquirió cortésmente.

—El noveno.

Grant sonrió lastimosamente.

—Creo que la memoria empieza a fallarme.

—No es eso. Mi padre murió. Trágicamente. Sólo tenía veintiocho años. El Clipper Transmundial chocó con un carguero sobre el Cáucaso.

—Lo siento mucho. Y siento no haberle conocido. Debí darme cuenta. Mi primera impresión fue la de que usted era demasiado joven.

—Trato de disimularlo —rió Richard Vandeleer IX—. Su expediente me ha dado unos cuantos cabellos grises prematuros durante los últimos tres años.

La estancia estaba ahora vacía. El último en marcharse había sido Bassick, que se llevó el carrito con las bebidas.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, primero se produjo la devaluación.

—¿Devaluación? ¿Contra qué? Estaba convencido de que teníamos una moneda mundial integrada...

—Contra el oro. La integración trae sus problemas. Hay que tener algún standard.

—Parece un poco primitivo, a estas alturas. ¿He perdido mucho?

El otro sonrió.

—Pude haberme cogido los dedos, debido a mi inexperiencia, pero no olvide que llevo la sangre de los Vandeleer. Tuve una corazonada y compré Eurasian Gold Preferred tres meses antes de que devaluaran. Ganó usted dinero. No resultó tan fácil con la revisión de impuestos que llevaron a cabo inmediatamente después. Trataban de racionalizar la situación impositiva de la gente del planeta interior. Algunos se enfrentaron con un doble impuesto. Se dieron casos de personas cuyos impuestos ascendían al doble de sus ingresos.

»No entraré en detalles técnicos, pero la revisión habría significado para usted perder todos sus beneficios fiscales aquí, sin ganarlos en ninguna otra parte. No deseo sobrevalorar mis esfuerzos, pero fue una tarea ardua. Cuando la máquina dispone las cosas para una minoría de cincuenta mil, no quiere ser molestada con enmiendas para acomodar a una minoría aún más pequeña de tres.

—Especialmente —comentó Grant—, si esa minoría se encuentra raramente en casa en época de elecciones.

—Exacto. La cosa requiere tiempo y cierto grado de...

—¿Habilidad?

—Llamémoslo programación. Una programación más bien cara. Obtener las preguntas adecuadas y situarlas en el momento adecuado en los lugares adecuados. Yo estaba dispuesto a luchar hasta el nivel del Tribunal Supremo Mundial, en caso necesario, pero eso hubiese resultado más caro y más lento. De modo que decidí arreglarlo a mi manera, aunque previendo su regreso ha sido una especie de carrera contra el reloj.

Sacó unos documentos de su cartera de mano.

—A pesar de esos gastos, tiene usted medio millón más que hace treinta y dos años. En términos reales, teniendo en cuenta el inevitable aumento del coste de la vida, ha ganado usted diecisiete coma dos puntos. No es mucho, temo, para un período tan largo, pero en vista...

Grant le interrumpió:

—Lo ha hecho usted muy bien. Estoy satisfecho.

El otro era lo bastante joven como para no disimular el alivio que experimentaba.

—Aquí hay unos documentos para que los firme.

Le tendió una pluma a Grant, el cual firmó los documentos sin leerlos. Confiaba en la firma Vandeleer. Antes de entregarle el último de los documentos, Richard mostró una leve vacilación.

—Éste... debí decírselo antes —Era evidente que estaba pasando un mal rato—. Puedo manejar los asuntos financieros. Pero me falta experiencia en lo que atañe a los

detalles personales. Esto es un recibo de los bienes de su único nieto. Murió hace cinco años, sin dejar sucesión.

—Nunca esperé que él dejara sucesión —dijo Grant, con una forzada sonrisa—. ¿Bienes, ha dicho?

—Bueno, unos centenares de dólares, descontados los gastos.

—Eso está al margen del asunto, de todos modos —Cauto la expresión azorada del joven Vandeleer. Era un miembro de una dinastía hermética, en la cual las malquerencias familiares debían ser tabú—. Fue culpa mía. No tengo ningún derecho a mostrarme duro. No tema, no repetiré el error.

¿Un error? Podía ser verdad, pero no era toda la verdad.

Había ocurrido durante el permiso entre los viajes cuarto y quinto, y Grant no había comprendido aún lo que le poseyó. Nunca le habían faltado mujeres. No se hacía ilusiones acerca de su físico; sabía que para la mayoría de las mujeres no era más que una experiencia. Un ser extraño, enigmático, de pupilas muy negras en unos ojos de un blanco esmerilado, de cabellos casi tan blancos contrastando con un bronceado de la piel que imprimía la radiación del espacio exterior. Sabía que para ellas era un simple capricho, y lo prefería así. Vivida la experiencia, la mayoría de mujeres se alejaban de su lado, sin pedir nada a cambio.

Quedaban las cazadoras de dinero, desde luego, atraídas por los artículos periodísticos acerca de la riqueza de los hombres de la DCP. Pero las cazadoras de dinero utilizaban abogados, los cuales no tardaban en descubrir que aquella riqueza era más potencial que real. Las cláusulas punitivas aseguraban a la Compañía la parte del león hasta el día que quedaba completado el servicio y se firmaban los documentos de cancelación. Además, ninguna maquinación podía desposeer de su dinero a un hombre que estaba destinado a sobrevivir a todas las posibles cazadoras.

Helen no pertenecía a ninguna de las dos categorías. No había exigido nada... pero ese mismo hecho la había convertido en más exigente, porque estaba irremediabilmente enamorada de él. Había despertado en él la peor cosa posible para un hombre en su situación: el sentido de responsabilidad hacia otra persona. Y Grant había terminado por convencerse a sí mismo de que también amaba a Helen. Se habían casado en una aldea de los Castkills.

Una semana más tarde la Compañía le cablegrafió la noticia de su próxima misión. Un largo viaje: más largo que cualquiera de los que había realizado hasta entonces. Una decisión de la Compañía, nacida de reuniones en salas de conferencias, estados de cuentas y factores temporales, le había enviado al espacio exterior por un período de cuarenta años.

Había regresado junto a una Helen de sesenta y siete años, con un hijo al que ella había tratado de modelar a imagen y semejanza de su padre, preparándole para que pudiera dedicarse a la misma profesión. El hijo había tenido tres fallos; a los cuarenta años era un ser amargado, más viejo de hecho que su padre, que pintaba unos cuadros

malísimos en un intento de hacerse perdonar el vivir a costa de la renta que Grant había establecido para su esposa.

Aquello hubiese sido soportable. Ningún hombre puede estar seguro de su proge. Lo peor fue lo de Helen.

Grant estaba preparado para encontrarla envejecida; lealmente dispuesto a poner todos los medios a su alcance para hacerla feliz, para compensarla por la existencia anormal a que la había condenado. No estaba preparado para encontrar a una Helen decidida absurdamente a pretender que el tiempo se había parado. Una Helen que utilizaba todos los artificios de la cirugía estética del siglo XXII, que se exhibía grotescamente delante de él, para despertar su deseo, con unas negligés que a él le dejaban frío.

Aquello —la contradicción entre la absurda pretensión de Helen de dar marcha atrás al reloj y su necesidad de recurrir a las modas más recientes para sentirse joven — simbolizaba el insondable abismo que se había abierto entre ellos. Aquello, más que el cuerpo viejo detrás de la fachada cosmética, los gestos afectados e implorantes, le había alejado de ella.

Ahora, el error estaba largamente superado. Pero, al recordarlo, Grant revivió el antiguo dolor y mientras firmaba el documento se sintió como un verdugo.

—Bueno, si no queda nada más pendiente, vamos abajo a echar un trago. Es usted lo bastante viejo para beber, ¿verdad?

Richard Vandeleer IX alzó la mirada de la cremallera de su cartera de mano.

—Póngame a prueba.

Dos vasos más tarde el humor de Grant no había mejorado. El ambiente no era el más favorable para ello, con las luces fluorescentes cambiando continuamente de color y de forma sobre las paredes del enorme bar. Aquello podía ser el último grito en decoración, pero no facilitaba el descanso de unos ojos que no habían dispuesto de varias décadas para acostumbrarse paulatinamente a ello.

Pero lo que le preocupaba no era el presente... y no estaba seguro de si su preocupación era por el pasado o por el futuro. Dentro de treinta a cuarenta años —en tiempo terrestre; dos o tres de los suyos— se quedaría permanentemente en la Tierra. La comparación que se le había ocurrido durante la conferencia de prensa —que era un extraño en un país extranjero— volvió a asaltarle. Se pueden pasar unas vacaciones de unos cuantos meses en un país extranjero y divertirse con sus costumbres distintas, con lo incomprensible de su idioma.

Pero, ¿instalarse allí?

Apuró el contenido de su vaso. Existía una respuesta a la sensación, si no al problema final: la antigua respuesta de inoculación, una dosis más pequeña de la enfermedad más importante. Grant hizo chasquear sus dedos llamando a un camarero. Éste se acercó rápidamente.

—Un nomenclátor —le dijo Grant.

El camarero parpadeó.

—Lo siento, señor. Si es algún tipo de bebida nueva... o muy antigua, temo que... ¡Oh! ¿Un nomenclátor?

Grant asintió.

—Mundial.

—No estoy seguro de que haya uno en el hotel, señor.

Grant sostuvo en alto un billete de cien dólares.

—Búsqueme uno.

El camarero tardó cinco minutos en traerlo. Grant lo abrió al azar. A ciegas, apoyó un dedo sobre la página.

«Biarritz, Departamento de los Bajos Pirineos. Balneario histórico, puesto de moda por los ingleses en el siglo xix. Población...»

Grant levantó la mirada hacia Richard.

Richard le contempló unos instantes en silencio, con evidente simpatía.

—Arreglaré lo del vuelo. Y le buscaré un buen hotel —Apuró el contenido de su vaso—. Forma parte del servicio.

—Es usted un verdadero Vandeleer —le dijo Grant—. Pero voy a pedirle una cosa —Las paredes despedían ahora llamas anaranjadas—. Procure que sea un hotel pequeño.

III

Dos semanas en la ciudad francesa contribuyeron mucho a mejorar su estado de ánimo. El cielo sabe dónde había encontrado Richard el hotel L'Auberge Basque. Era demasiado pequeño para figurar en una guía de viajes: un negocio familiar con doce habitaciones, un pequeño restaurante y un bar todavía más pequeño. El propietario, monsieur Vidal, era un hombre delgado que fumaba cigarrillos franceses negros en una boquilla que siempre aparecía ladeada entre sus dientes. Sólo se separaba de ella para servir —y ayudar a consumir— comidas que no estaban de acuerdo con sus líneas ascéticas.

La posada encajaba perfectamente en la ciudad, que en un mundo internacionalizado seguía conservando un sabor esencialmente francés. Aunque había sido uno de los primeros balnearios internacionales —algunos de los antiguos edificios todavía llevaban nombres ingleses—, la marea sólo la afectó superficialmente. Pocos rascacielos habían arraigado allí.

Era el mes de septiembre y Grant llamaba menos la atención, ya que todo el mundo estaba intensamente bronceado por el sol del verano. En aquel ambiente playero, los atuendos no parecían haber cambiado mucho; no herían la vista como las extravagantes modas de Nueva York. Grant pasaba los días andando sobre las arenas amarillas, contemplando las azules aguas del golfo de Vizcaya y chapuzándose ocasionalmente en ellas. Al atardecer se sentaba en la terraza de algún café, sorbiendo lentamente un Pernod y escuchando antiguas canciones francesas interpretadas por unos jóvenes que llevaban pantalones de pana y se acompañaban a la guitarra. Descubrió que su paladar se iba adaptando al sabor algo acre de los cigarrillos cuyo aroma formaba parte del aire del lugar.

Era una vida apacible, sin más excitación que la de las mesas de ruleta del casino. El mayor juego de azar que eran su vida, su futuro, se hacían más remotos cada día. Hasta...

Regresó a la posada a la hora del almuerzo y tuvo que pasar junto a la mesa de ella para llegar a la suya. Las mesas estaban muy juntas en el pequeño restaurante. Grant dijo: «Pardonnez-moi, madame», en su pésimo francés, y luego, recordando de pronto otra variante del tratamiento, añadió un «m'oiselle» que convirtió la sencilla palabra en algo grotesco.

La dorada cabeza se volvió hacia él. Unos ojos color ámbar se clavaron en los suyos. Unos labios rojos se entreabrieron en una cálida sonrisa.

—Je vous en prie —dijo ella.

En el bar, después de almorzar, sólo quedaba un taburete libre, el contiguo al que ocupaba ella. Grant dijo «C'est libre?», y ella respondió:

—Sea usted bienvenido.

El léxico era norteamericano, pero el acento no podía ser más que inglés.

Ocurrió así, sencillamente.

Fatalmente.

Se llamaba Etta: Etta Waring. Uno de sus antepasados había escrito un Diario de la época que había pasado en Biarritz, antes de la primera Guerra Mundial. Etta acababa de asistir a un Congreso internacional en Barcelona, y la curiosidad la había traído al lugar que tanto sedujo a su antepasado. Era doctora en antropología.

Grant le dijo que también él era doctor, en ciencias físicas. Y ella respondió:

—Eso me recuerda la historia de., ¿Thurber?... uno de nuestros humoristas clásicos... no, Leacock. Era doctor en literatura. Viajaba en un barco, y una rubia despampanante se torció un tobillo. Inmediatamente reclamaron la presencia de un doctor. Leacock se precipitó hacia el camarote de la rubia... para encontrarse con que un doctor en teología le había derrotado por una cabeza.

Rieron juntos y el punto peligroso —hablar de sus ocupaciones— fue superado sin que él tuviera que revelar —u ocultar— la naturaleza exacta de su trabajo.

Nadaron o patinaron sobre las tranquilas aguas de San Juan de Luz a lo largo de la costa... o se limitaron a holgazanear junto al puerto de Bayona, contemplando a los pescadores mientras descargaban su mercancía inmemorial. Fueron unos días enriquecidos por sencillos placeres.

Un día viajaron en el Jaguar de Etta hasta los Pirineos, llenos de frías cascadas y de antiguas aldeas. Pasaron la noche en una aldea, en una posada más pequeña aún que L'Auberge Basque.

Y Grant supo entonces con una terrible certeza que había completado un ciclo: vuelta a los amargos recuerdos, de montañas más humildes que aquellas, de una aldea menos antigua, una posada...

Y esta vez amenazaba con ser incluso más amargo, ya que ahora era incomparablemente más dulce... y esta vez era mutuo. A la hora del desayuno decidió que tenía que hablar con ella. Y en lo que tenía que haber sido una hora de silenciosa intimidad, de pocas palabras, entre croissant, mermelada de cerezas y café con leche, tuvo que introducir el incongruente tema de su trabajo.

Grant apartó su plato a un lado y, a pesar de lo temprano de la hora, encargó coñac. Las cejas de Etta se alzaron ligeramente, pero no hizo ningún comentario. Grant trató de dominar su turbación, sin demasiado éxito.

—¿Sabes... quién soy? —inquirió—. Me refiero a mi trabajo. Tú no...

Etta sonrió cariñosamente.

—¿Quieres decir que si no leo las revistas populares? No, casi nunca. No sabía quién eras. Ahora lo sé. Escribí a mi familia habiéndoles de ti. Espero que no te importe. Y ellos me lo dijeron. Te reconocieron por el nombre y por la descripción que les hice de ti.

—¿Y desapruaban lo nuestro?

—¿Desaprobarlo? ¿Por qué habrían de hacerlo? —volvió a sonreír—. Ten en cuenta que ya no soy una niña. Tengo treinta y tres años.

—Treinta y tres años —murmuró en tono sombrío—. Sí, ya me lo has dicho. Pero desconoces el fondo del asunto, evidentemente, ya que de no ser así no hablarías de él con tanta tranquilidad.

—¿Te refieres al factor tiempo-subjetivo? Lo conozco muy bien.

—Pero ignoras todas sus implicaciones... para nosotros. A menos de que sientas lo mismo que siento yo, claro.

—¿Necesitas preguntarlo?

—Eso es lo único que hemos estado haciendo: formular preguntas. No existe ninguna respuesta, ¿sabes?

—Toda pregunta tiene una respuesta.

—¿Puedes decir eso, siendo una mujer de ciencia?

—Puedo decirlo precisamente porque soy una mujer de ciencia. Con el tiempo. Grant trató de sonreír.

—No vuelvas a mencionar esa palabra.

—¿No podría acompañarte en ese último viaje? Con mi preparación científica, yo...

—Serías un peso muerto. La antropología es lo que menos se necesita, lo que menos rinde desde el punto de vista económico.

—¿Económico? Creí que era un proyecto del gobierno... ¿Quieres decir que es una cosa comercial?

—Hasta ahora, sí. Los gobiernos no están interesados en ello, todavía. El tráfico por el espacio próximo está respaldado por el gobierno. Hay en ello rescoldos de militarismo, de ventaja nacional. Pero ningún gobierno que aprecie su supervivencia puede permitirse el lujo de arriesgarse en el espacio exterior... por ahora.

Era un alivio hablar por un momento de cosas impersonales.

—El Deep Space Incorporated es un proyecto a largo plazo. Tan a largo plazo y tan necesitado de miles de millones de capital, que hasta ahora es la única firma en el negocio, desde hace doscientos años. La Compañía vende los conocimientos que nosotros traemos —a centros de investigación y a otras Compañías—, pero eso no amortiza la mitad de los gastos. La Compañía se fundó con el único objetivo de ser la primera en este campo, con técnicas perfeccionadas, el día que realmente se abra el espacio exterior a la vida comercial. Si es que llega a abrirse. Es una especie de juego de azar... con una puesta de miles de millones, desde luego.

»Lo que nosotros hacemos es extender esas técnicas —y nuestro conocimiento del espacio exterior—, sistema por sistema. Si uno de nosotros descubriera allí una civilización comparable a la nuestra, las rutas del espacio exterior se abrirían inmediatamente. Todo el mundo sabe ahora lo que había detrás de la avidez del hombre por llegar a los planetas: el deseo de encontrar una raza similar a la suya, una piedra de toque. Incluso los restos de una de ellas. Pero no la encontraron. Ni la hemos encontrado nosotros entre las estrellas más próximas. Sólo unas cuantas especies primitivas. Valiosas para los biólogos, pero nada suficientemente

desarrollado desde el punto de vista antropológico...»

Ahora volvía a los asuntos personales. No podía diferirlo por más tiempo.

—Yo mismo soy una carga muerta. Todo lo que va a bordo de una nave DCP está calculado al centavo. Se habla mucho de nuestros fabulosos sueldos, pero si se toma como base el tiempo que invertimos en nuestros viajes resultan ridículos. Lo que ocurre es que se acumulan durante nuestra ausencia. Ni siquiera yo podría permitirme el embarcarme como pasajera...

—¿No podrías dar por terminado tu contrato?

—Desde luego —Le habló brevemente de las cláusulas punitivas—. Significaría tener que empezar de nuevo... con unos cuantos miles de dólares.

—El dinero no es tan importante. Y yo tengo dinero.

—No, el dinero no es importante. Y no es el factor principal en todo esto. Lo es el completar mi misión. No me definiría a mí mismo como un hombre de negocios: los negocios y las Compañías resultan insignificantes vistas desde el espacio. Pero me he comprometido a realizar esta tarea y tengo que llegar hasta el final.

—Lo comprendo —murmuró Etta—. Tampoco yo podría renunciar a mi trabajo... ni siquiera por nosotros.

—En tu caso no sería el mismo lo-toma-o-lo-deja. Podría haber un compromiso. En esto no cabe el compromiso —Golpeó la palma de su mano izquierda con su puño derecho, en un gesto de impotencia—. ¿Por qué ha tenido que ocurrir esto ahora? ¿Antes de mi último viaje?

Etta apoyó una mano en la de Grant.

—Es duro, terriblemente duro. Me enteré hace tres días. Y supe que plantearía dificultades. Pero no he permitido que el saberlo estropeará las cosas.

—Desconocías los hechos en toda su plenitud.

—Te equivocas. Y ahora tampoco permitiré que estropee las cosas.

—Entonces, ¿puedes aceptarlo... aceptas lo nuestro como algo transitorio?

—No será transitorio. ¿Cuánto tiempo estarás fuera? ¿Veinte, treinta años? Estoy preparada...

—No. Ya lo intenté una vez. No funciona. No puede funcionar.

Grant se puso en pie y empezó a recorrer de un lado a otro la pequeña habitación. El sol, moviéndose entre los picachos, envió un repentino chorro de luz a través de las persianas sin echar, inundando de claridad la habitación.

Etta se puso en pie a su vez y se acercó a Grant. Sus cabellos formaban un nimbo dorado sobre su cabeza.

—Entonces, tenemos que limitarnos a aceptarlo —murmuró.

—Eso resulta muy fácil de decir.

—Lo sé, querido. Fácil e inadecuado. Pero, ¿qué otra cosa podemos decir? ¿O hacer? Tenemos recuerdos. ¡Dios mío! ¿Por qué suenan siempre tan a hueco las cosas más sencillas y más verdaderas? —Miró a Grant a los ojos—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Cuatro, cinco semanas. Hablo por mí, claro.

—Entonces, yo también las tendré. Pronto va a empezar el nuevo año académico, pero la Universidad puede prescindir de mí durante unas semanas. Y yo de la Universidad.

Su tono era impertinente, pero sus ojos, al mirar a Grant, estaban llenos de ternura.

Grant la tomó en sus brazos y notó que ella estaba temblando.

—Siempre me había alegrado de regresar al espacio. Cada vez me sentía más forastero en la Tierra. Ahora, voy a sentirme muy solo allí —Rió tristemente—. Es un lugar hermoso e íntimo, pero en él echaré de menos a los que amo...

—Eso es lo que dijo el poeta, exactamente.

—Lo sé. Él se refería a la tumba. Un lugar donde el tiempo tiene una sola dimensión. El único.

—No nos pongamos morbosos —Etta le besó largamente—. Disponemos de mucho tiempo para vivir. Regresemos a la gran ciudad.

Pero estaba abstraída, y durante el camino de regreso permaneció callada, respondiendo con monosílabos cuando Grant se dirigía a ella, conduciendo como una autómatas a lo largo de los angostos caminos montañosos.

Cuando llegaron a Biarritz, Grant encontró un cable esperándole. Estaba seguro de que Etta se había dado cuenta, seguro de que ella sospechaba su contenido, pero no hizo ningún comentario. Una vez en su habitación, lo abrió. Efectuó una simple suma, más simple aún debido a la práctica. Estaría ausente durante treinta y cuatro años terrestres. Dos y medio de los suyos. Podía haber sido peor. Pero cuando él regresara por última vez, tendría cuarenta y cinco años. Etta tendría sesenta y siete. Exactamente la misma edad de Helen, al regreso de su cuarto viaje.

A la mañana siguiente se levantó antes de las ocho. Llamó a la puerta de la habitación de Etta. No obtuvo respuesta. Se encogió de hombros; a pesar de lo temprano de la hora, Etta se habría levantado antes que él y habría bajado a desayunar. Bajó al restaurante y se dirigió a la mesa que habían compartido desde aquella primera noche. Etta no estaba allí. Pero había un sobre cerrado dirigido a Grant.

Se sintió súbitamente vacío. Acercándose a la ventana, apartó los visillos y echó una ojeada al exterior: el automóvil de Etta no estaba aparcado en el lugar de costumbre.

Grant abrió el sobre.

Querido:

He tomado el primer avión para Londres. No sé cuánto tiempo permaneceré allí. Espero que no serán más de quince días. Siento mucho acortar así el tiempo de que disponemos, pero es por una causa justificada, puedes creerme. No puedo decirte

nada más hasta mi regreso... y quizás ni siquiera entonces, si las cosas no salen como espero.

No conquistes a ninguna antropóloga inglesa rubia mientras yo estoy fuera. ¡Ni a ninguna otra! Y, por favor, espérame, querido.

Etta

IV

Los días empezaron a discurrir lentamente. Grant bebía más Pernods que de costumbre, pasaba más tiempo en el casino, descubrió que no podía enfrentarse con el mar. Su soledad le recordaba demasiado el vacío de su propia vida.

Doce días después Etta volvió a presentarse tan bruscamente como se había marchado. Su automóvil estaba aparcado en el lugar de costumbre y ella le esperaba en su mesa cuando llegó Grant, a la hora del almuerzo.

Se miraron unos instantes en silencio. Luego, Etta se puso en pie y se arrojó en brazos de Grant, murmurando:

—¡Cariño! ¡Cariño!

Los franceses que estaban en el comedor sonrieron como han sonreído siempre los franceses ante los enamorados: con tolerancia, con simpatía, los viejos con una leve nostalgia.

—No podemos hablar aquí —dijo Grant—. ¿Has comido algo?

Etta sacudió la cabeza.

—No hubiera podido tragar un solo bocado.

—Tampoco yo podría, ahora.

La llevó a la terraza. Alguien les llevó unos vasos y una botella de Pernod. Grant preparó las bebidas, contemplando el color lechoso que adquiría el anisete mientras le añadía hielo y agua. Luego clavó sus ojos en los de Etta.

—He decidido... no, lo cierto es que no he logrado llegar a una decisión... Eres tú quien ha de decidir. Si quieres, renunciaré a mi contrato. He tenido mucho tiempo para pensarlo mientras has estado fuera. La Compañía no saldrá perjudicada. Siempre tiene un piloto de reserva a punto. Yo...

Etta sacudió la cabeza lentamente.

—No quiero oír hablar de eso. No quise antes y no quiero ahora. Además, querido, ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te marchaste a Londres con tanta prisa?

—Para someterme a una operación ilegal —respondió Etta tranquilamente.

—¿Una... qué?

—Bueno, no es ilegal, exactamente. No está castigada por la ley, todavía. Se trata de una nueva técnica y lleva implícitos numerosos problemas sociales. Y ya sabes que los ingleses siempre nos hemos preocupado mucho por los problemas sociales. Todo el proceso duró cinco días, incluyendo las comprobaciones finales para saber si el resultado había sido positivo. Pero tuve que dedicar la mayor parte de una semana a convencer a los médicos.

—Por favor... déjate de rodeos. ¿Una operación? ¿Qué clase de operación? ¿A qué te has sometido a ti misma?

—Haces que suene como una cosa terrible —sonrió Etta—. Y triste. Pero los motivos que tuve para hacerlo lo justifican todo. Para los médicos, el procedimiento tiene su principal aplicación en la perpetuación de la inteligencia. Resulta irónico que en este caso haya sido utilizado para servir la causa de unos amantes.

—¡Por el amor de Dios! ¡La maldita frialdad inglesa...!

—No resulta fácil de decir. Resumiendo: he dispuesto las cosas para que me encuentres esperándote cuando regreses, sin que los años me hayan cambiado.

Anonadado, Grant recordó a Helen y a sus lamentables esfuerzos para derrotar al tiempo.

—No podrás conseguirlo. Mi ausencia durará treinta y cuatro años.

La sonrisa de Etta se hizo enigmática mientras fingía contar con los dedos.

—Estupendo. Encontrarás a una Etta un poco más joven. Con unos meses menos.

—¿Qué te ha pasado? Estaba seguro de conocerte. Veo que me equivocaba. Ignoraba que pudieras ser tan sádica.

—Lo siento, querido, de veras que lo siento. No soy sádica... sólo un poco tímida. Pero tienes que saberlo: voy a tener un hijo.

—¿Estás...?

—Tranquilízate. Limitate a escuchar con tranquilidad mientras lo repito: voy a tener un hijo.

—Pero...

—Ya te he dicho que se trataba de una nueva técnica. ¿Tengo que entrar en detalles? —Etta suspiró—. Sí, supongo que debo hacerlo.

»Bueno, en realidad no se trata de una nueva técnica; digamos que lo es en lo que respecta a los seres humanos. Fue aplicada por primera vez en la segunda mitad del siglo XX por un equipo de Oxford dirigido por un tal Dr. Gurdon, utilizando ranas en el experimento. Descubrieron que si injertaban el núcleo de una célula corporal ordinaria a un huevo cuyo núcleo habían destruido previamente por medio de una intensa radiación, el huevo se desarrollaba igual que un huevo fecundado. La célula y el huevo tenían que ser del mismo animal. Recientemente, se ha descubierto el modo de practicar la operación con éxito en un ser humano.

Grant no acababa de comprenderlo. Estaba demasiado aturdido. Etta continuó:

—Te he dicho que me encontrarías esperándote. Efectivamente: seré yo, exactamente la misma. Incluso el nombre. Se llamará Etta, naturalmente. Porque será una niña. Ya sabes que ahora no es problema decidir el sexo de un nuevo ser.

La luz se hizo súbitamente cegadora.

—Pero, no serás tú. Para mí lo será, pero...

—Eso es lo único que importa. No podemos volver a conocernos los dos, pero de este modo uno de nosotros podrá hacerlo —Etta sonrió, pero Grant sabía que estaba muy cerca de las lágrimas—. ¿Comprendes lo que quiero decir? Puede ser verdad para uno de nosotros.

—Yo... no encuentro palabras...

—No hacen falta, querido.

—Tengo que encontrarlas. Me siento egoísta, más egoísta de lo que podía suponer que se sintiera un hombre. Te has marchado a hacer... eso, y mientras tú estabas fuera yo no podía llegar a una decisión, excepto a la de dejar que decidieras tú. Me siento como el peor de...

Etta apoyó un dedo en los labios de Grant.

—No, querido. Eres el más maravilloso de los hombres. Y no eres egoísta. La sociedad es egoísta al exigir lo que ha exigido de ti, sin reconocer siquiera la extensión de tu sacrificio. Excepto...

—No —dijo Grant—. No puedes utilizar esa palabra para mí después de lo que has hecho. La que se ha sacrificado eres tú. Yo no...

—Por favor... déjame continuar. Insisto. Excepto tratándote como a una especie de bicho raro: he tenido mucho tiempo, en la clínica, para hojear las revistas populares. Mucho tiempo para darme cuenta de lo que la vida tiene que haber sido para ti. Y esto fortaleció mi decisión. Me alegro de haberlo hecho, me alegro con toda el alma. De modo que no protestes más. Era el único medio. Y ha sido una feliz casualidad que este medio existiera, que yo lo conociera y que estuviera en condiciones de convencer a los que podían utilizarlo conmigo.

—Pero —no, no protesto—, pero, ¿cómo puedes saber que ella va a simpatizar conmigo? Un sacrificio es suficiente. No puedes condenar a una niña a un destino predeterminado... no se puede jugar así con el futuro de un ser humano.

Etta sonrió, pero sus labios temblaban al sonreír.

—No será un juego, querido, sino un sueño a realizar. Ella tendrá una ventaja sobre mí. Yo no sabía, a través de los años que vivía, lo que estaba esperando. Ella lo sabrá. Y se enamorará de ti del mismo modo que me enamoré yo. Porque ella seré yo. No una niña corriente, con todas las complicaciones genéticas de un parentesco compartido, sino mi imagen.

Grant la miró fijamente.

—Pero ella no tendrá tus recuerdos... de nada... de nosotros.

—¿Cómo crees que pasaré el tiempo mientras tú estés fuera? Los conservaré vivos, traspasándolos a mi hija. Mi hija. Es una lástima que no sea nuestra hija. Pero a tu regreso puedes hacer que incluso eso sea verdad.

Etta apartó su rostro de él súbitamente, ocultándolo en la fresca sombra del follaje de la terraza. Pero cuando, al cabo de un largo rato, volvió a mirarle, logró sonreír.

—Y, ¿quién sabe? Es posible que a través de este tipo de reproducción directa pueda transmitirse directamente la memoria. Una parte de mí puede estar esperándote, también. De modo que deja de hablar de sacrificios. Y nos quedan aún recuerdos por acumular. Ni siquiera hemos tocado nuestros vasos. Mira, el hielo casi se ha derretido.

Etta alzó su vaso y esperó, con su rostro ahora completamente sereno, a que Grant levantara el suyo.

El obsequio de Greyspun

Neal Barrett, Jr.

Esta divertida historia de una simpática muchacha llamada Mary Anne Darling, que un día se presenta en su hogar con un alienígena que trata de disfrazarse de ser humano a pesar de tener ocho patas y de comer moscas, es uno de los relatos de ciencia-ficción más deliciosos publicados en 1970. Posee también otras cualidades, como el lector tendrá ocasión de comprobar.

Mary Anne Darling sólo estaba mirando. Pero el minivestido de color rosa era deliciosamente atractivo, y a Big Charlie le gustaría, si dentro de él se encontraba Mary Anne Darling.

Incluso Little Charlie gorgoteó su aprobación.

—Tú eres tan malo como tu padre —le dijo Mary Anne—, y destrozará muchos corazones y harás muy feliz a alguna muchacha. Eres un Escorpión, ¿sabes?

Little Charlie asintió juiciosamente y masticó el cromo de su cochecito.

Mary Anne Darling captó su reflejo en un escaparate vacío. Era una muchacha menuda, sencilla y bonita. No poseía una belleza detonante, como la de las modelos que aparecen en las portadas de las revistas, pero contaba con la aprobación plena y entusiasta de Big Charlie, y esto le bastaba para sentirse feliz.

Se sonrió a sí misma. Aquella mañana, Big Charlie le había dicho que parecía un miembro extraviado de la Convención Anual de Ángeles. Un delicioso requiebro, ¿verdad? Sobre todo, en labios de Big Charlie.

Mary Anne se alisó el pelo y captó una especie de máscara. Luego, por el rabillo del ojo, vio al hombre reflejado en el escaparate.

Mary Anne Darling quedó levemente desconcertada. Dando media vuelta, fingió ocuparse de Little Charlie para poder echar un vistazo.

Estaba al otro lado de la calle, sentado en un banco, solo. Era el hombre más alto y más delgado que había visto nunca. Incluso sentado, era casi tan alto como las personas que pasaban junto a él.

Mary Anne Darling se sintió inundada por un repentino impulso de simpatía. Aquel hombre no encajaba en el cuadro, sencillamente. La Quinta Avenida resplandecía de novedades y el césped del Central Park tenía el color de la primavera. Y aquel hombre alto y delgado era una nota discordante.

«Me pregunto...», empezó a decirse Mary Anne Darling, y se interrumpió. Big Charlie no lo aprobaría, decididamente. No porque tuviera que pasar nada, ya que nunca había pasado nada. Pero Mary Anne Darling hacía cosas que intranquilizaban a Big Charlie. Como aquella merienda campestre para los obreros que excavaban una

zanja delante de Pegglar-Dale, donde trabajaba Charlie. O cuando se dedicó a mendigar para experimentar por sí misma lo que sentían los ciegos.

Charlie invirtió una parte de los 81,32 dólares que consiguió Mary Anne Darling en pagar la multa que le impusieron por dedicarse a la mendicidad callejera, y entregó el resto a una institución de invidentes.

Todo había terminado bien, ¿no? Todo el mundo había aprendido algo. Pero Big Charlie se había limitado a levantar la mirada hacia el techo, como si hablara con alguien situado en las alturas...

Cruzó la calle, mirando a todas partes menos al hombre alto y delgado, y se sentó «casualmente» a su lado.

—¿Molesto? —dijo.

—¡Oh, no! Desde luego que no.

Su voz era profunda y muy agradable, pero al mismo tiempo resultaba... anormal.

Su traje negro le quedaba demasiado ajustado o demasiado ancho. Llevaba guantes blancos de algodón, e iba sin calcetines. Sus muñecas y sus pantorrillas eran muy peludas. Como las de un mono.

Aunque, pensándolo bien, los pelos recordaban más los que cubren las extremidades de una araña.

Mary Anne Darling se estremeció. Sin darse cuenta, profirió una ahogada exclamación:

—¡Oh!

El hombre se volvió hacia ella. Llevaba una careta «Lyndon Johnson», de las que habían estado de moda en la fiesta de Todos los Santos del año 1964. Mary Anne Darling se preguntó dónde la habría encontrado.

—Oiga —dijo, apresuradamente—. Lleva usted una careta que no es propia de esta época del año. ¿Lo sabía?

El hombre pareció encogerse dentro de la careta y del traje negro.

—Hay muchas cosas que ignoro —dijo—. ¿No parezco un hombre? ¿Ni siquiera un poco?

Mary Anne Darling sacudió la cabeza.

—Temo que no.

El desconocido suspiró.

—Lo suponía.

Mary Anne Darling se dio cuenta de que el desconocido sostenía en la mano una bolsa a rayas blancas y rojas llena de moscas. Big Charlie solía decir que en Nueva York puede encontrarse cualquier cosa, si se sabe dónde hay que buscarla, y Mary Anne Darling pensó que su marido tenía razón. Se mordió el labio y examinó pensativamente al desconocido, tratando de no pensar en las moscas.

—Creo —dijo finalmente— que sería mejor que se quitara usted la careta. No tiene usted mal aspecto, ¿verdad? El desconocido sacudió la cabeza.

—Temo que sí. Un aspecto horrible. Mary Anne Darling se encogió de hombros.

—Esto es Nueva York —dijo—. Nadie se fijará. Palabra.

Mary Anne Darling recordó súbitamente la casa de su abuela en el campo, una alquería con graneros, y heno, y el olor a tierra mojada. En el viejo cobertizo de las herramientas había una enorme araña negra, a la que todo el mundo parecía haberse acostumbrado. En cierta ocasión Mary Anne Darling entró en el cobertizo: la araña, pegada a la pared, la miró fijamente con sus ojos diminutos y rojizos. Lo recordó al ver lo que había debajo de la careta LBJ.

—¿Qué le parece? —preguntó el desconocido.

Mary Anne Darling tragó saliva y sonrió agradablemente.

—No está mal —dijo—. Puede pasar por un rabino muy alto y muerto de hambre.

—¿Un qué?

—Un rabino... Tendrá que ponerse calcetines, desde luego. Supongo que podrá aprovechar unos de Charlie... Y no puede ir por ahí con guantes blancos, como Mickey Mouse... De momento, métase las manos en los bolsillos.

—¿En los qué?

—En esas pequeñas ranuras de los pantalones.

—¿Pantalones?

Echaron a andar a lo largo de la orilla del parque. En realidad, el desconocido no era tan alto como ella había imaginado. Un metro noventa, aproximadamente. Bastante alto, desde luego. Pero, tal como ella trató de explicarle, en Nueva York hacía falta algo más que un rabino de un metro noventa de estatura para que la gente se reuniera a su alrededor. Aunque algunas personas se volvían a mirarle.

—Gente —dijo el desconocido, ávidamente—. Eso es lo que estoy buscando. En realidad, es usted la primera gente con la que he hablado.

—Persona —rectificó ella.

—Sí. Tengo mucho interés en las personas. Eso es lo que estoy haciendo aquí. Quiero ver personas. Quiero verlas haciendo lo que hacen.

Mary Anne Darling se encogió de hombros.

—Las personas hacen muchas cosas —dijo.

—Creo que no me ha comprendido. Me refiero a las cosas habituales, cotidianas... ¿Comprende ahora?

—Creo que no —confesó ella—. Pero tal vez Big Charlie lo comprenda. Charlie es una persona muy comprensiva.

Se detuvo delante de una fuente y sacó de su bolso un vaso de papel para Little Charlie. El niño se atragantó, tal como ella había imaginado, y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Oiga —dijo súbitamente—. ¿Cómo he de llamarle?

—¿Llamarme? —inquirió el desconocido. Al parecer, la pregunta le había desconcertado.

—En efecto. Tendrá usted un nombre, ¿no?

El desconocido se encogió de hombros.

—No lo sé. Es posible.

Mary Anne Darling se preguntó qué clase de respuesta era aquella.

—Mire, yo soy Mary Anne, aunque mi marido me llama Mary Anne Darling. Él es Big Charlie, y éste es Little Charlie... Little Charlie tiene once meses y medio.

El desconocido miró a Mary Anne Darling. Luego miró a Little Charlie. Se rascó el peludo rostro y sus ojillos se fijaron en un punto lejano.

—¿Es eso un nombre? —inquirió finalmente.

—¿Qué?

Al otro lado de la calle había un escaparate en el cual brillaban unas letras doradas. Mary Anne Darling no se había dado cuenta de que en la Quinta Avenida había aún escaparates como aquel.

—Bueno, sí, hasta cierto punto.

—Entonces, ése es mi nombre. Tengo el gusto de presentarles a T. A. Greyspun Pequeños Préstamos Facilidades de Pago...

A Big Charlie no le sorprendió lo más mínimo que Mary Anne Darling hubiera llevado a casa a un individuo de rostro peludo llamado T. A. Greyspun Pequeños Préstamos Facilidades de Pago. Si había en la ciudad un miembro de la Mafia fugitivo de la justicia, una monja esquimal o un jorobado sirio, el destino y Mary Anne Darling le conducirían inexorablemente a cenar con Charlie.

—Encantado, Mr. Préstamos —dijo Charlie, mientras Mary Anne Darling fruncía el ceño.

—Puedes llamarle Greyspun, simplemente —dijo—. Es un forastero.

Charlie pareció sorprendido.

—No... ¿De veras? ¿No es usted neoyorquino, entonces?

—Charlie... —dijo Mary Anne Darling.

La cena fue un acontecimiento que Charlie prefería olvidar. Desde luego, nunca se había considerado como una persona exigente en lo que respecta a los modales en la mesa, pero ver comer a Greyspun era algo distinto. Se las arregló para transmitir a Mary Anne Darling lo que estaba pensando: No es la primera vez que lo haces, ni será la última, probablemente, y ella le sonrió dulcemente y decidió que iba a necesitar el minivestido de color rosa.

—Charlie —dijo Mary Anne Darling, en la cocina—, creo que no te estás portando como un buen anfitrión— Luego, abrió los ojos de par en par, se mordió el labio y enarcó las cejas—. ¡Charlie! ¿Qué estás haciendo?

—Tomando un trago —dijo Charlie.

—¿Eso es un trago? —Mary Anne Darling se quedó mirando el vaso lleno de whisky—. Tú no sueles beber, Charlie...

—No bebo a menudo —rectificó Charlie—. Cuando bebo, es cuando estoy soportando a la reencarnación de Oliverio Cromwell, o al torero sueco que fue amamantado por unas nutrias marinas, o a T. A. Greyspun Pequeños Préstamos Facilidades de Pago —Miró a su esposa con una expresión de franca admiración—. ¿Dónde has pescado a este último, cariño?

—Charlie —protestó ella—. No es tan... diferente.

—Mary Anne Darling, he visto la bolsa de moscas.

—¡Oh!

Charlie no le dijo que estaba casi seguro de que Greyspun tenía al menos dos brazos y dos piernas en cada manga de la americana y cada pernera de los pantalones.

—¿Qué está haciendo ahora?

Mary Anne Darling levantó la mirada hacia el techo.

—¡Oh! Está... sentado.

—¿Sentado, dónde? —inquirió Charlie.

—En tu sillón. Contemplando la TV con Little Charlie.

Big Charlie repitió lentamente:

—Sentado en mi sillón, contemplando la TV con Little Charlie.

Mary Anne Darling sonrió.

—Little Charlie está entusiasmado con él, de veras.

Al ver cómo Charlie inclinaba el vaso medio vacío, llegó a la conclusión de que su último comentario no había sido demasiado oportuno.

—Big Charlie —inquirió Greyspun—, ¿qué es lo que hace usted?

Greyspun estaba cómodamente instalado en el sillón favorito de Charlie. Little Charlie, sentado en su regazo, tiraba de los pelos de su cara con visibles muestras de regocijo.

Bajo la severa mirada de Mary Anne Darling, Charlie intentó valientemente explicar el negocio bursátil.

—No, no —dijo Greyspun—. Me refiero a lo que hace realmente. Como persona.

—Bueno, como persona, el negocio bursátil ocupa la mayor parte de mi tiempo. No me quedan horas para hacer otra cosa, Greyspun.

Evitó mirar a Mary Anne Darling, pero notó en la nuca su desaprobación.

Greyspun sacudió la cabeza.

—Traté de explicárselo a Mary Anne Darling —dijo—. Ella opinó que usted comprendería y ampliaría mis conocimientos.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí. Verá, Big Charlie, todas las personas y gentes del universo hacen algo. Algo que únicamente ellas están en condiciones de hacer, por su misma naturaleza. Los Zaalid, por ejemplo, son unos excelentes dhin —Hizo una pausa—. No existe ninguna palabra equivalente. La más parecida es «constructores», aunque dhin y constructor no significan lo mismo.

Big Charlie miró de soslayo a Mary Anne Darling.

—Los Cephid son un buen ejemplo —continuó Greyspun—. Unos seres realmente bellos, los Cephid... Como... —Buscó una palabra—. ¡Sí! Como ostras: grandes ostras azules, con unos ojos maravillosos. Emergen de los profundos mares color de rosa cuando han visualizado un nuevo color, o inventado una forma que no hemos visto, o una palabra que no hemos oído.

Durante más de una hora Greyspun les habló de los Chepanis de color verde claro, que moraban en la estrella de Morad, y de cómo cambalacheaban. Les habló de los gigantescos Sakuns y de los diminutos Papeens... y de otro centenar de maravillas. Incluso Big Charlie estaba impresionado.

—Y usted, Greyspun —preguntó finalmente—, ¿qué es lo que hace?

Greyspun suspiró, satisfecho, y acarició a Little Charlie, dormido en su regazo.

—¡Ah, Big Charlie! Nosotros, los M'arácnidos, tenemos una tarea muy especial... —Sus ojillos rojizos brillaron a través de su peludo rostro—. Somos bashi, y ustedes tienen una palabra perfecta para eso. Gozadores. Los M'arácnidos gozan lo que otros hacen, y le cuentan al Om lo que han visto y oído para que el Om disfrute a su vez de la novedad.

—¿Al Om? —inquirió Mary Anne Darling.

Greyspun sacudió la cabeza con aire de pesar.

—Lo siento. Si no puedo explicar algo tan sencillo como dhin, todos mis esfuerzos para definir al Om resultarían vanos —Greyspun se inclinó hacia adelante. Mary Anne Darling cogió a Little Charlie y lo llevó a la cama—. ¿Comprende ahora, Big Charlie, lo que para mí significa hacer?

—Creo que sí —dijo Big Charlie—, pero...

—Entonces, me dirá usted lo que hacen las personas.

—Eso es lo que me preocupa, Greyspun —dijo Big Charlie—. He estado pensando mientras usted hablaba, y no estoy seguro de que las personas hagan realmente algo. ¡Oh! Hacen un montón de cosas, desde luego, pero ninguna en especial. O, al menos, ninguna que a mí se me ocurra.

Greyspun sacudió la cabeza rápidamente.

—Big Charlie, eso no es posible.

Charlie se encogió de hombros y Mary Anne Darling se acercó a él por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Es posible que no hagamos nada... especial? —preguntó.

Greyspun estaba visiblemente afectado.

—Resultaría muy triste que fuera así, Mary Anne Darling, pero no concibo que sea cierto. Y sé que el Om no me creería si le dijera una cosa semejante.

Los clientes de Charlie en Pegglar-Dale recuerdan siempre el 15 de mayo como el Martes Negro. Fue el día que Charlie aconsejó a todo el mundo la compra de Consolidated Scow y la venta de American Drift. Fue también el día que Drift ganó 12 enteros y Scow perdió 16.

Como el propio Drake Pegglar reconoció estoicamente, aquello era algo que le podía ocurrir a cualquiera. Pero no volvería a ocurrir, ¿verdad, Charlie?

Estuvo a punto de ocurrir de nuevo, menos de una hora más tarde. Charlie no era el mismo. Cuando había salido de casa en dirección a la oficina, Mary Anne Darling le había anunciado que ella y Little Charlie acompañarían a Greyspun, el cual había decidido que necesitaba leer algunos libros y hablar con más «personas» acerca de lo que hacían, en realidad.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó Charlie.

—Probablemente, no —respondió Mary Anne Darling—. Pero ya sabes cómo es, Charlie. Si le dejamos salir solo, acabará en la cárcel, o algo por el estilo.

—Bueno —dijo Charlie—, no deja de ser un alivio saber que si Greyspun va a parar a la cárcel, mi esposa y mi hijo estarán allí con él.

—Son más de las siete... ¿Por qué diablos no has llamado por teléfono?

Mary Anne Darling tenía un aspecto horrible. Little Charlie estaba llorando. Iba manchado de pies a cabeza de algo anaranjado y pegajoso. Greyspun era el mismo de siempre. Llevaba un globo a rayas azules y rojas con la inscripción: Panamá para los panameños.

Mary Anne Darling se dejó caer en un sillón. Alargó la mano inconscientemente, cogió la jarra de agua que Charlie le tendía y la vació de un trago.

—Confío en que no estés demasiado hambriento —suspiró—. Ha sido un día muy ajetreado.

—¡Oh, sí! —exclamó Greyspun, entusiasmado—. Hemos visto muchas cosas interesantes. Sin embargo, aún no estoy seguro de lo que hacen las personas... Pero creo que estamos en el buen camino. Tal vez mañana...

Charlie miró a Mary Anne Darling.

—Greyspun —dijo, en tono sombrío—, no habrá un mañana. Voy a decirle lo que hacen las personas: se cansan. Greyspun no se cansa, tal vez, pero las personas sí.

—Pero, Big Charlie...

Mary Anne Darling sonrió débilmente.

—No ha sido tan terrible como todo eso, Charlie. Sólo necesito descansar un poco, esto es todo. Charlie estalló.

—¿Descansar un poco? Escucha, nena... Pero Mary Anne Darling ya estaba dormida.

—¿Charlie?

—Uhuh.

Mary Anne Darling se incorporó.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Te quedaste dormida y te metí en la cama. Supongo que no hay nada de malo en el hecho de que un marido meta a su esposa en la cama...

Mary Anne Darling rió, soñolienta.

—Al contrario, creo que es una gran idea. Lo siento mucho...

—También yo lo siento. ¿Quieres un poco de sopa? —Colocó un par de almohadas detrás de la espalda de Mary Anne Darling y fue en busca de un tazón de sopa—. A Little Charlie y a Greyspun les ha entusiasmado. La he preparado yo.

Mary Anne Darling olfateó y enarcó una ceja.

—¿Qué clase de sopa es esta, Charlie?

—Bueno, básicamente son plátanos y salchichas, con un poco de ajo, un poco de canela y un par de cosas más —Charlie se encogió de hombros—. Ya sabes. Los verdaderos cocineros se arreglan con cualquier cosa. ¿Qué te parece?

—¿La sopa? Está... buena. Lo que pasa es que estoy muy cansada.

Charlie hizo una mueca.

—Es horrible, ¿verdad? —Se echó a reír, se llevó la sopa y volvió para tenderse en la cama, al lado de ella—. Cuéntame lo que ha pasado.

Mary Anne Darling suspiró.

—Bueno, hemos visto cosas... El Metropolitan, Time Square, el Metro y el parque zoológico. Tuvimos que marcharnos del zoo: los animales no simpatizaban con Greyspun. En la biblioteca, Greyspun ha confeccionado una lista de ocupaciones: cosas que hacen las personas. Pero la mayor parte del tiempo lo hemos pasado hablando con la gente.

—¿De veras?

—Sí, Charlie. ¿Y sabes una cosa? A la gente no le gusta que le pregunten lo que hace. Además... bueno, la primera impresión que produce Greyspun no es precisamente agradable. Si no se está acostumbrado a él, quiero decir.

—¿Podrías tú acostumbrarte a él?

—Es muy agradable, en realidad —dijo Mary Anne Darling—. Sólo que... Verás, encontramos a una chica en el Village, y Greyspun le preguntó lo que hacía, y ella dijo: «Cualquier cosa, hombre, cualquier cosa...», y Greyspun estaba convencido de haber encontrado la clave, y yo no lograba persuadirle de que no era así, y me costó Dios y ayuda arrancarle de allí.

Charlie se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Todo eso ha terminado, Mary Anne Darling —dijo—. Definitivamente.

—Yo estoy bien, Charlie. Sólo un poco cansada. Y tenemos que ayudarle.

—No tenemos que hacer nada. Y si tú estás bien, yo no puedo pasar otro día en Pegglar-Dale pensando en que Little Charlie, tú y Greyspun andáis sueltos por ahí. No quiero que este mes pase a la historia como el Mes de la Quiebra de Big Charlie. Ahora, duerme tranquila. Yo dejaré la cocina en orden.

Big Charlie experimentó una sensación de alivio cuando Mary Anne Darling le llamó a mediodía desde «Agua Tranquila, Establecimiento de Pompas Fúnebres». Sabía, desde luego, que recibiría una llamada. Sólo era cuestión de cuándo y desde dónde.

—Alguien ha matado a Greyspun, ¿verdad? Bueno, lo siento, Mary Anne Darling, pero tal vez sea mejor así. Espero que no haya sufrido mucho.

—Déjate de bromas, Charlie. Nadie ha matado a Greyspun. Pero tienes que venir aquí. En seguida.

En «Aguas Tranquilas, Establecimiento de Pompas Fúnebres», había mucha gente. Charlie observó que abundaban los uniformes del Cuerpo de Policía.

No le resultó difícil localizar a Greyspun. Estaba sentado rígidamente al lado de Mary Anne Darling. Miraba fijamente delante de él a través de los cristales ahumados de sus gafas y temblaba.

—¿Estás bien? —le preguntó a Mary Anne Darling.

Ella asintió con un gesto y palmeó cariñosamente el brazo de Greyspun. Little Charlie, sentado en el regazo de su madre, masticaba un folleto titulado En Caso de Necesidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Charlie, pero antes de que su esposa pudiera contestar un robusto agente de policía se encaró con él.

—¿Es usted amigo suyo? —inquirió el agente, mirando a Charlie suspicazmente. Charlie sacó una tarjeta y se la entregó al agente.

—¿De qué se le acusa? —preguntó.

—De importunar a un cadáver —respondió el agente.

Charlie quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—Sólo estaba mirando —protestó Mary Anne Darling.

El agente resopló y alzó la mirada al techo.

—Perdone, señora, pero hacía algo más que mirar. Estaba tocando. Supongo que no va usted por ahí tocando los seres queridos de otras personas, ¿verdad?

Charlie miró de soslayo a Greyspun.

—¿Por qué tiembla de ese modo? ¿Qué le han hecho ustedes?

El agente enarcó las cejas.

—Caballero, no le hemos hecho absolutamente nada. Es posible que le hagan algo, pero no soy quien ha de decidirlo. ¿Es extranjero, acaso?

—Sí. Es... albanés —dijo Charlie.

El agente frunció los ojos.

—¿Sí? —Anotó algo en su cuaderno de notas—. Comunista, ¿eh?

—Los comunistas son los albaneses del norte —se apresuró a decir Charlie—. Los del sur son amigos nuestros. Como en Corea y en el Vietnam.

—¡Oh! —El agente miró a Charlie con aire dubitativo. Luego miró a Greyspun—. Come moscas. ¿Lo sabía usted?

—Lo que comen nuestros aliados es cuenta suya —replicó secamente Charlie.

—Desde luego —murmuró el agente—. Pero ese individuo tiene pinta de comunista.

Ni la familia del difunto ni los empleados de «Aguas Tranquilas» estaban interesados en formalizar una denuncia. Querían perder de vista a Greyspun lo antes posible, y asegurarse de que no volvería a cruzar el puente de Queensboro.

Greyspun no dijo nada. Había dejado de temblar, pero no hablaba. Charlie le interrogó en el taxi, pero Greyspun no contestó a sus preguntas. Una vez en casa, Charlie volvió a intentarlo, pero Greyspun persistió en su actitud.

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó Charlie.

Greyspun se había negado a cenar. Se había encerrado en el cuarto de los huéspedes. Mary Anne Darling había acostado a Little Charlie, que no cesaba de llorar, reclamando a Greyspun.

—Ni siquiera sé cómo llegamos allí —dijo Mary Anne Darling.

—No importa eso ahora —dijo Charlie, mientras llenaba un par de vasos—. ¿Qué es lo que ha pasado, exactamente?

Lo único que Mary Anne Darling podía recordar era que caminaban por la calle entrando en todas las tiendas que encontraban: confiterías, armerías, sastrerías, herboristerías, etcétera. Mary Anne Darling pasó de largo ante el establecimiento de pompas fúnebres.

—Lógico, ¿no? —dijo—. ¿Quién entra en un sitio de esos, a menos de que tenga absoluta necesidad de hacerlo?

Pero Greyspun no pasó de largo. Entró en el establecimiento y empezó a examinar los ataúdes de muestra, las lápidas y las coronas mortuorias con la misma atención que había dedicado a los bombones, las americanas cruzadas, los revólveres Smith & Wesson y las semillas de mostaza.

Luego, alguien aulló, empezaron a aparecer agentes de policía, y...

Bueno, el resto ya lo conocía Charlie.

Mary Anne Darling bostezó entre las sábanas, al lado de Charlie.

—Creo que los agentes de policía le asustaron terriblemente, Charlie. Le gritaron mucho. Supongo que nunca le habían arrestado por importunar a un cadáver.

—No —dijo Charlie, soñoliento—. Supongo que no. —Abrió un ojo—. Mira, Mary Anne Darling, Greyspun tiene que marcharse. Mañana por la mañana. Lo siento.

—Charlie...

—Cariño —dijo Charlie pacientemente—, ¿te acuerdas del año pasado? ¿Del monje tibetano que quería convertirse en buzo, pero que era alérgico al agua? Decidiste ayudarlo. ¿Y qué pasó?

—Sí, Charlie —dijo ella en tono sumiso—. Lo siento, Charlie...

Mary Anne Darling se levantó, sin saber exactamente por qué. A veces lo hacía para pescar algo en la nevera, o para comprobar si Little Charlie estaba abrigado.

Encontró la nota en la cocina, al lado de la tostadora eléctrica. Antes de cogerla supo que era de Greyspun.

Queridos Big Charlie y Mary Anne Darling:

Me entristece muchísimo marcharme, pero no podría soportar vuestra presencia sabiendo que un día estaréis en «Aguas Tranquilas Establecimiento de Pompas Fúnebres». No os reprocho que no me lo dijerais. Aunque hasta ahora el Om no ha dudado nunca de mí, me pregunto si va a creermelo cuando le diga que lo que hacen las personas es dejar de ser.

Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. No me lo agradezcáis, por favor, aunque confieso que me gustaría ser testigo de vuestra alegría cuando leáis esto. El Om me debe un favor desde hace muchos milenios, y no creo que se niegue a devolvérmelo. De modo que no os preocupéis: mientras Little Charlie esté con vuestro amigo T. A. Greyspun Pequeños Préstamos Facilidades de Pago, nunca tendrá que enfrentarse con «Aguas Tranquilas Establecimiento de Pompas Fúnebres», y...

Mary Anne Darling dejó caer la nota al suelo.

Big Charlie se despertó al oírlo gritar y, levantándose de un salto, echó a correr hacia el lugar donde sonaban los gritos: la habitación de Little Charlie.

El renacer de los Shakers

Gerard Jonas

Gerald Jonas, que pertenece al cuerpo de redacción del New Yorker, nos ofrece aquí un excelente ejemplo de ciencia-ficción «blanda»: la ciencia «blanda», en este caso, es la sociología. Jonas tiene algunas ideas fascinantes acerca de las revoluciones y de La Revolución, y las desarrolla en un relato ingenioso y penetrante.

A: Arthur Stock, Editor Ejecutivo, Ideas Illustrated, Nueva York, 14632008447

De: Raymond Senter, c/o Hudson Junction Rotel, Hudson Junction, N.Y., 28997601910 JERUSALEM WEST, N.Y., jueves, 28 de junio de 1995: La obra de Salvación sigue adelante en esta verde y agradable aldea del Valle del Hudson, con el sonoro acompañamiento de turbocars exhaustos y el sonido amplificado de la «orquesta de jag-rock más ruidosa del mundo». Donde hace menos de una década las manzanas roídas por los gusanos caían al suelo en las huertas abandonadas, ha brotado con fuerza una nueva secta religiosa. En su fantástica historia de cuatro años, los llamados Nuevos Shakers —o Sociedad Unida de Creyentes, para darle su título oficial— han provocado las más apasionadas controversias en la Cristiandad desde que Martín Lutero clavó sus noventa y cinco tesis a la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Witemberg, Alemania, el treinta y uno de octubre de mil quinientos diecisiete. Alardeando de que sus miembros son actualmente más de cien mil, los Nuevos Shakers han estado creciendo a un ritmo de novecientos nuevos reclutas por semana. Aunque un puñado de ellos tienen más de veinte años —y el mes pasado un hombre de Nueva Jersey fue aceptado en la Familia Shaker de Wildwood a la avanzada edad de treinta y dos años—, la inmensa mayoría de Nuevos Shakers no han cumplido los dieciocho años.

Richard F., uno de los miembros de la «Primera Octava», que ha sido honrado con apodos Shakers «descontaminados», lo explica de este modo: «No tenemos nada contra los viejos. Tienen un pedazo del Don en su interior como cualquier otro. Pero resulta duro para ellos viajar con la Familia. El jag-rock hiere sus oídos, y no pueden sincronizar con los Cuatro Noes, por mucho que lo intenten. De modo que les decimos: “Olvídalo, estrella. Tus ruedas no son nuestras ruedas. Pero todos nosotros vamos a alguna parte, ¿no? Te veremos en el otro extremo”».

No es extraño que muchos «viejos» —personas de más de treinta años— tengan dificultades con el Credo básico de los Creyentes: «No al odio, No a la guerra, No al dinero, No al sexo». Evidentemente, en esta década final del siglo xx, la santidad sólo es posible para los muy jóvenes.

La «Roundhouse» de Jerusalem West es, hasta cierto punto, el Vaticano del

movimiento. Pero, en muchos sentidos es típica de las comunidades de Nuevos Shakers que han surgido desde la Jolla, en California, hasta Seal Harbor, en Maine. En el último recuento figuraban sesenta y una «tribus» independientes, algunas de ellas conteniendo hasta quince «familias» de ciento veintiocho miembros cada una. Cada familia Shaker se alberga en una cúpula pliodésica —material de desecho del ejército—, que cubre unos diez mil pies cuadrados de tierra endurecida con polivinilo y que sirve de dormitorio, sala de estar, taller y tabernáculo sagrado, todo en una pieza. A cuarenta pies de distancia del edificio principal se levanta una cúpula satélite mucho más pequeña, que podría ser llamada la Casa Exterior, pero no recibe este nombre: los Nuevos Shakers se refieren a ella como Ciudad Pecado. Consecuentes con su actitud general hacia las funciones corporales, Ciudad Pecado es el único lugar del recinto de Jerusalem West que los visitantes no pueden pisar.

Por difícil de aceptar que resulte para la mayoría de norteamericanos, el recluta típico actual de los Shakers procede de un ambiente de indiscutible abundancia y respetabilidad. Por algún motivo desconocido, esos jóvenes vuelven la espalda a todos los beneficios y ventajas que sus padres y sus abuelos lograron arrancar con su esfuerzo de la Revolución Cultural para sumergirse en una vida de reglamentada negación de los sentidos.

En una típica tarde de verano en Jerusalem West, con el sol filtrándose a través de la cúpula transparente y bañando toda la zona con un suave resplandor dorado, la Rondhouse semeja una gigantesca colmena, sin abeja-reina. En la cocina reluciente de cromados, unas ollas enormes, al cuidado de los Diáconos de los Alimentos, cuecen las verduras que constituyen la base de la dieta Shaker. En el garaje, perfectamente insonorizado, los Diáconos Mecánicos transforman otro montón de chatarra en uno de los utilitarios «hotrods» conocidos ya en nuestro país y en el extranjero con el nombre de «Bicishaker». Los ocho Diáconos Administrativos y sus ayudantes dirigen los asuntos familiares desde un pequeño cubículo de paredes de fibra conocido simplemente como La Oficina. Y en un amplio y bien equipado estudio, la orquesta de dieciséis músicos graba una nueva cinta litúrgica para el Servicio Nocturno: una cinta que posiblemente se convertirá en el número uno de las listas de éxitos de todo el país, como ocurrió recientemente con el hit Shaker Este Camino es muy ancho. Dondequiera que volvamos la mirada, encontraremos jóvenes que hacen honor al lema de los Nuevos Shakers: «Trabajar es Jugar». Una de sus canciones más populares, termina con este significativo resumen del estilo de vida Shaker:

Es el Don para ser sencillo, el Don para ser libre, el Don que llena nuestra vida de un nuevo contenido.

—CONTINUARA —

XEROGRAMA: 28 de junio (11,15 horas).

A: Decano del Skinner Free Institute, Ronkonkoma, Nueva Jersey, 72441333965.

DE: Raymond Senter, c/o Hudson Junction Rotel, Hudson Junction, N. Y. 28997601910.

Amigo:

Mi hijo Bruce Senter, de 14 años, ingresó en su Instituto para asistir a un cursillo de seis semanas de duración sobre Psicología Aplicada. El cursillo se inició el 10 de mayo. Según el informe recibido por su Escuela Modular (NYC-II8A), terminó con éxito sus estudios el 21 de junio. Desde entonces, Mrs. Senter y yo no hemos sabido nada de él. Le agradecería cualquier información que pudiera facilitarme acerca de mi hijo. Gracias.

A: Stock, Ed-Ej. I. I. DE: Senter.

INCLUYE: Grabación de una entrevista con Harry G. (nacido «Guardino»), miembro de la Primera Octava.

P. ¿Qué le parece si empezamos hablando un poco de su posición aquí como uno de los... bueno, ¿cómo diría yo? Como uno de los Padres Fundadores del Renacer Shaker?

R. Lo primero que tiene usted que hacer es respirar a fondo, estrella. Aquí no hay Padres Fundadores. Ni Madres Fundadoras, ni nada por el estilo. Sólo hay un Padre y una Madre, y están en todas partes y en ninguna parte, ¿comprende?

P. Lo que yo quería decir es que, en su calidad de miembro de la Primera Octava, tendrá usted ciertas obligaciones y responsabilidades...

R. Como ya le he dicho, estrella, aquí todo el mundo es igual.

P. Yo tenía la impresión de que sus normas imponen la obediencia a una jerarquía.

R. ¡Oh! Tiene que existir un orden, desde luego, pero no es nada personal. Si usted puede manejar una computadora, sincroniza con los Diáconos Oficinistas. Si entiende en motores y ruedas, pasará al grupo de Mecánicos. Yo... yo hablo con los periodistas cuando preguntan por mí. Eso no me convierte en Papa.

P. ¿Qué me dice de la nomenclatura honorífica?

R. ¿Qué es eso?

P. Las iniciales. En vez de apellidos.

R. ¡Oh, sí! Nos son atribuidas como una señal. ¿Quiere usted saber por qué?

P. Por favor.

R. Como una señal de que nadie está apegado a su pasado familiar. Usted puede ir en un potente Chevrolet y yo en un modesto Toyota. Pero los dos necesitamos una chispa en los cilindros para mantenernos en movimiento. Y si la chispa que yo recibo es mejor que la suya, puedo dejarle atrás. ¿De acuerdo?

P. ¿Qué me dice del Ghetto?

R. Incluso los negros tienen una partícula del Don. Lo que hagan con ella es cuenta suya.

P. Últimamente se ha discutido mucho si su movimiento es realmente cristiano... en un sentido religioso... ¿Qué puede decirme acerca de eso?

R. ¿Se refiere usted a algo como «Jesucristo, el Hijo de Dios»? Desde luego, creemos eso. Y creemos en Harry G. el Hijo de Dios, y en Richard F., el Hijo de Dios, y en —¿cuál es su nombre?— Raymond Senter, el Hijo de Dios. Éste es el don. Jesús encontró el Don en su interior. Lo mismo que Buda, que la Madre Ana, e incluso Malcolm X. A nosotros no nos preocupa demasiado quién dijo una cosa determinada en primer lugar. Lo primero que hay que hacer es encontrar el Don... y luego vivirlo. El Camino es muy ancho.

P. Entonces, ¿por qué ese énfasis en su Credo del Creyente, y los Artículos de Fe, y sus ropas?

R. Mire, estrella, cada maestrillo tiene su librillo. Si viaja usted con nosotros, tiene que adaptarse a nuestro ritmo. No nos gustan los accidentes.

P. Sus prohibiciones contra el dinero y el sexo...

R. «Prohibiciones» es una palabra de viejos. Nosotros nos hemos liberado del dinero y del sexo. Los Cuatro Noes son como una Declaración de Independencia. Verá, todo el mundo nace libre... pero tiene que saberlo. De modo que dejamos que los chicos crezcan y aprendan todo lo que hay que aprender: la píldora, el alcohol, la droga, el sexo, etc. Si al llegar a los quince o dieciséis años continúan sujetos por esas cadenas, allá ellos. Si no, ya saben dónde pueden encontrarnos.

P. ¿Qué me dice de las personas que firman y luego cambian de idea?

R. Nosotros no tenemos cadenas... si se refiere a eso.

P. ¿No hacen ustedes nada para retenerlos?

R. Una vez se ha encontrado el Don dentro de uno, no existe la posibilidad de «cambiar de idea».

P. ¿Cuál es su actitud hacia los Antiguos Shakers? Ellos murieron por falta de reclutas, ¿no es cierto?

R. Todo el mundo nace, y muere, y vuelve a renacer.

P. Harry, ¿qué ocurriría si esta vez todo el mundo se convirtiera en Shaker?

R. No se preocupe, estrella. No estará usted aquí para verlo.

—CONTINUARA —

XEROGRAMA: 29 de junio (10,43 horas).

A: Connie Fine, Directora del Campamento Encounter,

Wentworth, Maine, 47119650023. DE: Raymond Senter, Hudson Junction Rotel, Hudson Junction, N.Y., 28997601910.

Connie:

¿Ha llegado ya Bruce? Arlene y yo hemos perdido contacto con él desde hace una semana, y se me ha ocurrido que podía haberse dirigido al campamento sin decirnos nada. ¿Querrás hacerme el favor de comunicarme en seguida si sabes algo? Ya sabes cómo son las madres: tienden a sobrecargar los circuitos de la preocupación hasta que se aseguran de que su retoño está a salvo en alguna parte. Afectuosos saludos para ti y los tuyos de, Ray.

A: Stock, Ed-Ej, I.I.

DE: Senter.

INCLUYE: Historial de los Antiguos Shakers.

Fundadora: Madre Ann Lee, nacida el 29 de febrero de 1736 en Manchester, Inglaterra.

Antecedentes: Puritanos Primitivos (Cuáqueros), «Profetas» franceses (Camisards).

Origen: Después de un matrimonio desgraciado —cuatro hijos muertos en la infancia—, Madre Ann empieza a predicar que la «concupiscencia» es la raíz de todo el mal. Persecuciones y encarcelamiento.

1774: Madre Ann y siete de sus primeros discípulos embarcan para América a bordo del buque Mariah. El grupo se instala cerca de Albany. Predicación pública contra la concupiscencia. Más persecuciones. Más conversos. Adoración extática, convulsiva. «Milagros» de Madre Ann.

1784: Madre Ann muere.

1787: Los sucesores de la Madre Ann, el Padre Joseph y la Madre Lucy, organizan a los seguidores en comunidades monásticas y se «separan» del mundo pecador.

1787-1794: Expansión de la secta a través de los Estados de Nueva York y Nueva Inglaterra.

1806-1826: Expansión de la secta a través de la frontera occidental: Ohio, Kentucky, Indiana.

1837-1845: Auge del espiritismo. Mensajes del otro mundo transmitidos a través de instrumentos «vivos».

1850: La Sociedad alcanza su nivel más alto. Seis mil miembros, dieciocho comunidades, cincuenta y ocho «Familias».

Total de miembros registrados —desde finales del siglo xviii hasta finales del siglo XX—: diecisiete mil, aproximadamente.

Los Antiguos Shakers se especializaron en trabajos manuales (escobas, cestos y bolsos) y en la fabricación de muebles.

Se les atribuye la invención de los imperdibles, los cortauñas, la sierra circular y la máquina de lavar a vapor.

Culto: Cantos y danzas comunitarios. La fase «convulsiva» de los primeros tiempos dio paso en el siglo xix a servicios religiosos y procesiones perfectamente organizados.

Creencias: Celibato, Dualismo de la Deidad (Dios Padre y Madre), Igualdad de los Sexos, Igualdad en el Trabajo, Igualdad en la Propiedad.

Lema: «Las Manos al Trabajo y los Corazones a Dios».

—CONTINUARÁ —

XEROGRAMA: 30 de junio (8,15 horas).

A: Mrs. Rosemary Collins, 133 Escorial Drive, Baywater, Florida, 92635776901. DE: Raymond Senter, Hudson Junction Rotel, Hudson Junction, N.Y., 28997601910.

Querida Rosie:

¿Has visto últimamente a nuestro pequeño vagabundo? Bruce ha vuelto a desaparecer sin avisar a nadie, y se me ha ocurrido que tal vez se ha encaminado hacia el sur para visitar a su tía favorita. Y, de paso, a su no menos favorito primo. ¿Cómo está tu niña? Dale un fuerte beso de mi parte. Y si Bruce se presenta por ahí, avísame inmediatamente, por favor. Te recuerda siempre tu hermano, Ray.

A: Stock, Ed-Ej, I.I. DE: Senter.

INCLUYE: Fragmento de película sobre el Servicio del Culto.

JERUSALEM WEST, sábado, 30 de junio:

Me encuentro delante del santuario interior de la enorme Roundhouse, el llamado Centro de Reunión, el cual sólo es utilizado para importantes funciones rituales, tales como la Danza Nocturna Sabatina, que va a empezar dentro de cinco minutos, exactamente. A mi derecha, en el Pasillo Sagrado, toda la congregación se ha reunido ya en dos hileras, una para los jóvenes y otra para las muchachas, unos junto a otras, pero sin tocarse. Durante la semana, el Centro de Reunión está separado de las zonas de trabajo por unos tabiques curvados y transparentes que van encajados para formar una pequeña cúpula-dentro-de-la-cúpula. Pero el sábado, cuando empieza a ponerse el sol, los tabiques son desmontados para dejar al descubierto una pista circular, que en realidad es el eje central del edificio. Desde esta plataforma de fibra artificial puedo tender la mirada hacia los pasillos radiales: más allá de las camas cuidadosamente hechas de los dormitorios, más allá de las máquinas del taller de reparaciones, más allá de los bicishakers parcialmente terminados del garaje, más allá de las resplandecientes mesas de fórmica de la cocina... hasta la borrosa línea del horizonte donde la cúpula se apoya sobre el suelo sagrado de Jerusalem West.

Todas las luces han sido apagadas para la celebración sabatina. La única iluminación procede de los últimos rayos del sol, una antorcha moribunda que parece haber incendiado el material de la cúpula. Es como estar dentro del ardiente horno de Nabucodonosor con ciento veintiocho imperturbables profetas de Jehová. El silencio es virtualmente absoluto: no se oye ni una tos, ni el más leve rumor de telas. Incluso los extractores de aire han sido parados... al menos provisionalmente. Tengo consciencia del sibilante sonido de mi propia respiración.

A las ocho en punto, las dos filas de adoradores empiezan a avanzar por el Pasillo Sagrado. Rodean la pista, los jóvenes hacia la derecha, las muchachas hacia la izquierda. Los Shakers no utilizan ningún adorno corporal: ni pinturas, ni alas, ni gemas, ni emblemas. Todos llevan el pelo muy corto, y todos visten una blusa de manga larga, muy ancha, sin botones, sin cuello y sin entallar sobre unos pantalones holgados, con las perneras atadas al tobillo con una liga.

Aquel atuendo recuerda vagamente el Norte de África. Los colores de las prendas son pálidos. Una muchacha puede llevar una blusa de color rosa y unos pantalones de color azul claro; el joven que está en frente de ella puede llevar los mismos colores, pero al revés, pantalones rosa y blusa azul. Otros miembros de la procesión han escogido combinaciones de lila y durazno, marfil y limón, o turquesa y manteca de cacao. La gama de tonalidades parece interminable, pero la intensidad nunca varía, de modo que todo el espectáculo resulta una demostración viviente de uno de los Artículos de Fe fundamentales del Renacer Shaker: Diversidad en la Uniformidad.

Ahora, la procesión ha terminado. Los fieles han formado dos semicírculos, sesenta y cuatro jóvenes a un lado, sesenta y cuatro muchachas al otro, separados de sus vecinos por la distancia que cubre el brazo. Todos van descalzos. Todos tienen la misma expresión: una sonrisa tan leve que resultaría prácticamente imperceptible si no se repitiera ciento veintiocho veces alrededor de la circunferencia del círculo ritual. El color de la cúpula ha empezado a cambiar, haciéndose más oscuro y más rojo. Resulta imposible saber si el crepúsculo natural está siendo intensificado artificialmente desde el interior o desde el exterior del edificio. Todas las miradas están vueltas hacia un mismo punto situado a veinticinco pies de altura, donde un altavoz de ocho bocas cuelga de un cable plateado, exactamente en el punto central de la cúpula. El aire empieza a llenarse de una vibración que semeja el zumbido de un lejano monarca corriendo hacia uno en medio de la oscuridad nocturna. Y luego estalla la música en el aire sobrecargado, e inmediatamente los cuerpos empiezan a saltar y a retorcerse, como si cada uno de los acordes fuera un impulso eléctrico aplicado directamente a las terminales nerviosas de los danzantes. La música es increíblemente ruidosa.

La cúpula debe actuar como una enorme caja de resonancia. Puedo notar las vibraciones en mis pies, y mis dientes castañetean con ellas, pero a pesar de lo salvaje de la danza el círculo se mantiene intacto. Cada uno de los Shakers se contorsiona en su propio puesto. Algunos profieren gritos incomprensibles, el parloteo sagrado que los Shakers llaman su Don de Lenguas: profecías extáticas simbolizando el Mundo Sin Palabras de la Deidad. Una muchacha de rostro agraciado está aullando como un coyote. Otra gruñe como un cerdo. Una tercera está alternativamente escupiendo al aire y abofeteándose sus propias mejillas con las dos manos.

Al otro lado de la pista, un muchacho alto y delgado se ha separado del círculo. Pirueteando rápidamente, con la cabeza echada hacia atrás de modo que sus ojos no se aparten de la membrana escarlata de la cúpula, parece impulsarse a sí mismo erráticamente hacia el centro de la pista. Y ahora la cúpula está cambiando de nuevo de color, adquiriendo un tono púrpura semejante al color del cielo al atardecer.

Un momento de relativa calma ha descendido sobre los danzarines. Están de pie con las manos en los costados: sólo mueven las cabezas, primero hacia un lado, luego hacia el otro, al compás de la música. El muchacho alto y delgado que se encuentra en el centro de la pista ha empezado a girar sobre sí mismo, adquiriendo cada vez

más velocidad, con la cabeza echada aún hacia atrás y la mirada fija. Su brazo derecho sale disparado de su hombro, con la palma de la mano extendida y los dedos rígidos: esto es lo que los Shakers llaman el Signo de la Flecha, una manifestación del Don de la Profecía, inspirado directamente por la Deidad Dual, Padre Poder y Madre Sabiduría. El muchacho alto y delgado es el «instrumento» y está a punto de recibir un mensaje de lo alto.

Su cabeza oscila hacia adelante. Sus giros se hacen más lentos. Se detiene bruscamente apuntando con su brazo derecho a una muchacha pelirroja. La muchacha empieza a temblar de pies a cabeza, como poseída por el espíritu de la fiebre.

«¡Todo el mundo es un espejo! —grita el muchacho—. ¡Limpio, limpio, limpio! ¡Oh, dejad que brille! Mi suciedad no es mía pero mancha la tierra. Y la tierra no es mía: la Madre y el Padre son luz sobre luz, pero la luz no puede brillar sola. Únicamente un espejo puede brillar, brillar, brillar. ¡Dejad que el espejo sea mío, sea mío, sea mío!»

La muchacha pelirroja tiembla de tal modo que sus extremidades parecen descoyuntarse. Tiene la boca abierta y ha empezado a gemir con voz apenas audible al principio. Lo que pronuncia puede ser un monosílabo repetido con tanta rapidez que las consonantes desaparecen y las vocales fluyen en un chorro interminable de sonido. Pero su voz va aumentando de volumen, cada vez más, semejante al aullido de una sirena, hasta que todo parecido con el lenguaje se desvanece y parece imposible que un sonido como aquel pueda brotar de una garganta humana. Casi pueden oírse los vasos sanguíneos tensándose, estallando.

Luego, el altavoz estalla en el jag-rock más salvaje que he escuchado nunca, y la cúpula se enciende en estallidos multicolores. Y no se sabe ya si los danzarines se mueven muy lentamente, o con mucha rapidez. El movimiento está tan perfectamente sincronizado con el sonido, y el sonido con el color, que no parece existir ningún punto fijo de referencia en ninguna parte.

Lo único que se puede decir es: «Hay color, hay sonido, hay movimiento...» Éste es el Don del Trance, que los Nuevos Shakers aprecian tanto. Y sea auténticamente místico, como ellos pretenden, o autohipnótico o provocado por las drogas, como algunos críticos sostienen, o una combinación de esos factores, o algo completamente distinto, lo cierto es que se trata de una experiencia indiscutiblemente real... y profundamente perturbadora.

—CONTINUARÁ —

XEROGRAMA: 1 de julio (7,27 horas).

A: Frederick Rickover, Supervisor de la Zona Oriental,

Feel-O-Matt Corp., Baltimore, Maryland, 6503477502. DE: Raymond Senter, Hudson Junction Rotel, Hudson

Junction, N. Y., 28997601910. (AVISO: ESTRICAMENTE PERSONAL).

Fred:

Necesito una comprobación de la clave DNA n.º 75/62/ HR/fi/4-9-06. Quiero saber si la persona a la que corresponde esa clave ha sido detenida en algún lugar de la Federación durante las dos últimas semanas. Se trata de un asunto familiar, no de negocios, de modo que debes enviarme la respuesta únicamente a las señas que figuran en este X. No te olvides de hacerlo. Agradecido, Ray.

A: Stock, Ed-Ej, I.I. DE: Senter.

INCLUYE: Tres grabaciones. «Testimonios» de Nuevos Shakers.

GRABACIÓN I (Nombre del Shaker, «Granjero Brown»): ¿Qué clase de micro es éste? No sabía que los construían tan pequeños... ¿Chino? ¡Oh! De acuerdo. Bueno, vamos a ver... Nací el diecisiete de abril de mil novecientos setenta y cuatro, en Ellswort, Sasketchewan. Mi padre es capataz de una gran refinería. Mi madre se dedicaba a sus labores. Ha muerto ya. Resulta muy difícil recordar los detalles. Cuando era muy pequeño vi cómo los federales liquidaban a un Dinamitero en la escalinata del Ayuntamiento. Aunque es posible que se trate de algo que vi en la TV. Fui a la escuela... lo normal. Al cumplir los quince años me escapé de casa y empecé mi vida de vagabundo. No me fue del todo mal. Y un día tuve la suerte de encontrar a una linda paloma en Nashville. Era especialista en medios audiovisuales.

Un día, se presentó con una cinta y me dijo: «Esto te interesará. Es de un nuevo grupo llamado los Shakers».

Ella no sabía absolutamente nada sobre los Shakers, y yo tampoco, desde luego: en aquella época empezaban a aparecer en el mercado las primeras grabaciones de los Shakers. Bueno, aquel sonido me impresionó. De veras. Y decidí que tenía que oír más grabaciones de los Shakers. Compré todo lo que había en el mercado, pero me pareció insuficiente. De modo que una noche me largué hacia Wilwood, y casi sin darme cuenta me encontré en una Reunión Preparatoria y me convertí en un hombre Libre...

GRABACIÓN II (Nombre del Shaker, «Mariah Moses»): Nací en Darien, Connecticut. Soy una Acuario, con Leo ascendente. ¿Quiere saber mi verdadero nombre? No importa, me llamaba Cathy Ginsberg. Mi infancia no tuvo nada de interesante. Asistí a la Escuela Modular. Era una buena alumna, y lo que se me daba mejor era la Cultura Mundial. ¿De veras es necesario que le cuente todo esto? Creo que lo más importante que me ocurrió en aquella época fue el ganar el segundo premio en una competición patrocinada por la Fundación Maxwell y que consistía en desarrollar por escrito el tema Los Goces de la Contemplación. Gané un viaje a Hawai para dos personas. No recuerdo quién me acompañó. Pero Hawai me gustó mucho. Todos aquellos chicos de piel bronceada... Un sábado por la noche asistimos a un gran luau: una orgía al estilo indígena. Me enseñaron cosas que nunca había aprendido en la escuela.

Recuerdo que pensé: ¡Oh, estrella, esto es el final de la vida!

Pero cuando todo terminó, pensé otra cosa. Si aquello era el final de la vida, ¿qué venía a continuación? No sé si fue el cerdo asado o qué, pero pasé unos días muy malos. La noche que regresamos a casa —¡Herbie! Ése era el nombre de mi acompañante, Herbie Alcott, un muchacho con unos cabellos rizados que le caían sobre los hombros—... bueno, la noche que regresamos a casa mis padres me esperaban en el aeropuerto y, mientras nos dirigíamos a Darien, empezaron a preguntarme qué quería hacer de mi vida. Trataban de mostrarse comprensivos y tolerantes. Incluso me preguntaron si Herbie y yo teníamos relaciones formales... Lo malo era que yo pensaba todavía en el luau y en el cerdo asado y me sentía completamente... quemada. Como una brasa de carbón que parece sólida pero que en realidad no es más que ceniza blanca, y si alguien la toca se desmenuza. De modo que dije que pensaría en el asunto.

Y unos días más tarde ocurrió el milagro. Una chica de nuestra clase desapareció, y un amigo mío oyó decir a alguien que se había convertido en una Shaker.

Inquirí:

—¿Qué es eso?

Mi amigo dijo:

—Es una religión que reniega del odio, de la guerra, del dinero y del sexo.

Y yo empecé a sentirme desasosegada. Y a pesar de que entonces no sabía lo que significaba, en aquel momento descubrí mi Don. Era una sensación reconfortante, que convertía la vida en algo distinto. Y el día que cumplí los quince años vine a Jerusalem, y no me he movido de aquí. Eso fue hace once meses. ¡Oh! Resulta imposible describir lo que ocurre en la Reunión Preparatoria. Lo que cuenta es lo que ocurre dentro de una. Y ahora, cuando pienso en todos mis amigos de Darien, rezo una oración.

Padre Poder, Madre Sabiduría, infúndeles sus Dones, hazlos libres.

GRABACIÓN III (Nombre del Shaker, «Earnest Truth»): Me doy cuenta de que aquí resulto algo raro. Supongo que por eso ha solicitado mi testimonio. Pero no quiero que me clasifique como un Shaker intelectual, o un Shaker teólogo, o algo por el estilo. Sirvo como Diácono Jurídico, porque ése es mi Don. Si me dedicara a fregar los suelos, sería un Shaker igual de bueno. ¿Está claro? Bien. Seré breve (LEÍDO DE UN TEXTO PREPARADO): Tengo veinticuatro años y procedo de Berkeley, California. Mis padres eran catedráticos de la Universidad y murieron en un accidente de aviación cuando yo tenía diez años. Quedé a cargo del Estado. Ingresé en la Universidad a los diecisiete años, después de haber cursado brillantemente los estudios secundarios en la Escuela Modular. Escogí la carrera de Derecho. Aprobé los cuatro cursos en tres años. En el último año empecé a interesarme por la literatura religiosa —o, para ser más exacto, por la literatura del misticismo—, tal vez como un contrapeso a la creciente intensidad de mis estudios formales. Como simple diversión intelectual, empecé a leer a San Juan de la Cruz, George Fox, los vedas, Tao, Zen, la

Kabala, los Sufis. Pero cuando conocí a los Shakers, quedé impresionado inmediatamente por la osadía y la pureza de esta variante puramente norteamericana. Todos los místicos han buscado la unión espiritual con el Vacío, lo indecible, lo informe, lo inefable. Pero el pequeño grupo de peregrinos Shakers, enfrentados con una selvaticidad aparentemente ilimitada, dieron un maravilloso salto de fe y decidieron que la unión ya se había consumado. La selvaticidad era el Vacío. Para los que tenían ojos para ver, éste era el Reino de Dios. Y practicando un comunismo total, una total abnegación, una dedicación absoluta, hicieron florecer el desierto durante más de doscientos años. Luego, incapaces de adaptarse a las metodologías de la Revolución Industrial, desaparecieron silenciosamente, como si su espíritu hubiese encontrado un definitivo lugar de reposo en el diseño de sus sencillos y maravillosos muebles de madera, que en la actualidad son piezas de coleccionistas, dicho sea de paso. Cuando empecé a leer cosas acerca de los Antiguos Shakers, había oído hablar ya de los Nuevos Shakers, naturalmente, pero suponía que se trataba de otra secta fundamentalista que sólo se proponía difundir las ventajas de una vida más sencilla en esta era de abundancia. Pero, eventualmente, mi curiosidad —entonces le di ese nombre— me llevó a asistir a una Reunión Preparatoria que se celebró en las afueras de Jefferstown. Y encontré mi Don. La experiencia varía de un individuo a otro. Para mí fue la revelación de que el complejo mecanismo que llamamos Sociedad de la Abundancia es el verdadero anacronismo. Todas las euforias que alimentamos no pueden modificar el hecho de que el mecanismo de la abundancia ha alcanzado su límite hace ya mucho tiempo como fuerza vital, y ahora se está ahogando en sus propios residuos: Polución, Superpoblación, Deshumanización. Lejos de ser un nuevo camino, la llamada Revolución Cultural fue simplemente la última tentativa del viejo orden para sobrevivir, programando en la máquina las sensaciones más íntimas del hombre. Y los ingenuos Dinamiteros no fueron más que unos románticos desfasados de su época, un anacronismo dentro de un anacronismo. En esta encrucijada de la historia, sólo el Renacer Shaker ofrece una verdadera alternativa, con los sencillos y a la vez profundos Cuatro Noes. El mundo secular suele elogiarnos por nuestro repudio del Odio y de la Guerra, y se mofa de nosotros porque repudiamos el Dinero y el Sexo. Pero los Cuatro Noes constituyen una ecuación ética maravillosamente equilibrada, en la cual cada uno de los términos depende de los otros tres. No existen Utopías fáciles. Los que no son Shakers se preguntan a menudo: «¿Qué ocurriría si todo el mundo se convirtiera en Shaker? ¿No significaría eso el final de la raza humana?»

Mi respuesta personal es ésta: la humanidad está sufriendo desde la enfermedad hasta la muerte: una plaga llamada desesperación. El Shakerismo es la única cura. Cuanto más se extienda la plaga, más personas encontrarán la fuerza necesaria para tomar la medicina, por amarga que pueda parecer. Quizás en el futuro la propagación del Shakerismo conduzca al restablecimiento de la salud de la Sociedad, haciendo innecesario con ello el propio Shakerismo. Tal vez se repita el ciclo. Tal vez no. No

podemos saber lo que el Padre y la Madre han planeado para sus hijos. Sólo hay una cosa segura: la última profetisa de los Antiguos Shakers escribió en 1956: «La llama puede oscilar, pero la chispa no se apagará hasta que termine la obra de salvación del mundo».

No creo que encuentre usted aquí la llama oscilando.

—CONTINUARA —

XEROGRAMA: 1 de julio (23,30 horas). A: Stock, Ed-Ej, I!

DE: Raymond Senter (AVISO: ESTRICAMENTE PERSONAL).

Cooperación ilimitada aquí... hasta que mencione la «Reunión Preparatoria». Entonces, todo el mundo enmudece. Se trata de algo demasiado sagrado para oídos impuros. Nadie dice dónde ni cuándo. Una hipótesis: es una especie de retiro obligatorio. Los reclutas, evidentemente, tienen que eliminar todos los hábitos mundanos antes de tomar los votos finales. Un gran interrogante: ¿cómo lo hacen? ¿Conscientes o inconscientes? ¿Droga, hipnotismo, o reacondicionamiento? ¿Legal o ilegal? Incluso a Control le gustaría saberlo. Mañana entrevistaré a la Diácono de Recepción. Si usted lo aprueba, empezaré a aumentar la presión. La labor de zapa ya está hecha. Y la historia pueda ser interesante. Ray.

XEROGRAMA: 2 de julio (2,15 horas).

A: Joseph Harger, Coordinador del Control de Consumidores del Estado, Albany, N.Y., 31118002311.

DE: Raymond Senter, Hudson Junction Rotel, Hudson Junction, N.Y., 28997601910.

(AVISO: ESTRICAMENTE PERSONAL).

Joe:

Te agradezco que te tomes un interés personal en este asunto. Evidentemente, mi esposa no supo expresarse debidamente cuando habló con el controlador. Tiende al histerismo. A pesar de lo que ella pueda haber dicho, te aseguro que la actitud de mi hijo hacia el Ghetto era una mezcla completamente ortodoxa de desprecio y compasión. Bruce estuvo en cierta ocasión conmigo en el Muro de Harlem, y el Coordinador Bill Quaite le permitió sentarse durante unos minutos en la silla del Escrutador. Oyó a un mucín llamar desde lo alto de uno de los campanarios. Vio las ratas que campaban por sus respetos entre la basura. Contempló cómo unos chiquillos desnudos luchaban con cuchillos de madera por un trozo de vidrio de color. Me han dicho que hay jóvenes lo bastante estúpidos como para creer que pasar al otro lado del Muro es una aventura, y que el Proceso es reversible, pero puedo garantizarte que mi hijo no es uno de ellos. Y, desde luego, no es un Dinamitero. Sé que siempre has compartido los puntos de vista de mi publicación, en el sentido de que una selectiva exposición a las realidades más duras mejora la condición de los consumidores. Espero que en esta ocasión sepas comprender también que puedes confiar en mí.

Repito: no existe el menor indicio de que mi hijo haya ido a reunirse con los Negros. En realidad, tengo buenos motivos para creer que no tardará en regresar, superadas definitivamente todas las discrepancias. Pero necesito un poco de tiempo. Un Boletín de Personas Desaparecidas empeoraría las cosas, de momento. Sé que mi esposa inició la demanda. Pero te agradecería que la retuvieras otras cuarenta y ocho horas. Cordiales saludos. Ray.

A: Stock, Ed-Ej, I.I. DE: Senter.

INCLUYE: Grabación de la entrevista con Antonia Cross, de 19 años, Diácono de Recepción, Jerusalem West.

P. (Espero en silencio que ella rompa el fuego.)

R. Antes de empezar, creo oportuno aclarar unas cuantas cosas. Nos ahorrará tiempo y disgustos, a la larga. En primer lugar, a pesar de lo que su revista y otras puedan haber dicho en el pasado, nosotros no hacemos proselitismo. Nunca. De modo que no utilice esa palabra, por favor. Nosotros sólo tratamos de vivir nuestro Don... y si otras personas se sienten atraídas hacia nosotros, es obra del Padre y de la Madre, no nuestra. Nosotros no tenemos que predicar. Cuando alguien está sumergido hasta el cuello en la suciedad no necesita un predicador para que le diga que huele mal. Lo único que necesita oír es que en alguna parte existe un lugar más limpio. En segundo término, nosotros no impedimos a nadie que se marche, a pesar de los rumores en sentido contrario. En los últimos cuatro años hemos tenido exactamente tres apóstatas. Descubrieron que sus ruedas no eran nuestras ruedas y se marcharon.

P. Deme sus nombres.

R. No existe ninguna ley que nos obligue a descubrir los nombres de los renegados. Búsquelos usted. Supongo que no le resultará difícil localizarlos.

P. Creo que sobrevalora el poder de la prensa.

R. Entre los Shakers, la falsa modestia no se considera una virtud.

P. Ha mencionado usted tres apóstatas. ¿Cuántos solicitantes son rechazados antes de hacer los votos definitivos?

JR. El porcentaje exacto no se puede fijar. Algunos solicitantes son más serios que otros. No existe ningún misterio en nuestros procedimientos de recepción. Habrá oído usted la expresión «Shakers Domingueros». Cualquiera puede adquirir el hábito y bailar y cantar y conservarse puro durante un par de días. Me han dicho que incluso se considera como un «reactivo». Nosotros nos aseguramos de que los que vienen a nosotros conozcan la diferencia entre un fin de semana y toda una vida. Explicamos el Don, el Credo, los Artículos de Fe. Luego les preguntamos por qué han venido a nosotros. Les sometemos a un interrogatorio exhaustivo. Al final, si insisten en quedarse, les enviamos a la Reunión Preparatoria, donde permanecen hasta que una Familia se muestra dispuesta a aceptarlos.

P. ¿Cuál es la duración de una Reunión Preparatoria?

R. Depende. Puede durar unos días, o unas semanas. O más tiempo.

P. Durante ese tiempo, ¿se les considera como Shakers de hecho y derecho?

R. El momento de la Inducción es un fenómeno espiritual, no temporal.

P. Pero ustedes informan a las autoridades únicamente después de que un novicio ha sido aceptado en una Familia...

R. Cumplimos estrictamente lo que preceptúa la ley.

P. ¿Y si el novicio es menor de edad y miente al declararla? ¿Realizan ustedes una comprobación rutinaria DNA?

R. Cumplimos lo que ordena la ley.

P. Pero un novicio en una Reunión Preparatoria no es un Shaker, de modo que no están obligados a informar acerca de su presencia, ¿no es cierto?

R. En cuatro años, se han formulado contra nosotros nueve denuncias, exactamente. Ninguna de ellas ha prosperado.

P. Entonces, ¿retrasan ustedes la aceptación del neófito hasta que pueden averiguar su identidad?

R. No he dicho eso. Nosotros creemos en el derecho de toda persona a rehacer su personalidad. Y los caminos del Padre y la Madre superan a veces nuestras posibilidades de comprensión.

P. Dice usted que no hacen proselitismo. Pero, ¿acaso sus grabaciones no son una forma de predicación? ¿No obtienen la mayoría de neófitos gracias a las grabaciones?

R. El mundo —el mundo de usted— es sucio. De arriba a abajo. De modo que nos mantenemos tan lejos de él como podemos. Pero tenemos que comer. Así que vendemos nuestras grabaciones y nuestras bicishakers. Existe un riesgo previsto de contaminación. Pero es un arma de dos filos. El mundo puede ser contaminado por la pureza. Eso es conocido como Salvación.

P. ¿Dónde se celebra la Reunión Preparatoria de Jerusalem West?

R. Las Reuniones Preparatorias son privadas. Para proteger a todos los afectados.

P. ¿Quiere usted decir que son secretas? ¿No hay algo en esas reuniones que no quieren que el público sepa?

R. Si el público ignora la vida del espíritu, no es culpa nuestra.

P. Algunas personas creen que sus neófitos son «preparados» con drogas o electro-condicionamiento.

R. Algunas personas creen que la comida Shaker está llena de salitre. ¿Va usted a publicar eso, también?

P. Han sido acusados ustedes de practicar lavados de cerebro. Es una grave acusación. Y a menos de que obtenga más colaboración de la que me han prestado hasta ahora, tendré que suponer que tienen algo que ocultar.

R. Nadie le dijo a usted que gozaría de libertad para verlo todo. Tiene que aceptar nuestra... orientación en aquellas materias que afecten a la religión.

P. Permítame que la oriente yo un poco, Miss Cross. Tienen ustedes ya demasiados enemigos en ese sucio mundo que tanto desprecian: un relato objetivo podría limar muchas aristas.

R. ¿El poder de la Prensa? Correremos el riesgo.

P. ¿Qué harán ustedes si interviene la policía?

R. La muerte no nos asusta. Y las autoridades del Control no se atreverán a encarcelarnos, porque saben que sería peor el remedio que la enfermedad.

P. Miss Cross...

R. Aquí no utilizamos tratamientos. Me llamo Antonia.

P. Es usted una joven inteligente. Preferiría trabajar con usted que contra usted. ¿Por qué no tratamos de encontrar un término medio? En mi calidad de periodista, mi preocupación esencial es la naturaleza humana: lo que le ocurre a un joven neófito en el proceso de convertirse en un Shaker de hecho y de derecho. Ustedes no me permiten asistir a una Reunión Preparatoria para que lo vea con mis propios ojos. De acuerdo, tendrán sus motivos, y yo los respeto. Pero le pido que respeten los míos. Si pudiera hojear sus archivos de Recepción —bastarán los datos de las dos o tres últimas semanas—, podría hacerme una idea del material humano que reciben ustedes. Puede usted eliminar los nombres, desde luego.

R. Tal vez podamos facilitarle un resumen estadístico.

P. No quiero estadísticas. Quiero ver sus fotografías, oír sus voces... Ha dicho usted que en la primera entrevista les sometían a un interrogatorio exhaustivo. Eso es lo que necesito: sus respuestas, la diferencia entre los que persisten en su deseo y los que renuncian.

R. ¿Cómo podemos saber que no está buscando algo de naturaleza personal... para crearnos problemas?

P. Por el amor de Dios, soy uno de los periodistas más conocidos de la Federación. ¿No me concederá usted el beneficio de la duda?

R. Invoca usted a una Deidad que no significa nada para usted.

P. Lo siento.

R. Lo único que puedo hacer es transmitir su petición a la Octava. Cualquier decisión de ese tipo tiene que tomarse en una Reunión Plenaria.

P. ¿Cuánto tardará en celebrarse?

R. La Octava se reunirá mañana, antes del Servicio Nocturno.

P. De acuerdo. Puedo esperar hasta entonces. Supongo que debo disculparme por lo brusco de mi lenguaje...

R. Todos tenemos nuestro Don.

—CONTINUARA —

A: Stock, Ed-Ej, I.I.

INCLUYE: Primer resumen sobre el Renacer Shaker. 3 de julio.

No se ha puesto en claro si los ocho diecíañeros —seis chicos y dos muchachas— que en la primavera de 1991 decidieron formar una orquesta de jag-rock llamada Los Shakers conocían el significado religioso del nombre. Según un artículo publicado en aquellas fechas por la revista Riff, los ocho jovenzuelos pensaban únicamente en un

número de rock-and-roll clásico, que llevaba el sugestivo título de Shake, Rattle and Roll. Por otra parte, existen pruebas de que Harry G. estaba interesado en la astrología, la quiromancia y otras formas de ocultismo moderno, antes incluso de abandonar su hogar, a la edad de quince años. Harry G. nació el 18 de diciembre de 1974 en Schoodic, Maine. Se llamaba Harry Guardino y era hijo de una tercera generación de pescadores de langostas.

A los quince años, se marchó a Nueva York y poco después abrió una taberna en el sótano de un edificio del West Side. El local se convirtió en centro de reunión de los vagabundos que pasaban por la ciudad. No poseemos datos fidedignos acerca de aquella época. Los rumores de que Harry G. perteneció a una célula de Dinamiteros parecen ser infundados. Pero se sabe que en la primavera de 1991 un grupo de vagabundos se reunió en la taberna de Harry G. para discutir su futuro. Dio la casualidad de que aquellos ocho jóvenes, procedentes de todos los rincones de la Federación, compartían una gran afición al jag-rock y sabían tocar algún instrumento. Y así nacieron los Shakers, un conjunto musical más.

Crearse una reputación en el mercado del jag-rock nunca ha sido fácil. Durante los dos meses siguientes, los Shakers vivieron a salto de mata, tocando en centros de consumo, en escuelas y en locales no demasiado exigentes. Viajaban en un Chevrolet de segunda mano, que funcionaba gracias a los heroicos esfuerzos del especialista en electrónica del conjunto, Richard Fitzgerald (que más tarde, como Richard F., ayudó a diseñar la versión mejorada del turbo-adaptador que constituye la base del bicishaker actual).

La noche del primero de junio el conjunto llegó a Hancock, Massachusetts, donde tenía que actuar en el baile de fin de curso de la Escuela Modular Grady L. Parker. Hacía tres días que no habían actuado y sus recursos financieros se estaban agotando. Desde el primer momento, los ocho habían ido juntos a todas partes y lo habían hecho todo en comunidad. Incluso insistieron en dormir juntos en una sola habitación, diciendo que las «vibraciones nocivas» provocadas por su separación durante la noche podían afectar desfavorablemente a su música. Resultó que en Hancock había una sola fonda, y en ella no disponían de una habitación suficientemente amplia, de modo que tras largas negociaciones el director de la Escuela Modular les preparó una especie de «campamento» en el edificio del Museo Shaker local, que albergaba los recuerdos de una comunidad Shaker que había vivido allí en 1790. Divertidos, pero no impresionados por la coincidencia de nombres, se dispusieron a pasar la noche allí. Lo que ocurrió entre la medianoche y el amanecer en aquel vetusto edificio no se sabrá nunca. Sin embargo, según el testimonio Shaker, el espíritu de la Madre Ann, la santa fundadora de la secta original, tocó los Dones de los ocho y en una visión del futuro —que Amelia D. dijo más tarde que había sido «tan clara y brillante como un holografo»—, les reveló por qué habían sido elegidos: había llegado el momento del renacer multitudinario de las creencias y prácticas Shaker. Los ocho jóvenes despertaron al mismo tiempo, compararon sus visiones,

descubrieron que eran idénticas y lloraron juntos de alegría. Pasaron el resto del día rezando y haciendo planes. Su primera decisión fue la de actuar, tal como estaba previsto, en el baile de fin de curso de la Escuela Modular.

«Decidimos continuar haciendo lo que habíamos hecho hasta entonces... sólo que mucho mejor —explicó más tarde Amelia D.—. Supongo que necesitábamos el dinero.»

Por lo que sea, el conjunto mejoró extraordinariamente desde el punto de vista musical. Su música despertaba sensaciones completamente nuevas... o al menos eso opinaron los excitados alumnos de la Escuela Modular. En plena actuación, y sin premeditación alguna por su parte, como él mismo confesó más tarde, Harry Guardino se puso en pie y anunció la nueva revelación Shaker, incluyendo el Credo de los Creyentes (los Cuatro Noes) y una versión abreviada de los Artículos de Fe de la Sociedad Unida de Creyentes: «Todas las cosas deben ser conservadas limpias y en perfecto orden», «Diversidad en la Uniformidad» y «Trabajar es Jugar». Según el periódico de Hancock, diecisiete miembros del último curso se marcharon al día siguiente del pueblo con los Shakers, en tres automóviles que tomaron «prestados» a sus padres y que más tarde devolvieron. Arrastrados por un Don de Viajar, el pequeño grupo de peregrinos recaló en un tranquilo rincón del Estado de Nueva York conocido ahora como Jerusalem West —la Jerusalén Occidental—, compraron unos terrenos —gracias a los donativos de unos benefactores anónimos— e iniciaron su extraño experimento de un comunismo monástico y ascético.

Las verdaderas conexiones históricas entre los Antiguos Shakers y los Nuevos Shakers siguen siendo tema de especulación. No se ha puesto en claro, por ejemplo, si Harry G. y sus socios tuvieron acceso al material documental que se exhibía en el Museo de Hancock. No cabe duda de que el Primer Artículo de Fe del Renacer Shaker es copia literal de la primera parte de un antiguo lema Shaker. Pero en su aplicación a nuestra época se le ha dado un significado sutilmente distinto. Y aunque muchas creencias y prácticas de los Nuevos Shakers coinciden con las líneas maestras del shakerismo tradicional, las adaptaciones son completamente libres y a veces sumamente caprichosas. En conjunto, el Renacer Shaker parece ser un producto de nuestra propia época. Algunos eminentes evolucionistas lo consideran incluso como una parte del proceso natural de eliminación de aquellos individuos incapaces de convertirse en miembros plenamente consumidores de la Sociedad de la Abundancia. Arguyen que el shakerismo representa una indudable mejora, comparándolo con el culto juvenil de los Dinamiteros que tuvieron que ser eliminados en la primera época de la Federación.

Pero hay otros observadores que son menos optimistas al respecto. Señalan especialmente los problemas jurídicos que plantean los esfuerzos de los Shakers para un proselitismo en gran escala. La Enmienda Vigésimoséptima de la Constitución Federal garantiza el derecho de todos los ciudadanos blancos de más de quince años al libre disfrute de sus propios sentidos, siempre que tal disfrute no sea un obstáculo

para el goce sensual a que tienen derecho los otros ciudadanos. Pero, ¿cuál es la situación legal de las instituciones que imponen semejantes represiones? ¿Hasta qué punto está atado un neófito por el juramento de obediencia al Credo de los Creyentes? Supongamos que dos Shaker se sienten atraídos físicamente y deciden consumir el acto sexual. ¿Tiene derecho la Sociedad Unida de Creyentes a colocar obstáculos entre ellos? Ésas son preguntas vitales que las autoridades del Control tendrán que contestar. Pero en Washington hay personajes influyentes que interpretan la Enmienda Vigésimoséptima como una obligación del gobierno no sólo de proteger el derecho del individuo al placer sensual, sino también de ayudar a fomentarlo al máximo. Y a los ojos de esos construccionistas, los Shakers pisan un terreno movedizo.

—CONTINUARA —

A: Stock, Ed-Ej., I.I. DE: Senter.

(AVISO: GRABACIÓN MUY CONFIDENCIAL. NO DEBE SER PUBLICADA).

Primera voz. ¿Bruce? ¿Eres tú?

Segunda voz. Soy yo.

P. V. ¡Por el amor de Dios, entra! Cierra la puerta. ¡Dios mío! Creí que estabas encerrado en aquella Reunión Preparatoria. Creí...

S. V. Esto no es una cárcel. Cuando me enteré de que estabas merodeando por los alrededores del pueblo, supe que tenía que hablar contigo.

P. V. Entonces, ¿has cambiado de idea?

S. V. No lo creas. Sólo quería asegurarme de que no irás por ahí contando mentiras.

P. V. ¿Saben ellos que estás aquí?

S. V. Nadie me ha seguido, si te refieres a eso. Nadie sabe quién soy. He rehecho mi personalidad, como decimos nosotros.

P. V. Pero, lo averiguarán. No son tontos. No tardarán en descubrirlo... si es que no lo han descubierto ya.

S. V. No comprueban nada. Eso es otra mentira. Y, de todos modos, pienso decírselo yo mismo después de la Inducción.

P. V. Bruce... aún estás a tiempo. Queremos que vuelvas a casa.

S. V. Puedes decirle a Arlene que su niño está sano y salvo. ¿Cómo está ella? ¿Absorta en sus propios asuntos, como de costumbre?

P. V. Está destrozada por tu escapatoria.

S. V. ¿Por qué? ¿Teme que le corten el crédito por haber dejado escapar de la jaula a otro consumidor en potencia?

P. V. No te hubieras arriesgado a venir si no tuvieras dudas. No cometes una terrible equivocación.

S. V. He venido a verte porque sé lo hábil que eres para desvirtuar las palabras de

otras personas. ¿Estás grabando esto?

P. V. Sí.

S. V. Bien. Te lo pido sin rodeos: déjanos en paz, por favor.

P. V. ¿Sabes que están condicionando tu mente?

S. V. No sabes lo que dices.

P. V. Ven a casa conmigo.

S. V. Estoy en casa.

P. V. No has visto lo suficiente del mundo como para volverle la espalda.

S. V. Te he visto a ti, y he visto a Arlene.

P. V. ¿Tan horrible es nuestra vida?

S. V. Lo que Arlene y tú tenéis no es vida. Es el Sueño Americano Hecho Realidad. Estás desesperado y ni siquiera lo sabes. Esto es lo peor.

P. V. Repites los slogans como si creyeras en ellos.

S. V. ¿Qué te hace pensar que no creo en ellos?

P. V. Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre. Te conozco.

S. V. No me conoces. En absoluto.

P. V. Mira, también yo sé lo que es la rebeldía. Cuando era joven también me sentí rebelde. Es algo saludable, natural... La acepto, pero no a dosis excesivas. Y tú eres demasiado listo para quedar atrapado en un agujero como éste.

S. V. Se trata de mi propia vida, ¿no? Dentro de una hora y diez minutos, exactamente, seré libre, blanco y con quince años cumplidos: el Día de la Independencia, ¿no es cierto? Un hermoso día para cumplir años: es lo mejor que Arlene y tú habéis hecho por mí.

P. V. Bruce, queremos que vuelvas. Cualquier cosa que desees, no tienes más que decirlo y, si está a mi alcance, la tendrás. Mis amigos me ayudarán.

S. V. No quiero nada de ti. Somos ajenos el uno al otro, ¿no puedes entenderlo? Lo único que ahora tenemos en común es esto: (SONIDO DE UNA PESADA RESPIRACIÓN). Y si quieres que lo devuelva, puedes tomarlo. Bastará con que tapes mi boca y mi nariz con la mano y la mantengas ahí durante cinco minutos.

P. V. ¿Cómo puedes bromear con esas cosas?

S. V. ¿Por qué no? ¿No te has enterado? Sólo hay dos salidas para mi generación: los Shakers o el Ghetto.

P. V. Te advierto que el país no tardará en agotar su paciencia. Va a haber jaleo... y no quiero que estés aquí cuando empiece.

S. V. ¿Qué van a hacer los viejos? ¿Terminar con nosotros?

P. V. (Palabras ininteligibles.)

S. V. Hablas de rebeldía como si supieras algo de ella porque en otra época luciste un emblema y paseaste una pancarta.

P. V. Nosotros hemos cambiado la historia.

S. V. Vosotros no habéis cambiado nada. Habéis sido tragados, como lo fueron los Dinamiteros. Con la única diferencia de que a vosotros os han comido vivos.

P. V. Bruce...

S. V. ¿Puedes forzar un poco la materia gris e imaginar lo que sería la verdadera rebelión? No un coro más de «Dame, dame, dame», sino la negación absoluta de todo lo anterior... ¡Los Cuatro Noes fundidos en Un Gran No!

P. V. Bruce, haremos un trato...

S. V. Hasta ahora, nadie los había fundido en uno. No espero que lo comprendas. Incluso aquí, mucha gente ignora lo que está ocurriendo. ¡Expiación! En esto consiste la rebelión. ¡Los jóvenes pagando por los pecados de sus padres! Pero los jóvenes están siempre tan hambrientos de vida, que se distraen antes de haber podido terminar la tarea. Recuerda a todos los pobres y desdichados rebeldes a lo largo de la historia: cuando se han hecho demasiado grandes para ser aplastados, los viejos han sabido sobornarlos. El palo o la zanahoria, y luego, todo igual que siempre. En este sentido, vuestra generación ha sido la peor de todas. Y lo más cómico es que vosotros creéis de veras haber ganado. De modo que ahora no tenéis ninguna zanahoria para ofrecernos, porque ya la habéis compartido con nosotros... antes de que nos hiciéramos mayores. Y ahora somos lo bastante fuertes como para reírnos de vuestros palos... Por eso el mundo va a descubrir por primera vez lo que es la rebelión total.

P. V. Pensaba que no creáis en la violencia y en el odio...

S. V. ¡Oh! Nuestra fuerza no es de este mundo. Puedes olvidar todas las grabaciones, las bicicletas y las danzas: lo que hay que eliminar es la impureza. Si quieres ver el cuadro exacto, sólo tienes que imaginarnos formados en círculo, con las cabezas inclinadas, rezando, conteniendo la respiración y desapareciendo uno a uno. ¿No es un hermoso final para este mundo? Sin estrépito, sin convulsiones... con un largo y silencioso Amén.

A: Stock, Ed-Ej, I.I. DE: Senter.

INCLUYE: Nuevo primer anuncio en «Shaker Revival» (cancelar anterior transmisión; nuevas directrices en camino).

JERUSALEM WEST, N.Y., 4 de julio. Uno de los primeros críticos del shakerismo, que había pertenecido a la secta por espacio de diez meses, escribió este profético elogio de sus antiguos correligionarios en el año 1782: «Cuando consideramos el estado infantil del poder civil en América desde que empezó la Revolución, cada infracción de los derechos naturales del hombre, cada esfuerzo por minar nuestra constitución original, en el orden civil o en el eclesiástico, socava los cimientos de la Independencia».

Aquel invierno, la fundadora de los Shakers, Madre Ann, fue raptada por una pandilla de vigilantes de Pettersham, Massachussetts. Según un relato de la época, los vigilantes deseaban «comprobar si era mujer o no». Otros dirigentes de la secta fueron atados a la cola de un caballo, encarcelados, emplumados y expulsados de todos los pueblos de Nueva Inglaterra. Aquellas terribles persecuciones, que se prolongaron con el siglo, fueron la consecuencia casi inevitable de un choque entre

las doctrinas inflexibles, rígidas e inhumanas de los Shakers y la mentalidad pragmática, democrática y con visión del futuro de una nación nueva, que un día se resumiría en el orgulloso slogan: El Sistema de Vida Americano.

En la actualidad, el conflicto no es menos agudo. Hasta ahora, los Nuevos Shakers han gozado del beneficio de la duda, como cualquier otro grupo inofensivo. Pero existen pruebas de que el estado de ánimo del país está cambiando... y con mucha rapidez. Eminentes educadores y figuras políticas, eclesiásticos respetables y destacados representantes de los consumidores, no se recatan en denunciar los nocivos efectos de este nuevo fanatismo sobre el país, en su conjunto. Desde las virulentas campañas contra los Dinamiteros emprendidas a finales de los años setenta, no había vuelto a producirse un movimiento destinado a galvanizar la opinión pública de tanta intensidad como el actual. Y un coro de padres apenados ha empezado a hacerse oír... como las lamentaciones de Raquel en el desierto.

Enfrentadas con las crecientes tensiones de la situación internacional, y con el problema sin resolver de los Ghettos, algunas autoridades del Control han empezado a hablar de nuevas restricciones aplicables a todas las sectas monásticas, que no están destinadas a coartar la libertad religiosa, sino que representan un esfuerzo para defender las garantías constitucionales de libre expresión y consumo. Algunos opinan que si el gobierno no toma medidas severas e inmediatas, resultará cada vez más difícil evitar que los padres enfurecidos —y otros legítimamente perjudicados— se tomen la justicia por su mano.

—CONTINUARA —

Querida tía Annie

Gordon Eklund

Querida Tía Annie fue el primer relato que publicó Gordon Eklund, en 1970, pero su estilo atrevido y la habilidad con que son movidos los personajes son propios de un veterano escritor. Posteriormente, Eklund ha publicado media docena de relatos más y su primera novela, The Eclipse Of Dawn. Lean ahora la historia de Tía Anne, el robot encargado del Consultorio de un periódico, y sabrán por qué Eklund está considerado como una de las realidades más brillantes de la ciencia-ficción actual.

Querida Tía Annie:

Creo que me estoy volviendo loca. Verá, el martes de la semana pasada intenté suicidarme. Ya sé que se supone que eso es imposible, pero lo cierto es que intervino el médico, me salvó la vida y dijo que se trataba de un accidente. El hecho de que nadie haga una cosa así, ¿significa que yo soy diferente? Tiene usted que ayudarme, yo no quiero morir y a nadie más le importa. No mencione esta carta a mi marido. No lo comprendería.

Una mujer en apuros

Aventura de Mathew en Brooklyn:

De modo que tomamos esta carta, tal como está escrita —tinta verde esmeralda sobre papel rosa pálido— y la pasamos al identificador. Click-click-click, y dos minutos después teníamos un nombre y una dirección. Mrs. Ronald R. Wheatley, de Brooklyn. ¡Jesús, Brooklyn! Creía que nadie vivía allí desde la última Gran Guerra. Tía Annie dice que me ocupe de este asunto personalmente. Suena demasiado peligroso —demasiado fantástico— para cualquier fantasma auxiliar. Cinco minutos más tarde, con la carta en la mano, me pongo en camino.

Brooklyn es una zona sucia, muy sucia, que los folletos turísticos más recientes no mencionan. Las bombas hicieron un buen trabajo, y los basureros, a la caza de restos y antigüedades, completaron la obra. Mrs. Wheatley vive en un inmueble semiderruido sin vecinos.

Pulso el timbre y espero, silbando una melodía popular. Voy vestido a la última moda, con botas de cuero hasta la rodilla y un bigote en forma de manillar de bicicleta. Mi rostro está contraído, desde luego, ya que durante las horas de trabajo llevo el Compasivo Número Cinco. Y no es que realmente lo necesite. Soy básicamente una persona muy compasiva, como es sabido.

Mrs. Wheatley me permite entrar sin hacerme ninguna pregunta. Una persona muy confiada, por lo visto, aunque en estos días no hay nada que temer. Entramos en la pequeña cocina y nos sentamos, esperando. Mrs. Wheatley es fea, sin arribajes. Siento una pena especial por ella, con aquella verruga pequeña pero llena de pelos en

el lado izquierdo de su nariz.

—Mrs. Wheatley, me llamo Mathew y vengo de parte de Tía Annie. Recibimos su carta y deseamos ayudarla.

Ella me está mirando fijamente y mi Compasivo Número Cinco es el apropiado para la ocasión. Puedo captar el pitty-pat-pat de su corazón mientras se da cuenta de que, por fin, tiene la ayuda que necesita.

—¡Gracias a Dios! —exclama, uniendo las manos, los ojos brillantes de alegría.

Observo que lleva un... no sé cómo llamarlo. Una especie de camisón, supongo, de color amarillo canario, que cuelga hasta el suelo, barriendo el polvo y las migas de pan. Su pelo es postizo y de color rojo oscuro, como el interior de la explosión de una Bomba-H (Y no es que yo haya visto ninguna).

La quiero, Mrs. Ronald Wheatley de Brooklyn, de veras la quiero. No es usted fea. ¡Cuan engañosas pueden resultar las primeras impresiones! Es usted hermosa. No permita que la desposean de eso... Éste es el único motivo que me retiene en el periódico, haciendo encargos por cuenta de Tía Annie. Hoy día resulta casi imposible encontrar a alguien que necesite ayuda. Usted es una de las pocas personas que la necesita, y la quiero por ello.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba, joven? ¿Mathew?

Inclino la cabeza afirmativamente.

—Debe de estar usted orgulloso: es un nombre encantador.

Mientras ella va madurando para mis propósitos, recito el discurso de rigor:

—Mrs. Wheatley, como usted sabe, Tía Annie es una mujer anciana. No puede atender personalmente todas las cartas que recibe. Pero yo soy uno de sus colaboradores más íntimos, y puedo asegurarle que hablar conmigo es como hablar con la propia Tía Annie. Bien, hemos recibido su carta y en ella dice que ha intentado...

—... suicidarme, sí. Sé lo absurdo que suena eso. Se supone que es algo imposible. Pero...

—¿Puede usted facilitarnos algunos de los detalles? Lo único que tenemos es su carta.

Sus ojos son azules. No me había dado cuenta antes. Son de un azul purísimo, como las aguas de los lagos en los que solíamos nadar cuando yo era niño, como el cielo sobre las Montañas Rocosas luchando por la vida contra el control del tiempo, como muchas de las cosas que tanto quiero.

—Ocurrió hace una semana, un martes. Yo estaba tomando mi café matinal, como ahora, y súbitamente me levanté y me dirigí al cuarto de baño. No sé por qué: casi como si me impulsara una fuerza desconocida e irresistible. Dejé caer las píldoras en mi taza, se disolvieron y me las tomé. Son de mi marido. Tiene una articulación artificial y le ayudan a mantener el equilibrio corporal.

—¿Conocía usted el efecto de las píldoras?

—Desde luego.

Mientras hablamos, el aparato MFW que llevo en mi bolsillo está almacenando sus pensamientos, proporcionándonos la posibilidad de conocer, tras el oportuno análisis, sus verdaderos sentimientos y motivaciones. Pero yo estoy pensando ya en posibles soluciones. En primer lugar, tenemos que devolverle su belleza. Por su voz, por sus ojos, puedo asegurar que en otro tiempo fue hermosa. La edad mediana es la maldición de los pobres, que no tienen medios para luchar contra ella. Mas para eso está Tía Annie. Transformaremos a Mrs. Wheatley en la reencarnación viviente de Greta Garbo o de Marilyn Monroe. Y eso sólo será el comienzo, desde luego.

—¿A qué se dedica su marido, Mrs. Wheatley?

—¿Tiene usted que saberlo? Lo único que deseo es dejar de tratar de suicidarme. Y mi marido no tiene nada que ver con ello.

¡Pobre, ilusa mujer!

—Tenemos que saberlo todo acerca de usted, Mrs. Wheatley. Por favor.

—¡Oh! De acuerdo. Tiene una pequeña tienda en Manhattan. Vende objetos antiguos, especialmente libros y revistas.

—¡Vaya coincidencia! Mi hobby consiste en coleccionar libros y revistas de antes de la guerra.

—¿De veras? Yo creo que todos los hombres deberían tener un hobby.

El aparato MFW me advierte que ha extraído de la mujer toda la información necesaria. Me pongo en pie y le alargo mi mano, deseando poder asegurarle que todo irá bien.

—Volveré pronto —prometió, y ella asiente.

En el exterior, el aire viciado de Brooklyn hiere mi olfato. ¡Pobre mujer! ¿Qué puede haberla impulsado a sus absurdos deseos de suicidarse? Necesita ayuda urgentemente. No podemos perder tiempo. Y yo la quiero.

Tía Annie en el Trabajo y en el Juego:

Estoy a punto de llegar a ciertas conclusiones definitivas acerca de unos proyectos eventuales cuando mi recepcionista, Mr. Blackwell, me transmite:

—Annie, Aerial está aquí y desea verla.

—Hazle pasar dentro de medio minuto.

Suspiro. Se acabaron las especulaciones filosóficas. Aerial es el más impaciente de los hombres y no permite que le hagan esperar. Le odio, si es posible que yo odie a alguien, pero debo soportarle. Ha sido el principal ayudante de Annie durante años y años, incluso antes de mi época. No puedo hacer nada.

Aerial entra en mi despacho y se sienta en el borde de mi escritorio. Creo que sólo viene a verme cuando está aburrido. En otros tiempos fue Senador de los Estados Unidos, cuando existían esas cosas. Nunca se ha adaptado del todo a la vida de jubilado.

—La columna de hoy es horrible, Annie. ¿Es que la gente no tiene ya problemas interesantes?

—Esta mañana ha llegado uno más bien intrigante. Creo que lo utilizaré en la columna de mañana.

Le entrego la carta de Mrs. Ronald Wheatley, de Brooklyn. La lee y sacude la cabeza.

—Esto es absurdo, Annie. Nadie puede suicidarse.

—Esa mujer cree que ella sí.

—Tonterías. Lo sabes perfectamente.

Una breve pausa. Luego:

—¿Quién se ocupa del caso?

—Mathew. Es su sector.

Aerial se frota la barbilla, pensativamente.

—Es demasiado grande para él. Deja que me ocupe yo.

—Imposible —digo, sacudiendo la cabeza—. Sabes que no me inmiscuyo en la tarea de mis colaboradores. Esta tarde tendremos un informe MFW de la mujer. Hasta entonces, no podemos hacer nada.

Se encoge de hombros y empieza a pasear de un lado a otro del despacho. Nunca he visto a un hombre tan inquieto. ¿Qué le pasa? Tiene toneladas de dinero en el banco, ha cumplido los setenta años y aparenta veinticinco; tres mujeres en cada mano.

—Creo que estás cometiendo un error, Annie.

—Trato de evitarlos.

Más que eso, en realidad. No creo que sea posible que yo cometa un error. Al menos, eso espero.

—No lo cometas ahora, Annie. El país no podría soportar la impresión. Ya sabes lo esencial que es para la estabilidad nacional tu imagen. No me gustaría tener tu responsabilidad.

Embustero. Todo el mundo sabe que arde en deseos de apoderarse del control de las Empresas Annie. Es el único motivo por el que no se ha decidido a marcharse a Florida. Pero no lo conseguirá. De acuerdo con todas las previsiones, seguirá funcionando durante otros cincuenta años. Y para entonces Aerial estará ya fuera de la circulación. Si yo fuera Annie Carne, le diría lo que hay y me reiría en sus barbas. Pero no he sido programada para la ironía.

—No tardarás en asumir mis responsabilidades —miento—. Empiezo a hacerme vieja. No puedo durar siempre. Cuando yo muera, todo será tuyo. Con tal de que conserves la mente despejada.

Puedo oler su miedo. Brota de sus poros como una nube de vapor y llena el despacho, mezclándose con el odio y con la rabia en un torbellino de emociones.

Conserves la mente despejada. Esta frase está en alguna parte de mi memoria, enterrada con los recuerdos de Annie Carne. En 30 años, sólo he conseguido penetrar la superficie blanda de su conciencia. En 30 años más espero llegar un poco más lejos. Era una mujer astuta, reservada, brillante. Me gustaría haberla conocido.

—Voy a ver si encuentro a Mathew. Tiene que estar por ahí —Aerial está luchando por disimular su miedo, odio, rabia—. Quiero hablar con él de este caso.

—Cuando salgas, dile a Mr. Blackwell que cuide de que no me moleste nadie. Necesito descansar.

—¿Hay algo que no funciona? No estarás preocupada por este asunto de la Wheatley...

—No, desde luego que no. Me estoy haciendo vieja, ya te lo he dicho —Suspiró, llena de nostalgias—. Tú y yo, Aerial, podemos recordar muchas cosas, ¿no es cierto? No somos como esos chicos, como ese Mathew... Recordamos cuando el crimen y el rapto eran hechos corrientes. Recordamos los alborotos veraniegos y las guerras anuales. Recordamos cuando nuestras columnas estaban llenas de esposas infieles y maridos cornudos, de dieciañeras embarazadas y tipos homosexuales. Recordamos los ladrones y las prostitutas, los chantajistas y los alcahuetes. Recordamos todo eso, ¿verdad, Aerial?

—Sí, Annie, lo recordamos.

—Ahora, el país es un lugar mucho mejor. Sin nosotros, es posible que no fuera así. Comparado con lo que tú y yo hemos visto, este asunto de la Wheatley no es nada, aún suponiendo que fuese cierto.

—Y no lo es.

—Yo no opino lo mismo.

Aerial me dirige una sonrisa, cosméticamente perfecta, garantizada para deleitar a jóvenes y viejos.

Me siento en mi sillón, sola, oyendo el leve murmullo de voces que llega a través de la puerta, y tengo miedo. Por debajo de la perfección de nuestra sociedad algo se está moviendo, algo vivo, que se está levantando y amenaza con devorarnos.

El caso Wheatley está directamente relacionado con ello. Estoy segura. Si puedo descubrir cómo, tal vez, sólo tal vez, pueda hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

¿Hablo como una vieja influenciada por narraciones terroríficas? Compadeceos de una vieja máquina. Pero creo que en todo este asunto hay algo que se me escapa. Los recuerdos de Annie Carne bullen, tratando de sugerirme algo, pero sin llegar a expresarse. Los recuerdos de 114 años. ¡Cuánto me gustaría tenerlos ahora!

¿Es posible que una máquina esté asustada? ¿He sido programada para el miedo?

Querido Jesús, ayuda a tu Tía Annie ahora. En sus horas de gran tribulación, necesita tu mano auxiliadora.

Mathew canta de nuevo:

Simpatizo realmente con el viejo Rock, Jefe de la Sección de Deportes del Daily, y uno de mis dos mejores amigos. Rock es un hombre muy viejo —andaré por los cien, como Tía Annie—, y sabe más acerca de leyendas antiguas que cualquier otro hombre de los que he conocido. Ahora mismo estamos hablando de esa leyenda

viviente que es Tía Annie, que además es mi jefe.

—Yo estaba aquí cuando ella llegó —dice Rock—, y tendrías que haberla visto. Buck Brackton, Editor de la ciudad en aquella época, había localizado su columna en un modesto semanario de Iowa y le telegrafió ofreciéndole doble sueldo y un billete de ferrocarril. Un par de días más tarde, Tía Annie se presentó en la Redacción, dispuesta a empezar. Parecía tener ciento cincuenta años...

—Ahora tiene ciento catorce.

—Y el mismo aspecto de entonces. No ha cambiado nada en cincuenta años, y no toca los cosméticos.

—Lo sé. Hábleme de Aerial.

—De acuerdo —dice Rock, respirando a fondo y sabiendo que he oído la historia un millón de veces—. Aerial es pariente de Annie, su hijo bastardo. Ocurrió en Iowa, mucho antes de que en Nueva York se hubiese oído hablar de ella. Annie era una chiquilla y escribía una columna para un modesto semanario de Iowa. Recibió una carta de un viejo granjero, un personaje realmente digno de lástima. Era feo, tenía unas orejas descomunales, su esposa le había abandonado y sus hijos le aborrecían. Annie se compadeció de él inmediatamente y decidió ayudarlo. Nueve meses después, nació Aerial. La familia de Annie se hizo cargo del niño —la comprendían muy bien—, el cual creció sin apenas conocer a su madre. Cuando Annie se vino a Nueva York, Aerial se quedó en Iowa. No se oyó hablar de él durante mucho tiempo y luego, súbitamente, apareció en el Senado de los Estados Unidos, como el último de los grandes políticos Republicanos. Pero no duró mucho tiempo. El Senado se disolvió poco después y Aerial enfermó del disgusto. Le internaron en el Manicomio de Long Island, y eventualmente Annie le sacó de allí y le convirtió en su ayudante principal. Algunos dicen que Aerial no está del todo bien de la cabeza y no puede recordar quién es su madre; otros dicen que lo sabe pero no quiere dejarlo traslucir. Yo... no lo sé.

—Ésa es una buena historia —digo.

—Pero las hay mejores. ¿Has oído la de los Beatles? ¿No? Es muy buena, porque yo estaba en el muelle cuando llegaron a América por primera vez.

—Eso fue hace mucho tiempo. Sería usted muy joven...

—Lo era.

Pero antes de que Rock me cuente una vez más la historia de los Beatles, Aerial sale del despacho de Annie, los labios torcidos en una mueca, el rostro muy pálido. Se para delante de nosotros y fulmina a Rock con la mirada, como si estuviera enterado de lo que acabamos de hablar.

—Mathew, lo que decías en tu columna de ayer acerca de esa mujer que quería saber por qué nadie lee libros en la actualidad, era una estupidez. Todo el mundo conoce la respuesta.

—Yo no —dice Rock.

—Y aquella mujer del Bronx que quería saber cómo se cultivan los guisantes

imitantes... ¿Qué tonterías son esas? Necesitamos material humano, cartas que expresen algún sentimiento. ¿No sabes hacer nada mejor?

—Tengo algo bueno para mañana.

—¿El caso Wheatley?

—Sí. ¿Le ha hablado Annie del asunto?

—Lo ha mencionado, pero es absurdo. Uno no puede suicidarse, a menos de que se salte a la torera sus sesiones AVC. Si ése es el caso de Mrs. Wheatley, le corresponde intervenir a la policía, no a nosotros.

—Mrs. Wheatley no se pierde una sesión. Lo he comprobado.

—Entonces, está loca: un caso para los psiquiatras. Y a la gente no le gusta ese tipo de noticias.

—¿No quiere usted esperar su MFW? No tardará en llegar.

—No tengo tiempo. No me encuentro bien. Si hay alguna novedad, dile a Annie que se ponga en contacto conmigo.

—Lo haré —promete.

Aerial se marcha.

—Odio a ese bastardo —dice Rock.

—Yo, no. Yo le aprecio. Pero ésa es una de mis características. Aprecio a todo el mundo.

—Eso he oído decir.

Rock empieza a contarme por enésima vez la historia de los Beatles, adornándola con añadidos de su invención, puesto que me dedico a leer libros y tengo cierto conocimiento de lo que sucedió en aquella época inmediatamente anterior a la Gran Guerra. Sin embargo, escucho a Rock y asiento en los pasajes del relato que lo requieren.

Cuando Rock termina de hablar, llega el MFW de Mrs. Wheatley. Lo leo mientras Rock espera, y trago saliva y mi rostro palidece intensamente. Los hechos penetran en mí y sacudo la cabeza y vuelvo a tragar saliva.

—¿Algo malo? —inquire Rock.

—Peor que malo. Espantoso.

—¿Quieres decir que esa mujer trata realmente de suicidarse? Aerial dijo que era imposible.

—Aerial estaba equivocado.

Me pongo en pie de un salto y echo a correr hacia el despacho de Tía Annie. Estoy muy asustado. Casi tan asustado como en aquella ocasión en que, siendo un niño, estuve a punto de quedar atrapado en un voraz incendio forestal. Me salvé gracias a los esfuerzos de Ralph, mi hermano.

—¡Annie! —grito—. ¡Esto es horrible!

Annie asiente, como si ya estuviera enterada.

—Mrs. Wheatley trató realmente de suicidarse y, lo que es peor, lo hizo porque odia a su marido. Le odia apasionadamente. Eso es una cita directa del informe...

aquí está. Ella odia apasionadamente a su marido.

—Conque era eso —dice Annie tranquilamente, sin demostrar el menor temor. Luego se inclina sobre el intercomunicador—: Mr. Blackwell... una reunión de todos los colaboradores para esta tarde. Asegúrese de que no falte nadie. Es urgente.

—Aerial se ha marchado a su casa. Parecía estar enfermo.

Annie suspira, y en este momento su aspecto da la razón a Rock: es muy vieja.

Abro la puerta y salgo silenciosamente del despacho. Rock se ha marchado y Mr. Blackwell está muy atareado con el teléfono.

El futuro parece muy negro para las Empresas Annie y para toda América, pero yo no tengo miedo (¿O sí?)

La decepción de Aerial:

Salgo del despacho de Annie precipitadamente, y me encuentro con Mathew que está sentado sobre el escritorio de ese pseudogenio que escribe sobre deportes (como si en esta época le importasen a alguien un comino los deportes). No puedo eludirlos.

Hablo brevemente con Mathew y finalmente me marchó, bajo en el ascensor y salgo a la atestada calle. Me vuelvo a mirar el inmenso monolito negro del Daily, el periódico más importante del país, que algún día será mío, y sólo mío (Me doy cuenta del Hitler-Napoleonismo con que me expreso, pero es verdad; es verdad). Querida Tía Annie: ¿por qué no te das un poco de prisa y te mueres para que tu hijo bastardo quede finalmente libre? ¿No querrás hacerme este pequeño favor, encantadora dama?

El calor es pegajoso y necesito refrescarme un poco, ya que la temperatura de mi cuerpo empieza a ser peligrosa para mi salud. Monto en un taxi aéreo y nos dirigimos hacia la AVC (Clínica Anti-Violencia) más próxima.

Odio cordialmente las clínicas, como es sabido. Cuando fueron sometidas a la aprobación del Senado, fui el único que votó contra ellas, del mismo modo que fui el único que se levantó para oponerse a la disolución del Senado, más tarde.

Como de costumbre, las clases inferiores acuden en masa a la AVC, tratando de librarse de todas sus pequeñas frustraciones. Me abro paso a través de la multitud, ignorando los cuchicheos que se producen cuando alguien me reconoce. De cuando en cuando, me solicitan un autógrafo al darse cuenta de que tengo el mismo aspecto que hace treinta años, cuando era el (niño-prodigio) Senador más joven del Gran Estado del Maíz.

—¿Cuándo estuvo usted aquí por última vez? —me pregunta la recepcionista.

—Hace dos semanas.

—¿Puedo ver su Tarjeta Clínica?

Se la entrego, la sella y me dice que, de acuerdo con la ley, tengo que volver dentro de tres meses. ¡La ley! Yo ayudé a redactar esa ley antes de que esta joven recepcionista viniera al mundo (Y voté contra ella, también).

—Pase, Senador, por favor. Es un privilegio para nosotros recibir su visita.

Encuentro un asiento —sucio, lleno de agujeros— entre un anciano residente de

Harlem y una joven secretaria de busto exuberante y piernas muy largas. Me entregan una píldora y la trago rápidamente, reclinándome hacia atrás, cerrando los ojos, esperando que llegue la fantasía.

Annie.

Desde luego. Annie y yo iniciamos siempre el ataque, con las manos llenas de cuchillo-hacha-esposas-revólver-cachiporra. Annie se eleva y flota delante de mí, el ojo izquierdo moribundo, el ojo derecho brillante, y dice algo que no entiendo.

Annie vuela, gira en el aire, su vestido cae dejando al descubierto la carne arrugada de un siglo y cuarto (casi). El rojo llega desde la boca-nariz-garganta-ojo izquierdo, y Annie continúa gritando, sabiendo exactamente lo que pretende.

Se supone que en la clínica se eliminan todas las tendencias violentas. A mí, en cambio, me sirve para alimentar mis impulsos salvajes. Tal vez sea el único individuo del planeta que he escapado a los cursos de pacifismo de la AVC. Yo. El último hombre violento de la Tierra. Aerial.

—Buenos días, Senador —me saluda la recepcionista cuando me dirijo hacia la salida.

Sin mirarla, salgo a la calle, subo a mi aerotaxi y regreso a casa. Mientras abro la puerta oigo sonar el teléfono.

—¿Aerial? Soy Annie. Te he llamado varias veces... Vamos a celebrar una reunión de toda la plantilla, a las cuatro, y quiero que asistas a ella.

—¿Qué pasa?

—Mrs. Wheatley. Su MFW revela tendencias violentas reprimidas.

—Eso es imposible —dice el último hombre violento.

—Temo que no. No dejes de venir. Este caso se está convirtiendo en algo sumamente delicado.

Dejo caer el receptor y estallo en una carcajada, feliz por primera vez en treinta años. Me cansé de decirles que olvidaran sus absurdas clínicas, sus pretensiones de anti-violencia. ¡And-violencia! ¡Ja! ¿A quién tratan de engañar?

Sabía que tenían que existir otros. Sabía que no podía ser el único. El último hombre violento y ahora, por fin, otro.

Aunque, una Mrs. Ronald R. Wheatley, de Brooklyn...

Bueno, qué diablos, las pocas personas violentas no podemos permitirnos el lujo de ser exigentes.

Mathew pone a prueba su fortaleza:

Tengo que ver al marido. No puedo imaginar a Mrs. Wheatley con sus ojos intensamente azules y toda esa maldad enterrada debajo de ellos. Es culpa de él; lo presiento. Consulto la Guía Comercial de Manhattan. Aquí está: «Libros y Revistas Wheatley». Copio la dirección y subo a un aerotaxi.

La tienda es antigua y pequeña. Sus escaparates están pintados de negro. A un

lado hay un local de pornoacción; al otro lado, un restaurante. Abro la puerta y chirría.

Wheatley está solo detrás del mostrador. Tiene alrededor de cincuenta años y una cara grasienta. Sus cabellos grises dejan al descubierto una frente llena de arrugas. Sus ojos me contemplan detrás de los cristales super-gruesos de unas gafas, y yo examino sus facciones en busca de la señal de amor que encuentro en todo el mundo (tal como los ojos azules de Mrs. Wheatley, por ejemplo).

No encuentro nada.

—¿Puedo servirle en algo? —me pregunta, sobresaltándose.

—Estoy... ejem... estoy buscando unos libros.

—Esto es una librería —dice.

—Algo de ciencia-ficción... ¿Tiene usted obras publicadas antes de la guerra?

Ahora piso terreno firme, hablando de mi hobby.

—Tengo algo mejor.

Deposita sobre el mostrador el volumen de Wonder Stories del mes de marzo de 1930. Sé que me brillan los ojos mientras lo examino.

—Este ejemplar no está en venta —dice Wheatley—. Pero tengo más material.

Le sigo a la trastienda. Estamos rodeados de libros, apilados hasta el techo, llenos de polvo. Nos paramos delante de un gran arcón.

—Busque ahí, Mr...

—Mathew.

—Mr. Mathew, Si encuentra algo, llévelo al mostrador.

Dudo entre la obligación y la devoción. Mientras Wheatley empieza a alejarse, meto la mano en el arcón y saco un libro encuadernado en rústica. Lo abro y, al hacerlo, las páginas amarillentas se desprenden y caen al suelo en grupos de cinco y de diez.

Wheatley gira sobre sus talones y me mira mientras yo sostengo la cubierta del libro entre el pulgar y el índice. En la portada se ve una esbelta nave espacial volando a través de unos cielos salpicados de estrellas. Dentro de ella hay un hombre y una mujer.

La mujer está desnuda.

—No se preocupe —dice Wheatley, sin sonreír—. Esas cosas ocurren continuamente.

—Pero... pero... —tartamudeo, incapaz de apartar mis ojos de la portada.

Tengo que decírselo. Sinceridad absoluta. Sí, es la única solución.

—Pertenezco a las Empresas Annie —digo. Al principio, mi voz es tranquila. Luego aumenta de volumen. Estoy perdiendo el control. No sé lo que estoy diciendo—. Su esposa intentó suicidarse y yo lo he evitado y ahora hemos descubierto que ella desea matarle a usted y queremos saber por qué le está haciendo esto y...

—¡Cállese! ¿Quién diablos se ha creído que es, hombre de hojalata? No puede hablarme de ese modo. Y menos en mi tienda.

—Pero...

—¡Fuera! Largo de aquí antes de que meta una bala a través de sus malditos circuitos.

Me doy cuenta de que habla en serio. Tiene los ojos inyectados en sangre. Unos ojos amenazadores, crueles.

Salgo a la calle, tambaleándome, débil y exhausto. Me apoyo contra la puerta del local de pornoacción, respirando trabajosamente. Levanto la mano derecha para secarme el sudor de la frente. Hay algo en ella. La cubierta del libro. Sí, pero no. No es la misma cubierta. Es... Miro el grabado y grito con tanta fuerza que las personas que se encuentran a dos manzanas de distancia se vuelven a mirar y se quedan boquiabiertas, con los ojos desorbitados.

Grito de nuevo y echo a correr, cayendo por las calles, tropezando con las paredes y con la gente. Sólo me detengo al llegar a la AVC más próxima. Exhibo mi tarjeta y me precipito al interior.

Dos horas más tarde salgo de allí, con el tiempo justo para asistir a la gran conferencia. No recuerdo nada, excepto mi amor por todo el mundo.

Tía Annie es un deleite y un consuelo para todos nosotros. En cierta ocasión, cuando era una chiquilla, le escribí una carta diciéndole que estaba embarazada (en realidad no lo estaba). Ella envió inmediatamente a un hombre para que se ocupara de hacerme abortar. Corrió con todos los gastos. Tuve que ir al médico, el cual me extirpó el apéndice y el hígado... Mrs. L. Q., Los Ángeles, California.

Mi esposa trataba de cultivar unas flores alrededor de la casa, pero los chiquillos de la vecindad no las dejaban crecer. Supongo que eran demasiado jóvenes para asistir a las sesiones de la AVC. Escribimos a Tía Annie, y ella envió a un hombre al día siguiente con una verja de plástico de color verde. El truco dio resultado y desde entonces nuestras flores han crecido muy hermosas. Gracias a Tía Annie... Mr. R. C., Milford, Conn.

Tía Annie es la mejor persona del mundo. Sin ella, este país estaría completamente desquiciado. Ella es la única persona en la que podemos confiar... Miss B. V., Nueva York, N. Y.

Conferencia (Annie):

Mientras permanezco sentada, haciendo girar maquinalmente mis pulgares, Mathew entra apresuradamente en la sala de conferencias y se sienta al otro lado de Aerial. Está muy pálido y tiene los dientes fuertemente apretados.

—Mathew, llegas tarde —digo.

Mira vagamente alrededor de la mesa, observando por primera vez la presencia de once colaboradores y Aerial. Luego asiente en dirección a mí y empieza a revolver papeles. Algo le preocupa y deseo ayudarle, ya que he sido programada para eso, pero no consigo comprenderle. De modo que golpeo la mesa con mi martillo de

goma. Trece pares de ojos se vuelven hacia mí, doce atentamente, y el decimotercero, Mathew, con vaga curiosidad.

—Hoy vamos a ocuparnos de un modo exclusivo del asunto Wheatley. Todos vosotros habéis sido informados de sus particularidades, de manera que pasaremos a discutirlo directamente. ¿Alguno de vosotros desea formular alguna pregunta relacionada con el caso?

—No, Tía Annie.

Once veces.

Aerial contempla el techo y Mathew sigue revolviendo papeles.

—Voy a pedirle un informe a Mathew. Mrs. Ronald Wheatley vive en su sector y Mathew ha hablado con ella.

Mathew se pone en pie, sin levantar la mirada de la mesa. Empieza a hablar cautelosamente, y yo desconecto mi auricular directo. Sé lo que Mathew va a decir y prefiero dedicar ese tiempo a la meditación. Mi problema no es de conocimiento, sino de llegar a una decisión.

Treinta años dedicándome a esto y nunca he tenido que ejercer presión sobre un circuito. Todo ha discurrido como un tren eléctrico italiano, y ahora, súbitamente, al cabo de tanto tiempo, surgen problemas.

Para empezar, ahí está Mathew, por el que siento un profundo afecto. Annie Carne le quería, a pesar de que nunca le conoció. Mathew quiere a todo el mundo. Le construyeron así. Y ni siquiera otra máquina puede evitar el corresponder a ese amor.

El caso Wheatley le está destrozando. La elección —el decidir a cuál de las dos personas hay que matar— le tiene sobre ascuas. ¡Pobre Mathew! Para su cordura mecánica, tiene la suerte de que la decisión final me corresponda a mí. El amor no es mi especialidad. Lo mío es la compasión. Y el asesinato no es ajeno a una mente compasiva.

Miro a Aerial. Está sudando. Me dicen que es hijo sanguíneo de Annie Carne. No puedo encontrar semejante remembranza entre el denso follaje de mis recuerdos de Annie Carne, pero estoy dispuesta a aceptarlo todo. También Aerial está preocupada por algo. A punto de estallar, diría yo.

Yo soy Tía Annie, el robot con un objetivo en la vida, planeado para garantizar la salud mental de 150 millones de norteamericanos. Yo soy su madre y su padre, su gobierno y su dios. Soy la réplica de Annie Carne, que ocupó la misma posición durante veinte años, y estoy llevando a término su obra.

Y ese término está a la vista. El término es una elección, y la elección es de muerte. O Mrs. Wheatley o su marido tienen que morir. Sencillamente. Mis circuitos compasivos luchan contra el racionalismo. Me siento como desenroscando la antigua carne de mi pecho y arrancando todos y cada uno de esos circuitos. No puedo hacerlo, desde luego. Estoy hecha para sufrir. Sin sufrimiento, no puede existir ninguna verdadera decisión.

Mientras Mathew habla, miro a mis colaboradores, dirigiéndoles sonrisas

tranquilizadoras, a pesar de que yo misma me siento intranquila. Allí está Dizzy —el gordo y jovial Dizzy del sector L. A.—, con una sonrisa permanente en el rostro. Junto a él se sienta Andy, de Seattle, nuestro residente intelectual, con el ceño fruncido mientras trata de tomar las palabras de Mathew y multiplicarlas por cinco. Y allí están Mitzy, de Nueva Orleans, y Duke, de Chicago, y más, alrededor de la mesa.

Son mis colaboradores, mis amantes, los doce. ¿Es posible que un ente mecánico sienta las bendiciones del amor? Creo que sí. Yo no puedo darlo, pero puedo recibirlo.

En mi interior, la decisión se hace más firme. La respuesta ha estado siempre allí. Finalmente, la reconozco.

Conecto de nuevo el auricular, captando el final del informe de Mathew. Cuando termina, estoy dispuesta a unirme a mi Dios.

Conferencia (Aerial):

Me desagrada escuchar a Mathew. Mastica sus palabras y las escupe con una voz monótona y aguda que me crispera. Pero estoy fascinado por lo que dice, especialmente por su descripción de ese hombre, ese Ronald Wheatley. Tengo que conocerle, aunque para ello me vea obligado a arrastrarme a través de las puertas de su sucia librería. Ronald Wheatley es la respuesta. Intuyo que también él, de entre todos nosotros, conoce la suprema belleza de la mente violenta. El último hombre violento, más uno.

He perdido todos los combates durante mi vida, pero éste no puedo perderlo. Es posible que el futuro de la humanidad dependa de la decisión de esta conferencia. Tía Annie, vieja cotorra, no sabes lo que tienes entre manos.

Y ahora, damas y caballeros, el Presidente de los Estados Unidos.

Y, ¿por qué no? Vamos a necesitar un presidente, ¿y quién más calificado que yo, Aerial, el último hombre violento? ¿O acaso debería decir el primer hombre violento?

Yo soy el profeta, un profeta que vive y que respira. Sé lo que va a pasar. Lo he estado diciendo siempre. ¿Acaso no les advertí? No necesitamos un gobierno, decían. ¿Para qué sirve un gobierno, salvo para defendernos de nuestros enemigos? Ya no tenemos enemigos. Por lo tanto, el gobierno no sirve para nada. Todo el mundo es pacífico. Thomas Jefferson: eres un anticuado. Abe Lincoln, vete, ya no te necesitamos. George Washington, viejo, puedes continuar siendo el padre, pero quita las manos del poder, ¿de acuerdo?

Y ellos estaban equivocados, y yo tenía razón. Es una broma —¿no os dais cuenta?—, es una broma muy divertida. No más enemigos, ¿eh? Bueno, ahora los tenemos en abundancia. Todo el mundo es su propio y peor enemigo, como antes. Es tan condenadamente divertido, que tengo la impresión de que voy a estallar. ¡Eh! ¿Por qué no os reís? ¿No lo habéis captado?

Echo una ojeada alrededor de la mesa y he de taparme la boca con la mano para contener la risa. Los doce colaboradores de Annie, cada uno de ellos peor que el

anterior, aunque ninguno tan malo como Mathew. Mathew, el amante virginal. Quiere a todo el mundo. Ésa es su especialidad. ¡Ja! Bueno, ahora ha quedado anticuado. El nuevo presidente se encargará de él y de sus cariños.

Por fin, Mathew se calla y respira a fondo. Annie sorprende mi mirada y me pregunto qué es lo que sabe, en realidad. Hasta ahora la he subestimado. La decisión le corresponde a ella. ¿Sabe ya la verdad?

«Aerial, veo que tienes algo que decir. ¿Quieres darnos tu opinión sobre este caso?»

¡Ja! La vieja cotorra conoce la respuesta. Claro que quiero. Me pongo en pie. Ha llegado el momento, me digo. No puedo fallar. El futuro de la humanidad depende de las palabras que voy a pronunciar.

Respiro a fondo, me obligo a sonreír y empiezo.

«Hoy me he enterado de los hechos del caso Mathew que acaba de sernos presentado. He reconocido su significado definitivo y, al mismo tiempo, he llegado a una decisión personal en el asunto. Dentro de unos momentos explicaré mi decisión y las razones en que se apoya. Pero, antes, quiero hacer un poco de historia. Resulta esencial para la plena comprensión de este caso.

»En otros tiempos, nuestro país fue una tierra de violencia. Los historiadores se muestran unánimes al atribuir la responsabilidad de la última Gran Guerra al gobierno norteamericano. Por así decirlo, los norteamericanos compartimos el baldón de haber provocado la muerte de todos los otros seres humanos de este planeta. Evidentemente, es una carga difícil de llevar. Para los que vivieron en aquella época no sólo resultó difícil, sino casi imposible.

»Así llegó el desarrollo del Suero Anti-Violencia y, con él, la creación de la Clínica Anti-Violencia. En el corto espacio de unos meses, la violencia desapareció de la sociedad norteamericana. Por fin habíamos aprendido a vivir en paz con nosotros mismos. Por desgracia, para que nosotros llegásemos a este resultado tuvieron que morir tres mil millones de personas.

»No recordaría esa antigua historia si no considerase que es esencial para el caso Wheatley. Creo que lo es. Creo que es de una importancia excepcional. Creo que os dais cuenta ahora. Creo que las piezas empiezan a encajar para vosotros como encajaron para mí. Permitidme acabar.

»En Mr. Ronald R. Wheatley tenemos a un individuo que no debería existir. Tenemos una mujer violenta. No importa que su violencia vaya dirigida contra sí misma, y no contra los demás. No importa que ella ignore su propio estado. En este caso, una cosa, y sólo una cosa es esencial: Mrs. Wheatley es una mujer violenta. Es portadora de los gérmenes de una epidemia.

»Estoy asustado por eso. Y creo que también vosotros lo estáis. Pero, por asustados que estemos, hay que tomar una decisión, una decisión que puede afectar a toda la historia futura del hombre.

»Yo digo: dejadla en paz. Dejad que Mrs. Wheatley se suicide. Es el único modo

de destruir el peligro que representa, un peligro que se extiende más allá del peligro que representa para sí misma. Éste es un caso en el cual Tía Annie puede prestar un mejor servicio a la humanidad no haciendo nada. Ésta es la única respuesta. Tengamos el valor de aceptarlo.»

Sin resuello, me siento, secándome el sudor de la frente. Miro a Tía Annie, tratando de descubrir si mis palabras la han conmovido. Pero su rostro tiene una expresión pétreo.

Sin embargo, los colaboradores asienten vigorosamente. Les duele estar de acuerdo, pero la lógica es la lógica. Saben que tengo razón; saben que Mrs. Wheatley debe morir. Lo malo es que nunca sabrán por qué.

Conferencia (Mathew):

Aerial habla, y me siento físicamente enfermo. Me duelen las articulaciones y el estómago. Hago un gran esfuerzo para no vomitar.

Amor, Aerial, ésa es la clave. Después de todos estos años con Annie, ¿no has aprendido ni siquiera eso? Hablas de lógica, y nosotros sabemos que la lógica no tiene sitio en el amor. Todos los que estamos en esta habitación sabemos lo que eres: un farsante, un embustero, un resentido. Todos lo sabemos, Aerial. No puedes engañarnos. Deja de intentarlo. Permítenos que te amemos; permítenos ayudarte.

Aerial termina su discurso y pasea triunfalmente su mirada alrededor de la mesa. Los colaboradores asienten, como si estuvieran de acuerdo, pero sabiendo en el fondo de sus corazones que Aerial no ha dicho nada. Aerial es un hombre débil y estúpido. No queremos lastimarlo.

He de decir algo. Noto que los colaboradores me miran, apremiándome a hacerlo. Miro a Annie y me dirige una sonrisa. ¡Gracias, querida Tía Annie! No podría vivir sin ella...

Me pongo en pie.

—Aerial está equivocado —digo—. Está tan completamente equivocado que no puedo creer que ningún ser humano dijera lo que él acaba de decir.

»Annie está aquí por un solo motivo: para proporcionar amor a aquellos que no pueden encontrarlo. En otros tiempos existió Jesús, que llenó el mundo de amor. Pero en nuestra ceguera le echamos de nuestro lado, y ahora sólo tenemos a Annie. Ella es nuestra defensa contra la plaga de violencia. No necesitamos la muerte ni el asesinato para salvarnos. Nuestra salvación está con nosotros, y esa salvación es nuestra Annie.

»Nosotros somos los ángeles de nuestra propia salvación.

El diablo anda entre nosotros, y yo he visto a ese diablo mirándome desde la negrura de los ojos de Ronald Wheatley. He visto los ojos azules de su esposa, y puedo percibir a nuestra Annie cuando ando en su presencia. Como sabéis, mi carga es la de amar a todo el mundo y a todas las cosas. Amo a los hombres y a las mujeres, a los niños y a los animales, a las rocas y a los árboles, a...»

No puedo terminar. Me derrumbo sobre la mesa, enterrando la cara entre mis

manos. Aerial está cerca y puedo notar la fetidez de su aliento abofeteándome con desprecio. El sudor brota de mi frente y se mezcla con la sal de mis lágrimas. Miro mis manos y veo la sangre en los surcos que mis uñas han trazado en las palmas...

Annie se pone en pie, acallando con un gesto de su mano los gritos de Aerial. Palabras de decisión salen de sus labios y yo quiero saber que está en lo cierto. No resulta fácil soportar la carga y...

¡Oh, Annie de mi sangre y de mi carne! Multiplica y cubre esta gran tierra con la fuerza de tu espíritu.

Un importante acontecimiento del pasado de Annie:

Annie está aquí. Yo soy la Annie real, viviente. La Annie de carne, sangre y entrañas. Se supone que estoy muerta, pero mis recuerdos y mi alma están vivos.

El Dr. Heinrich escribió (hace treinta años) diciendo que tenía este invento, este monstruo, y qué debía hacer con él. ¿Se me ocurría algo?

Desde luego. En aquellos momentos, tenía una aplicación muy personal para el monstruo del Dr. Heinrich. De modo que fui a Wisconsin con mi amante, Rock, el deportista y narrador de leyendas.

Era invierno y el suelo estaba cubierto de una espesa capa de nieve. Caminamos hacia la lejana cabaña, dejando las huellas de nuestros pasos en la nieve. Los dos íbamos muy abrigados, y lo único que podía ver de Rock era la punta de su gran nariz roja. Delante de nosotros, brotaba humo de la cabaña del Dr. Heinrich, el cual estaba en el porche agitando una mano.

—El cielo es como esto, Annie —dijo Rock—. Blanco, frío y hermoso. Imagina que estamos andando juntos a través del cielo. Convertiremos la nieve en una gran nube blanca, y el Dr. Heinrich será un angelito rojo. El humo de la chimenea es la cólera de Dios, y los árboles son señales de paz...

Rock estaba tratando de ser amable y divertido, porque sabía que a mí me gustaba. Besé la punta de su nariz y nos echamos a reír. Por unos instantes, perdí el miedo.

Cuando llegamos a la cabaña, el Dr. Heinrich estrechó nuestras manos vigorosamente. Era un hombrecillo de aspecto insignificante, que llevaba perilla y una larga bata blanca de laboratorio.

—Me alegro que se haya decidido a venir —dijo.

—No tenía elección, doctor. Y usted lo sabe.

Asintió y nos hizo pasar al interior de la cabaña. Hacía frío y me acerqué a la estufa, para calentarme las manos. Eso me dio un momento para pensar, y deseé no haberlo tenido. Había cumplido ochenta y cuatro años y sólo un milagro me permitiría vivir otro año. Hacía una semana que mi hijo Aerial, después de una ausencia de veinte años, había vuelto a mi lado. Le puse a trabajar como mi ayudante jefe. Me estaba muriendo y no podía morir hasta estar segura de que Aerial me precedería.

El Dr. Heinrich dijo:

—¿Le gustaría ver el ejemplar, Annie?

Sacudí la cabeza.

—Soy demasiado vieja para ver mi propia cara. ¿Podemos hacerlo ahora mismo?

—Si usted quiere... Tal como usted ordenó, está programado para la compasión y preparado para admitir sus recuerdos.

—¿Y el del amor, el llamado Mathew?

—También está listo.

—Bien —Me aparté de la estufa y me senté—. ¿Podría dejarnos solos un momento, Dr. Heinrich? Quiero hablar de mi entierro con Mr. Rock. Luego empezaremos.

Heinrich asintió y salió de la habitación.

En cuanto se hubo marchado, le dije a Rock:

—No puedo hacerlo.

—Me alegro —dijo Rock, con un suspiro de alivio.

—Pero no tengo elección. Debo hacerlo por Aerial, por la gente.

—Manda a Aerial al diablo. Olvida a la gente y preocúpate de ti misma.

—Aerial es mi hijo, y la gente es lo único que tengo.

—Me tienes a mí.

—Tú formas parte de la gente, Rock —sonreí.

—Sí, a veces lo olvido —sonrió Rock.

Me puse en pie y volví a acercarme a la estufa. Todavía llevaba mi chaqueta y ahora hacía mucho calor. Pero ya no tenía importancia...

—Cuida de Mathew —dije.

—No es más que una máquina.

—Cuida de él, de todos modos. Si no lo haces, Aerial le destruirá. Y Annie les necesitará a los dos.

—Haré todo lo que pueda —dijo Rock.

—Gracias.

Besé de nuevo su nariz. Estaba fría.

Unos minutos después, el Dr. Heinrich reapareció. Le seguí a la habitación de la parte posterior, dejando a Rock solo junto a la estufa. Me encaramé a una larga mesa de madera y me tendí de espaldas. El Dr. Heinrich puso manos a la obra. Los párpados empezaron a pesarme.

Floté en el aire. Una vez, cuando era niña, me caí de una vieja encina. La caída pareció durar una eternidad, a pesar de que sólo me encontraba a tres o cuatro metros del suelo. Mientras estaba en el aire, me di cuenta de que si quería podía echar a volar; pero, si lo hacía, me convertiría en un pájaro y permanecería para siempre en el cielo. Pasé horas enteras suspendida en el aire, tratando de llegar a una decisión. Finalmente, abrí la boca y grité. Un momento después choqué contra el suelo. Me fracturé la rodilla izquierda y me magullé los muslos, pero continué siendo un ser

humano.

Setenta años más tarde, en una fría cabaña de Wisconsin, volví a chocar contra el suelo. Annie/Carne murió sobre aquella mesa de madera, y sus recuerdos y su alma penetraron en el cuerpo y en el seno de Annie/Metal. Nos mezclamos —transistores y carne, metal y amor— y fuimos uno. Otra vez, Tía Annie.

Anocheecía cuando Annie/Metal y Rock abandonaron la cabaña. Caminaron a través de la nieve, con las huellas de sus pasos muy profundas, separadas por tres metros de helada blancura.

El Dr. Heinrich se quedó en la cabaña y enterró los huesos de Annie/Carne. Más tarde, casi a medianoche, nació Mathew. Programado para amar, abrió los ojos y lloró.

La decisión de Tía Annie:

«Ronald Wheatley y su esposa deben morir. Los dos han de compartir la culpabilidad de su violencia. Dejemos que Mrs. Wheatley se suicide y, cuando lo haya hecho, mataremos a su marido. Hay que hacerlo.»

El último salmo de Mathew:

Terminada la conferencia y adoptada la decisión, sentí como si me hubiese liberado de una enorme tensión. Sin pronunciar una sola palabra, me puse en pie y me marché, sin mirar a nadie.

Fuera, me detuve a contemplar el inmenso monolito del Daily. No significa nada. Se limita a estar ahí —todo madera, electricidad y metal— y yo lo quiero.

Luego tomé un aerotaxi.

Voy a ver a Sonny, uno de mis dos mejores amigos, artista y confidente. Sonny vive solo. Las paredes de su apartamento están marcadas con el tránsito de paz y amor. Sonny capta mi proximidad y me abre la puerta.

Le miro y asiento silenciosamente. Sonny es un enano: un metro escaso de estatura. Sus brazos largos y peludos penden de sus costados, con los nudillos rozando el suelo. Me recuerda un mono mientras cruza la habitación, con paso oscilante.

Me acerco a una mesa y me siento, enterrando la cara entre mis manos y llorando. Sonny se sienta en frente de mí, dibujando con lápices sobre una cartulina muy gruesa.

Al cabo de unos instantes levanto la cabeza y pregunto:

—¿Qué estás haciendo?

Sonny da la vuelta a la cartulina para que pueda ver su dibujo. Es una ciudad, distinta de todas las que he visto. Un sol enorme brilla sobre ella, y en último término se agita un violento océano. La ciudad está en llamas. Brotan de todos los edificios, danzando en tonalidades rojas, amarillas y anaranjadas. El cielo es de color escarlata y gris en el centro, a la izquierda del sol, como el vago contorno de un rostro humano.

Estoy asustado pero pregunto:

—¿Qué es eso?

—Los Ángeles. Yo lo llamo «El Incendio de Los Ángeles». Nací allí, ¿sabes?, y siempre he deseado verlo arder —Su rostro se contrae mientras habla, y escupe cada una de sus palabras—. Odio el lugar —añade, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

—Porque nací allí, supongo. Porque en un mundo de belleza, ningún hombre debe ser feo. Porque soy un artista. Hay muchos motivos para incendiar Los Ángeles. Acabo de citarte tres. Trata de encontrar alguno más, si quieres.

—Pensaré en ello —digo, incapaz de apartar los ojos del dibujo.

Las calles están llenas de automóviles, al parecer sin conductor, ajenos a las llamas que los rodean.

—Voy a hacer una película con este tema —dice Sonny—. Hace cincuenta años que no se ha filmado una película, pero ésta va a ser la primera. Construiré un modelo a gran escala de Los Ángeles, probablemente en la Isla Staten. Me llevaré mis cámaras y, mientras arde, lo filmaré. Tengo que ver cómo sucede. Esos dibujos son simples sugerencias.

—¿Dibujos? ¿Quieres decir que tienes más?

Abre un cajón y saca una docena de cartulinas. Me las entrega y las examino. Todas muestran la misma escena de la ciudad ardiendo. Lo único que cambia de un dibujo a otro es el rostro que aparece en el cielo. En algunos está sonriendo; en otros frunce el ceño. En el último, está llorando. Es el que más me gusta.

—Eso es algo que no puedo predecir —dice Sonny, señalando el rostro lloroso—. No puede adivinarse lo que Dios hará. Supongo que por eso es Dios.

Le hablo de Annie.

—Ella es Dios —dice Sonny, en tono convencido—. En otro dibujo, he sustituido el rostro de ella por el de Jesús en la Cruz. Encaja.

—Yo también creo que ella es Dios —digo, apartando mis ojos del rostro que está en el cielo—. No lo he sabido hasta ahora.

—Su decisión aclara las cosas en ese sentido, ¿verdad?

—Desde luego.

Suspiro, me pongo en pie y me encamino hacia la puerta. Detrás de mí, Sonny canta mientras pinta. Vuelvo la cabeza y le envío un beso.

La muerte triste de Ronald Wheatley:

Ronald Wheatley está sentado en su librería, solo, rodeado de polvo y de vejez. Coge una escoba y se dirige a la trastienda. Levanta la escoba y mata una gran araña.

Suelta la escoba y se dirige a la sección de ciencia-ficción. Vacía el arcón en el suelo y empieza a clasificar los libros por autores. Cuando ha terminado, los coloca por orden alfabético dentro del arcón. Se dirige a su escritorio y prepara un cartel. Vuelve a la sección de ciencia-ficción y coloca el cartel encima del arcón de libros. El

cartel dice: CF - 2 por 5 c.

En aquel momento llaman a la puerta.

Ronald Wheatley tiende el oído, escuchando atentamente. Otra llamada. Una mano agarra el pomo de la puerta y lo sacude.

Wheatley se dirige hacia la puerta y la abre. Una mano le empuja, echándole atrás. Cae al suelo. Nueve hombres y dos mujeres forman círculo a su alrededor.

—¿Sois los colaboradores de Tía Annie? —les pregunta Wheatley.

—Sí —dicen los once al mismo tiempo.

—Sabía que vendríais. Uno de vosotros visitó a mi esposa. Hoy vino un hombre a la tienda.

Once cabezas asienten.

—Mi esposa está muerta. Se ha suicidado.

—Lo sabemos.

—¿Vais a matarme?

—No hay otra solución.

—¿Estáis seguros? No es culpa mía...

—Estamos seguros. Pregúntaselo a Tía Annie.

—Ya es demasiado tarde para eso. Nunca contesta a mis cartas.

El teléfono empieza a sonar.

El testamento de Tía Annie:

Les he comunicado mi decisión y le he hecho salir precipitadamente de mi despacho. No dispongo de más tiempo. He de prepararme para el final.

Los Wheatley son el principio del fin y yo, Tía Annie, soy el fin del principio. El tratamiento se está desgastando; el hombre está desarrollando una inmunidad. Debí darme cuenta antes. Aerial era nuestro presagio. El tratamiento nunca le hizo efecto, tal vez porque él sabía que resultaría ineficaz, tal vez porque era un hombre excepcionalmente violento. Los motivos no importan, ni para Aerial, ni para los Wheatley, ni para el género humano.

La semana próxima habrá una docena más. Dentro de un mes, un centenar. Dentro de un par de años, todo el mundo será inmune.

El hombre destruyó una parte de sí mismo y, para asegurarse de que no volvería a hacerlo, sacrificó voluntariamente su humanidad. Fue una mala decisión.

Llamo por el intercomunicador:

—Mr. Blackwell... Deje que mis colaboradores lleguen a la Librería Wheatley. Entonces, quiero que les llame y que les diga que le dejen en paz.

—Hemos recibido la noticia de que Mrs. Wheatley se ha suicidado esta mañana.

—¿Cómo?

—Una sobredosis de píldoras.

—Mal asunto. Lo siento (Pero no es cierto).

Ordeno mi escritorio, los documentos aquí, las cartas allí. La columna de mañana,

la última, está lista para la imprenta. Saco mi testamento y lo dejo donde pueda ser encontrado fácilmente. «Querido Tío Matt». Me gusta cómo suena; creo que Mathew sabrá desenvolverse bien. Aerial puede hacerse con el puesto, si quiere, pero no creo que quiera. No en la nueva América «post-Annie». Habrá demasiados retos para un hombre como Aerial para que se conforme con la columna de una vieja tonta. Dejará que Mathew cuide de ella.

Hay tantas cosas que me gustaría realizar antes del final... Pero todo ha caído sobre mí súbitamente. Aerial lo vio venir antes que todos nosotros. Pero Aerial siempre ha tenido una mente despejada.

Humanidad. Estoy a punto de devolveros vuestra humanidad. ¿Qué mayor don puede entregarle una máquina al hombre?

Adiós, antiviolencia. Ya no te necesitamos. Nos hemos reencontrado a nosotros mismos.

Al salir, le digo a Mr. Blackwell:

—Voy a dar un paseo. Conteste a las llamadas.

—Sí, Tía Annie.

La curiosidad le devora. Nunca he salido del edificio. Y, hace treinta años, Annie/Carne salía rara vez a la calle.

Rock está en su escritorio. Me inclino sobre su hombro, leyendo su columna mientras la pasa a máquina.

Se vuelve.

—Hola, Annie. Hacía mucho tiempo que no te había visto.

—Hola, Rock —Y, después de una pausa—: Te recuerdo.

—Me preguntaba si te acordabas de mí.

—Me acuerdo.

Le dejo escribiendo, bajo en el ascensor y salgo a la calle. Echo una mirada final a la estructura monolítica del Daily. La saludo, agitando una mano. Le envío un beso.

Las calles están llenas de gente, apresurándose de un lado a otro. Ando lentamente y me doy cuenta de que empiezan a seguirme.

Hace calor. Me quito el chal y lo dejo caer al suelo. Dos hombres luchan por cogerlo. Esto me complace. La cosa ha empezado a ocurrir y me alegro.

—Hola, Annie.

Es una voz... interior.

—Hola, Annie —contesto, amablemente—. ¿Me estás dejando?

—Tengo que hacerlo. He de tratar de encontrar el resto de mí misma.

—Buena suerte.

—Lo mismo te deseo. Has hecho un buen trabajo.

—¿Crees que he escogido el camino adecuado?

—El único camino.

Y luego se marcha. Investigo en mi mente y la encuentro libre de Annie/Carne.

Llego a la AVC. Le sonrío a la recepcionista. Al principio, no me reconoce.

—¿Puedo ver su tarjeta, por favor?

—No tengo tarjeta.

—Entonces, usted debe ser...

—Lo soy.

Dentro, oscuridad. Huelo a la gente exudando su odio y su codicia. Me abro paso a través de ellos hasta situarme enfrente.

—Estoy aquí —grito.

Dos mil pares de ojos se clavan en mí. Cuatro mil ojos. Algunos me reconocen; otros, no.

—Matadme —digo—. Para eso estáis aquí, ¿no? Matadme.

Ninguna respuesta. Desconcierto.

—Tenéis que hacerlo.

Silencio.

—Forma parte de vuestra fantasía... Adelante. Yo no soy real.

Y entonces se mueven. Cuatro mil pies arrastrándose sobre suelos de madera, avanzando. Casi puedo oler sus pensamientos, gritando y jurando.

Me arrancan los brazos y las piernas. Abren mi cuerpo y extraen transistores, cables y lámparas.

No siento ningún dolor, ya que la muerte no significa dolor para mí. En realidad, no estoy muriendo: me están desconectando, simplemente.

—Gracias —les digo, mientras muero—. Gracias por hacerme esto.

Y todo ha terminado. Estoy muerta. Por fin.

Annie vivió sólo para morir, y luego vivir y morir otra vez.

Otra vez, Tía Annie.

Las últimas palabras de...

Aerial: Ella les demostró que no eran más que una manada de perros sarnosos. Bueno, pudieron ver los transistores, y los circuitos, y las lámparas... Lo vieron y no se llamaron a engaño. Supieron que ella no era un dios. ¡Oh, no!

Supieron lo que era, exactamente: un robot, una seudomujer, una pesadilla electrónica.

Y, ahora, la inmunidad se extiende más y más. Lo horrible de su muerte ha provocado el cierre de todas las AVC del sector de Nueva York. Lo único que tengo que hacer es quedarme quieto y esperar. Cuando la cosa esté madura, todo será mío.

He preparado ya mi programa. Las estrellas: ésta es la solución. El hombre lleva demasiado tiempo condenado a vivir en este maldito planeta. Subiremos a la Luna, y luego a Marte, y luego a Venus. Lo único que nos queda son las estrellas, y hacia ellas iremos, desde luego.

Que Mathew siga con su columna. Yo no la quiero. Las estrellas. Al pronunciar la palabra puedo verlas allí, en lo alto, esperándonos. Las estrellas.

Mathew: He sido testigo de la gloria y me considero muy afortunado por haber vivido durante su vigencia. He visto morir a la Única y he visto vivir de nuevo a la Única. He sido el apóstol fiel, y he propagado la consigna desde mi pulpito, desde las páginas de «Querido Tío Matt».

¡Oh, sí! Todos hemos visto lo que es capaz de hacer el amor cuando se le deja fluir libremente. Hemos visto que la violencia no es lo propio del género humano, que no es inevitable que el hombre muera por su propia mano. Todos lo hemos visto y lo hemos comprendido.

Las estrellas nos llaman y seguiremos su sendero hasta el cielo. Debemos abandonar nuestro mundo de muerte y volar a las estrellas de vida. Sólo las estrellas son reales; eso hemos aprendido.

Venid, por favor, todos, hemos de iniciar el camino juntos, tal vez no lleguemos nunca, pero llegarán los hijos de los hijos de nuestros hijos. A nosotros nos bastará con haber empezado.

Yo he sido testigo de la gloria y lo sé.

Confesiones

Ron Goulart

Los relatos de aventuras de Ron Goulart, en exóticos escenarios de otros planetas, recuerdan las mejores novelas de acción de Burroughs, de Laumer o de Van Vogt. Pero Goulart, además, maneja varios temas al mismo tiempo, al estilo de Errol Flynn cuando propina un puntapié al rollizo trasero del burgomaestre sin interrumpir su duelo a espada con tres o cuatro de los guardaespaldas del rufián.

Creemos que Confesiones es uno de sus relatos más divertidos.

El hombre rechoncho golpeó la mesa con el puño. Luego miró a José Silvera con aire esperanzado.

—Así es cómo lo hice.

—Básicamente —dijo Silvera, un hombre muy alto y muy ancho de hombros—, su puñetazo en la mesa es excelente.

Hugo Kohinoor frotó su puño contra su voluminoso estómago.

—Pero podría ser mejor, ¿no es eso, Joe?

Silvera estudió el claro cielo azul. Se rascó la barbilla.

—Cuando sugerí que tenía usted un problema, no me refería a cómo debía golpear la mesa, sino a cuándo. En realidad, la culpa no ha sido de los discursos que escribí para usted.

Un camarero con chaqueta blanca se presentó andando apresuradamente.

—No necesitaba golpear la mesa. Precisamente venía hacia aquí.

—No te hemos llamado —dijo Kohinoor—. Sólo estaba haciendo prácticas.

El camarero se inclinó y miró de cerca al hombre rechoncho.

—¡Ah! —dijo—. Es usted Hugo Kohinoor, director de la Agencia de Vigilancia Cultural para nuestro planeta Murdstone —De un bolsillo de su chaqueta sacó un par de gafas color amarillo limón y se las puso—. En persona, no parece usted tan gordo como sobre la tarima de conferenciante.

—Muchas gracias —dijo el director de la AVC.

—Otra cerveza —encargó Silvera.

Unas gaviotas teñidas de rosa descendían en espiral hasta rozar las tranquilas aguas de la bahía.

—Debo decírselo, Mr. Kohinoor —continuó el camarero—. Me emocionó profundamente su reciente discurso en nuestro Club de Ciudadanos del Territorio Melazo. Normalmente, no presto mucha atención a un colonizador. Sin embargo, usted tenía algo que decir y lo dijo muy bien.

—¿Viste el puñetazo que descargué sobre la mesa? ¿Llamó la atención?

—Fue el día que le oí a usted —respondió el camarero—. Recuerdo que se cargó la jarra del agua —Hizo una leve inclinación—. Voy a atender su encargo. ¿Una cerveza? Bien. Ha hecho usted un buen trabajo, Mr. Kohinoor.

Kohinoor sonrió a Silvera.

—Sus elogios parecen sinceros.

—Los discursos son buenos —dijo Silvera—. De modo que págume el resto del dinero.

Kohinoor dijo:

—Al principio pensé que 1.500 dólares por tres discursos atacando a los... ¿cómo los llamó usted?

—Amos de la prensa. Me debe usted 750 dólares.

—La libertad de prensa es una espada llameante. Decía así, ¿no? La libertad de prensa es una espada llameante, y yo estoy aquí para decirles que los amos de la prensa han convertido esa espada en una cortadora de césped que está segando de raíz la libre expresión del pensamiento... Sí, está muy bien dicho.

Silvera asintió y cogió la cerveza fresca que el camarero había traído.

—Cuando lo ha recitado, ahora, ha golpeado la mesa en aquí y cortadora de césped.

—¿No es eficaz?

Silvera dijo.

—En espada llameante debió usted agitar la mano en el aire. Luego, después de libre expresión debió dejarla caer con fuerza sobre la mesa. Se hubiera ganado un aplauso.

—Aplaudieron en cortadora de césped, y me preguntaba por qué —admitió Kohinoor—. A veces uno se confunde viajando tanto alrededor del planeta. El Territorio Melazo es esencialmente turístico, y no existe nada que se parezca a una industria de cortadoras de césped. Ahora lo comprendo.

—En efectivo, si es posible.

Kohinoor sacó su cartera.

—Lamento haber censurado los discursos, Joe. En realidad, hizo usted un buen trabajo. ¿Le va bien uno de cincuenta y siete de cien?

—Sí.

Silvera cogió los billetes. Estaba a punto de guardarlos en su cartera cuando una casa de madera de tres pisos pasó volando por encima de sus cabezas. Silvera se puso en pie de un salto y corrió hacia la barandilla de mármol del patio del hotel. La casa negra volaba a una altura de setenta metros, aproximadamente. Silvera sacudió la cabeza y regresó a la mesa.

—Esos bastardos... —murmuró, volviendo a sentarse.

—¿Se refiere al Grupo Halcón Negro?

—Sí. ¿Les conoce?

—Soy amigo íntimo del Profesor Burton Prester-Johns —dijo Kohinoor—. Y he

tenido algunos conflictos con McLew Scribbeley, que según creo es el propietario legal de la Hacienda Halcón Negro. A causa de esa Prensa Scribbeley de su propiedad. Aunque, básicamente, aprecio a todos los escritores del Grupo Halcón Negro.

Silvera dijo:

—McLew Scribbeley me debe 2.000 dólares.

—Creí que en su calidad de escritor a sueldo cobraba usted siempre al contado...

—Normalmente es así —dijo Silvera—. Pero esos individuos viajan continuamente con su casa.

—Una deliciosa novedad. Hogares volantes... Algún día me compraré uno.

—He estado siguiendo a McLew Scribbeley a tres territorios distintos de Murdstone —dijo Silvera.

—¿Escribió usted algo para esa nefanda Prensa Scribbeley?

—Sí, tres confesiones —dijo Silvera—. Confesiones de un Hombre Robusto, Mi Repugnante Vida Sexual y Yo, un Granuja.

Kohinoor frunció sus ojillos azules.

—¿Quiere usted decir que es Un Hombre de Altura, el Doctor X y Anónimo? Los tengo a los tres en mis archivos de la Vigilancia Cultural como autores distintos.

—Puedo escribir en diferentes estilos.

—Esa de Mi Repugnante Vida Sexual —dijo Kohinoor— me pareció... repugnante.

Silvera inquirió:

—¿Sabe usted dónde va a aterrizar esta vez esa maldita casa?

—Sí, en Post Road Hill —dijo Kohinoor—. En realidad, estoy invitado a cenar allí esta noche.

Silvera frunció el ceño.

—Le acompañaré.

Doscientas bicicletas descendían por la ladera de la colina, cada una de ellas conducida por un vociferante adolescente. Silvera agarró al rechoncho Kohinoor por el cuello de piel de su jubón y tiró de él, sin poder evitar que uno de los manillares que pasaban le golpeará en el codo.

—¡Larga vida a Prester-Johns! —gritaban los jóvenes ciclistas.

Kohinoor dijo:

—Los jóvenes de Murdstone están afectados de ciclo-manía.

—Sí, anoche vi a su amigo Prester-Johns hablando de ello en la televisión.

—El viejo P-J se relaciona con la juventud de un modo que a la mayoría de nosotros nos está vedado, a pesar de que P-J tiene casi sesenta años —dijo Kohinoor—. Desde luego, es un hombre alto. Y cuando se posee una buena estatura resulta más fácil irradiar carisma.

Después de que hubo pasado el último ciclista, Silvera y Kohinoor cruzaron la ancha y sucia carretera y se encaminaron hacia la verja de hierro que se erguía

alrededor del terreno cubierto de árboles en el cual se encontraba ahora la mansión Halcón Negro. Un hombre flaco que llevaba la túnica de los ferreteros asomó la cabeza por encima de un seto.

—No utilicen el portillo todavía, caballeros.

—¿Por qué?

—No está atornillado a la verja —explicó el obrero—. Ahora mismo acabo de desembalarlo.

—Gracias —dijo el obeso Kohinoor.

Silvera le ayudó a pasar al otro lado del seto.

—¡Oh! ¡Caballeros! —gritó el ferretero mientras echaban a andar por el sendero cubierto de grava que conducía a la casa—. Son ustedes los últimos huéspedes de esta noche. De modo que pueden decirles que suelten los perros guardianes dentro de quince minutos. Para entonces ya habré terminado.

—Scribbleley y P-J tienen una docena de sabuesos robots —dijo Kohinoor.

—Ya me he encontrado con ellos —dijo Silvera.

—¿Se ha dado cuenta de que algunas de esas chicas que iban en bicicleta llevaban muy poca ropa? —inquirió Kohinoor.

—Algunas iban completamente desnudas.

—Me pregunto si debo ir a favor o en contra de eso —reflexionó Kohinoor—. Los chicos celebrarán su concentración anual esta semana, a tres millas de aquí. Tal vez debería definir mi posición en un documento. Usted podría redactarlo. ¿Sabe algo acerca de ir desnudo en bicicleta?

—Yo lo he hecho.

Subieron los peldaños de piedra roja de la mansión de madera.

—¡Oh! ¿De veras? Creía que los escritores a sueldo no disponían de tiempo para pasear por ahí...

Kohinoor utilizó el llamador de la puerta, en forma de dorada cabeza de halcón.

El mayordomo era un hombre pálido, vestido de gris.

—Buenos días, Mr. Kohinoor —Luego miró a Silvera—. ¿Otra vez?

Dio media vuelta y echó a andar por el alfombrado vestíbulo.

—También me había encontrado con él —dijo Silvera.

En una amplia estancia que se abría al final del vestíbulo estaban reunidas varias personas. El mayordomo no entró allí, sino que subió por una escalera que conducía al segundo piso. En la estancia, un piano dejó de sonar y luego un hombre musculoso, que llevaba una chaqueta a cuadros, salió al vestíbulo. Tenía una mandíbula agresiva, una dentadura muy fuerte y unos cabellos enmarañados y rubios.

—Bueno, bueno, Kohinoor, viejo bastardo. ¿Cómo te van las cosas?

—Regular, nada más —dijo Kohinoor. Señaló a Silvera con un gesto de la cabeza —: Éste es mi amigo José Silvera.

—Silvera... Silvera... —meditó el hombre de la chaqueta a cuadros—. Se dedica usted a escribir, ¿no es cierto?

—Es cierto, Dobbs.

Henry Verner Dobbs enarcó las cejas.

—¿Me conoce usted? Lo más probable es que conozca mis obras, ¿verdad? Soy Henry Verner Dobbs, escritor. Mi especialidad son los volúmenes de lujo sobre temas bélicos. Posiblemente haya visto usted mi fotografía en la sobrecubierta de mi último éxito, Historia de las Bombas de Mano. Un tomo fabuloso, que pesa más de cinco kilos. Lo hicimos imprimir, mis impresores y yo, en el planeta Tarragon. Los indígenas de aquel planeta hacen unas maravillosas láminas en color y a muy buen precio.

Silvera pasó por detrás de Dobbs y entró en el salón. Scribbeley, el editor que le debía 2.000 dólares, no estaba allí. Sentada ante el enorme piano había una encantadora muchacha de veintiséis años, alta y morena, con la piel muy bronceada y un leve enrojecimiento febril.

—¡Vaya! ¡Si es José Silvera! —exclamó aquella joven. Su voz tenía un suave acento gutural—. He sido una admiradora suya desde mi época de colegiala.

—¿Has leído las obras de ese individuo? —preguntó el hombre delgado, de pelo canoso, que estaba junto al piano.

—No, nunca he leído sus libros —respondió la joven—. Nunca leo a otros escritores. Pero vi una fotografía de Mr. Silvera en la sobrecubierta de un libro y la arranqué. Pegué la foto en la contraportada de mi breviario. La mayoría de los autores tienen un aspecto poco interesante. Mr. Silvera, en cambio, es alto y moreno. Soy Willa de Aragón, Mr. Silvera.

Se levantó del taburete almohadillado y se acercó a Silvera, tocando su mano con sus dedos, muy calientes, sonriendo.

—¿Tiene usted fiebre? —preguntó Silvera.

—No. Lo que pasa es que soy muy apasionada por naturaleza y eso parece calentar mi cuerpo —respondió la joven—. ¿Qué le trae a la Mansión Halcón Negro, Mr. Silvera? Mi invitación no le mencionaba a usted...

—¿No está usted invitado? —inquirió el hombre delgado.

Kohinoor acudió rápidamente en su ayuda.

—Éste es José Silvera, P-J, éste es Burton Prester-Johns, uno de nuestros filósofos más insignes.

—¿No es usted el tipo que tiró a Dwiggins fuera del invernadero?

—Dentro —rectificó Silvera.

—La dirección es lo de menos. Lo cierto es que destrozó las vidrieras. Tuvimos que renunciar al invernadero, de todos modos. Hay que arraigarlo en el suelo y no vuela. Sí, es usted aquel tipo.

—Joe es una persona muy inteligente y muy amable —Kohinoor se acercó al piano y golpeó la tapa—. Le he traído aquí esta noche, P-J, para que McLew Scribbeley y él puedan zanjar sus diferencias de una vez para siempre.

—El individuo que lanza a los mayordomos a través de las vidrieras de un

invernadero no es un tipo en el que se pueda confiar... —dijo Prester-Johns—. Sí, resulta lógico que nuestros jóvenes tengan más fe en sus bicicletas que en sus mayores. Tal como he resumido la situación en Bikocracy, la responsabilidad de...

—¿Quieres que le eche? —inquirió Dobbs, que se había acercado a ellos.

—Bueno, no es la clase de individuo que le hace a uno sentirse cómodo, precisamente...

Kohinoor volvió a golpear el piano.

—Tienes que ser menos suspicaz, P-J. No debes mostrarte tan cauteloso, sólo porque el Comando Asesino ande todavía suelto.

Prester-Johns aspiró una gran bocanada de aire y lo expulsó lentamente. Luego se frotó la arrugada mejilla con una mano huesuda.

Dobbs dijo:

—¡Uh!

Willa susurró al oído de Silvera:

—Tienen por norma no hablar nunca del Comando Asesino dentro de esta casa.

—¿Por qué?

—Al parecer, Mr. Silvera, ese malvado que lleva un año recorriendo Murdstone en busca de nuevas víctimas ha atacado varias veces en las proximidades de la Mansión Halcón Negro. Si tiene usted en cuenta lo que viaja la Mansión, comprenderá que esas proximidades han sido diversas.

En aquel momento entró en el salón un hombre gordo que llevaba un traje blanco. Lucía un erizado bigote rojizo y una calva casi total.

—Echad de aquí a este granuja —dijo, señalando a Silvera—. Hola, granuja —Dejó oír una risita—: Es broma, Joe. Lo de echarte va en serio. Dwiggins ha ido en busca de un par de mis robustos criados. Es broma —Súbitamente, su mano salió disparada y pellizcó las nalgas de Willa—. ¿Estás aquí, cachonda? Es broma, Willa.

Silvera se dio cuenta de que el traje de Scribbeley tenía unas solapas muy grandes, de acuerdo con la moda. Las agarró y levantó al editor del suelo.

—Dos mil dólares.

—Joe, ¿qué le dije a su agente, aquella pequeña y simpática Jenny Jennings?

—Nada. Le pellizcó una nalga y eso fue todo.

—Sólo quería pellizcarle el muslo —dijo el gordo editor—. Mire, Joe, confieso que siento un deseo irresistible de pellizcar a las muchachas. Es mi único defecto. Le dije a su agente, y ahora se lo digo a usted, que no he recibido un solo centavo de mi distribuidor. Tomemos uno de sus libros, Mi Repugnante Vida Sexual, por ejemplo. Hemos recibido un montón de cartas de personas que protestaban porque no la habían encontrado repugnante. Incidentes como ese pueden dar lugar a que la gente pierda su confianza en las Ediciones Scribbeley.

—Dos mil dólares —repitió Silvera, soltando a Scribbeley.

—Podría darle ochenta y seis mil ejemplares sin encuadernar de Yo, un Granuja, Joe. Usted podría ponerles una cubierta atractiva y erótica y ganar una fortuna

vendiéndolos por correo.

—En efectivo, y ahora mismo —dijo Silvera.

Algo se estrelló contra su cabeza.

Silvera despertó en el aire. Cayó de costado entre unos montones de arbustos recién cortados, a unos centenares de metros de la Mansión Halcón Negro. Vio, a través de las ramas y de las hojas que rodeaban su cabeza, a tres de los esbirros de Scribbeley que regresaban a la Mansión.

Con grandes esfuerzos, logró liberarse de la maleza que le aprisionaba. En el mismo instante en que consiguió ponerse en pie, un perro negro saltó sobre él y le mordió en una pierna. Sus dientes eran de acero inoxidable y penetraban profundamente. Silvera sacó un pequeño estuche de herramientas de un bolsillo interior, y recordando un diagrama que había consultado aquella tarde en la Biblioteca del Territorio Melazo desactivó y luego desmontó el perro mecánico.

Dejó caer las piezas del perro entre la maleza que había sido amontonada allí después de limpiar el suelo para que la Mansión Halcón Negro pudiera aterrizar. Acababa de salir la luna y a su claridad Silvera se orientó entre los pinos que rodeaban la Mansión. Avanzó silenciosamente hacia la casa, arrastrando su pierna herida.

Desembocó en la parte trasera de la Mansión. A través de las iluminadas ventanas de la cocina vio a un robot-pastelero que rellenaba unos buñuelos de crema. Agachándose, Silvera se acercó a los veinte peldaños de madera que conducían a la puerta de la despensa.

Otros tres perros mecánicos aparecieron por una de las esquinas de la casa. En vez de ladrar, emitían un aullido semejante al de una sirena. Silvera corrió, aunque sus posibilidades de escapar a los perros eran prácticamente nulas.

De pronto, una voz suave susurró:

—Entre, Mr. Silvera.

Al mismo tiempo, se abrió una puerta debajo de la escalera de la despensa.

Silvera entró rápidamente y Willa de Aragón cerró la pesada puerta contra el hocico de vinilo de uno de los sabuesos.

—Gracias —murmuró Silvera.

La esbelta muchacha proyectó la luz de su linterna sobre la pierna herida de Silvera.

—Le ha mordido un perro, ¿verdad? Ha estado usted de suerte, después de todo, porque no han tenido tiempo de desembalar la rabia y otros venenos para los colmillos de los sabuesos.

—¿Salía usted a buscarme?

—Estaba preocupada, y pensé que tal vez podría ayudarle. Creo que su amigo, Mr. Kohinoor, estaba hablando de ir a buscarle, pero no lo ha hecho aún. Siempre que soy huésped de la Mansión Halcón Negro, insisto en tener una habitación con un pasadizo secreto —Cruzó la enmohecida habitación y señaló una angosta abertura en

la pared de madera—. Aquí hay una escalera que da acceso a mi dormitorio. Dispongo también de un cuarto de baño, y allí podré curar sus heridas.

—De acuerdo —dijo Silvera.

La muchacha sonrió y se adentró en el negro agujero.

—¿No la echarán de menos? —preguntó él, siguiéndola.

—Tal vez me reúna con ellos más tarde, a la hora de la cena.

El dormitorio era amplio, con un florido empapelado en las paredes y una escena pastoril pintada en el techo, ligeramente abovedado. Había gruesas alfombras, gruesos tapices, pesados cortinajes y un enorme lecho con artísticos tallados a mano. Sobre una mesilla de mármol, junto a la cama, había un candelabro de seis brazos.

Silvera oyó un extraño ruido en el exterior. Apartando una cortina color vino, se asomó a una ventana. Un joven alto se acercaba a través de los pinos montado en una bicicleta. Unos instantes después, sin la bicicleta, se acercó a la casa y desapareció del campo visual de Silvera. Los perros no le molestaron.

—¿Le importaría quitarse los pantalones? —inquirió Willa—. Antes de convertirme en escritora trabajaba como enfermera en un casino en órbita alrededor de Tarragon. Puedo atender sus heridas de un modo absolutamente profesional, Mr. Silvera.

Silvera se apartó de la ventana y se dirigió hacia el cuarto de baño en el cual acababa de entrar la joven. Se detuvo en el umbral, se desabotonó los pantalones y, después de quitarse los zapatos, los dejó caer al suelo.

—¿Qué clase de obras escribe usted, Willa?

La joven empujó un taburete hacia él.

—Siéntese ahí —dijo—. Bueno, Mr. Silvera, hay un género de novelas muy populares en Mordstone en estos momentos. Se les da el nombre de Bárbaras, ignoro por qué. Tratan de muchachas sensibles raptadas por hombres siniestros y encerradas en mansiones aisladas y misteriosas.

—Sí, conozco el género. Yo escribí una docena de esas novelas cuando las Bárbaras hacían furor en Barnum, hace cinco años —dijo Silvera, sentándose—. La mordedura del perro mecánico no tiene tan mal aspecto como suponía.

—¿Bajo su propio nombre? —inquirió Willa, limpiando la herida.

—No. Yo era Anna Mary Windmille.

Willa se interrumpió a medio aplicar un vendaje.

—Mi diosa, Mr. Silvera. No me estará usted diciendo que era Anna Mary Windmiller...

—Lo fui una docena de veces —dijo Silvera—. Me pagaban 1.500 dólares por volumen.

—Ha sido usted una fuente de inspiración para mí —dijo Willa—. Todavía conservo algunos ejemplares que he leído varias veces. Me gustó de un modo especial El Castillo Solitario, aunque El Retorno al Castillo Solitario no le va a la zaga. Me conformaría con que mis novelas tuvieran la mitad del interés y de la

emoción de las suyas —Terminó de vendar la pierna y se incorporó—. ¿Está usted ansioso por correr en busca de su dinero?

—Ansioso, precisamente, no. Aunque pienso obligar a Scribbeley a que me pague los 2.000 dólares. ¿Por qué?

—Me parece una lástima, ahora que se ha quitado ya los pantalones, que no nos acostemos juntos. ¿Qué opina usted?

Silvera se puso en pie.

—Tratándose una autora de novelas destinadas especialmente a un público femenino, creo que eres muy agresiva.

—Sí —admitió Willa—, y temo que a veces se refleja en mis obras.

Silvera no se separó de Willa hasta la mañana siguiente. Cuando bajaba por la escalera que conducía al vestíbulo, fue parado por un uniformado capitán de la policía.

—Lo siento, pero debo retenerle en calidad de sospechoso. ¿Sabe por casualidad dónde se encuentra Miss Aragón en este momento?

—Poniéndose los zapatos —dijo Silvera—. ¿De qué soy sospechoso?

—De asesinato —dijo el hombre del uniforme color verde mar—. El inspector está esperando en el salón. Y, a propósito, no trate de escapar: la casa está vigilada por perros de presa.

—Ya conozco a los perros.

—No me refiero a esos estúpidos robots. Hemos traído nuestros propios sabuesos. Silvera se encogió de hombros.

Cuando entró en el salón, McLew Scribbeley le saludó:

—Hola, asesino.

Silvera se detuvo junto a la estatua de mármol de un fauno.

—El hombre que salta a conclusiones aterriza a menudo sobre un suelo movedizo —dijo un hombre de cabeza redonda embutido en un abrigo de uniforme.

—Era una broma —dijo Scribbeley.

—Soy el Inspector Ludd —dijo el hombre de la cabeza redonda—. Me gustaría saber quién es usted.

—Es el individuo que trajo a la víctima —intervino Prester-Johns.

—Me llamo José Silvera. ¿Ha sido asesinado Kohinoor?

—La muerte es como una roca desprendida de un acantilado que aplasta al que pasa por debajo —dijo el Inspector—. Sí, Hugo Kohinoor ha muerto, víctima al parecer del Comando Asesino —Contempló a Silvera con aire pensativo—. A veces, la memoria es como un cubo de basura con algún objeto valioso tirado por error y perdido entre zurrapa de café y pieles de naranja. Perdóneme por no haberle reconocido antes, Silvera.

—Puesto que nunca nos habíamos visto, no es de extrañar.

—¿Es usted el mismo José Silvera que escribió unos artículos excelentes para la revista Crimen ínter planetario?

—No sé si eran excelentes, pero escribí una serie de artículos para esa revista, en efecto.

—La modestia es tan útil aquí como un racimo de plátanos en la madriguera de un león —dijo el inspector Ludd—. Le agradecería su ayuda en esta investigación, Silvera.

Dobbs intervino:

—Probablemente es el asesino —dijo.

—Acompañeme al escenario del crimen, Silvera —sugirió el inspector—. Más tarde continuaré interrogando a estos caballeros.

—Este mediodía he de ir a una librería a firmar cien ejemplares de mi obra Historia Ilustrada de los Gases Tóxicos —dijo Dobbs.

—El asesino, aunque a menudo llega tarde, ocupa el mejor asiento de la casa —dijo el Inspector Ludd, con una amplia sonrisa.

—¿Qué significa eso?

—Significa, Mr. Dobbs, que nadie puede salir de aquí hasta que haya terminado esta investigación —dijo el Inspector. Luego se volvió hacia Scribbeley—: Significa, también, que el escenario del crimen no puede marcharse, tampoco.

—Hemos alquilado este terreno por un mes —dijo Prester-Johns—. Supongo que la investigación no durará tanto.

—Es posible —dijo el Inspector.

De pie sobre la tierra recién removida en el lindero del bosque, el inspector Ludd dijo:

—¿Ve por qué han relacionado este asesinato con el nombre de Comando Asesino? Han utilizado una bayoneta, y luego un garrote. ¿Ha estado usted aquí toda la noche, Silvera?

—Sí. ¿Cuándo mataron a Kohinoor?

—Probablemente, entre las tres de la mañana y el amanecer —dijo Ludd—. ¿Observó usted algo anormal?

—Estaba dormido como un tronco a esa hora —Silvera se arrodilló junto al cadáver de Kohinoor—. Tiene un trocito de papel entre el pulgar y el índice.

—Sí, es la esquina de un billete de 100 dólares: confiamos en encontrar el resto.

—¿Qué dicen en la casa? —inquirió Silvera, incorporándose.

—Kohinoor se quedó a cenar, aunque estaba furioso por lo mal que le habían tratado a usted —dijo el Inspector—. Todo el mundo se retiró a descansar alrededor de medianoche. Nadie admite haber estado aquí. Kohinoor no se había quedado a dormir. Uno de los obreros encontró el cadáver cuando venía hacia aquí, antes del desayuno. ¿Ha pasado usted la noche con Miss de Aragón?

—Sí.

—Lo he deducido por la ausencia de ella a la hora de la cena y por lo que me habían contado de usted —dijo el Inspector Ludd—. Y por su presencia en la casa

tantas horas después de haber sido expulsado de ella. Aunque no creo que hubiese usted asesinado a Kohinoor porque le debiera dinero.

—Mis cuentas con él estaban saldadas —dijo Silvera—. Y nunca las saldo utilizando esos métodos.

—La vida de un escritor a sueldo —suspiró el Inspector—. Prefiero la seguridad de un empleo oficial. Tal vez haya notado usted que utilizo muchos aforismos...

—Sí, me he dado cuenta.

—Residuos de la ambición de convertirme en un poeta lírico —dijo el Inspector Ludd—. ¿Sabía usted que cuando el Comando Asesino operó hace dos meses en el Territorio Esfola alguien le vio y le describió lo suficientemente bien como para confeccionar un retrato-robot?

—No, es la primera noticia que tengo.

—Pues bien, casi todos los ataques de Comando Asesino se han producido cerca de la Mansión Halcón Negro. Pero ninguno de los investigadores de Murdstone, incluyéndome a mí, ha podido relacionar a alguien de la Mansión Halcón Negro con esos crímenes.

—¿Huellas dactilares, de pisadas?

—Ninguna huella dactilar, y la única huella de pisada que hemos encontrado esta vez está ahí... Hemos sacado un molde de ella.

—¿Pertenece a alguien de la casa?

—Corresponde a una antigua bota de comando de gran tamaño. No hemos encontrado ninguna en la casa, aunque mis hombres siguen buscando —dijo el Inspector—. Y el retrato-robot no se parece a nadie de la Mansión.

—Un disfraz, tal vez...

—No —dijo Ludd—. Mire esa huella. El individuo es un gigante y un bruto —Suspiró de nuevo—. Hemos investigado todos los tipos gigantescos y brutos que figuran en nuestros archivos, sin el menor resultado. De modo que, en mi opinión...

—¿Qué?

—Sin duda recuerda usted el famoso caso de Nolan y Ammar en Venus, hace unos treinta años.

—Doble personalidad. Nolan se convertía en Ammar con una píldora que había inventado.

—Exactamente —dijo Ludd—. Tengo la impresión de que aquí ocurre algo similar. Aunque no existe ninguna prueba de ello.

Silvera se rascó la nuca.

—El chico de la bicicleta —dijo.

—Hemos encontrado huellas de las ruedas de una bicicleta en el bosque, sí. Pero ni rastro de la bicicleta ni del ciclista. Y nadie admite haber recibido una visita. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Algo acerca de ese chico —dijo Silvera—. Le vi llegar aquí anoche, aparcar su bicicleta en el bosque y entrar en la casa por la parte de atrás. Sí, y era uno de los

chicos que nos encontramos en el camino cuando veníamos hacia aquí.

—¿Podría usted reconocerle?

—Desde luego.

—Seguiremos ese rastro —dijo el Inspector—. A veces, un pequeño hilo deshace la mayor parte de un jersey —Ludd sonrió—. ¿Se da cuenta? Una muestra de mi estilo aforístico.

Silvera le devolvió la sonrisa.

Silvera paseó entre centenares de bicicletas aparcadas, y alrededor de grupos que cantaban canciones relacionadas con las bicicletas, y de grupos que se desvestían mutuamente, y de grupos que desmontaban y volvían a montar bicicletas.

—Parece usted demasiado viejo para ser un aficionado a la bicicleta —dijo una muchacha medio vestida que estaba apoyada contra un velocípedo.

—Yo también opinaba lo mismo —respondió Silvera—, hasta que caí bajo el hechizo de Burton Prester-Johns.

—Ese viejo sapo... —dijo la muchacha, frotándose su desnudo y pecoso estómago—. Es repugnante. Cuando veo a alguien de más de treinta años montando en una bicicleta, me pongo enferma.

—Muy interesante —Silvera apartó la mirada de la muchacha y localizó al Inspector Ludd que paseaba por entre la multitud al otro lado de la llanura—. Estoy buscando a un tipo que monta una bicicleta marciana de 10 velocidades, negra, marca Wolter. Un tipo delgado, con el pelo color ceniza y un pequeño bigote.

—¿Es usted un representante de la ley? Los representantes de la ley me dan cien patadas en el estómago.

—Soy un periodista en busca de un artículo importante sobre la cultura ciclista.

—Eso es repugnante —dijo la muchacha—. Los viejos, tratando de comprender a la juventud... Eso me produce escalofríos...

—Tal vez deberías marcharte a casa y acostarte.

—Ustedes, los viejos, sólo piensan en la cama.

Silvera se alejó. Luego, a la sombra del toldo de un puesto de refrescos, vio al muchacho de pelo ceniciento. Dirigió una disimulada seña al inspector, señalando hacia el tenderete.

Los dos empezaron a abrirse paso entre la multitud en dirección al muchacho, que tenía un codo apoyado contra la pared amarilla del puesto de refrescos y estaba bebiendo una jarra de vino nuevo.

El muchacho sospechó de Silvera cuando éste se encontraba todavía a cincuenta metros de distancia. Al parecer reconoció al inspector, giró sobre sus talones y echó a correr.

Silvera echó a correr, también, abriéndose paso a través de los ciclistas. Un mozalbete albino se dio por ofendido y arrojó su refresco a la cara de Silvera, el cual continuó corriendo. Cuando llegó al puesto de refrescos, vio que el muchacho de pelo

ceniciento cruzaba la llanura en dirección a la carretera, montado en su bicicleta negra de 10 velocidades.

Silvera se paró y cogió una bicicleta local de 3 velocidades aparcada allí. Apenas había recorrido diez metros cuando una muchacha empezó a gritar:

—¡Viejo ladrón de bicicletas!

Tres cantantes se incorporaron de un salto, esgrimiendo laúdes y mandolinas.

Silvera pedaleó con fuerza. Otros cuatro muchachos salieron detrás de él. Sin saber cómo, Silvera salió despedido de la bicicleta y aterrizó sobre la hierba. Se puso en pie rápidamente y echó a correr de nuevo, zigzagueando, en pos del fugitivo.

Antes de llegar a la carretera le salieron al paso tres muchachas. Una de ellas le golpeó detrás de la oreja con una bomba de bicicleta, al tiempo que gritaba:

—¡Viejo asqueroso!

—Sólo tengo treinta y tres años —explicó Silvera, saltando de costado para eludir un segundo impacto de la dura bomba de metal.

—Bueno, es usted un anciano...

—¡Alto! —gritó el inspector Ludd, jadeante.

—¿Quién es usted, abuelo? —preguntó una de las muchachas.

—El inspector Ludd, de la Policía Municipal.

Mientras las chicas se alejaban, Silvera se sacudió la hierba que se había pegado a sus ropas.

—Ése era el muchacho que vi anoche —dijo—. Al parecer, se ha dado cuenta de que íbamos a por él.

—Sé quién es —dijo el inspector Ludd—. Lo cual nos acerca un paso más a la solución.

—Los viajes más largos, empiezan a menudo con un solo paso —dijo Silvera.

Al anochecer empezó a llover. El viento soplaba con fuerza contra las persianas de la Mansión Halcón Negro. En el salón ardía una fogata en el espacioso hogar.

El inspector Ludd se había despojado del abrigo de uniforme y andaba de un lado a otro de la estancia.

Dobbs dijo:

—¿Cómo podemos reconstruir el crimen, inspector? —Sorbió en el vaso de vino que acababa de entregarle Dwiggin—. Estamos absolutamente seguros de que ese Comando Asesino es alguien del exterior, que por pura coincidencia, por repetida coincidencia, ha cometido sus crímenes alrededor de nuestra casa. Yo no soy un experto en criminología, como usted y su amigo Silvera, puesto que dedico mi tiempo al estudio de materiales mucho más importantes. Materias militares. Tales como el nuevo libro que estoy escribiendo. La Historia Ilustrada de las Trincheras.

Cuando todo el mundo tuvo algo que beber, el inspector dijo:

—En primer lugar, Silvera, dígales lo que hemos descubierto.

Silvera se encontraba junto al piano, al lado de Willa.

—Anoche vino aquí un muchacho llamado Roberto Koop.

—Que en estos momentos está siendo interrogado —añadió el inspector Ludd.

—Resulta —continuó Silvera— que Koop tiene un tío, el Profesor LeRoy Koop, el cual ha estado efectuando ciertas investigaciones por cuenta de las Fuerzas Armadas Combinadas de Murdstone.

—¡Un momento! —le interrumpió Dobbs—. Los asuntos de las FAC son Top Secret.

—El inspector Ludd ha tenido acceso a algunos de los informes —dijo Silvera—. Y sabe que el tío del joven Koop ha desarrollado una nueva droga, conocida bajo el nombre de «Píldoras Militares».

—Esas Píldoras Militares —explicó el inspector— pueden convertir a un recluta normal en un gigantesco y terrible combatiente.

—Nunca oí hablar de ellas —dijo Dobbs.

—Las Píldoras Militares han sido desarrolladas y sometidas a pruebas exhaustivas —continuó el inspector—. Hace más de tres años que están a punto. Pero no han sido utilizadas porque las Fuerzas Armadas Combinadas se han enzarzado en una discusión a propósito de ellas, poniendo sobre el tapete el aspecto ético de la cuestión.

—Esta tarde hemos establecido contacto con el Profesor Koop —dijo Silvera, que no había probado aún su vino—. Koop terminó por admitir que el joven Roberto le había robado un centenar de píldoras hace cosa de un año. Al parecer, aprendió a fabricarlas, y ha estado vendiendo Píldoras Militares a muy buen precio. Algunos de sus clientes son personajes importantes, probablemente. Uno de ellos, alguien que descubrió que las píldoras creaban hábito, se encuentra aquí, entre nosotros.

El inspector Ludd dijo:

—El Profesor Koop nos facilitó unas píldoras de muestra. Un poco antes, Silvera había descubierto una importante pista. Gracias a su singular sentido de la orientación, se imaginó dónde había ocultado sus botas el Comando Asesino. Ahora están en nuestro poder.

—El Comando Asesino es uno de ustedes —dijo Silvera—. Toma las Píldoras Militares y se transforma en un gigantesco y audaz asesino. Lo único que tenemos que hacer es comprobar a quién de ustedes le están bien las botas.

—No le estarán bien a nadie —dijo Willa—. Si es que se trata de una personalidad dual, es decir, si la transformación es también física.

—Exactamente —dijo el inspector—. Por eso hemos disuelto varias de las Píldoras Militares en el vino. Hemos prolongado la conversación hasta que todo el mundo ha apurado el contenido de su vaso. La droga tarda alrededor de un cuarto de hora en producir sus efectos, los cuales se prolongan por espacio de dos o tres horas.

Todas las luces se apagaron.

Inmediatamente, Silvera, tal como lo había ensayado antes, cruzó corriendo la habitación y salió por una puerta lateral. Corrió a lo largo de un oscuro pasillo y

cruzó otra puerta. Se ocultó detrás de un amplio cortinaje y esperó pacientemente.

Poco después uno de los tableros de la pared se corrió a un lado y McLew Scribbeley entró en la habitación. Encendió una linterna y se arrodilló delante de un globo del planeta montado sobre un trípode. Hizo girar el globo de Murdstone tres veces a la izquierda, tres a la derecha, una a la izquierda, tres a la derecha, una a la izquierda. Luego apretó los dedos sobre cinco ciudades distintas. El enorme globo se abrió por su parte superior. Scribbeley introdujo una mano en su interior y sacó varios paquetes de billetes de banco y bolsas de monedas. Luego extrajo un par de botas de comando de gran tamaño.

«¡Qué raro! —murmuró—. Las botas están aquí...»

—Ha sido una trampa —dijo Silvera, saliendo de detrás de la cortina, apuntando al editor con un pequeño desintegrador—. Imaginé que el asesino era usted, pero quise comprobar dónde había ocultado las botas. De modo que dijimos que las habíamos encontrado, y usted no pudo resistir la tentación de venir a averiguar si era cierto.

—¿Qué es lo que sabe? —inquirió Scribbeley—. ¿Cómo llegó a la conclusión de que era yo?

—La mayoría de los asesinatos eran gratuitos, sin motivo aparente. Algo que usted no podía evitar cuando las Píldoras Militares producían sus efectos. Probablemente empezó a tomar las píldoras para estimular su virilidad, pero no le dieron el resultado apetecido.

»Sin embargo, anoche tuvo usted un verdadero motivo para el asesinato. Imagino que Kohinoor le presionó, amenazándole con hundir sus empresas editoriales si no liquidaba la deuda que había contraído conmigo. De modo que usted le dijo que le entregaría los 2.000 dólares que me debía, para que él los hiciera llegar a mis manos. Le dijo usted que se encontrarían en el lindero del bosque, cuando todo el mundo se hubiese retirado a descansar. Le entregó usted los billetes, y mientras el pobre Kohinoor los contaba se transformó usted en asesino.

—¡Hijo de perra! —exclamó Scribbeley—. Es usted listo, asqueroso granuja. Bueno, confieso que ha acertado en todo. Lo único que se le ha pasado por alto es que estoy transformándome en el Comando Asesino. Y que su ridículo desintegrador no podrá detenerme —Hizo una pausa, profirió un rugido y se precipitó hacia Silvera. Pero se detuvo bruscamente, contemplando sus manos con aire de asombro—. ¡Qué raro! —murmuró—. No estoy cambiando, a pesar de que metieron ustedes las píldoras en el vino...

—Eso también fue una trampa —dijo Silvera.

El inspector Ludd se presentó en aquel momento con uno de sus capitanes.

—Un disparo a ciegas encuentra a veces un blanco que merece la pena.

Se llevaron a Scribbeley de la habitación.

Cuando Willa llegó unos instantes después, encontró a Silvera arrodillado junto al globo.

—Te estoy esperando, Joe.

—Aguarda a que acabe de contar dos mil dólares.

—¿Todo ese dinero y sólo vas a coger dos mil dólares?

—Es lo que Scribbeley me debía —dijo Silvera.

Se ha marchado el lupo

H. B. Hickey

H. B. Hickey, un veterano de la ciencia-ficción, ha retornado a ella después de casi veinte años de ausencia. En este relato nos demuestra que ha sabido adaptarse a los cambios de estilos y de formas que ha experimentado el género; después de leer Se ha marchado el lupo, es posible que el lector, como nos ocurrió a nosotros, se encuentre con los cantos de Moomie en su cerebro y un extraño deseo de bailar la danza de la mañana.

—Baila —dijo el Amo—. Baila, Moomie.

Yo bailo. Yo bailo la danza de la mañana. En casa hay dos Amos nuevos, que acaban de llegar. Este día una gran nave de fuego y llegan muchos Amos nuevos y dos Amos llegan a esta casa y todo el día hablan de lo que es novedad en la Tierra con el Amo viejo.

Yo bailo ahora la danza de la tarde. Todo el día comer y beber y ahora el Amo dice baila.

Amos nuevos miran y abren bocas de par en par y dicen ¡oh ho ho ho! Yo bailo la danza de la noche y Amos nuevos y Amo viejo dicen ¡oh ho ho ho ho! Y mucho agitarse y mucha humedad sale de sus ojos.

—¡Oh, no! —dice un Amo nuevo y rueda por el suelo—. ¡Oh! Me estás matando. ¡Para eso, Jack!

—Baila —dice el Amo—. Baila, Moomie.

Yo bailo la danza del viento. Arriba y abajo y arriba y abajo y suave y duro y sopla y suspira y arriba y abajo. Amos nuevos ruedan por el suelo y dicen ¡oh ho ho ho ho! Jack tú bastardo para eso.

—De acuerdo, Moomie. Es suficiente —dice el Amo.

Yo paro. Yo voy a buscar más bebida y Amos nuevos se secan mucha humedad de sus ojos y se sientan y miran y beben.

—¿Cómo diablos se las arreglan? —dice un Amo nuevo—. Jack, tienes que haberte pasado todo el tiempo enseñándole a hacer eso.

—Lamento no poder atribuirme el mérito —dice el Amo viejo—. Desde luego, cuando descubrimos que nuestros Moomies podían bailar no los desalentamos.

—Apuesto a que tú no lo hiciste —dice un Amo nuevo, y dice ¡oh ho ho ho ho! Y rueda por el suelo y derrama la bebida—. Tendrás que perdonarme, Jack, pero cada vez que pienso en esa larga pata saltando arriba y abajo no puedo contenerme.

—¿Cómo diablos conservan el equilibrio? —dice el otro Amo nuevo.

—No lo sé. Del mismo modo que nosotros nos mantenemos en equilibrio sobre

dos cortas piernas, supongo. Del mismo modo que pueden ver con un solo ojo tan bien como nosotros con dos.

El Amo viejo dice:

—No quiero que penséis que todo fue coser y cantar. Fue un verdadero problema, por ejemplo, enseñar a los Moomies a servir bebidas sin verterlas.

—Desde luego, desde luego —El Amo nuevo da una palmada en la espalda al Amo viejo—. Y nosotros compadeciendo al viejo Jack, desterrado en algún asqueroso planeta de Aldebarán.

El otro Amo nuevo dice ¡oh ho ho!

—El pobre Jack y su pobre esposa y los otros pobres pioneros. En las lejanas inmensidades del espacio, sufriendo por la gloria de la buena Tierra.

—Sí. Pobrecitos. Viviendo en la abundancia. Y con criados nativos.

El Amo viejo dice:

—No creáis que fue tan fácil. Los Moomies no se limitaron a saltar y a decir «Hola, Amo». Costó un poco enseñarlos. Y si se trata de trabajos domésticos... Bueno, Myra pasó lo suyo educando a éste, os lo aseguro.

—Pobre Myra. A propósito, ¿dónde está la pobre Myra? ¿Dónde se ha metido?

—No lo sé. Jaqueca, supongo. En su cuarto —El Amo viejo dice—: Más bebida, Moomie.

Voy a buscarla.

—Bueno, perdonamos tu reticencia, Jack. Y aplaudimos tu habilidad en el adiestramiento de Moomie. Espero que podremos tener uno para nosotros.

—No sé si podrá ser. No quedan ya muchos por aquí.

—¡Jack! No irás a decirnos que vas a dejar en la estacada a unos viejos compañeros. El viejo Jack no haría eso.

Traigo más bebida. Traigo trapo y seco bebida del suelo. Ojos pálidos contemplan muchas manos verdes secando bebida, contemplan Moomie ir y venir.

—Habla en serio. Hay muchos menos Moomies ahora que cuando nosotros llegamos, hace dos años.

—¡Ah! Suicidio de raza. No hay crías, ¿eh?

—Uh-uh. Nunca he visto crías. Todos los Moomies que he visto eran adultos.

—¿Qué pasa, Jack? ¿Se mueren? ¿Plaga terrestre? ¿Humantaminación?

El Amo viejo dice:

—No lo sé. No parecen morir, tampoco. Hacen como los elefantes. Se marchan a las marismas y desaparecen. Hemos tratado de seguir a algunos, pero se desvanecen sin dejar rastro.

—¡Ah! Misterio. Un caso para Espacelock Holmes. Permíteme, Jack.

El Amo nuevo dice:

—¡Eh, Moomie! ¿Adonde van los Moomies?

Lluvia es negra y mucha y noche es negra y una. Y noche dice ahora y negra dice ahora y mucho dice moomie moomie moomie. Y mucho dice arriba y abajo y arriba y abajo y ven ven ven.

Moomie baila la danza de la lluvia. Y llega la mañana y la mañana es azul. Moomie baila la danza de la mañana.

La tarde es amarilla y Moomie baila la danza de la tarde.

El viento es rojo y arriba y abajo y sopla y suspira. Moomie baila la danza del viento. Arriba y abajo y arriba y abajo y sopla y suspira la danza del viento. El viento es rojo y el viento dice moomie moomie moomie. El viento dice ven ven ven.

La noche es negra y una y la lluvia es negra y mucha. Y mucha y una dicen arriba y abajo y arriba y abajo dicen ven ven ven.

Y ello es tiempo.

Moomie viene. Arriba y abajo y anda mucho. Anda mucho y anda mucho. Arriba y abajo y arriba y abajo.

Y ahora marisma. Arriba y abajo y arriba y abajo y pie es ancho y lluvia dice ven ven ven. Moomie viene.

Y ahora marisma es blanda y blanda y profunda y profunda. Y lluvia dice baja baja baja.

Pie es abajo y mano es abajo. Lluvia dice baja baja baja y Moomie baja y baja en marisma. Pie se sujeta y mano se sujeta y muchas manos están muchas raíces.

Luego lluvia no hay y noche no hay y marisma es todo. Llega la mañana y la mañana no es azul. Sólo calor. Día es calor. Profundo debajo marisma mañana y día es calor. Raíz crece fuerte. Moomie se extiende.

Muchas mañanas y muchos días. Mucho calor. Luego viento sopla y suspira. Viento dice moomie moomie, crece crece crece.

Moomie crece. Moomie es verde y día es azul y caliente. Moomie crece.

Amo dice Moomie trae. Dice Moomie salta. Moomie salta y trae. Arriba y abajo y arriba y abajo y trae y coge.

Amo dice:

—Podría ser peor, compañeros. No voy a negarlo. Nunca seremos ricos, pero siempre tendremos lo suficiente. Las cosechas crecen por sí mismas. Es una vida plácida.

—¿Sin altibajos?

—Sin altibajos. Excepto el problema que nos plantearon los Lupos.

—¿Los Lupos?

—Sí. Ése es el nombre que les dan los Moomies.

El Amo viejo se levanta y anda de prisa. Adelante y atrás y adelante y atrás.

—Fue algo digno de verse, desde luego. ¿Recordáis cuando íbamos a cazar antílopes en la Tierra?

—¿Quieres decir que lo de aquí fue también una caza?

—¡Algo grande! Cinco pies de relámpago verde y grasiento. Ocho patas que podían cambiar de dirección con más rapidez que una mujer puede cambiar de pensamiento.

—¿Carnívoros?

—No. Aquí no hay nada carnívoro. Los Moomies comen hierba, y los Lupos comen fruta de los árboles. Un disparo era suficiente. O tocabas al Lupo, o desaparecía.

—Bueno, ¿a qué esperamos, Jack? Prepara los rifles.

—No te precipites, muchacho. Ya no quedan Lupos.

—¿Qué estás diciendo, Jack? ¿Ni siquiera un pequeño y viejo Lupo? ¿Quieres decir que los malditos colonos no han dejado ni siquiera un Lupo para nosotros?

—No lo sé. Supongo que tuvimos nuestra parte, de acuerdo. Pero, diablos, cuando llegamos parecía haber millones de ellos. Pequeños, grandes, familias enteras por todas partes, No es posible que los matáramos a todos.

—Entonces, Jack. ¿Más suicidio de raza?

—No lo sé. Los Lupos tienen crías. Y no parecen morir, tampoco. Excepto los que matábamos. Nunca vi un Lupo viejo ni un Lupo muerto. De muerte natural, quiero decir.

—De modo que se desvanecieron. Como los Moomies, ¿eh?

—Similarmente, pero más aprisa. Nos divertimos un par de meses. Luego, los Lupos desaparecieron. Del todo.

—¿Y los Moomies?

—Al principio, se limitaron a observar cómo nos instalábamos. Cuando liquidamos los primeros Lupos, parecieron intranquilizarse.

»Al menos, aquello era alguna, señal de vida. No nos habían ofrecido ninguna ayuda. Se limitaban a vegetar. No trabajaban, no jugaban, no hacían nada. No tenían herramientas, no tenían ninguna cultura. Primitivos y perezosos.

»Luego, de repente, se enfrentaron con nosotros. Querían que dejásemos en paz a los Lupos. Fue algo realmente divertido, todos los Moomies saltando arriba y abajo. Ni siquiera se les ocurrió agarrar unas cuantas estacas para amenazarnos.

»Bueno, decidimos que había llegado el momento de prescindir de la ley. De hacerles saber que los tiempos habían cambiado y que ahora éramos nosotros los que dirigíamos el espectáculo.

»No nos costó demasiado convencerlos. Unas cuantas explosiones y se rindieron. Después de aquello no hemos tenido más problemas, ni con los Lupos ni con nadie. En realidad, la siguiente vez que vimos a los Lupos fue cuando se presentaron a ofrecernos regalos, frutos del planeta, etcétera, mostrándose dispuestos a ayudarnos.

El Amo nuevo dice:

—Toda una saga espacial. Pero insisto en que podíais haber dejado un par de Lupos para Ed y para mí.

El otro Amo nuevo dice:

—Tengo hambre. ¿Qué se puede comer aquí?

—Vamos a esperar un poco más. Tal vez Myra mejore de su jaqueca y se una a nosotros. ¿Un trago más para engañar al estómago?

—De acuerdo.

Se ha marchado Lupo.

La lluvia es negra y mucha. El día es mucho y caliente. Moomie crece en la marisma.

El viento es rojo. Ruidoso y suave, arriba y abajo y arriba y abajo. Sopla y suspira. Crece, crece, crece.

Moomie crece. Extiende brazo, extiende miembro. Hoja es mucha y verde. Fruto empieza.

Lluvia y día y viento. El fruto es verde. El fruto crece. El tiempo es ahora.

El tiempo es ahora para Lupo.

Lupo ha nacido. Lupo corre en día, en calor, en azul. Lupo crece. Lupo se une con Lupo.

Ahora hay más Lupo. Ahora Lupo pequeño, ahora Lupo nuevo nacido. Ahora es tiempo para viejo Lupo.

Ahora es tiempo para Moomie. Ahora fruto maduro. Ahora fruto cae.

Fruto es mucho. Lupo es mucho.

Ahora Lupo come fruto de Moomie. Fruto es verde. Lupo es verde. Fruto tiene mucha semilla.

Lupo es comido. Viento sopla y suspira, arriba y abajo y arriba y abajo.

Lupo es comido. Viento sopla y suspira.

Lupo es comido. Viento es arriba y abajo.

Ahora es tiempo para Lupo. Ahora es tiempo para Moomie.

Viento sopla y Lupo baila. Arriba y abajo y arriba y abajo. Lupo gira gira gira.

Lupo cae. Lupo se levanta. Se levanta y gira y cae y cae y cae. Lupo está quieto.

Lupo se estira. Lupo se estira y cambia. Cambia y cambia. Lupo se convierte en Moomie.

Moomie se levanta. Moomie baila la danza nueva.

La noche es una y negra y la lluvia es negra y mucha. El día es azul y el día es caliente. El viento es rojo y el viento sopla y suspira. El fruto es mucho y el fruto cae.

Amo levanta vaso en alto. Amo mira a la luz. Amo lleva a labios.

—¡Una bebida excelente! Tendrás que darnos la fórmula, viejo Jack.

Amo distiende boca. Amo dice oh ho ho.

—Creo que ya es hora de que comamos algo.

—Bien dicho.

—Sí. Me ha parecido oír a Myra. Probablemente tiene más hambre que un lobo.

Siempre suele tenerla, después de una de esas jaquecas.

—Pobre Myra.

—Pon la mesa, Moomie. Y dile al Ama que vamos a comer.

Moomie pone mesa. Moomie pone un plato aquí y un plato aquí y un plato aquí y un plato aquí. Moomie trae y coge. Moomie trae y coge. Moomie trae fruta.

Moomie sube a llamar a Ama. Arriba y abajo y arriba y abajo.

Puerta está cerrada. Ama está quieta. Moomie llama y Ama está quieta.

Moomie abre la puerta.

Ama está quieta y ama se estira. Ama se estira y Ama cambia.

El viento es rojo y el viento sopla y suspira y arriba y abajo.

Ama se estira y cambia. Se estira y cambia.

Ama es Moomie.

Ama se levanta. Ama baila la danza nueva.

Amo llama.

—¡Eh! Date prisa. ¡Dile que los huéspedes están muertos de hambre!

Moomie más aprisa. Moomie salta y coge y trae. Moomie ofrece fruta, ofrece fruta, ofrece fruta.

—¿Qué os parece la fruta de este planeta? Muy buena, ¿verdad?

—Excelente.

—Eh, Moomie. Baila un poco más. Baila un poco más para nuestros huéspedes.

Moomie baila la danza de la mañana. Arriba y abajo y arriba y abajo.

Pronto llegarán Moomies nuevos. Pronto habrá danza Moomie nueva.

Se ha marchado el Lupo. Ha llegado el Hombre.

FIN